

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS

DE

JOAQUIN V. GONZALEZ

*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina*

Volumen XV

BUENOS AIRES

1935

OBRAS COMPLETAS
DE
JOAQUIN V. GONZALEZ



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

*Oleo de Antonio Alice, del natural,
propiedad de la Universidad Nacional
de La Plata, 1910.*

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS

DE

JOAQUIN V. GONZALEZ

*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina*

Volumen XV

BUENOS AIRES

1935

Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ley.
IMPRESA MERCATALI, ACOYTE 271. — BUENOS AIRES.

POLITICA ESPIRITUAL

Discursos académicos, sociales y parlamentarios

1905 - 1909

A la patria

1810-1910

INTRODUCCION

RETRATO PROGRESIVO DEL FUNDADOR

I

UN DOMINGO DE MAYO...

Todos los domingos, en invierno, a las tres de la tarde, la Biblioteca pública instalada en el piso alto del palacio de la Legislatura, sobre la calle 8, trasforma su sala de lectura en sala de conferencias. La vida intelectual de la ciudad gira en torno de esas reuniones culturales que atraen con el incentivo de su ofrenda y, al propio tiempo, con el prestigio de una fiesta social. Antes de comenzar los actos, la concurrencia, en gran parte femenina, parlotea rumorosamente dentro de aquel ámbito donde, durante la semana, el obligado silencio defiende el aislamiento de los lectores. A veces, la disertación doctoral que sobreviene y es necesario soportar, resulta un tributo agobiador que no compensan aquellos instantes de picoteo colectivo. Sólo la gente joven parece no advertirlo: sorda al aguacero, mientras el docto se desgrana, dialoga en el éter, de un extremo a otro del recinto, con la pregunta en los ojos y la respuesta en las mejillas...

Horas antes, al salir de la misa de once, amigas y amigos se han despedido, en el atrio de San Ponciano, con un "hasta luego, en la Biblioteca". Al salir de ésta, se despedirán con otro "hasta luego, en el Bosque". Tríptico dominical de una ciudad de provincia, en el primer lustro del siglo y a corta distancia de la metrópoli, vertiginosa y deslumbrante.

Y una de esas tardes, la del último domingo de mayo de 1905, alguno de esos concurrentes habituales que llega siempre a la "cita intelectual" sin enterarse de la misma, seguro de la otra, sorpréndese al notar un movimiento inusitado. La calle está llena de carruajes. Damas y caballeros desconocidos se agolpan en la escalera alfombrada. La galería interior del edificio contiene grupos apeñuscados. La sala desborda: se habilitan todos los espacios, se duplican los asientos. El colmenar de costumbre tiene un rumor marino. La reunión ha perdido su familiaridad local. Hay caras nuevas en todos los rincones...

Varios caballeros suben al estrado y ocupan sus asientos. Se hace repentinamente el silencio. Una figura menuda y arqueada, premiosa en su levita, se dirige al público. Es don Luis Ricardo Fors, director de la Biblioteca. Habla:

—Excelentísimo señor ministro de Instrucción Pública de la Nación: es costumbre en estos actos que el director de la Biblioteca presente al auditorio a quien tendrá a su cargo la lectura dominical. Pero esta vez la presentación huelga. Permitidme, en cambio, que os presente el ilustrado auditorio platense que se congrega aquí todos los domingos con devota asiduidad...

Estalla un aplauso que se prolonga para saludar al ministro. Se ha puesto de pie... Hay en la sala un movimiento de cabezas; los sombreros femeninos obligan a estirar el cuello, detrás de sus murallas frutales, a los espectadores sitiados. El ministro despliega sus papeles. Mira fugazmente al público; sus ojos adomilados, que los caricaturistas aprovechan, refúgianse bajo las largas pestañas; el rostro barbado y pálido acentúa su gravedad meditativa al inclinarse sobre el manuscrito. Comienza a leer lentamente; no es un orador "brillante"; elude la pompa y el relumbrón; dice cosas honradas con engañosa sencillez; su voz grave y oscura es conductora de la claridad.

"Desde hace algunos años observo las manifestaciones de vida de esta ciudad, llena de interés y de atractivos para el

simple viajero, como para todos los que estudian las agrupaciones humanas bajo la faz de sus leyes orgánicas y biológicas..."

El auditorio platense aguza el oído. El señor ministro es maestro en ciencias jurídicas, literato seductor, político eminente. Pero no va a disertar sobre asuntos constitucionales, ni a evocar sus montañas nativas, ni parece proponerse revelar secretos de Estado. Su tema es "La universidad nueva", y sus primeras palabras despiertan un interés local.

"Mi pensamiento vaga hace tiempo por esta ciudad, como buscando un hogar presentido, y él es, acaso, éste que vamos a levantar para todos los espíritus que en la peregrinación de la vida sólo tienen reposo en los valles solitarios de la ciencia..."

Se detiene. No logra descifrar su propia letra. Pasan segundos mortificantes. El público experimenta una ansiedad angustiosa. Pero el lector, inmutable, escruta sus signos como lo haría con un palimpsesto, en la soledad de su despacho. Salvado el obstáculo, prosigue serenamente.

La universidad nueva, cuyo concepto expone, cuya organización bosqueja, cuyo desarrollo prevé, bajo el cielo de La Plata, no es la semilla de un sueño lanzada al viento del futuro. El educador que habla es el ministro que comienza a ejecutar.

"...Y La Plata será también, de hecho, una ciudad universitaria, como ya lo es, acaso, en la convicción popular; y como este calificativo ha de justificarse por la existencia en su seno de una gran universidad y ésta es, por naturaleza y por destino, expansiva y universal, no es un sueño patriótico imposible el esperar que extienda su influencia más allá de las fronteras patrias, buscando afinidades de raza y paralelismos políticos fáciles de comprender".

Hay en la sala magistrados, legisladores, profesores, estudiantes y antiguos vecinos, de distintas profesiones, que han vivido todas las vicisitudes de la ciudad, desde su fundación. Nadie deja de valorar la trascendencia de lo que oye. La ciu-

dad universitaria salvará, en cierto modo, el sueño frustrado de la ciudad desencantada...

“He puesto en este pensamiento, que es pensamiento de Estado, toda mi alma de ciudadano, y mi visión, si puedo decirlo, de hombre de gobierno. Tengo la convicción de que esta ciudad afirmará con él sus destinos y los de la grande y rica provincia de Buenos Aires que, reintegrada en el dominio de una capital que cediera a la República, en un día crítico de nuestra historia interna, desplegará de nuevo las altas potencias intelectuales que hicieron de ella un luminoso guía de las instituciones y de la vida nacional desde 1810”.

Una ovación acoge las últimas palabras. Y al salir a la calle, muchos son los platenses que creen hallarla iluminada por un fulgor extraño que llega de no se sabe dónde... La ciudad del delirio convalece aún de su caída icárea. Nadie piensa en su resurgimiento fabuloso. Pero acaba de señalársele un nuevo destino. Y es como si se la hubiera dotado de un alma nueva...

II

CUATRO FACETAS

INVIERNO.

La tarde invernal se hiela en el hondo patio del palacio universitario, y la noche, ya embalsada en los corredores, espera su oportunidad para derramarse y anegarlo todo. Es la hora en que debe dictar su clase de historia diplomática el presidente, cuyo despacho, fronterizo al aula, tiene puerta a la galería claustral del piso alto. Por esa puerta de cristales opacos, ya iluminados desde el interior, sale un ordenanza cargado con una pila de gruesos volúmenes: es el más exacto timbre de llamada para los estudiantes que, apresuradamente, entran a disputarse los asientos preferidos. Una penumbra glacial mana de los altos muros del aula. Sobre la mesa del profesor hay una lámpara de pie con pantallita verde; su flor eléctrica, en el extremo de un largo tallo flexible,

envía reflejos glaucos hacia los alumnos y dedica su foco vivaz al lugar del catedrático. Junto a la mesa, por debajo de su nivel, otras luces, entre rejillas, arrojan su claridad dentada a la pared vecina: son los fuegos de un castillo minúsculo, alimentado a petróleo, que pretende mellar las espadas del frío...

Llega el doctor González con sobretodo y bufanda, res-tregando sus manos anchas y velludas. Siéntase; toma un libro de los apilados a su diestra; lo abre en la página señalada; busca un párrafo... La luz talla enérgicamente su rostro. Ya tiene cenicientos el cabello corto, el caído bigote, la barba en punta. Sólo conservan su negrura las cejas.

Comienza la clase. El profesor diserta, lee, glosa. No mira al auditorio. No se sabe qué miran los ojos semicerrados cuando se apartan del libro. La voz grave, pausada, opaca, se alía a la oscuridad creciente de los rincones, de las altas paredes, de las filas de bancos desocupados, de los cuerpos borrosos que se mueven en silencio, allá en el fondo de la sala...

OTOÑO.

Promedia la tarde. El presidente de la Universidad deja su despacho, y acompañado por el decano de la Facultad de agronomía y veterinaria, sale, en el carruaje de éste, a dar un paseo por el parque.

El doctor González siente la embriaguez del cielo de La Plata en los días claros y serenos. La ciudad espaciosa, de construcciones bajas, de calles amplias y casi desiertas, parece estar suspensa en la atmósfera. Un cielo joyante enriquece los patios, anega las calles, desborda en las plazas y busca expansión por encima de los eucaliptos del Bosque. Bajo la luz todavía suntuosa del naciente abril, la ciudad conoce una dulzura sin indolencia, una voluptuosidad sin ardor, una morbidez sin laxitud. Los árboles comienzan a escudar en broqueles de oro y plata su fragilidad pomposa. El aire huele a ramilletes ajados. La inmovilidad del Bosque conserva algo de

éxtasis y ya tiene mucho de expectativa. Caen algunas hojas, lentas, como palpando su trayectoria...

Rueda el coche por la avenida central, suavemente, arrastrado por un trote contenido. Se desvía para dirigirse al Museo. Se detiene junto a la escalinata. Descienden sus ocupantes. Y a mitad de los peldaños el poeta de las montañas se vuelve hacia las arboledas, entrecierra los ojos, aspira profundamente el aire embalsamado y permanece un instante en arrobamiento, en comunión secreta con las cosas, oyendo voces, músicas, mensajes que trepan por las raíces y se expanden con el crepúsculo...

MEDIODÍA.

El amplio y alegre comedor del pabellón principal del Internado, anexo al Colegio secundario de la Universidad, se llena de pupilos que vienen de las aulas, terminada la tarea matinal. Entra la luz de mediodía tamizada por los stores e irrumpe con brillo ofuscador por alguna ventana abierta para volcarse sobre un mantel y astillarse en vidrios y metales. El bullicio juvenil excede la discreción, sin llegar al escándalo; es sólo la algarabía de una bandada que no acaba de posarse: cuando se ocupan los asientos, disminuye y se uniforma en un rumor mínimo.

El presidente y algunos profesores del colegio han sido invitados a almorzar por un grupo de estudiantes. Todos ellos —diez, quince personas— siéntanse a la mesa trasversal que forma la cabecera del conjunto. Se conversa familiarmente. Alguien hace una pregunta, acaso intencionada. Y el doctor González responde con una disertación... gastronómica.

¡Manjares riojanos, arte culinario de los montañeses, néctares del terruño! El apasionado informante evoca amorosamente la huerta paradisiaca y la cocina rústica, los viñedos y el lagar, las provisiones silvestres, el noque de la aloja espumante bajo los parrones. Habla con ternura del algarrobo bienhechor que da su fruto blanco y negro para el pan y el vino; y de los olivos y las higueras y los naranjos. ¿Dónde en-

contrar uvas más carnudas, transparentes y dulces, melones y sandías como los riojanos? El auditorio se desorienta cuando el erudito comensal se complace en nombrar los platos regionales; pero pasa pronto de aquella nomenclatura lugareña a la dulcería universal, exquisitamente representada en su provincia, pues el zapallo y la manzana y el limón sutil de La Rioja desafían a todos los de la tierra...

Se sirve el café. Recuerda entonces el doctor González que hay en la casa una botellita de grapa curada traída por él de su heredad provinciana. Se la busca y llega a la mesa en bandeja magnífica. Es una redoma color de miel y casi llena del licor anunciado. Tres, cuatro gotas, perfuman el café con una ráfaga del Famatina...

KABIRIANA.

En 1920, la Asociación de ex alumnos del Colegio Nacional de La Plata, fundó la revista Atenea, cuya dirección se me confió. Desde el primer momento solicité la colaboración del fundador de la Universidad. Me contestó telegráficamente, desde Chilecito, en forma efusiva, prometiéndola. Tiempo después nos vimos en el Internado. "Tengo algo importante para su revista — me dijo. — La traducción de los poemas de Kabir, con prólogo y notas. Es un trabajo que quiero mucho. Sólo me falta poner en limpio los originales". Cuando así los tuvo, no quiso enviármelos por correo ni valerse de intermediario alguno, y me pidió que fuera yo al Senado nacional a recibirlos de sus propias manos.

La edición extraordinaria de Atenea se agotó en seguida, e insistentes pedidos del interior del país y de varias naciones americanas, determinaron una segunda tirada de los poemas kabirianos. Pero en parte alguna obtuvieron éstos un éxito tan particular como en el Internado. Los pupilos, fervientes admiradores y "amigos" de don Joaquín, cuyas obras literarias ostentaban en sus departamentos, leyeron y relejeron con tanto cariño la traducción de los poemas místicos que no tardaron en recitarlos de memoria. Luego el duendecillo fa-

miliar reclamó sus derechos, y oyóse a los estudiantes emplear, a modo de saetas, de acuerdo con las circunstancias, los versículos más oportunos:

“La flor abre aunque no es la primavera, y ya la abeja ha recibido su invitación”. (A un impertinente).

“Si las cuerdas estallan y las llaves se aflojan, entonces debe volver al polvo este instrumento de polvo” (Al piano de la casa).

“Todas las contradicciones están resueltas”. (A un discutidor).

“Nuestro corazón cambia constantemente de lugar hasta que encuentra el amor, y sólo entonces descansa”. (A un perezoso).

“Mi corazón desfallece aunque está vivo”. (A un alumno que teme ser interrogado en clase).

III

EL INVICTO

Aquella noche de septiembre de 1918, la “ciudad universitaria” despedía a su creador. Durante doce años, el doctor D. Joaquín V. González había presidido la Universidad que fundara en 1905, y al retirarse del cargo — por haber vencido el último período legal para el que pudo reelegirse, — los estudiantes platenses decidieron rendirle su homenaje público. Inmediatamente se adhirió al propósito la juventud universitaria del país; numerosas instituciones culturales la siguieron; y la ciudad favorecida apresuróse a demostrar su gratitud.

Aquella noche, el amplio Teatro Argentino de La Plata con sus cinco pisos espaciosos y su extensa platea y su vasto escenario, llenóse de una concurrencia adicta y predispuesta a la expansión. Abrieron el acto con sobriedad respetuosa los representantes estudiantiles, y el aplauso fácil, aunque lige-

ro, de toda la sala, anunció una voluntad afectiva que ansiaba manifestarse. En seguida, con creciente precipitación de chubasco, el aplauso total recibió a D. Leopoldo Lugones, comisionado por la juventud para celebrar al maestro. “Lo que caracteriza a Joaquín González como estadista, aducador y escritor, definiendo por la unidad cualitativa su triple luz espiritual, es la serenidad de su fuerza” — dijo, sin ditirambo, el panegirista. Y el aplauso se hizo atronador cuando el festejado dejó su asiento y avanzó en el escenario...

Muchos de los presentes recordaban otro acto memorable, una tarde dominical en que el entonces ministro nacional de Instrucción Pública anunciara a la sociedad platense, desde la tribuna de la Biblioteca, el advenimiento de la nueva Universidad. Los años densos habían emblanquecido la noble cabeza; el cansancio ahondaba su huella en las facciones; el cuerpo parecía ceder al peso de una labor tenaz, agotadora. Comenzó a leer su discurso lentamente, con aquella voz baja, grave, opaca, que lograba, no obstante, triunfar de su monotonía, merced a lo sustancial de su mensaje. Los ojos, esclavos de la cuartilla, acentuaban la habitual soñolencia del rostro, y las dos manos vigorosas, abolidas para el ademán, sostenían, entre ambas, las páginas que escribiera, sin duda, la noche antes, con su rapidez regular, sin angustiosa urgencia, dentro del plazo previsto.

“Nunca he emprendido con más fe una obra de mi idea y de mis manos que en esta fundación” — iba diciendo la voz incolora—. “Ella nació de un sentimiento directivo de mi vida pública toda, se calentó a la llama de una profunda emoción de amor humano y se ha fortalecido en el yunque de la lucha, pues cuando más recios eran la contraola y el escollo, mi corazón sonreía, porque se convencía de la bondad del propósito”... “Era también un pensamiento político, según lo he repetido muchas veces, un acto de reparación y de justicia para la Provincia de Buenos Aires, desprendida de sus seculares tesoros edilicios e institucionales en aras de la unidad definitiva de la Nación”...

Fuerte y armoniosa, la Universidad platense, de esencia profundamente humana, era ya un templo de la cultura argentina, y su fundador gloriábase de haber triunfado, en lucha difícil, con su optimismo de toda la vida en todos los combates. Hizo una pausa; levantó los ojos del papel para mirar al auditorio; y sin énfasis, pero con una vibración inusitada, dijo estas palabras:

“A mí no me ha derrotado nadie...”

Un aplauso macizo las subrayó; y repitiendo el comienzo del párrafo, continuó el orador sencillamente:

“A mí no me ha derrotado nadie; y aunque así hubiera sido, la derrota sólo habría conseguido hacerme más fuerte, más optimista, más idealista, porque los únicos derrotados en este mundo son los que no creen en nada...”

Con su fe inquebrantable en el bien, en la justicia, en la belleza, aquel hombre que en esos mismos días publicaba su traducción de los poemas de Kabir precedida por un ensayo que contiene su mejor prosa y su más exaltada profesión de idealismo, nada temía y se proclamaba invencible, pues su arma era el amor. “¡Trabajo va a tener el Enemigo para desalojarme a mí del campo de batalla!” Y en esa actitud apostólica, tranquila, confiada, con que parecía confirmar “la serenidad de su fuerza”, lo aclamó aquella noche de homenaje y despedida la ciudad en que posó el más grande de sus sueños...

IV

LA NOCHE

No es tanto la noche para que duerman los ignorantes, cuanto para que velen los sabios. Y si el día ejecuta, ella previene.

GRACIÁN.

“Mis recuerdos más lejanos de Joaquín V. González — ha escrito don Mariano de Vedia — proceden de una época en

que abandonaba al venir el día sus tareas de redactor de diario para dedicarse a sus estudios y a sus escritos propios, sintiéndose feliz, como si descansara, al dejar la pluma del periodista y consagrarse a sus labores de investigador afanoso y de escritor infatigable”.

“ El periodismo porteño convirtió al intelectual riojano en un trabajador nocturno; al emanciparse, llevaba su marca indeleble: el hábito de la vigilia. Ministro, legislador, presidente de universidad, no quiso, no pudo libertarse de aquel traspasnoche fértil; y tras un día agobiado por las obligaciones y las responsabilidades del gobierno, después de cumplir los fastidiosos compromisos mundanos que impone un cargo como aquéllos, en horas que los demás consagran al descanso del cuerpo y de la mente, desentendíase de los vínculos extraños a sus gustos espirituales, a su ideal recóndito, a lo más íntimo de su alma; despedía al sueño como a un paje inoportuno, y se internaba, señor de Ariel y de Caliban, en su isla maravillosa.

*

Cierta vez le dijo a su amigo el doctor Juan Alvarez: “A eso de las 11 de la noche, cuando terminé las tareas obligatorias, empiezo a trabajar por mi cuenta y me pongo la corona”.

¡Monarca nocturno! Era de estrellas su corona.

*

La medianoche acallaba los ruidos de la ciudad; dormía la casa familiar, a oscuras. Sólo una lámpara insomne velaba; a su redor bullía el silencio espiritado de la biblioteca. El doctor González comenzaba por hojear un libro, tal vez un pequeño y primoroso volumen, una rara edición para bibliófilos; un poeta isabelino, un filósofo oriental; el breviario de un asceta... Era su baño lustral para penetrar en su rei-

no. Luego llenaba cuartillas, absorbíase en la lectura, meditaba en un sillón, escuchaba...

Tenia el oído del montañés, acostumbrado a percibir, a destacar, a reconocer, a localizar en la tiniebla los múltiples rumores de los niveles invisibles. Sabía diferenciar el roce de la piedra del frote leñoso, y entendía el lenguaje del viento y adivinaba la fuga del reptil. Había aprendido a escuchar, desde el fondo del valle, desde lo más hondo del ser, en el silencio vivo de sus noches andinas, las músicas del éter, la resonancia sideral, la sinfonía cósmica. Pero en la soledad de la biblioteca, el oído del montañés trasplantado captaba otras ondas, descifraba otros ecos, a través de la doble noche de la naturaleza y de la historia. Y se embriagaba con las armonías del sentimiento y el pensamiento de los hombres...

*

Era un perpetuo evadido del sueño; pero llevaba su estigma. Las horas luminosas en que reposaba no podían imitar el hechizo de la amapola nocturna que cierra, con las sombras del cielo, los párpados dóciles. El día lo mostraba sin vivacidad, semiausente, semidespierto. La caricatura política explotó aquella apariencia de adormilado, atribuyéndola a socarronería provinciana. También creían sus amigos que a fuerza de trastocar las horas del reposo, habíase forjado una segunda naturaleza.

“Se acostumbró así a soñar despierto — escribió el doctor Ernesto Quesada —, en un aparente letargo profundo, pudiendo abstraerse mentalmente en medio de los demás, y la sonrisa estereotipada de su fisonomía bondadosa parecía indicar que participaba en la conversación de amigos, en la discusión parlamentaria o en las audiencias ministeriales, siendo que frecuentemente su espíritu se hallaba a mil leguas de distancia... Pocos hombres he conocido que hayan realizado más admirablemente ese curioso fenómeno del desdoblamiento.

to corporal y mental: siempre rodeado de amigos — sea por verdadera simpatía o porque la función política de por sí atrae esa cohorte—, dejaba a éstos satisfechos con su presencia, y si alguna vez resultaba que al consultar alguna súbita interpelación parecía no estar al tanto de lo que se había discutido, se disculpaba la distracción con el rasgo soñoliento de su personalidad, en constante actividad diurna y nocturna”.

*

Una tarde de 1918, en un saloncito del internado de la Universidad platense, el doctor González hablaba de las obras en prosa de Rabindranath Tagore, su poeta preferido de aquella hora, y leyó algunas páginas al pequeño grupo que lo escuchaba, utilizando ejemplares pertenecientes a profesores y estudiantes de la casa, contagiados por su entusiasmo. Entre los párrafos que iba traduciendo mientras leía, uno, de Sadhana, impresionó particularmente al auditorio por la entonación misteriosa que dió el lector a sus palabras. Helo aquí:

“La noche pasada escuchaba yo, solitario, la voz del cantor de las melodías eternas. Después, antes de dormirme, cerré los ojos fijando la mente en este último pensamiento: también cuando yo yazga en la inconsciencia del sueño, proseguirá sobre la arena silenciosa de mi cuerpo durmiente la danza de la vida en armonía con la de los astros. Palpitará mi corazón, correrá la sangre por mis venas, y los millones de átomos vivientes de mi organismo vibrarán al unísono con las cuerdas del arpa resonante bajo la mano del Señor” . . .

*

Gloriábase de ser un “musical”, y declaró una vez en público:

“Yo mismo soy un instrumento de música, de una sensibilidad y una afinidad tan vasta y universal, que no hay forma,

grado, intensidad o profundidad de música que no halle en mi organismo, o en alguna de mis facultades, una resonancia, una correspondencia, una comprensión. Desde la gota de agua que cae monótona sobre su vasija de piedra en el fondo de la gruta, hasta la nota más sutil puesta como un grano de oro rimado en el inmenso conjunto de una orquesta, me causan una sensación y despiertan un eco en esta extraña "caja de resonancia" que yo tengo por cuerpo y por espíritu".

En los últimos años de su vida, las decepciones de la acción pública, el mal que ya mordía su carne y el descubrimiento de algunos poetas orientales, avivaron su amor a la soledad y le despejaron en ella un camino, ya abierto desde la juventud, hacia la contemplación y el éxtasis de los místicos. Levantó con piedras de su terruño nativo la vivienda crepuscular que bautizó con nombre indígena, Samay Huasi, o Casa del Reposo, y en aquel refugio montaños que conservaba el perfume de su infancia tradujo amorosamente los poemas de Kabir. Compenetrado con el místico de la India, oyó la "música intangida" que sólo escucha el alma en su desposorio hipostático, y ascendió a las esferas de la suprema beatitud... Hubiera podido disolverse en las armonías de la noche andina, descorporizado en un arpegio astral. Pero la muerte exigió antes, como tributo del elegido, su lenta agonía en la ciudad populosa, indiferente, sorda...

*

Vi por última vez en la calle a Joaquín V. González cierta mañana de invierno. Salía de una librería inglesa; creo que algunos libros abultaban los anchos bolsillos del sobretodo; una bufanda gris, en dos vueltas, le ocultaba la mitad del rostro, casi hasta los ojos. Me pareció muy pálido, adelgazado, inseguro. Se alejó por la calle Cangallo, contra el viento glacial que llegaba del Plata...

Tuve la impresión de verlo por última vez. Supuse que

después de una noche de labor había salido en busca de alimentos espirituales, olvidado del sueño... El día crudo lo acusaba, lo rechazaba, vengábase del fantasma rebelde exhibiendo su consunción, sus quemaduras nocturnas, celoso, como todos los días innumerables, de la noche única, según el himno de Péguy:

*O Nuit tu es la nuit. Et tous ces jours ensemble
Ne sont jamais le jour, ils ne sont jamais que des jours...*

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

PARTE PRIMERA
EN LA TRIBUNA ACADEMICA

I

LABOR UNIVERSITARIA

1906-1908

LABOR UNIVERSITARIA *

I

Señores profesores:

Es esta la primera vez que la Asamblea General de la Universidad va a ejercer el mandato legal de elegir su propio Presidente. Inspirada, sin duda, la ley, en un criterio de gradual experiencia, ha limitado, en los comienzos de la vida del instituto, el ejercicio de tan importante función de gobierno, al elemento docente; mas dada la tendencia que ha marcado desde ahora, no es dudoso que ésta vaya extendiéndose a los profesores de otras jerarquías, y con el tiempo, junto con la autonomía completa considerada por tantos como un ideal, hasta a los mismos estudiantes en la medida de lo posible y lo prudente. Sólo la ley puede resolver tan interesante problema.

Mientras la actual Presidencia da cima a la memoria administrativa y didáctica de los tres primeros años, que deberá presentar al Consejo Superior y al ministerio, cree de su deber anticipar a la Asamblea una breve reseña de conjunto sobre la tarea realizada y la vida vivida en este período de incesante trabajo, lucha, incertidumbres y éxitos, inherentes a toda obra de este género, destinada a contrariar prejuicios, a romper cristalizaciones y a encarar un porvenir desconocido.

Nacida en medio de una labor ministerial múltiple de un gobierno nuevo, debía participar de la suerte de las co-

* Discurso en la Asamblea de Profesores del 18 de diciembre de 1908, para la elección de Presidente de la Universidad Nacional de La Plata.

rrientes políticas que agitan el país sin una ley dinámica uniforme: ha resistido a ellas, y como una demostración real de la fuerza progresiva de la nacionalidad, ha respondido con visibles desarrollos, de proporciones incalculadas, a cada duda suscitada sobre su destino. Según la fórmula consagrada en otras civilizaciones, puede decirse que ella ha crecido, ha florecido y ha empezado a dar su luz en el corto espacio de su existencia. En armonía con la hora política de su nacimiento y con la naturaleza de toda cosa humana, la Universidad nueva, tercera que aparecía en tierra argentina desde 1614 y desde 1821, ha traído imperfecciones y ha empezado a vivir con órganos inexperimentados o incompletos, que debían confiar al tiempo y a la acción su propia madurez y destreza. Proponiéndose hacer práctica en todos sus estudios la idea experimental, debía ella misma ser el principal sujeto de experiencia. Así, la impaciencia genial del carácter argentino, aguzada por las circunstancias, puede exigir a un fenómeno físico que se convierta en milagro, pero en cambio las leyes de la vida se empeñan en descubrir la sencilla realidad física dentro de los más sorprendentes y admirables prodigios. El hecho positivo revelado en los tres primeros años de este instituto, — y asombroso, no obstante nuestra aversión a lo sobrenatural, — es su enorme crecimiento material, exponente del vigor del medio social que lo sustenta, cuando pudo creerse que no había dentro de las fuerzas actuales de la Nación, posición viable para una tercera universidad.

Concebida sobre un tipo distinto del clásico; ensanchado el núcleo secular de sus ramas constitutivas con divisiones científicas no admitidas hasta ahora entre sus facultades; extendido su horizonte hacia los estudios secundarios y primarios; combinados sus planes de estudios según principios de afinidad diferentes, y oídas las aspiraciones científicas del espíritu moderno en nuestro propio ambiente nacional, el sólo hecho de la creación, enunciación y demostración de la posibilidad de tales reformas, ha sido un bien bastante

para la política docente de la República, la cual ha recibido la saludable influencia de las nuevas formas, incorporadas a las otras instituciones hermanas y concurrentes. Desde algunos puntos de vista, y en particular, el de la incorporación de los altos estudios pedagógicos y sus derivaciones preparatorias o experimentales, nuestra prueba puede ofrecerse como un resultado apreciable más allá de la República y aún de esta América.

Desde su iniciación hasta ahora se ha agregado al conjunto orgánico de la Universidad diversos cuerpos nuevos, que la engrandecen y la completan: el Colegio Nacional, anexado a ella con acertado designio en 1907; el Colegio Secundario de Señoritas, nacido en su seno por espontáneo desarrollo, y la nueva dependencia del Observatorio Astronómico; la estación de latitudes de Oncativo, adquirida de la Asociación Geodésica Internacional, como consecuencia del congreso científico de 1906. El primero viene a resolver a través de casi un siglo un gran problema social, político y educativo relacionado con la formación de las clases directivas; el segundo, al caracterizar, como a ciertas universidades australianas, a la nuestra por el lugar que en ellas tiene la mujer, concurre a ampliar el campo de la investigación superior pedagógica y el de la honda acción educadora del instituto mismo en el alma nacional. En cuanto al tercero, aparte de su evidente importancia científica para los altos estudios astronómicos, que por vez primera se abren en el país para los jóvenes argentinos, ha contribuído a llevar el nombre de la Universidad y del país, hasta los más elevados círculos científicos de Europa; y esta singular misión seguirá desempeñando todo el Observatorio, con la sucesiva publicación universal de sus trabajos, para los cuales se halla ya dotado, y lo será pronto por completo, de cuantos medios pueda necesitar en su triple fin: el puramente científico y de interés universal; el didáctico o universitario y de interés principalmente argentino, y el de su contribución al estudio y buen régimen de muchos problemas y servicios de íntima conexión

con esta ciencia. Es de notar que la primera estación y escuela de sísmica establecida en la República es la que, por creación de la ley, se halla instalada en el Observatorio de la Universidad.

Convertido el valioso y ya célebre Museo de La Plata, en escuela de ciencias naturales, biológicas, químicas y otras conexas, y vigorizado por los recursos más amplios del presupuesto universitario, ha comenzado para él una vida nueva de fecundos beneficios para la cultura pública; sus ricas colecciones que en todo tiempo serán motivo de legítima honra para sus autores, han dejado de ser exposiciones muertas de lenta y específica influencia educativa, para ofrecerla copiosa en la diaria función de la cátedra: con sus nuevas adquisiciones y ordenación más metódica, su publicidad más activa y frecuente, sus nuevas secciones creadas por la ley universitaria, entre las cuales debe mencionarse las dos florecientes escuelas de Química y de Dibujo, el Museo por sí solo constituiría en cualquier país civilizado, una grande y verdadera universidad científica.

Entre las divisiones más importantes del actual núcleo universitario, y que más intensamente contribuirán a elaborar su personalidad, a cimentar con el tiempo su prestigio y hacer más efectiva su influencia en la cultura de la Nación, debe mencionarse la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, con su vasta y ya acreditada Sección de Pedagogía y sus dependencias de aplicación y clínica didáctica, como se las ha llamado por un eminente autor. Organizada esta alta escuela jurídica sobre una base científica, más que profesional, ella va desenvolviendo su programa con evidentes progresos, de año en año, y hace esperar resultados excelentes en sus diversas finalidades, a pesar de los obstáculos que para esta clase de estudios, en los cuales el método científico aún no ha sido empleado entre nosotros, representan las reformas allí implantadas con relación a las rutinas y defectos conocidos en la enseñanza ya secular del derecho en el país. Dirigida y sostenida la enseñanza por muchos eminentes maestros, de indestructible reputa-

ción ganada en la noble lid del estudio, de la publicidad, del foro o la magistratura, no ha tardado en adquirir el respeto de la opinión, y no puede dudarse que su programa será desarrollado cada vez con mayor acierto, hasta ofrecer al país los gremios profesionales más ilustrados y honestos, los jurisconsultos más investigadores e intensos, y los espíritus directivos más rectos e inspirados en un profundo sentido de la justicia y de la verdad.

Un vasto desarrollo, aún dentro de la limitación de los recursos, han adquirido los estudios relacionados con la industria fundamental de la República, en sus dos fases, agrícola y ganadera. La antigua Facultad de Agronomía y Veterinaria ha ensanchado de modo considerable sus medios de enseñanza e investigación, con edificios, laboratorios, gabinetes y útiles indispensables, que serán completados en los años próximos. Convertida ya en el concepto de los hombres de gobierno, en virtud de la experiencia platense, en universitaria la enseñanza veterinaria y agronómica, esta facultad deberá soportar la concurrencia de las otras dos universidades de la Nación, pues la han incorporado en sus planes, y es de esperar que por la dedicación y sucesiva mejora de su régimen docente y administrativo, podrá vencer en la noble y benéfica lucha. Una revisión prolija de su organización y métodos está en estudio, y los cursos de 1909 se abrirán en condiciones superiores a todo lo en ella existente, así en sus departamentos facultativos como en su Escuela experimental y preparatoria de Santa Catalina, que a su vez ha logrado conquistar mayor respeto y obtener una enseñanza más sólida y completa, debido a la radical transformación que la Universidad ha llevado a su seno. Una y otra, con los recursos que el presupuesto de 1909 les acuerde, podrán proveerse de nuevos y más adecuados elementos de enseñanza y acrecentar su influencia y su reputación.

Destinada a ser una de las piedras angulares del inmenso edificio, la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas deberá entrar en un período de plena actividad, y a ejercer su virtud

disciplinante y reguladora de otros muchos ramos del conocimiento. Recordemos que muchos de los maestros europeos que fundaron nuestras grandes escuelas de otros tiempos tuvieron la matemática y la física como principal factor; y fué tanto su poder educativo, que aún desprovistas de gabinetes y de objetos positivos de especulación, formaron, no obstante, discípulos eminentes que hoy impulsan los altos estudios científicos en el país y sus aplicaciones prácticas en todos los dominios de la actividad. El Consejo Superior emprenderá en breve su fundamental reforma, de manera que esta valiosísima sección de estudios se alce al nivel de las más reputadas escuelas similares de América. Los modelos dignos de imitación no son escasos, y el noble espíritu de esta casa para alcanzarlos tampoco falta en los que la conducen.

En una de las dos asambleas generales didácticas, de las dos ya celebradas en cumplimiento de la ley y los Estatutos, se ha consagrado, por el voto bien compartido de veintisiete contra veintiséis señores profesores, la proposición siguiente: “la cultura científica exige como base y complemento la cultura literaria y filosófica”. Pues bien, sea base o complemento, entiendo yo que una intensa y suficiente información y conocimiento de las literaturas y filosofías más elevadas, como penetración de las formas más perfectas y vuelos más altos que ha alcanzado el pensamiento humano y sus medios de expresión, *es necesaria* en todo conjunto universitario, y en el nuestro, en el cual domina un espíritu científico, y existe una tendencia profesional, *es urgente*. Si pudiera condensar en una fórmula sencillísima mi idea, diría que a la enorme riqueza intelectual de las ciencias corresponde una proporcional dotación de espíritu filosófico y literario, para completar su vasta y profunda acción educadora con esa fecunda e imperecedera luz interior que las ilumina y las embellece.

Sean estas palabras el anuncio de la creación para el año próximo, de la Sección Letras de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, ordenada por ley y exigida por la extensión que han alcanzado los demás estudios. El problema universi-

tario argentino es en general el inglés, en el cual Lord Roseberry quería mezclar más espíritu científico en las humanidades; y de allí nació el plan científico secundario de 1905, preconizado por una ilustrada asamblea de maestros y confirmado por opiniones de legítimos científicos y educadores europeos; pero así como el ilustre ex ministro de la Gran Bretaña echaba de menos ese espíritu de la ciencia moderna en la secular armazón de las humanidades clásicas, así un modesto ex ministro argentino reconoció que era inevitable un soplo vivificante de literatura y alta filosofía en el incommovible cimiento científico de toda universidad del tipo nuevo. Nada es hermoso fuera de la naturaleza, ni hay belleza verdadera sin la íntima correlación con la substancia: substancia es ciencia, belleza es forma, color y armonía. El método científico de ordenación de estudios generales de una vasta república universitaria consiste, pues, en mantener esta indivisible unión de la ciencia y la belleza... Por lo demás, no serán desmesurados los sacrificios que costará esta nueva escuela, en comparación con los beneficios y goces espirituales que ella promete.

Y ya que hablo de este aspecto de nuestro plan, aquí como en todas las universidades modernas, en las cuales la labor *educativa* superior y directa, no sigue al paso de la *instructiva*, quiero consignar la confianza que abrigo en que la próxima inauguración del nuevo y magno Colegio de la Universidad, de régimen de internado abierto y tutorial, va a realizar casi por completo esta faz fundamental de la misión universitaria. Las formas, los métodos, el espíritu y los fines del sistema fueron ya expuestos en mi primer libro sobre esta fundación: ha llegado el instante de las realizaciones; y como siempre hay una distancia entre el ideal y la forma definitiva, lo más que puedo esperar de la tarea orgánica de 1909, es que ese espacio no sea tan extenso, que desaparezca el ideal mismo. Si la fé consiste en caminar sobre las aguas por solo acto de voluntad, siento en mí la seguridad de que, al entrar en las revueltas e inciertas de esta nueva experiencia, no hemos de perecer ahogados, y hemos de salvar el tesoro precioso de tan bellos

ideales. La República puede contar desde 1909, renovada por la evolución de casi un siglo, con la reconstrucción de aquellos hogares intelectuales y afectivos de donde salieron estos tres hechos esenciales de su historia: la Revolución de independencia de 1810, la Constitución republicana de 1853 y la consolidación política de 1880. Lo demás, es la obra natural de las fuerzas incubadas en sus cálidos laboratorios de ideas y sentimientos, que a la víspera de los primeros cien años de libertad, volverán a abrir sus puertas a los hijos de la nueva patria, la patria del futuro. Todo está en preparación para dar forma cumplida a esta parte esencial del plan universitario.

Me es grato dejar constancia de la útil cuanto atractiva tarea realizada por la Universidad en lo que la enseñanza moderna denomina *extensión*, — palabra que tomaré en sus más vastos alcances, por razones de síntesis expositiva. En primer término, aquélla ha comenzado por *extender* la noticia de su existencia por todos los países que se hallan en directa y activa elaboración científica, o en posición de mayor semejanza institucional con el nuestro. Cierta discreta reserva impuesta por nuestra modestia me impide dar a esta faz de mi información toda la amplitud con que se halla en mi espíritu; pero no me creo con el derecho de ocultar a esta ilustrada asamblea, que las relaciones de la Universidad de La Plata con las más ilustres y afamadas, son tan efectivas, tan cordiales y tan llenas de promesas, que ellas solas bastarían a compensar al patriotismo los peligros innumerables de este primer período de trabajo. Nacido de una íntima compenetración de recíprocas simpatías, reflejos de más altos intereses morales y sociales, el movimiento de cooperación interuniversitaria americana ha tomado formas e impulso tales, que no tardará en sorprendernos con resultados positivos en la enseñanza y en los medios de expansión de la ciencia en nuestro pueblo. Esta misma sala, no hace un mes, ha albergado por breves pero inolvidables instantes a los delegados de célebres universidades de los Estados Unidos, Pensilvania, Columbia,

Harvard, California, Smithsonian, Wisconsin y otras, —quienes han estrechado con nosotros vínculos de amistad que contribuirán a acrecentar la esfera de acción de nuestro reciente hogar científico y patriótico. Representantes esclarecidos de la ciencia y las letras europeas y americanas se han incorporado a nuestra casa con sincero y personal interés; y ella puede contar orgullosa con miembros tan sabios como Ramón y Cajal, Hamy, Haeckel, Sneess, Warning, Holmes, Nordenskjöld, Ostwald, Lidekker, Lapparent, Vidal de la Blache, Villy (E. U.), Rowe, Ferrero, Ferri, Thot y muchos otros en los diversos ramos del saber universal; y como medio de vinculación con otras universidades sudamericanas, — la de Chile, la de San Marcos, de Lima, — las respectivas facultades han incorporado a sus cuadros de honor miembros eminentes en la alta enseñanza de aquellas repúblicas hermanas.

Pero lo más interesante, quizá, de esta labor, es la que ha tenido por teatro nuestra propia tierra. La extensión universitaria es parte integral de nuestro organismo, con su centro y hogar en la Biblioteca, la cual, según un nuevo concepto, dejará de ser sólo un depósito de libros y de silenciosas lecturas, para convertirse también como las secciones del Museo, en escuelas activas de ciencia, si no en universidades, para valerme de un ingenioso raciocinio de Lord Roseberry, en cátedra de lecciones vivientes y prácticas, y de informaciones diligentes sobre todos los ramos de la humana cultura y en todas las esferas sociales. Mientras la habilitación del nuevo local de la Biblioteca en esta casa, permita desplegar en ella todo el programa trazado a la extensión, en sus salones se han desarrollado en 1907 y 1908, dos series de conferencias generales, cuyo espíritu era la formación del hábito público, para continuar en sucesión metódica con las lecciones concretas, cursos graduales y útiles a las diversas clases sociales donde pueda llegar su acción. Profesores nuestros han concurrido para realizar una promesa del año pasado a la Universidad de Córdoba, y establecer una corriente fraternal de esfuerzos y sugerencias recíprocas en favor de un mayor índice de cul-

tura; y estamos seguros que a las ilustradas conferencias de los doctores Carrillo, Bunge y Moreno, ha de corresponder la secular Universidad que rigieron el deán Funes y Manuel Lucero, con la provechosa visita docente de sus experimentados maestros, cuyas lecciones aún conservo frescas en mi espíritu de estudiante. Si la amistad estrecha entre universidades de países diferentes es tan auspiciosa ¡cómo no ha de ser carísima la intimidad, la comunión ideal con las de la propia tierra, en la cual deben labrar surcos comunes para la semilla inmortal de la nacionalidad argentina! Luego, Herrero Ducoux y Mercante, que reúnen a su saber la eficacia y el agrado del método, llevaron a Concepción del Uruguay, sede del Colegio que fundara Urquiza y echara tan hondas raíces en la conciencia nacional, la contribución de nuestra solidaria misión docente a su ciclo brillante de extensión, que va acabando de imprimir a la silenciosa ciudad que guarda las cenizas del vencedor de Caseros, su sello escolar inconfundible. Y a este respecto concluiré renovando un voto otras veces formulado en nombre de los más intensos destinos de la Universidad de La Plata y de la Nación: que se establezca una íntima correlación de esfuerzos educadores y docentes entre las casas de estudios superiores en la República; y aunque ellas elaboren obra individual distinta, realicen una misión patriótica idéntica, — la formación de la cultura nacional más aquilataada y sólida, de la clase superior más esclarecida, laboriosa y honesta, de cuyo seno la soberanía electiva pueda separar las cabezas más altas, más nutridas, más equilibradas, y los corazones más firmes y nobles para la función del gobierno, cada día más difícil y cada día más científica.

II

Hablemos ahora algo de finanzas, ya que ellas son el sustento de estos complicados e inquietos organismos tan parecidos a naciones, por la variedad de sus exigencias y la complejidad de los resortes de su gobierno. Ninguna universidad de

nuestra raza, es casi seguro, ha sido más espléndidamente dotada en bienes raíces, destinados unos a la enseñanza, otros a la producción de renta. Avaluados hoy en \$ 15.000.000, constituyen el concurso espléndido de la Provincia de Buenos Aires para la creación de la grande Universidad que reclamaba su crecimiento económico y material, y la reconstrucción de su entidad política, después de su histórica cesión de la ciudad-metrópoli a la República. Esta ha cumplido a su vez el tratado de agosto de 1905, en la forma de un subsidio anual de \$ 1.000.000, y de cantidades extraordinarias con que contribuye a la sucesiva extensión de sus institutos, edificios y material de enseñanza, aparte de las considerables cantidades con que se realizó su primera instalación. El ideal financiero es el de hacer producir a los bienes lo suficiente para conquistar la relativa independencia económica posible; y este no es un sueño, si se ha de contar con los recursos suficientes para los gastos de instalación de los medios de rendimiento de las tierras e industrias en que consiste y se desenvuelve su enseñanza. Destinados esos productos a formar el fondo propio de su seguro de vida, por así decirlo, las actuales y posteriores autoridades deben consagrar un cuidado excepcional a la conservación y aumento de ese capital, el que, no sólo debe representar un progresivo seguro, sino proveer en proporción al desarrollo y crecimiento de sus enseñanzas. A esa política docente, ordenada por la ley, corresponderá la política financiera de ahora y del porvenir; y por lo que a nosotros nos corresponde, — aunque las cifras sean modestas, — en los tres primeros años de administración, en medio de dificultades, contingencias y limitaciones sin número, inherentes a toda institución reciente, el fondo universitario ha ido creciendo en proporción siempre halagadora, de manera que la Universidad ha podido seguir sin esfuerzos excepcionales su desarrollo interior extraordinario, hasta el punto de que no ha sido una cuestión de subsistencia, ni de regresión, el mantenimiento en su tercer año, del mismo subsidio nacional de 1906; y este dato es tanto más importante, cuanto que ese mismo fon-

do ha resistido la creación de un nuevo colegio, el ensanche de cátedras y servicios correlativos, la construcción y habilitación de numerosas instalaciones indispensables en la Universidad, en el Museo, en el Observatorio, en el Colegio, en las Facultades, y los gastos de ocupación de este edificio central, entregado por el Banco Hipotecario según el convenio de 12 de agosto de 1905. La Provincia transfirió a la Universidad Nacional, como fondo propio la suma de \$ 46.890.04; al concluir el primer año de nuestra administración, él ascendió a \$ 66.769.73; al final del ejercicio de 1907, era de 104.536.07 pesos; y el año corriente cerrará, según nuestros cálculos con \$ 115.000. Con el mayor ensanche de los trabajos reproductivos, explotaciones, cultivos propios y arrendamientos, con el aumento de la inscripción universitaria, y con el régimen implantado y mantenido de la más estricta economía, podemos esperar, en cuanto de nuestra administración depende, que esta progresión irá cada día en aumento, y podrá la Universidad afrontar, dentro de no largo tiempo, obras y hechos de más trascendencia para los fines de su creación. Así lo permite suponer la afluencia creciente de alumnos; y si bien este dato cuantitativo no es de un significado tan decisivo como el vulgo se huelga en suponer, él importa una demostración evidente de vitalidad social y universitaria que, comparada con las instituciones contemporáneas de Inglaterra, Estados Unidos y Australia, es digna de ser registrada en honor de nuestro país. Iniciada la Universidad en 1906 con 1012 estudiantes, se eleva esa cifra a 1730 en 1907 y en 1908 a 1912; y si no fuera por la escasez de nuestros medios docentes en proporción a estas cifras, ellas podrían haber superado en mucho a las expuestas; pero ni el personal, ni la capacidad de sus locales existentes, permite abrir sin medida las puertas de las aulas, que a su congestión material, agregarían una congestión intelectual acaso más nociva y censurable.

Señores profesores: He ahí una rápida e incompleta síntesis de la labor realizada en el período que terminará en breve, y que he querido presentar a la honorable asamblea elec-

tora del primer Presidente propio, en el momento en que ella va a ejercer la más delicada de sus funciones. Si en el vasto camino recorrido en tan corto espacio de tiempo hay algún mérito, éste corresponde a todos los que en la Universidad tienen un puesto de trabajo, ya docente, ya administrativo. Por mi parte, vinculado en cuerpo y alma, por razones de origen, a su vida y a su suerte, al consagrarles mis esfuerzos sin medida, ni reserva, ni condiciones, sólo obedezco a un destino irrevocable y definitivo. Nada podría sin el auxilio y el estímulo invisibles pero fuertes del medio social, de la buena opinión de esta Provincia y de la República; y en cuanto a los obstáculos inconscientes o voluntarios derivados de la masa misma que este instituto viene a educar y modelar para mejores destinos, basta para vencerlos o desviarlos una fuerza superior nunca domada, — la de la conciencia del bien, la voluntad de realizarlo y la visión clara de un resultado feliz, en la interminable tarea de perfeccionamiento que la Patria reclama de cada uno de sus hijos. Cuando entregue esta difícil carga al elegido por el voto de la asamblea, con el mismo ardor y la misma tenacidad, me convertiré en el servidor de la causa suprema — la de la educación del pueblo argentino, — desde mi silla de catedrático, desde mi modesto retiro de estudio, desde mi libre tribuna de ciudadano, desde el silencioso hogar de mis hijos. Y que sean en el porvenir como lo han sido hasta ahora definición de los destinos y de la misión permanente de este nuevo centro de ciencia y enseñanza, las palabras que dije en los preliminares de su existencia: *esta es una casa de trabajo!*

II

MISION Y DEBERES DE LA ALTA CULTURA EN LA SOCIEDAD MODERNA

MISION Y DEBERES DE LA ALTA CULTURA EN LA
SOCIEDAD MODERNA *

I

Señoras; Señores:

En la breve historia de la Universidad de La Plata la fiesta de hoy marca uno de los más bellos triunfos: es el primer día de cosecha de su labor silenciosa y paciente; y así como el labrador celebra con un canto nativo la parva auspiciosa y remunerativa, así el educador público tiene derecho a proclamar su regocijo por los frutos de su cultivo en las inteligencias y en los corazones. Uno y otro abren un surco, arrojan una semilla, velan por su germinación, se inquietan, dudan, vacilan, sufren, y esperan con fe en la recompensa de la nunca ingrata tierra fecundada por su esfuerzo.

Nuestros Estatutos nos indican para este acto un deber: el de inaugurar formalmente el nuevo año de tareas, ya hace tiempo comenzadas en el hecho, y el de consagrar, por la entrega de su título, a los graduados en las aulas durante los tres años transcurridos, primer ciclo de su vida docente. Y como nada de lo que atañe a hombres se aparta de su carácter y cualidades, hablaré con toda mi alma, pues nunca pude comprender, ni siquiera en las funciones oficiales más solemnes, esa absurda separación mental entre el hombre público y el privado, que parece imponerse como un precepto de inflexible caballería en la sociedad moderna.

Debo hablar como hombre, y nada más; es decir, que

* Discurso en la primera colación de grados, y apertura anual de cursos de la Universidad Nacional de La Plata, el 19 de abril de 1909.

hablo con mi corazón y mi conciencia propia, pues no los tengo adaptables a cada situación de la vida pública o privada, ni divisibles al uso de ceremonial alguno en virtud de ninguna liturgia complaciente o acomodaticia. La vinculación íntima y consubstancial de este instituto de altos estudios con mi vida de los últimos años, — unión consagrada por mil vicisitudes y fatigas, no menos fecundas por ser dolorosas, — me autoriza a confesar a este auditorio, digno y noble representante de la sociedad argentina, la emoción intensa y puramente humana que domina toda mi persona en este momento, y la cual me impide despojarme ante los alumnos, ante mis compañeros de tareas, ante el pueblo todo, de los sentimientos míos, esencialmente míos, con que he de hablar a los que me escuchan, y he de dar el abrazo de despedida, y he de pronunciar el voto de ventura y de éxito en la lucha mundana, a los primeros hijos de nuestra alma y de nuestra inteligencia: augurios impregnados del perfume del hogar común, y de esa invisible lágrima con que la voz materna se vela en las despedidas; son los votos, los augurios, las esperanzas con que ve alejarse de su techo y de sus modestas aulas la casa universitaria, la última escuela modeladora, saludada como en invocación universal, por todos cuantos en el mundo han pasado vigili-
as de estudio: *¡Alma mater!*

Sé muy bien que no les hemos dado una cultura perfecta, ni todos los medios necesarios para vencer en cualquier género de empresas, ni las hondas e incontrastables aptitudes para descubrir desde luego nuevos mundos para la ciencia, ni eldorados para su dicha personal. Nuestra Universidad no puede aspirar a lo que aún no realizan las multiseculares que honran la ciencia y la civilización, por haberlas incubado en sus aulas y laboratorios; y si es cierto que muchas de ellas dan a sus pueblos y a su época, los más completos obreros de su prosperidad y bienestar, también lo es que la acción y la lucha de la vida realizan la mayor parte de la obra. Y menos podía consumir esta labor esta Universidad nacida ayer, y como creación humana, llena de defectos e imperfecciones, que

ni siquiera han tenido el tiempo de revelarse con una experiencia tranquila, en una observación prolija, bajo un ambiente sereno de laboratorio que requiere todo cultivo biológico.

Es una ley universal de civilización, casi un canon sagrado, el de respetar como inviolable a la madre y a su fruto, por lo menos durante el frágil período de la gestación y la crianza; y sólo las puebladas y las hordas asaltan el hogar, violando el santuario de los primeros cuidados maternos, arrojan a todos los vientos, destrozan, profanan y escarnecen la vivienda donde se elaboran las vidas, las fuerzas, las generaciones del mañana. Todos aquellos a quienes nos fué confiada la guardia de esta casa la hemos cuidado, la hemos sostenido, la hemos defendido sin tregua de un instante, sin más armas que nuestro trabajo, sin más fuerza que la de nuestra fe, sin más objetivo que el de la victoria final de una idea sana, levantada y civilizadora, siquiera ella hubiese de llegar mucho más tarde; y ya que el ambiente externo no favoreciera las tareas, de suyo silenciosas, de la investigación y del estudio, al menos todos nosotros hemos mantenido ese silencio dentro de nuestras aulas, a costa de muchas resignaciones, pero también, os lo aseguro, sólo en aras de la alta misión educadora que la ley y nuestra conciencia de hombres y ciudadanos nos han impuesto como un soberano mandato.

La escuela moderna es el experimento por excelencia; es el fenómeno biológico colectivo más interesante que puede ofrecerse al espíritu científico; es el hecho más incierto y complejo en sus períodos iniciales, aunque sea indudable y cierto el hecho mismo de la vida y del desarrollo; plantada en el terreno fecundo, pero susceptible de todas las buenas y malas influencias, del alma juvenil, necesita de una vigilancia interna imperturbable e imperturbada; y el maestro, como el cultivador y el experimentador, no debe ser distraído en su labor prolija por los brutales golpes de aldaba de la calle, que rompen toda la armonía interna del proceso imaginativo, y lo obligan a interrumpirlo, a dividirlo, acaso a perderlo; así lo han comprendido las sociedades, los partidos, los go-

biernos de las naciones más cultas de los tiempos modernos, porque siempre conservaron rodeados del más seguro respeto, extraños a sus vicisitudes, a sus pasiones y a sus sacudimientos, las casas de estudio, miradas como algo común, como lugares de refugio inviolables del alma de la nacionalidad misma, para que pudiese resurgir después de las derrotas, de las matanzas, de las conflagraciones, para reconstruir y reverdecer lo que la barbarie de las guerras civiles o de los odios facciosos hubiese reducido a cenizas en ciudades y campos.

Y bien; esta Universidad ha sido establecida con un fin superior de formación social, política y patriótica, para la Nación y para la Provincia que la alberga; ella ha sido creada sobre bases tan amplias como la ciencia misma para dar a la cultura argentina un cimiento perdurable, en el estudio de la naturaleza, de las ciencias físicas y experimentales, ya de las cosas, ya del espíritu humano; ha trazado su plan de vida y de acción en el sentido de contribuir al acrecimiento del caudal del humano saber, y dar a nuestra Patria, si puede conseguirlo, en unión con las demás instituciones de altos estudios de la Nación, la honra singular de ese aporte a la obra de la civilización contemporánea. Bajo este aspecto, la Universidad, como la escuela primaria, como el colegio de adolescentes, es la Patria en síntesis; y salvo monstruosas excepciones, no es racional, no es admisible, no es tolerable suponer que sus maestros tengan inspiraciones contrarias a su misión, como sería criminal sugerir que un ejército en operaciones lleve la traición en su espíritu, la deserción en su bandera.

II

He creído, — y lo he dicho ya con toda la franqueza a que me obligan mi posición pública, mis años, y mi ya larga consagración al servicio del país, — que el estado presente del alma nacional requiere un redoblamiento intensivo y extensivo de la tarea educadora en todas las clases y condiciones de la sociedad: la *necesidad de la escuela*, el axioma de

la educación como base de todo sistema de gobierno libre, a fuerza de ser repetidos han llegado a una especie de eclipse y a un relativo olvido; la opinión corriente y los gremios burocráticos, a su vez, apegados al éxito de la educación como programa político, han llegado a descuidarlo como hecho real; y así, de un lado la cifra del analfabetismo ha revelado alarmantes realidades, y del otro, el funcionarismo escolar, como la planta parásita, ha aparecido devorando y extenuando de anemia el árbol de la cultura verdadera y positiva.

El peor síntoma de degeneración de la enseñanza pública es el concepto que ha llegado a formarse de la tarea docente, a punto de confundirla con el empleo lucrativo y sedentario, que a manera de jubilación prematura, buscan todos los incapaces para la lucha personal y el trabajo independiente; y a punto de que los buscadores de empleo, como los buscadores de oro en la vieja California, en Australia o el Klondike, armados de las peores armas, cuando no materiales, las más ofensivas de la injuria, la amenaza, el chantage, la venganza, la calumnia, la intriga, asaltasen en descubierto o a escondidas, y con el grito de *el empleo o la vida*, al gobernante que pueda otorgarlo, o lo hiriesen por la espalda y en la sombra cuando no hubiera podido distribuir el favor a manos llenas. La peor degradación de la enseñanza será la que acuse el hecho de que haya quienes intimen con el grito de la *cátedra o la vida* la ocupación de este oficio de enseñar, como una prebenda graciosa, o como un donativo de parientes o camaradas. Y es tanta y tan fuerte la influencia de estos medios conminatorios del *chantage* y de la *guerra a muerte*, que el temor al escándalo y al incidente perpetuo, hará que los verdaderos maestros formados en las aulas normales o universitarias, queden relegados al olvido de una indecorosa postulancia, mientras que los osados, los audaces, los aventureros y los ociosos, vayan a las cátedras a profanar o contaminar con su cinismo triunfante o su mercantilismo desentrañado, las almas inexpertas, ingenuas o irresponsables de los niños, de los jóvenes, de los adolescentes, expuestos a tantos y tan imprevistos peligros.

La formación del maestro y del profesor en escuelas especiales en estos últimos tiempos, y su perfeccionamiento en institutos universitarios, ha llegado a ser una cuestión capital de gobierno en las naciones más cultas del día. No es que ellos sepan más o menos, — que ya es este un objetivo fundamental, — sino que durante su frecuencia de las aulas se pongan en contacto con los más altos espíritus que han civilizado y mejorado la humanidad, y con los ideales superiores de la vida, que calientan el corazón, despejan las frentes, templan los caracteres y constituyen el más firme cimiento de las más grandes nacionalidades. Concedor y pulsador de las recónditas fuerzas que mueven e impulsan las almas juveniles, puede rectificar sus instintos, verificar sus desviaciones, orientar sus buenas tendencias, y depurar así, en labor continua y colectiva, los gérmenes de generaciones enteras. Así es como el maestro, el educador público, puede ser el autor, el artífice de la patria; el forjador de esos caracteres que osifican un conjunto étnico informe, le dan formas de naciones y estados, y modelan épocas y civilizaciones; así es como la enseñanza universitaria, abarcando todos los ciclos de la vida moral del hombre, desde la escuela primaria hasta la alta investigación independiente, puede llegar sin esfuerzo artificial a la unidad moral, a la sencilla concepción de la vida, en su realidad física y psíquica indivisible: a la asimilación de la verdad, por efecto reflejo de las claras verdades del orden material, y al culto de la verdad, por el amor intenso que hacia ella despierta el conocimiento de los fenómenos y leyes de la naturaleza.

La Universidad de La Plata puede anunciar en su tercer año de existencia la realización de un problema, que hace algunas décadas viene ocupando la atención de los escritores didácticos y de los políticos educadores más prominentes: la organización, funcionamiento y resultados visibles y completos de la enseñanza superior pedagógica, combinada con las exigencias de la enseñanza pública en todos los grados, y con el fin superior universitario de dar al país el tipo más completo posible de hombre educado e instruído para su destino per-

sonal y nacional. La creación y desarrollo feliz de su departamento de preparación docente, sobre la base de una correlación integral de todos los ciclos de la enseñanza, y cuyos primeros profesores abandonarán hoy sus aulas, tan modestas como fecundas, es acaso la innovación más intensa que este instituto ha introducido en los sistemas educativos existentes. Establecido sobre una base científica, de gradual y sistemática observación del niño en su individualidad y en su modalidad colectiva, debe suministrar a la Universidad, al país y a la ciencia un conjunto de datos suficiente para conocer la mentalidad y vitalidad psico-física de una vasta porción de la masa étnica en crecimiento; y al mismo tiempo que ofrece el propio instituto los medios de elevarlo hacia un desarrollo intelectual superior, presenta al sociólogo y al legislador los elementos necesarios para las leyes directivas del destino nacional en sus múltiples fases.

Desde los primeros lineamientos del plan orgánico, se estableció en medio de este conjunto, un colegio secundario de triple fundamento moral, intelectual y físico, según el sistema que hemos llamado de *internado abierto*, del internado social, para cuyo éxito se combinen las condiciones materiales de ambiente, residencia, ejercicios de vida higiénica, con las tareas instructivas y educativas del estudio y de la vida en común, bajo la dirección y vigilancia de maestros paternos y de una honda experiencia de la enseñanza y de la observación de la niñez escolar; y esta ardua y costosa labor, puedo anunciar que toca a su término, y que los albores del año histórico de 1910, pueden encontrar a nuestra Universidad en la iniciación de uno de sus más esenciales propósitos: la formación de núcleos sucesivos de ciudadanos educados en un medio común e íntimo de afectos y de estudio; lo que significa decir, unidos en un sentimiento, ideal y concepto colectivo de su destino humano y patriótico, capaces de reanudar en el porvenir la ininterrumpida tradición y corriente espiritual surgida de Córdoba y San Carlos, y experimentada y probada en las luchas por la emancipación, contra la anarquía y la dicta-

dura y la reorganización constitucional de la República, y renovada en el Uruguay para aportar a la consolidación de la libertad y del gobierno, el concurso de ideas modernas de un ambiente restaurado por el soplo de una filosofía nueva.

Es la primera y única Universidad de nuestra raza que haya conseguido dar cima a un pensamiento de esta especie y magnitud; y a él han contribuido, es justo reconocerlo y proclamarlo, en acción concurrente y uniforme, el Congreso y el Poder Ejecutivo de la Nación y los poderes públicos de la Provincia; los primeros, por la incorporación del Colegio al régimen universitario y la construcción de los monumentales edificios, próximos a abrir sus puertas; los segundos, por la magnífica dotación del más hermoso paraje de su Capital, para la expansión suficiente del instituto, ante el espléndido panorama de su cielo, su río y su bosque: los cuales harán una realidad en Sud América después de cuatro siglos, el sencillo y sabio consejo de Luis Vives, que los educadores ingleses anticiparon a los legítimos sucesores de su raza. La miel intelectual recogida por mil invisibles abejas, del bosque ilimitado de las ciencias, de las letras y de las artes vendrá a condensarse en un panal maravilloso que alimentará de substancia y de dulzura el alma de generaciones enteras, las cuales transmitirán a las sucesivas en herencia inconsciente su bella y grande labor acumulada; y nosotros, los oscuros obreros de esta hora, si algo de nuestro ser ha de perdurar más allá de nuestros días, hemos de estremecernos de divina emoción ante el espectáculo futuro de aquella comunión suprema de gracia y de fuerza.

No es ahora mi intento informar al auditorio de este día, del año transcurrido de labor universitaria, sino expresar ideas y observaciones referentes a los aspectos y preocupaciones relacionados con nuestra misión docente, cuando ha de declararse inaugurados los cursos de 1909; y en este sentido, es justo hacer constar que la mayor parte de ella se ha realizado con creciente y evidente espíritu de progreso. La disciplina de los estudios se ha afirmado más, tanto de parte de

los profesores como de los alumnos, los cuales, a pesar de su procedencia aluvial de distintas regiones y colegios de la República, sin vínculo directo interno con la Universidad, no tardan en armonizarse y homogeneizarse primero entre sí, y luego con el cuerpo docente. El predominio en esta casa, de los estudios de laboratorio y gabinete, contribuye en mucho a la obra de cohesión y de quietud en que la vida universitaria se desenvuelve; y las intermitencias y movimientos que a veces se diseñan en el seno de las colmenas estudiantiles, proceden de las vivas y naturales inquietudes e impacencias de la edad irreflexiva, no contrapesada por una residencia más prolongada en las aulas, por ahora imposible entre nosotros. La ciencia, entre tanto, sigue imperturbable su trayectoria luminosa, y ella ha de lograr su incontrarrestable intento y su inevitable misión transmutadora de la barbarie en cultura, de la ferocidad del instinto en la dulzura de la inteligencia, de la torva maldad de la ignorancia en la serena bondad de la sabiduría.

III

Hoy que esta Universidad, la más joven del mundo, introduce en la vida de nuestro país sus primeros profesionales habilitados para las altas funciones de la enseñanza y otros nobles oficios de la ciencia, es justo, es útil recordarles estos elevados ideales, y con el corazón abierto, como una flor nueva, hablarles el lenguaje de la verdad, que ha de ser, porque debe ser, su apostolado.

Se lo debemos como un mandato de conciencia y de patriotismo, tanto más ahora que la sociedad contemporánea, parece dominada por una corriente de nubes que velan los conceptos más sencillos de las más positivas ciencias y virtudes; ahora que los espíritus observadores notan una marcada tendencia hacia la relajación de la moral profesional en la mayor parte de los gremios directivos, como si el fundamento ético de la vieja educación patricia hubiese sufrido una esencial alteración; como si los hombres viviesen urgidos por al-

guna prisa malsana o alguna ansiedad inconfesada de logros y sensualidades apremiantes; como si las recompensas del trabajo profesional debiesen amoldarse a vencimientos usurarios de Shylocks invisibles; como si la vida, en fin, no tuviese más objetivo que la fortuna pecuniaria o una ansia desmedida de placeres y conquistas materiales.

Muy distinto es el ideal que una casa de altos estudios debe infundir a sus hijos; y él ha de surgir de la vida universitaria, de la frecuencia del trato con sus iguales, y con los maestros de adentro y de afuera de la casa y de la tierra. Ellos enseñan que todo hombre de ciencia lleva en su espíritu una fuerza superior a todas aquellas ambiciones, y una finalidad más grande y más hermosa que todas aquellas conquistas sensuales, tan vanas como transitorias, ya que sólo lo espiritual tiene elementos de inmortalidad. El amor, el culto de la profesión, siendo una fuente inexhausta de satisfacciones y de goces morales, se convierte a su vez en una poderosa corriente de energía y cohesión social y nacional, pues no sólo hará insuperable e invencible en su oficio al que la practique, sino que concurrirá al progreso mayor, — por la experiencia y el estudio constantes, — de la ciencia misma; y el gremio adquirirá mayor relieve social, político y humano, y cada uno de sus miembros ganará en la República provecho y gloria legítimos, fundados en las más inmutables bases del crédito y la eficiencia. Todos los extravíos y los desvíos morales en la vida profesional, proceden de un concepto incompleto sobre el valor de la ciencia; de un apresurado anhelo de éxito y de conquista de honores o de fortuna; y así se va a pedir a oficios extraños lo que ellos no pueden darles, y el propio les castiga su ingratitud con el abandono y la ignorancia; lo que significa, al fin, la formación de esos núcleos infortunados y vencidos de todas las carreras, de *ratés* descalificados y mutilados sociales que, siendo inútiles en su propia profesión, pretenden asaltar las ajenas, y concluyen por exigir al delito lo que no pudieron obtener honrada aunque modestamente de su trabajo. Si el obrero manual en una fábrica puede adquirir honor

y fortuna por la perfección y aún el descubrimiento de su herramienta profesional, con mayor razón un abogado, un ingeniero, un médico, un profesor, un agrónomo, que dominan tan múltiples resortes de acción y de lucha, pueden conquistar gloria y fortuna más extensas, con la consagración a la labor investigadora y creadora de la rama de ciencia de su elección. Y luego, es propio del estudio la absorción y la satisfacción intensa del espíritu, por su gradual elevación y dominio de los conocimientos; y entonces, la sed de renombre y de recompensa se sacia en forma mucho más elevada y efectiva, que corriendo en busca de favores extraños a los de la propia ciencia profesional.

Esta inquietud, esta sed, este anhelo de renombre y de honores, en estrecho maridaje con la fortuna, son los que han contribuido en la sociedad contemporánea a corromper la noción y el sentimiento del patriotismo, hasta degradarlo y convertirlo en un vulgar pretexto de resonancia o de lucro. La facilidad y rapidez con que la sugestión patriótica obra en el ánimo de la multitud, — y tanto más cuanto más ignorante, — induce a los políticos de baja fila, o a los demagogos, o a los aventureros, o a los ambiciosos, a abusar del argumento hasta la saciedad, a plantear todas las cuestiones, aun las más nimias, bajo la faz patriótica, a adular y excitar a la muchedumbre, a calificar y condenar como traidores a la patria a todos sus adversarios, o a los que contraríen sus intereses o sus proyectos de lucro o de escalamiento político. Llevados del mismo espíritu egoísta o interesado, o de sincero extravío moral, ese género de caracteres es el más peligroso en una república que aspire a engrandecerse y a perpetuarse, porque todos los problemas vitales los disfraza de su verdadero y recto sentido, con las falsas apariencias de un patriotismo fingido, y son capaces de conducir a un abismo a su país, cegado por espejismos de falsas grandezas o de fuerza imaginada, lanzada tal vez en contra de otras mayores y más positivas de pueblos extraños. Estos son en todo tiempo los verdaderos enemigos de la República, porque son ocultadores sistemáticos de la

verdad, de los defectos y de las necesidades de su pueblo; y en contrario, aquellos que poseídos de un sencillo y honesto sentido de lo verdadero y de lo justo, y dotados de una fuerza moral bastante para hablar a sus conciudadanos y a su época la verdad sobre sus condiciones, defectos o deficiencias son los únicos que pueden mejorarlos, corregirlos o completarlos; y al procurar para su patria lo mejor posible dentro del estado general de cultura y de convivencia con las demás naciones, ganarán para la propia, prestigio, respeto, poder y riquezas que la mentira y la falsedad nunca podrán obtener y menos conservar.

En todos los tiempos las universidades han realizado esta misión altísima de dar al Estado los hombres aptos para el gobierno, a las profesiones científicas los más capaces y progresistas, y a las diversas clases sociales los conductores más acertados de sus intereses o sus destinos; y en los tiempos que corren, en los cuales el poder de la opinión pública es tan enorme hasta el punto que constituye el asiento mismo de la libertad política y civil, el valor del hombre instruido y educado aumenta cada día, y su obligación de respetar, amar, profesar y sostener la verdad y la justicia, es también cada vez más una sanción universal que decide de la suerte y condición de la Nación entera. Las frágiles y suntuosas pompas de la elocuencia literaria suelen cautivar a las inteligencias vivaces y brillantes, y como hadas maléficas de cuentos orientales, las arrebatan con sus encantos, cuando no las equilibra una sólida conciencia moral y patriótica; y ya Burke, con ser el más grande orador que hayan visto los tiempos modernos, señalaba a los contemporáneos los inmensos peligros de ese vértigo semejante a la locura. Su campaña parlamentaria en favor de América demostraría hasta qué grado la justicia y el amor de la verdad pueden sobreponerse a un mal entendido patriotismo. En comparación, el gran ciudadano moderno se hallaría descrito por Lord Roseberry en su intenso retrato del duque de Devonshire, hecho de íntimas virtudes privadas y de cualidades públicas de altísimo relieve. "Ningún hombre pudo

contar jamás con un amigo más leal ni más honesto, ni más generoso, ni más abnegado que él. Más que esto, fué una de las grandes fuerzas de reserva de este país. No fué orador; sus discursos no incitaban siempre a la atención; pero no hubo otro alguno que fuese escuchado con más veneración y respeto. Lo más notable en él fué su sencillez, su candor, la rectitud de su carácter. En la discusión de las cuestiones públicas buscaba llegar a la verdad, y si era necesario reconocer su error, no se avergonzó jamás de ello. Hombres como este son los que han hecho la gloria de nuestra patria". Belgrano en su abnegación sin límites por la causa de la libertad, y San Martín en el más alto concepto de superioridad moral y cívica que puede alcanzar el alma humana, forman con WASHINGTON una trinidad luminosa del carácter, que puede señalarse como tipo ideal de la educación patriótica, como exponentes de una cultura, de una nacionalidad, de una raza.

Señoras; Señores: Acaso he abusado de vuestra benevolencia, y excedido las máximas proporciones acordadas a este género de discursos. Pido perdón por estas faltas, en gracia de lo excepcional de la circunstancia, y de la variedad e intensidad de las impresiones y sugerencias que este acto evoca, particularmente en mí, por la indisoluble compenetración de mi vida con la vida de esta Universidad. Bien sabéis, — y no tengo por qué cambiar una elemental modestia en una consciente hipocresía, — que le he dado todo cuanto tenía, que le he consagrado y le dedico la vocación de mi carrera pública y todas las energías de mi persona; y aunque en caso alguno he pensado, como pudiera sospecharlo un alma vulgar o un corazón perverso, que tales actos eran calculados para honra o beneficio personal de cualquier especie, tengo el derecho de afirmar que sólo me ha guiado el anhelo de la mayor cultura y engrandecimiento moral y político de nuestra Patria; y así, hoy que esta casa celebra la más significativa de sus fiestas, — la consagración de sus primeros diplomados, — he podido dar expansión extraordinaria a mis ideas y a mis emociones, y con la única autoridad de mi estudio incesante y del in-

menso amor y devoción por la causa de la cultura pública, atreverme a dar consejos, señalar rumbos, definir ideales.

Sé muy bien que la corta existencia de la Universidad no ha podido imprimirle aún ese sello inimitable que procede de los siglos, — de siglos de labor científica de cuya unción se hallan como saturados los viejos muros de las universidades antiguas; pero me imagino que los jóvenes graduados que desde hoy abandonan estas aulas, han de llevar algo como un sentimiento de íntima complacencia, semejante al del niño que se siente acariciado por una madre joven y bella, desbordante de afecto, de gracias y de promesas. Creo que han de recordar a su casa materna universitaria con creciente amor cada día, a medida que las experiencias de la vida, los desfallecimientos de la lucha que comienza ahora, el vuelo de muchas ilusiones desvanecidas, les hagan echar de menos el calor del hogar estudiantil con todas sus pobreza y vicisitudes; y tengo por seguro que la huella que han grabado en su inteligencia o su corazón las enseñanzas o direcciones de sus maestros, afectuosos y paternales, como la corteza del árbol nuevo, — según el bello símil de un escritor americano, — ha de crecer junto con el árbol, y ha de conservarlo vigoroso, para restaurar en lo futuro muchas fuerzas debilitadas o perdidas.

Con mi reconocimiento más sincero hacia los altos funcionarios de la Provincia, y el distinguido concurso de la culta sociedad platense que alienta con su estímulo a los que aquí realizamos labor silenciosa de maestros de escuela, declaro inaugurados oficialmente los cursos de 1909, y envió mi despedida más afectuosa a los graduados, en nombre de las autoridades y de sus maestros, con votos por el éxito siempre creciente de sus esfuerzos por la felicidad y por la fortuna, y para que en las horas sombrías de la incertidumbre que toda lucha engendra, vuelvan la mirada hacia la escuela, en cuya puerta arderá con resplandor suave una llama conductora que no se apaga aunque desfallezca, — la llama inmortal de la inteligencia, alimentada por todas las generaciones en labor y culto sucesivos, y es el único símbolo real e imperecedero de la Patria.

III

FRATERNIDAD ESTUDIANTIL

FRATERNIDAD ESTUDIANTIL *

Señoras; Señores:

Rara vez he aceptado con mayor decisión un encargo como el que esta noche realizo. En medio de las más arduas y continuadas tareas de mi vida presente, en la cátedra, en la banca parlamentaria, en la tribuna pública, como en un campo de batalla ideal donde se lucha sin reposo, recibo la nueva orden, y aquí estoy dispuesto a cumplirla, y esta vez con más ánimo que nunca, siquiera mi acción deba ser, como mía, modesta y descolorida, pero como acción concurrente a mis ideales más íntimos y caros, rendida con toda el alma, como el soldado de fila que no teniendo nada más que dar ofrece en holocausto lo mejor que tiene, la vida que le resta.

Creo desempeñar un deber social ineludible, al entregar a la obra incesante de la cultura pública todas mis fuerzas; y a ella hace ya tiempo he consagrado la vocación de este último tercio de mi vida, en el cual, si el tiempo resulta menor que lo ya vivido, en cambio, por el prestigio, y el peso, y el valor de la experiencia, puede significar mucho más que la labor del pasado. Es que la energía cultivada no se agota, sino que renace, se reconstruye, revive de sí misma; y es cultivar la energía estudiar, observar, aplicar las lecciones de la propia conducta en alimentar el surco abierto, mejorar la semilla cien veces sembrada y cosechada, no sólo en nuestra

* Discurso en la velada de los universitarios de Buenos Aires, para concurrir al fondo de edificación de la "Casa de los Estudiantes", el 11 de setiembre de 1909.

heredad, sino en la heredad del vecino; porque si egoístas abandonamos el sembrado vecino por cuidar sólo el propio, un día la maleza, la miseria y la peste de aquel lado del cerco pasará al del nuestro, y en vez de riqueza y lozanía, sólo obtendremos el yermo en la comarca y la desolación en la heredad.

Decía esto para confesaros cómo y por qué he decidido consagrar el resto de mis días a la misión de la cultura patria; y cómo y por qué esta dedicación busca su cumplimiento y ejercicio en medio de las almas juveniles; no solamente, sin duda, para hallar en ellas el soplo vivificante de una edad ya mirada desde lejos, como al viajero que no volveremos a encontrar en nuestro camino, sino porque en el seno de la grande alma de la juventud, como en el vasto corazón de las selvas vírgenes, se hallan en movimiento germinal todas las fuerzas y todos los impulsos, que pueden renovar y corregir las trabajadas energías de las vidas sin reposo.

Fruto de una veintena de años de vida escolar, entremezclada de afanes y vicisitudes políticas, poseo un particular modo de ver las cosas relacionadas con el perfeccionamiento de nuestra educación colectiva, en diversos aspectos, y más de inmediato, con el porvenir de la democracia que hemos organizado como medio de perpetuar el histórico legado paterno y patricio. Semejante a aquellos caracteres amigos en su juventud de adornos y refinamientos elegantes, que junto con los años van arrojando una por una todas las joyas y los caprichos de la vanidad, así en el transcurso de una existencia laboriosa y pensativa, el espíritu se desprende uno por uno de sus ideales, esperanzas e ilusiones, para quedarse, al fin, por todo equipaje definitivo en la última jornada, con un objetivo cierto, un propósito digno de la larga fatiga, y una intensa y ardiente llama de amor y de ideal hacia la humanidad y hacia la patria, por toda luz y estrella conductora.

Hemos luchado por la cultura social y política de la República más de la mitad de un siglo; hemos abierto nuestra tierra y nuestras almas a la influencia ambiente de la ciencia

y de la civilización de los más variados orígenes; hemos probado los sistemas, métodos y rumbos más distintos; hemos derramado en todas partes por la mano de sembradores iluminados, las escuelas y los libros; hemos hecho todo esto con ardor, con prisa, con febril impaciencia, y no obstante, en el fondo de la conciencia nacional se oye una voz que reclama algo más y algo mejor; como si sintiese la necesidad de nuevas orientaciones y más hondas intensidades; como si esa conciencia no se hallase satisfecha de sí misma, y un dejo amargo surgiese en el fondo de las copas donde el alma colectiva ha bebido el licor de la ciencia.

Todos los observadores de dentro y fuera de la República descubren el mal y no lo declaran, conocen el remedio y no lo aplican, perciben la causa del malestar espiritual ambiente y no la atacan; y como es al mismo tiempo enfermedad local y humana, la lejanía de la curación los desalienta, y presos de una febril y cobarde ansiedad, por no esperarla prefieren ahondar el mal, saturándolo de su misma esencia, y llorar por escepticismos y decadencias anticipadas los frutos inmaturos, no sazonados, de un cultivo apresurado o intermitente. Todos reconocemos que nuestra educación nacional lleva en sí una herida profunda que sangra sin cesar y nos debilita de día en día; que la ciencia entra a borbotones en las inteligencias infantiles y adultas, y masas enormes de niños y de jóvenes salen de las aulas para entrar en la vida o a más altos estudios "con la cabeza llena y el corazón vacío"; con presunción de saber en la mente y con frialdad de sentimientos en el alma; con un capital suficiente o sobrado para la operosidad de la vida, pero sin fuerza de voluntad para ponerlos en acción; con una convicción científica del deber social o político, pero sin la inspiración ideal o moral necesaria para convertirla en ley de la conducta; con una noción dogmática de la solidaridad y cohesión de la masa en la comunidad nacional o en la misma generación, pero sin calor y fuerza de simpatía, que funda las almas en un afecto, como los metales en un crisol, y engendra esa incontrarrestable

potencia defensiva y creadora de los ideales colectivos y de los grandes amores, que así subliman la persona humana, como alzan y conducen a las nacionalidades hacia inesperados destinos.

¿Es acaso la ciencia incapaz de forjar el verdadero carácter, el carácter suficiente, fundado en el justo equilibrio y conjunción de aptitudes e ideales? Afirmarlo sería revelar un falso concepto de la ciencia, asignarle un dominio muy limitado en el espíritu y en el universo, y desintegrar la personalidad del hombre, como si fuera de él la ciencia pudiera tener un interés, un objetivo y una aplicación eficiente.

Esta vida nuestra está combinada de ideales y de emociones, que se alientan y se sostienen entre sí, en simbiosis fecunda y activa; de tal manera que si la ciencia sólo tiende a elevar la aptitud y valor individuales y a disgregar la masa solidaria, el sentimiento la difunde y la compenetra, la convierte en fuerza y calor colectivo, y ambas reunidas comunican a la sociedad y al núcleo político esa admirable aptitud de reproducción, de crecimiento y de vida, que constituyen los organismos más vitales y progresivos.

Hace poco un filósofo y poeta italiano, pesimista, es cierto, pero no enemigo de la verdad y de la observación científica, trazaba un cuadro de vivo relieve sobre el estado del alma contemporánea, que deben contemplar los jóvenes en este período, el más interesante, sin duda, de las elaboraciones mentales y afectivas. "El carácter se disgrega y se desgrana; la voluntad se hace ambigua y pusilánime; el compromiso y la transacción forman la trama de la vida y el fondo de las conciencias; se vive de repliegues y de ardidés; no se sabe ya resistir, ni corregir, ni imponer, ni enfrenar, ni hablar con claridad, con resolución, por sí o por no; un hombre político pondrá todo su orgullo en no tener convicción propia, ni propia personalidad moral, y en transformarse según el molde de las circunstancias y los giros de la corriente, y un literato en no tener otros gustos que los impuestos o consentidos por el público. Muchos se reúnen para crear con.

fragmentos de voluntad una voluntad que parezca única, íntegra y altiva; y de ahí que surgen formas nuevas de servidumbre, precisamente en aquellos que más claman contra toda servidumbre". En estados de alma semejantes, los encargos que mantienen en coherencia luminosa las piedras finas de una elevada educación se despedazan, y privadas de "ése lazo de unión ruedan dispersas por el suelo, según la triste imagen de Moore, el poeta de la amistad. Pero una unión más estrecha, permanente y sistemática de los elementos afectivos con los intelectuales, puede reconstruir la diadema desgranada, y forjar otra más brillante y homogénea, de una civilidad más alta y más pura, cuyas luces sean sus más bellas cualidades constitutivas como la compostura, la homogeneidad, la euritmia, la coherencia, la animación interior.

Aquellos mismos observadores advierten ya en nuestro medio psicológico gérmenes visibles de esas enfermedades colectivas, las cuales, a manera de misantropías agresivas o disolventes, ponen entre hombre y hombre cercos inaccesibles de afiladas púas, para impedir todo contacto; el repudio de toda acción conjunta o de toda labor colectiva, por la mente, la voluntad o el brazo; el rechazo de la ayuda ofrecida como medio de negar la propia; la censura enconada en reemplazo de la crítica dignificante, para toda obra o acción del prójimo o el compatriota; la resistencia o la oposición contra toda empresa ajena, y la exagerada exaltación de la independencia y el carácter como máscara del egoísmo y la negativa del concurso personal al esfuerzo ajeno; el ansia de goce inmediato, al cual, como el monstruo de las leyendas wagnerianas, se sacrifican vidas, tesoros e ideales, para no soportar las penas de la heroica liberación; la fácil condenación de toda tentativa laboriosa, metódica y constructiva, como forma de la incapacidad para el esfuerzo continuado y educador que crea las cosas imperecederas; la desunión, la desinteligencia, la diversidad, el antagonismo, la rivalidad y las artes combativas que las sustentan, comenzando por dividir a los jóvenes en las mismas bancas del colegio o la Universidad,

concluyen por cavar profundos y más amplios abismos en la vida social o política, a punto de convertir esas antipatías en credos colectivos, los antagonismos transitorios en odios perdurables, las diferencias en guerras civiles, las ideas y tendencias divergentes en proscripciones y anatemas implacables contra los hombres que los mantienen; y por fin, la patria común, el hogar de todos, la tierra materna bendecida por la sangre de generaciones enteras y fecundada por el limo de ríos como surtidores de vida inagotable, amenazada de trocarse en un nido de reptiles, en un albergue de *feroces Erinneas*, en un campo de sangre y rencores que diezman, asolan y aniquilan.

No debemos alimentarnos del pasado como exclusivo alimento; pero el pasado tiene las simientes fundamentales de toda labor prospectiva. La nacionalidad tiene en el pasado sus raíces, pero ellas se alimentan del aire y la luz del sol, y de los jugos vitales que llegan de todos los horizontes. Nuestros mayores cuidaban más los afectos del corazón que las aptitudes científicas; y en los escasos colegios de otros tiempos se hacía poca física, matemáticas o ciencia social o política, porque se empleaba el día y el año en un género de educación tan involuntario o inconsciente como fecundo en grandes enseñanzas y resultados sociales y políticos, que consistía en la vida común y asociada de todas las horas y en todas las circunstancias: comunidad de vida y de lucha que pone al descubierto las fuerzas recíprocas y suprime, por lo mismo, la acechanza y la traición que se fundan en el misterio y en la distancia; que acerca y confunde a los hombres en un sólo concepto de igualdad y de tolerancia recíproca, fundadas a su vez en el conocimiento de las mutuas deficiencias y aptitudes; y así como la intimidad de la vida y del esfuerzo, y de la labor y del estudio comunes, suprime las rivalidades disolventes de los caracteres, así la realización de algo debido al esfuerzo combinado, crea una vinculación substancial indestructible, como un himeneo mental y afectivo del cual surge a la vida una idea nueva, un descubri-

miento, una solución, una conquista. La idea reformadora de nuestras vetustas escuelas coloniales reemplazó lo viejo por lo nuevo sin respetar el sedimento inmutable que dejan unas generaciones en otras; el soplo revolucionario arrancó de raíz el árbol secular, y dispersó en la ilimitada llanura los últimos gérmenes de supervivencia del espíritu indivisible que alienta la raza, vincula los siglos y mantiene viva la célula inmortal de las incesantes renovaciones. Así al ordenar los nuevos estudios y abrir anchos cauces a las avenidas de la ciencia nueva, acaso no cuidamos de mantener sujeta la semilla de aquella saludable educación afectiva, paternal y doméstica, que por sí sola realizaba milagros de ciencia en medio del árido y vacío limbo de las abstracciones y las metafísicas. Pero hoy, la ciencia educadora novísima recobra el hilo extraviado de la antigua, y sobre las bases modernas del saber universal y libre, organiza, mantiene y robustece con intenso calor de vida la educación del sentimiento, que une a los hombres, los solidariza desde niños en ideales y afectos recíprocos, que más tarde son lazos indisolubles de invencibles conjunciones de fuerzas y voluntades en empresas superiores de importancia patriótica y humana.

Señores estudiantes: ¿Por qué he hablado de este modo en un acto de esta naturaleza, destinado a facilitar la construcción de vuestra casa común? He dado en la pregunta la respuesta: es que el pensamiento de la casa común de los estudiantes de la República, es expresión de un supremo ideal educativo, de una transformación profunda en la actual dirección de la labor universitaria argentina; es la creación del anhelado hogar colectivo que las aulas no pueden ofrecerles, y en el cual maestros y alumnos, en amistosa y frecuente convivencia y comunidad de ideas y aspiraciones, triunfos alentadores, desencantos ejemplares, crearán entre ellos la corriente afectiva interrumpida hace tanto tiempo, y a cuyo influjo la acción docente y educadora, la transmisión de la enseñanza y la sujeción moral, se realizarán sin esfuerzo y por su propia virtud generadora.

El funesto espíritu de desunión y rivalidad que enferma el alma de la juventud argentina y se transmite a veces con cierta pasividad inconsciente a las propias universidades, tendrá en esta felicísima inspiración de la Casa de los Estudiantes, su antídoto más eficaz; concebida con amplitud generosa y fraternal como un hogar propio de todos, en el cual se reconozcan como compañeros los hijos de todas las regiones del país, afiliados a las tres casas maternas de ciencia y alta cultura, ella sola realizará una labor educadora más intensa y vasta que la tarea intermitente y de puro significado instructivo, de las cátedras; desarmará por su sólo prestigio afectivo los vanos celos y pueriles emulaciones, que hacen pensar en que tres universidades del mismo país trabajasen con fines diversos y para naciones diferentes, siendo así que ellas en su diversidad regional o en la diferenciación orgánica o de métodos, sólo contribuirán a enriquecer y mejorar los productos intelectuales de cada una; y si alguna emulación es concebible entre ellas, será la del mayor esfuerzo, de la mayor suma de labor productiva y útil, y de la preocupación más positiva de los múltiples problemas de la cultura moral y la prosperidad económica que la Nación confía a los institutos superiores universitarios.

La unión de los jóvenes durante la edad feliz de las ilusiones del corazón y de la inteligencia, sellada y ungida día por día en mil formas diversas, que la asociación en el estudio y en el culto de los sentimientos afectuosos y patrióticos consolida y embellece, será una fórmula propiciatoria de la anhelada revolución del alma nacional hacia una armonía más efectiva en las altas esferas de la sociedad y la política, donde en su hora aquellas sanas influencias, aquellas hondas amistades y cariños de la juventud, se traduzcan en acciones fecundas para la patria, para la gloria y prestigio de las instituciones libres, y para hacer inmovible el cimiento de la cultura argentina en el futuro. La frecuencia del trato, la comunicación de ideas y anhelos, la participación cooperativa y conjunta de todos los jóvenes en todos los gran-

des y sanos movimientos de la opinión y del sentimiento público, van formando y consolidando los vínculos amistosos entre los hombres de una misma generación, y no solamente asegura para el porvenir de la Nación la posibilidad de una educación más coherente y solidaria, sino que contribuirá al progreso científico y didáctico de las universidades, a su dotación más completa y a su decoro más puro y elevado.

Una honda transformación debe resultar de esta nueva vida en el espíritu, en la índole, en la práctica de las relaciones que la vida universitaria crea entre maestros y alumnos. Separados hoy en dos grandes agrupaciones rivales, dispuestas a la lucha, a la ojeriza y a la hostilidad permanente e inmotivada, se asemejan en esto a las dos grandes divisiones igualmente falsas del orden político: pueblo y gobierno. Los estudiantes considerados como súbditos revoltosos e irreducibles; los profesores y académicos mirados por los estudiantes, en explicable reciprocidad de conceptos, como autoridades despóticas y arbitrarias; el choque, la insurrección, la guerra civil, serán la consecuencia más natural de tales aberraciones de criterio, y el desorden, la indisciplina, la ociosidad, la pérdida de tiempo y amor al estudio y a la ciencia, y la ruina de toda enseñanza, la última calamidad pública. La nueva vida, la vida en común, el acercamiento y el compañerismo acabarán por destruir la cristalizada idea aún dominante del profesor gobierno en presencia y amenaza constante del estudiante súbdito; y cuando uno y otro comprendan que nada es el uno sin el otro, y que la amistad respetuosa que la cátedra engendra es el mejor vehículo de transmisión de las ideas y de las sugerencias científicas, la Universidad se habrá regenerado y la cultura pública habrá tomado por fin su orientación moderna y definitiva.

Para formar hombres capaces de gobernar y dirigir los destinos de una República como la nuestra, es necesario organizar el régimen escolar universitario sobre bases concurrentes a ese objetivo supremo. No se preparan cabezas directivas habituándolas a la servidumbre y a la pasiva obediencia; ni

se crean espíritus científicos e investigadores negándoles por sistema los derechos inherentes a la crítica y a la experiencia libre y personal; no se forman generaciones coherentes y solidarias para las grandes luchas de la vida, sin alimentar en las almas juveniles, en ambiente propicio a la germinación de todos los nobles afectos, los vínculos de íntima solidaridad que la vida en común, el estudio en compañía, la meditación y el ensueño comunicados, crean y fructifican en ellos. Esperemos que la renovación de las ideas y de los hábitos universitarios, en autoridades y alumnos; que la más amplia penetración en unos y otros del espíritu de propia investigación y descubrimiento; que la mayor expansión y soltura en las formas de la vida estudiantil, encauzada hacia ideales superiores de alta cultura y civilidad; y que un culto directo del pasado propio, con mirada hacia el porvenir y hacia los focos de más elevadas y ejemplares civilizaciones, han de permitirnos asegurar, como legado grato a nuestros descendientes, un estado de alma menos inquieto e informe, un concepto colectivo del destino nacional más definido y claro, y un haz de fuerzas morales y positivas capaces de afrontar las más árdidas contingencias del porvenir y las más oscuras asechanzas del incierto destino.

IV

**LA ENSEÑANZA ARGENTINA Y LOS MODELOS
DE AFUERA**

LA ENSEÑANZA ARGENTINA Y LOS MODELOS DE AFUERA *

I

Señor profesor Altamira;

Señoras; Señores:

Una vez más, para mayor honra mía, dirijo la palabra al público intelectual de Buenos Aires, en homenaje del catedrático ilustre, venido a nuestro país en misión de alta solidaridad docente, y de comunicación del alma europea con la de esta joven raza americana, tan íntimamente unida a ella por la sangre y la tradición ideal. Esta vez he debido acatar un mandato corporativo, transmitido por el presidente de la Asociación Nacional de Profesores, digno rector de uno de los más acreditados colegios de la República, de ofrecer al embajador académico de Oviedo y de la cultura española, un recuerdo de afectuosa amistad; el cual no durará tanto como ella, sin duda, porque, mientras la hoja de papel y la piedra o metal de que un álbum de autógrafos y una estatua de elocuente simbolismo están forjados, pueden destruirse o perecer sin renovación posible, la obra de arte inmaterial, elaborada por la palabra y el ejemplo del maestro en la conciencia y en el corazón de sus oyentes, alumnos y compañeros de vocación, será *más imperecedera que el bronce*, porque se reconstruirá sin cesar y se difundirá en generaciones sucesivas, en partículas invisibles, como las semillas de los grandes árbo-

* Discurso en nombre de la Asociación Nacional del Profesorado, en el acto de entregar al señor Rafael Altamira un álbum y una estatua de "La Historia", el 14 de octubre de 1909.

les, por el ambiente, por los jugos de la tierra, por la incesante germinación de las ideas mismas.

Ha sido este un movimiento tan espontáneo como unánime en el seno del profesorado argentino, representado por el de Buenos Aires y La Plata, como lo fuera la simpatía conquistada día por día, en cada conferencia, discurso, lección, plática o confidencia íntima del ilustre enviado; y ha ocurrido con él lo que a los mineros de la montaña, cuyo entusiasmo crece a medida que el análisis va descubriendo en los intersticios de la piedra de común apariencia, los puntos brillantes, los hilos, los haces, o los coágulos opulentos del filón precioso a que pertenecen. Esta es la verdadera *conquista espiritual*, que no se escribe en crónicas deleznable o formalistas; esa es más que un catequismo artificioso, una habilísima compenetración armónica de dos afinidades incontrastables, de dos corazones que se han buscado largo tiempo en la inconsciencia o en la sombra; y es acaso este milagro debido a una feliz predisposición de nuestra inteligencia para asimilar el mensaje, y una no menos abierta expectativa de nuestros corazones, para recibir la onda cálida del afecto hermano, transmitida a través del mar por conductor tan inspirado y tan vibrante.

Muchos y valiosos factores han concurrido al éxito extraordinario de la misión de Altamira en esta región de América, que seguirá, a buen seguro, sin mengua, en todo el continente. Además de las cualidades intrínsecas del carácter, los medios de acción, las dotes persuasivas y la fuerza intelectual acumulada por el hombre, debe tenerse en cuenta la situación de ánimo, el estado de conciencia de toda América en este momento psicológico de la historia, para oír, comprender y acatar toda palabra de paz, de amor, de solidaridad y de cultura que le llegue de arriba o de lejos, como a precipitar una efusión contenida por reparos o reticencias, más infantiles que reales, hijos más bien de una timidez mal velada de amor propio nacional, que de serias razones de Estado. Un apóstol impersonal de la ciencia y de la historia

común, pone en circulación la corriente afectiva, tomada en los viejos acumuladores ancestrales, y el hielo aparente se disuelve; las ideas y sentimientos de la raza, vivientes en el idioma y en la euritmia consanguínea, toman un sentido familiar, y de un momento a otro, la vida entera de estas sociedades puede amoldarse en sus manifestaciones externas a la armonía interior que los impulsa a acercarse y a comprenderse entre sí. No se puede cultivar la misma era sin interesarse con amor paternal por el fruto esperado; “no se puede vigilar en el surco propio sin asomarse a ver cómo germina el surco vecino”; no se puede verter gotas de sangre de la misma fuente, sin sentir la profunda atracción del germen vivo caído en la tierra; no se puede sembrar ideas en el alma de un pueblo, niño o adulto, sin adherirse para siempre a su destino, como un destino propio, como si el pensamiento sólo fuese la vibración de un espíritu universal, germinador de la vida, de las formas y de las almas...

Y bien; decía que el maestro amigo había llegado hasta nosotros en hora propicia, y es necesario que lo explique. Hace tiempo que la preocupación más viva de las clases superiores o *pensantes*, es la mejor ordenación de los estudios de toda jerarquía, desde la escuela primaria hasta la universidad. Puedo afirmar que el fenómeno más digno de admiración aquí, es el unánime asentimiento en esta necesidad, porque el hecho más alarmante respecto de la educación nacional es, precisamente, la falta de acuerdo y de solidaridad sobre los problemas más elementales o vulgares del gobierno o conducción de las cosas colectivas. Todos, como los sabios de la aldea, convenimos en que es necesario poner un remedio a los males que nos afligen, pero la guerra comienza cuando llegamos al punto de determinar cuál es ese remedio. Cada uno de nosotros tiene un plan, ha concebido una combinación, ha ideado una estrategia propia y exclusiva; pero se dejaría cortar una mano antes que reconocer que el plan, la combinación o la estrategia del vecino son dignos de nuestra aprobación y ayuda; y así estamos ya hace más de dos décadas,

y la plaga se va haciendo endémica; los rastrojos de la heredad van a trechos ostentando las sábanas sutiles de las telarañas, o las madejas inextricables de la cuscuta, donde antes florecían las doradas espigas, o se agitaban como las olas las floraciones azules sobre el verdemar de los alfalfares paternos; y, por fin, los frutos del huerto inmediato, víctimas de la mezquina e intermitente ración de riego o de poda, cada día van para menos, escuálidos y desabridos, cuando no penetrados ya del gusto intenso y acre de la maleza dominante. La desunión y la desarmonía son más funestas que la ignorancia, al parecer, en asuntos de educación pública, como en todas las demás cosas de orden colectivo; y aunque una buena inspiración espontánea nos arranque a veces un signo de conformidad por la idea o la obra de nuestro vecino o compatriota, no tarda el empaque criollo en arrugar el entrecejo y armar en el brazo la lazada para la gresca inminente. Lo más grave de todo es que el problema se agita dentro de un círculo de hierro, vicioso y hermético; el mal ha atacado a la educación pública, y es evidente que sólo la educación pública puede extirparlo. Se necesita unión, acuerdo, solidaridad en la obra, para producir un estado en que tales virtudes sean posibles, y más de un hombre de Estado, conducido como de sorpresa a fijar su atención en este aspecto del gobierno, al contemplar la enormidad del daño, se asusta de la magnitud de la empresa reclamada para la solución. Todos convenimos en que es una necesidad primordial la de preparar los profesores y maestros, capaces por la ciencia y por el método, para cada enseñanza o núcleo genérico de enseñanzas, y entre desalientos y abandonos y en impulsos desiguales vamos salvando, si no la entera realidad de la institución, al menos la integridad abstracta del principio. La fundación de institutos técnicos, de facultades y altas escuelas normales, es el esfuerzo más considerable que la historia educativa de estos últimos lustros recogerá, como prueba de nuestras luchas por la formación del magisterio nacional. Las universidades de claustro cerrado, han debido abrir sus ven-

tanales a la luz plena del nuevo día; y haciendo espacio a la expansión de las ciencias ya desbordantes de sus moldes antiguos, han reconocido que, encima del estrado secular, había crecido una vegetación desconocida, que amenazaba con sus raigones indisciplinados la solidez de sus muros medioevales. El espíritu de la vida contemporánea entra ya sin mayores resistencias en todas las aulas; se *enseña* mucho y se procura instruir mucho más; los grados, científicos o profesionales, corren después a reproducir en las aulas las lecciones aprendidas, tras un imperfecto e improlijo escrutinio de aptitudes y capacidades, y con los mismos medios incompletos de que ellos dispusieron para su aprendizaje. Un nuevo círculo vicioso aparece así en el proceso instructivo general, según el cual se exigiría a una enseñanza incompleta e inmadura que diese frutos perfectos y sazonados, siendo así que de ella sólo puede resultar, al lado de una instrucción imperfecta y deficiente, una educación moral negativa.

II

Y este es, señores, en mi opinión, en la hora presente, el más grande de nuestros males, y el más grave de nuestros peligros, que formulo diciendo que en las escuelas, colegios y universidades argentinas, se instruye pero no se educa; se nutre la inteligencia, se adiestran los sentidos o las aptitudes manuales, pero no se calienta el corazón, no se ilumina el alma con el fuego y la lumbre de esas virtudes inmanentes e imperecederas que, como diluídas en la sangre de toda una raza, se trasmiten de generación en generación, para ser el cimiento de las nacionalidades, el armazón indestructible de los Estados destinados a perpetuarse y difundirse; virtudes congénitas, que no forman dogma religioso ni cláusula legal, sino sello, carácter, modalidad, timbre y armonía de todo un pueblo y una civilización. Las grandes máquinas modernas, concebidas según el modelo vivo de la más admirable de todas las máquinas, —el hombre mismo,— constan de esas dos fuer-

zas esenciales: la fuerza mecánica y el calor generador, el cerebro, agente productor de la idea y de la acción, y el corazón, foco íntimo del calor, que es inspiración y voluntad; puesta en íntima e indisoluble unidad la *animación interior* del alma con el movimiento externo y propulsivo del mecanismo, nos explicaremos esa última maravilla de la ciencia, que realiza ya el sueño mitológico del dominio del espacio por dioses alados, y la vaga aspiración del espíritu científico de otras edades, en genios como Leonardo da Vinci, para agregar ese ilimitado imperio al dominio de la inteligencia y la voluntad humanas. Y Ruskin, ese otro genio del amor y de la armonía, puede exhortarnos diciendo: “Vuestros corazones, si no los levantáis de su quietud de carne, serán como tumbas en cuyo seno yace enterrado un dios: consagraos caballeros cruzados para redimir ese santo sepulcro”.

La educación no es, por cierto, el solo cuidado de la nutrición de la inteligencia y del cuerpo, y si ella es, como dice el sublime autor de la *Corona de oliva silvestre*, “una labor penosa, continua, difícil, que debe ejecutarse por la bondad, la diligencia, el entusiasmo, el precepto y el estímulo, pero más que todo por el ejemplo”, es indudable que la llave del enigma propuesto a los sabios de la aldea, está en formar la inteligencia y el corazón del maestro. No puede haber en la República misión más alta y primordial que ésta; y propagarla en el mismo grado en que antes se impulsaba la educación misma, es hacer obra de verdadero valor patriótico y humano, porque si una buena enseñanza es base de toda buena democracia, ninguna buena educación es posible con malos maestros, mal instruídos y peor educados. Ellos no sólo deben ser capaces de educar al hombre para la vida civilizada, sino de crear y modelar el tipo de ciudadano y miembro de una República culta, honesta y laboriosa. Su escuela, su colegio, su universidad, serán hogares de íntimas germinaciones, talleres de las disciplinas más armoniosas, templos de las virtudes colectivas más homogéneas y fuertes; y para que nada sea abstracto en estas confidencias, el conductor del más grande y poderoso

imperio del mundo, al plantar sobre el suelo multiseccular de la ciencia y la cultura patrias la ciencia nueva de la era futura, pudo decir a los estudiantes de Rugby, — lo repetiré, aunque lo hubiese ya citado en alguna otra parte, — “Rugby es célebre, no sólo por sus triunfos en la enseñanza, y por sus letrados, sino mucho más por sus altos ideales de honor, virilidad y espíritu público... ideales y cualidades empeñosamente transmitidos por sus grandes maestros y conservados por tradiciones queridas de generación en generación de sus hijos... Llevadlas con vosotros cuando os disperséis por la vida y por el mundo, y mantened en alto el gran nombre de vuestra escuela y mostráos dignos de los que pasaron por ella antes que vosotros...” Apenas puedo disimular la honda melancolía que estas palabras, en toda su sencilla grandeza, la grandeza de la gloria conquistada, cavan en mi corazón de argentino, al mirar desde esta distancia la cima lejana donde tanta belleza se oculta a nuestra ambición, como los tesoros de las leyendas, y al recordar que cada día nuestros colegios se enfrían y merman sus tareas; se acorta el tiempo de convivencia entre maestros y alumnos; se ahonda el prejuicio diferencial que los asimila a bandos antagónicos de gobiernos y puebladas en perpetua lucha de fútiles predominios y ociosas pendencias; se asemejan cada vez más sus relaciones a las artimañas de la pequeña política de esas diminutas repúblicas, en las cuales, los que deben enseñar y educar prefieren a veces oficiar las cortesanas hacia arriba o hacia abajo, en pos del favor oficial o la tornadiza popularidad estudiantil, que más que ninguna otra, quema hoy lo que adoraba ayer, y paga con el escarnio las debilidades y cobardías de los que deben conducirla y moldearla en el cuño de una alta ley de afinación metódica.

El *hogar intelectual*, tan preconizado en los discursos, en las remembranzas literarias y en las *juvenilia* de todos los que necesitan forjarse una leyenda escolar, como se acaricia una tradición doméstica, es entre nosotros una figura retórica, cuando más, una aspiración íntima; porque no hay

hogar sin convivencia, ni intimidad, ni amores, ni tolerancias, ni sacrificios recíprocos, y no existen estas virtudes esenciales en las reuniones cotidianas de profesores y alumnos, que expiden y adquieren sus lecciones de acuerdo con una dosimetría infinitesimal, sin tiempo para entablar un diálogo espontáneo, de interés vivo y palpitante, de recíprocas y afectuosas introspecciones, y en que el catedrático se preocupa, o de acentuar su efecto, o defender su autoridad contra la escrutadora e infalible mirada del alumno, y en que éste a su vez, poseído de su parte de presunción, malicia o artificio para burlar la fácil coladera del maestro, entablan entrambos una lucha de simulaciones y mistificaciones a cual más mañosa y sutil, hasta la gran simulación final y periódica del examen, — esa escuela de mentira y de fraude, mil veces más perniciosa y criminal que una madriguera, porque aquí se adiestra una mano o un cuerpo para agilidades materiales que una reforma moral puede destruir, mientras que en aquélla, la corrupción ataca el asiento de la moral misma, que ninguna aptitud física puede transformar del mal en bien, de lo falso a lo honesto, de lo simulado a lo sincero.

La reforma de la enseñanza por la mayor convivencia del maestro y el alumno, en intimidad amistosa o paternal, dentro del taller, el gabinete, el museo, el laboratorio, la biblioteca, por el trabajo y el estudio en común, por la recíproca exhibición de cualidades y defectos, como en el seno de una familia, como al calor de un fogón doméstico, no sólo conducirá a unos y otros al ahondamiento insensible de las investigaciones de la ciencia, de las inspiraciones inmortales del arte, de las leyes más permanentes de la evolución orgánica de las sociedades, sino que encenderá en cada escuela, colegio o universidad, una llama y una luz, a cuya influencia se verá renacer las potentes virtudes de la raza heroica de nuestros mayores ancestrales y directos; veremos a la simple vista crecer retoños lozanos en torno al tronco desecado del olivo simbólico de los patrios ideales, y como en visión profética surgir a su sombra los caracteres que cimentan imperios, y de los cuales las intelligen-

cias y los corazones salen armados para las luchas de la vida, de la civilidad y de la ciencia, con armas tan nobles como invencibles, tan incruentas como prolíficas.

III

Ya véis, señores, cómo esta sencilla ceremonia, destinada a hacer entrega a nuestro huésped y amigo de Oviedo y de España, de un modesto recuerdo de los afectos que ha despertado entre sus colegas argentinos, ha tenido la virtud de sugerirme reflexiones tan íntimas como las que acabáis de oirme, y las cuales brotan del fondo de mi alma con sincera y acasorda franqueza,—la misma que debo a mis conciudadanos todos, a mis compañeros de labor, a los jóvenes, convencido de que ningún servicio mayor puede rendirse a la patria, que el culto de la verdad; que ninguna obra duradera de cultura, de política, de economía, puede cimentarse sobre engaños, disimulaciones, ficciones ni fantasías, como si un pueblo marchase a la guerra llevando por todo armamento las esmaltadas piezas de una comedia de magia, marchase por entre campos y montañas de tela y colores a grueso pincel, y movidos por las aéreas ilusiones de un poema rimado y musical. Sueño fatal, locura mil veces culpable, comedia trágica entre todas será siempre la empresa de una generación que edifique sus proyectos de expansión, lucha o predominio en cualquier sentido, sobre auto-sugestiones de un poder moral o real ficticio o ilusorio, o forjado por la sola virtud del amor propio nacional irreflexivo o pertinaz; porque los ejércitos que van a la pelea son de hombres que sufren y mueren al golpe eficaz de enemigos superiores y mejor armados: la muerte, la derrota, el escarnio, la postergación indefinida, la humillación y la afrenta son reales y positivos, y los sueños y fantasías de un patriotismo aturdido o hipócrita, sueños son y nada más.

Vivamos la vida de la realidad, que nada hay más hermoso, más perfecto y más fecundo que ella. Los tesoros y pai-

sajes de la imaginación eran el alma de la literatura morbosa y exangüe de los serrallos y harenes orientales, que podrá tener una ficción sublime en un *nirvana* hacia el cual conduzca en viaje silencioso la mancha azul del loto errante; pero los tesoros y paisajes de la naturaleza física, — ya lo sabe la poesía moderna, — son más ricos y prodigiosos todavía, porque la imaginación durante siglos nos ha mistificado con las copias e imitaciones de ella, como inhábil decoradora de fondos escénicos y comedias de magia. Un espíritu moderno, penetrado de las ciencias y exornado de las flores de verdadero color, esculturas y aromas, de la cultura literaria o artística, consumará maravillas más sorprendentes en la conquista de las conciencias y voluntades, que los magos de otro tiempo dueños de secretos de oropel y de escamoteos más o menos sospechables. La enseñanza intensa y positiva de la ciencia y de las artes, por la sugestión viviente de la palabra inspirada, la descripción precisa y el relato verídico, estimulados por un vivo calor de alma, que surge del amor del saber y el amor de la humanidad, es la aspiración de todo pueblo serio, y el problema principal de todo gobierno discreto. Nosotros tenemos muchos maestros dotados de esta vocación, que llamaré genial para el noble oficio; pero no pueden poseer otros recursos y fuerzas que la enseñanza ni la vida del país no han podido ofrecerles. Altamira, como Ferri, ha traído a nuestra contemplación ese modelo para nosotros inaccesible del *profesor completo*, que no sólo posee la capacidad técnica, específica, operativa, de la docencia en su faz más estricta, sino que la cultura ambiente de sus países, las formas más definidas, los retoques más acabados de una civilización más antigua y perfecta, comunican a sus espíritus potencias desconocidas en estados más prematuros o informes, con los cuales su virtud más comunicativa o persuasiva se vuelve irresistible e infalible. La consagración plena, entera y suficientemente compensada del profesor europeo a la rama o ramas exclusivas de su enseñanza, le da esa seguridad y dominio de las ideas directas y reflejas, y del rico material decorativo que flota

en torno de cada ciencia, como el halo o nimbo de perfume en torno de una planta, y que el orador o maestro absorbe, respira y luego devuelve en forma de imágenes sugestivas o emotivas, para exornar y hacer más agradable y bella la transmisión de la fórmula científica o la verdad matemática.

Ferri, como Altamira, con el inviolado prestigio de su palabra y de su ejemplo, — según la máxima ruskiniana, — ha tenido para nosotros el poder de confirmar ante la opinión pública argentina, de suyo incrédula, desconfiada o timorata, muchos principios que ya habían sido enunciados por pensadores nativos, pero cuya autoridad necesitaba la suprema e infalible consagración de la ciencia materna de la sabia y experimentada Europa. Así, uno y otro, en un paralelismo indestructible, han enseñado en la cátedra jurídica o sociológica, han deleitado en la conferencia literaria, o han conquistado corazones en la confidencia y el trato personal; y así como Ferri, en paréntesis luminoso analizaba a Wagner en su literatura y en su música, Altamira nos revelaba en la encantadora forma de la conferencia ritmada de orquesta, el alma de Ibsen a través de Grieg, o de Grieg a través de Ibsen. Los dos eminentes profesores, que han traído a nuestras vacilantes tentativas docentes el gran bien de su firmeza y seguridad en el método, han dejado, además, una enseñanza destinada a no removerse, como una piedra angular: la del ejemplo en sus dos fases más saludables y fecundas, o sea, la de la conducta como sanción de la doctrina y la de la labor como exponente de la disciplina y la cultura mental.

Ya lo hemos dicho todos, y el maestro Altamira lo ha dicho con nosotros: no hay aquí una despedida, sino una vacación transitoria de una labor comenzada, que podrá reanudarse en día más o menos próximo; si él tiene merecido su reposo, que sólo será un cambio de trabajo, nosotros también hemos adquirido el derecho a recobrar al amigo ausente, por lo afectuoso del vínculo anudado entre los corazones, en la vida de las aulas, en el trato de todos los instantes, en los provechosos consejos de su experiencia y su mundo; y ahora, al decla-

rarlo dueño de estos dos objetos que sólo valen por los recuerdos que representan, puedo asegurar que el maestro volverá a vivir entre sus alumnos argentinos, porque ningún sembrador abandona para siempre el surco donde arrojó la semilla, sin volver a contemplar la gloriosa germinación o la eclosión magnífica de la flor o de fruto, que llevan en su perfume su propia alma y en su jugo su propia sangre.

PARTE SEGUNDA

EMBAJADORES INTELLECTUALES

V

POLITICA INTERUNIVERSITARIA

POLITICA INTERUNIVERSITARIA *

I

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD

*Excmos. señores ministros de los Estados Unidos de América,
de Chile y del Perú;*

Señores delegados;

Señoras; Señores:

En breves palabras cumpliré el gratísimo deber de dar la bienvenida a los ilustres huéspedes de la Universidad de La Plata, en nombre del Consejo Superior, Facultades e Institutos y en el mío propio, y expresar la inmensa satisfacción y no escaso orgullo que ellos experimentan de poder albergar, siquiera sea por algunos instantes, a los representantes políticos de naciones tan intensa y ampliamente vinculadas a la nuestra, y a los sabios maestros de las universidades de los Estados Unidos, quienes al visitar nuestras modestas aulas, nos traen como la unción de la ciencia, el soplo de las energías y el impulso de vitalidad que a ellos los convierte en guías de la civilización moderna y en cimiento y pedestal de una nación gloriosa.

Es tanto nuestro regocijo por vuestra presencia en esta casa de estudios, la más joven quizás en el mundo, en la más

* Discurso en la recepción de los delegados de los Estados Unidos de Norte América, al Congreso Científico Panamericano de Santiago de Chile, el 2 de diciembre de 1908.

joven de las ciudades de este continente, cuanto que ella ha tomado por modelo, — como lo hicieron nuestros antepasados con la carta política de los Estados Unidos, — las organizaciones y tendencias de los altos institutos de ese país; si bien nos damos cuenta cabal de la inmensa distancia que separa a unos y a otros, en cuanto a sus elementos de acción y al ambiente social y político en cuyo seno están destinados a vivir. Allí el medio es fuente de energía y fecundidad, aquí es necesario que de las aulas surja el aliento civilizador que haya de refluir más tarde sobre ellas en una corriente de recíprocas influencias; allí todo concurre a engrandecer y estimular la tarea del educador público, aquí todo se conjura para hacer de esa labor un combate continuo con las invisibles fuerzas de resistencia que provoca el agente civilizador.

Pero el supremo interés de la cultura, como *desiderátum* de estas jóvenes nacionalidades sudamericanas y exigencia ineludible de los patrios destinos, comunica a los espíritus vigor suficiente y la robusta fe en el resultado del esfuerzo; y una parte por nuestro propio estudio y trabajo, y mucha mayor por la influencia mediata e inmediata de las civilizaciones superiores y de los maestros de afuera, vamos ahondando el surco nacional y sembrando en él las mejores semillas de cultura que pueden alcanzar nuestras manos; para aquéllos toda la labor es prospectiva y de directos resultados; nosotros debemos emplear todavía gran parte de las fuerzas en corregir el pasado y despejar los caminos para la marcha de conquista sobre el porvenir.

Esta Universidad, nacida del benemérito seno materno de las de Córdoba y Buenos Aires, ha tomado en la tarea de la educación del pueblo argentino la parte más directamente relacionada con los factores más nuevos de la moderna enseñanza; y entre éstas cuenta las ciencias experimentales y de observación como base y método principal, que procura conducir hasta el estudio de las materias más abstractas, ya que todas las operaciones de la mente investigadora deben dirigirse a convertir la abstracción en realidad, y a unir los extremos

de la pura especulación con los de la experiencia y de las verdades visibles; sigue de cerca los movimientos y progresos de las referidas ciencias más allá de las fronteras; cultiva las relaciones siempre fecundas del propio espíritu con el de la civilización universal; considera y acoge como maestros suyos los que en otros países conducen la antorcha de la ciencia; y creyendo que el acercamiento de los hombres y de los pueblos entre sí es la mejor política para fundar en la tierra un reino posible de paz y de justicia, trata de abrir sus puertas a todos los estudiosos de cualquier parte que quieran traer a sus aulas un rayo de luz o una onda de calor; y así quiere ser también un hogar de amistosos sentimientos, como un centro de sinceros estudios en el sólo y exclusivo interés de la verdad, de la ciencia y de la fraternidad entre los hombres.

Motivo de íntima complacencia es, además, para nosotros el hecho de que, de paso para la sede del próximo Congreso Científico, el primero panamericano, hayan querido los delegados de la ciencia americana detenerse en este país y saludar esta Universidad, porque unos y otra aprovechan esta oportunidad para demostrar sus sentimientos de intenso afecto y amistad respetuosa por los países representados en este acto confidencial; en esta tierra donde nació y comenzó su cruzada memorable aquel invicto capitán, vinculado al destino de tres repúblicas hermanas, que nuestro grande amigo Elihu Root juzga digno de ser comparado con Wáshington cuando de abnegación y heroísmo se trata, y señalarlo como ejemplo de la aptitud de los pueblos de Sud América para alcanzar el tercer grado que él indica en la escala de la preparación política.

Uno de nuestros compañeros y ya viejo amigo y miembro de nuestra corporación universitaria, sembró en sus primeros días la semilla fecunda de la vida académica y social, tal como se entiende en nuestro país; y así el doctor Leo S. Rowe ha dejado sus consejos y sus ejemplos fecundos de labor personal y eficiente en el corazón de sus compañeros platenes; ha abierto una ruta amplia y fácil por donde circulará

sin término el torrente de amistosa y educadora influencia de los altos institutos y la cultura de su país, sobre los nuestros de esta región de Sud América, y así como él en libros, revistas y conferencias ha contribuído a desvanecer tantos prejuicios inveterados a su respecto, estamos seguros de que sus colegas de ahora, profesores expertos y completos caballeros, llevarán también a su vez nuevo caudal de observación, para estrechar aún más los vínculos por tanto tiempo descuidados de la verdadera solidaridad y cooperación civilizadora entre los pueblos de toda la América.

Señoras; Señores: No era mi intento entreteneros con un discurso sino daros una afectuosa y cordial bienvenida. Ahora me resta agradeceros la visita, que se recordará en los anales de esta casa como un suceso de altos y felices augurios; formular los votos más fervientes por la felicidad y el éxito personal y científico de cada uno de vosotros en el gran torneo intelectual de Santiago, y expresar en particular mi reconocimiento más profundo a los Excmos. señores ministros de los Estados Unidos, de Chile y del Perú por el honor de venir a sentarse en nuestras aulas, algunos de los cuales lo hicieran como eximios maestros, con cuyas universidades la nuestra se honra en mantener las más cordiales relaciones; y por último, para coronar esta ceremonia con las flores más excelsas y ungir mis palabras con el perfume de sus virtudes tradicionales, nuestro saludo más respetuoso a las nobles damas que por algunas horas nos han acompañado, dejando aquí para siempre su gentil recuerdo.

II

DISCURSO DEL DOCTOR LEO S. ROWE

Señor Presidente; señores catedráticos y alumnos de la Universidad Nacional de La Plata:

Quiero expresar antes de todo, en nombre de mis colegas de la delegación norteamericana y en el mío propio, todo

nuestro agradecimiento a la Universidad de La Plata, por esta recepción tan hospitalaria, tan fraternal y tan calurosa.

Uno de nuestros filósofos ha dicho que la felicidad más grande de un hombre es la de ver realizarse una parte de sus sueños. Nos encontramos hoy en esta situación venturosa.

Hace menos de dos años que nos reuníamos aquí para cambiar ideas sobre la mejor manera de estrechar relaciones entre los estudiosos de nuestros respectivos países. El hecho de que en tan corto tiempo hayamos podido realizar una parte importante del programa entonces trazado, demuestra que hemos iniciado la campaña en el momento más favorable y en terreno bien preparado.

La invitación hecha a los Estados Unidos para concurrir al próximo Congreso Científico nos ha dado oportunidad de dar un nuevo paso adelante. Cuando la delegación norteamericana se reunió en Wáshington, estábamos unánimes en no perder la ocasión de ponernos en contacto con los estudiosos de este país.

A ustedes, señores alumnos, toca una parte importante en esta obra. Con los vínculos de confraternidad y cooperación bien establecidos entre los alumnos del norte y los del sur, estaremos en condición de hacer más fructíferos nuestros respectivos esfuerzos en el campo común de las investigaciones científicas y de la cooperación social internacional.

Señores: En presencia de esta reunión de hombres de ciencia argentinos y norteamericanos, en comunidad de simpatías y aspiraciones, me parece que nuestro ideal de hace dos años está por realizarse. Es la señal del comienzo de una nueva época, y hago votos para que este movimiento de acercamiento de los espíritus, que tomó origen en el suelo argentino, haga su marcha triunfante por todo el continente americano para bien de las generaciones presentes y futuras.

VI

EL HISTORIADOR DE ROMA

GUILLERMO FERRERO

..

EL HISTORIADOR DE ROMA

GUILLERMO FERRERO*

Señoras; Señores:

Volvemos a congregarnos en este mismo recinto de la joven Universidad Nacional de La Plata, los obreros de ella y la culta sociedad que la anima y la alberga, para realizar un acto de los más interesantes en su función permanente de cultivar los altos ideales de la República: la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y el Consejo Superior han acordado el título de doctor *honoris causa* al historiador italiano Guillermo Ferrero, y aquí debo, en cumplimiento de aquella resolución, poner en sus propias manos la investidura académica, única que nos es posible otorgarle dentro de nuestros estatutos orgánicos.

Desde luego, significa un enorme paso en el progreso y cultura del país la presencia de esta personalidad que ocupa de modo tan intenso la atención del mundo contemporáneo, y que como un plenipotenciario de la inteligencia, del estudio y de las altas letras humanas, viene a crear vínculos nuevos entre nuestra patria y la suya, entre el pensamiento científico europeo y la intelectualidad colectiva de las nacionalidades americanas.

Si es cierto que esta Universidad aún no contiene el instituto especial de ciencias históricas y literarias, que no tardará, sin duda, en tomar forma en medio de sus escuelas, y en el cual Ferrero sería recibido como en dominio propio,

* Discurso en la recepción de Guillermo Ferrero, en la Universidad Nacional de La Plata, el 29 de julio de 1907.

también lo es que la Universidad es un conjunto de ciencias que estudian la vida, en la naturaleza física y moral, en la tierra y en el hombre, y que la base esencial de la historia humana está en el conocimiento sistemático de las grandes leyes que rigen la vida del universo, la aparición, crecimiento, luchas, dolores y alegrías, pasiones e intereses, transmigraciones y movimientos de las sociedades sobre la tierra: si aún aquí no puede el autor de la *Grandeza y decadencia de Roma* ser recibido en un taller donde pudiera forjarse una obra semejante, en cambio podrá contemplar la elaboración inicial de un conjunto de nociones científicas dirigidas a formar una conciencia general ilustrada, y capaz de emprender más elevados vuelos y especializaciones más hondas.

Y luego, la obra de Ferrero no se circunscribe a un campo exclusivo, ni su sistema se ajusta a las reglas estrechas y formales de una retórica ya justamente olvidada; si bien se observa, al propio tiempo que resucita a la Roma antigua en los períodos más fecundos para los destinos de la humanidad, estudia la civilización presente, para demostrar por la unidad y simultaneidad de su labor, su propio sistema, esto es, que la historia es la reproducción animada, colorida, viviente, de los sucesos pasados, tales como deben desarrollarse en el propio medio social, y conforme a las leyes del dinamismo interno del hombre individual y como miembro de la agrupación a que pertenece. Al analizar y agitar con criterio científico y pasión de artista los fenómenos de la vida contemporánea, arroja sin cesar su mirada hacia la vida antigua, así como al remover y animar las masas humanas de las edades remotas hace palpitar el alma moderna, que se reconoce la misma, en substancia, en todas las edades.

Así la historia es una vasta ciencia, una ciencia de correlación y de armonía de todas las demás en su destino más general y elevado; es la ciencia social vista en acción, como revelación perpetua de las formas en que los lazos universales se manifiestan en las sociedades, en los diversos períodos de su cultura. Verdad es que el inmenso caudal literario acu-

mulado en siglos de producción escrita, impide ver con claridad los nuevos métodos y conceptos de la ciencia de la historia, y no es la menor de las causas de la celebridad de Ferrero el haber conseguido poner de relieve los suyos entre las naciones más ricas en monumentos literarios de este género.

De este punto de vista su historia es educativa, es realmente científica, es universitaria, en el sentido que la palabra tiene en este Instituto; pero no es esa sola razón la que justifica su incorporación entre sus graduados honorarios. Hay un motivo de significación más comprensible y más afectiva, y es la deuda de reconocimiento que la cultura argentina tiene con las universidades de Italia, que desde hace medio siglo nos envían sus profesores en las ciencias y en las letras, para ponernos en contacto con la alta cultura humana, y algunos de ellos — sabios insignes — han fundado entre nosotros escuela inolvidable de ciencias y virtudes, y han concurrido a crear esa íntima comunicación del espíritu del pueblo italiano con el nuestro, hasta compenetrarnos con los más caros ideales y presentar hoy el caso verdadero, y quizá único, de dos nacionalidades distantes y distintas, situadas en continentes diversos, unidas por una amistad y una asimilación tan profundas, que superan a las convenciones y a los estímulos artificiales de la política.

La corriente inmigratoria de Italia hacia la Argentina es ya un hecho normal, una continua e inevitable comunicación de esfuerzos y de influencias múltiples, destinada a generar los más interesantes fenómenos de armonía y transformación sociales. Incorporada a nuestra vida, la vida italiana debe ser estudiada y considerada como un problema propio, entre los varios que constituyen el cosmopolitismo particular de la República Argentina, y que debe haber impresionado con intensa huella el espíritu del pensador de la *Europa joven* y el *Militarismo*.

Aquí, sin duda alguna, los sociólogos de biblioteca hallarían un vasto gabinete experimental donde estudiar con método científico el gran problema de las fusiones de razas,

culturas, hábitos, genialidades, idiomas y caracteres más heterogéneos; y el historiador positivo que realiza su sistema con las generaciones desaparecidas, puede presenciar en estas sociedades americanas, en su más palpitante actualidad, el eterno proceso. El sentimiento de la nacionalidad nativa puesta a prueba en su más vital energía, en medio de las influencias atractivas, asimiladoras o disolventes de los elementos originarios, mientras lucha por imponer los caracteres expansivos de la sociedad de cuyo seno proviene; y de esa lucha inconsciente y renovada sin solución de continuidad de una generación a otra, surgiendo en forma de una nueva conciencia social, el admirable, el bellísimo y sublime fenómeno de la renovación de las razas y de los destinos del género humano.

No es extraño que Italia haya logrado realizar con nosotros esta íntima y fecunda comunión de sangre, de convivencia, de labor y asimilación, hasta hacer que los símbolos, anhelos y cariños patrióticos de una y otra gente hallen en sus almas una repercusión armónica, a veces profunda y agitada; un raudal copioso de sangre ancestral, de puro origen latino, llena en gran parte el ancho río de nuestra futura raza; nombres y sentimientos y gustos comunes, forman ya cimiento y alma de nuestra heráldica propia; el arte italiano impera aquí casi como señor absoluto en sus más intensas formas; y ahora la alta ciencia, — desarrollada en Italia de modo sorprendente, gracias a su espíritu comunicativo y a su contacto con las ricas avenidas científicas de otras naciones de Europa, que han vigorizado y enriquecido sus propias fuentes, — comienza a irradiar con su irresistible poder un género más eficaz de influencia sobre nuestra cultura, carácter y destino nacional.

Las universidades argentinas, deben, pues, a las italianas una contribución abundante de vida, de sayia, de material de enseñanza, en fin: sabios maestros primero, y después la rica y cada vez más valiosa producción escrita, que se asimila cada vez mejor en su idioma y en su genio, realizan esta gran

tarea de cooperación en la nuestra, aún insuficiente y tímida, y en la cual los prejuicios por una parte, y por otra las condiciones inherentes a la vida política de una nación de medio siglo de régimen constitucional, han retardado y estorban todavía la franca expansión de los institutos de enseñanza superior y de la ciencia libre, ya que se quiere hacer distinción entre estas dos condiciones de estudio de unas mismas ciencias y de unas mismas letras.

Es deber singular que la Universidad Nacional de La Plata ha querido imponerse, el de asumir la representación de estas ideas y sentimientos, que son los de todo el país, al recibir en sus modestas aulas al plenipotenciario intelectual que la alta cultura y ciencia italianas nos envían, después de nutrir su espíritu con los primeros alimentos esenciales, para que se lanzase después con sus fuerzas propias a la creación personal por cuyo medio ha conquistado para su patria un nuevo título de gloria en el vasto, en el inmensurable estadio de las fuerzas intelectuales del mundo contemporáneo.

Ferrero, al resucitar a Roma en el período más grandioso que pueblo alguno atravesó jamás en la historia, y al emprenderla, después de fundada la unidad política, tras la prolongada disgregación medioeval, está ejecutando una empresa científica de proyecciones insospechadas: está reconstruyendo los cimientos seculares de la nacionalidad italiana, en torno del núcleo eterno de la ciudad-imperio, y aunque otros escritores de ajena raza, idioma y genio, hayan legado a la inteligencia humana creaciones ya consagradas, el espíritu, la pasión y el ideal que viven y arden en el ambiente de los libros del moderno historiador italiano no son los mismos que en las páginas de Montesquieu, Gibbons, Mommsen y Froude. En este sentido, Ferrero realiza un pensamiento de profunda política, porque la resurrección de Roma en la conciencia, en la pasión literaria, en la preocupación intelectual y en la positiva enseñanza de su historia, además de que consolida el juicio universal sobre la ascendencia de la nacionalidad nueva, formará en el alma de su pueblo una conciencia in-

conmovible de su unidad, de su homogeneidad, de su grandeza propia, de su destino imperecedero.

Señoras; Señores: Al ofrecer a este ilustre huésped de la República el título de doctor *honoris causa* de nuestra Universidad, — donde al par de las ciencias se cultiva con ardor entrañable y consciente el más acendrado amor de la patria, con todos sus ideales y sus vinculaciones de solidaridad y afecto con las naciones más cultas de América y Europa — el Consejo Superior y el de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales han querido rendir un homenaje a las universidades de Italia, — entre las cuales Bolonia, como Oxford, Heildeberg, Praga, Salamanca, París y Harvard, se alza con venerable relieve ancestral, — las cuales crearon el medio intelectual en donde pueden incubarse y expandirse esos espléndidos frutos de la ciencia, que son después alimento y goce inefables de la humanidad entera. Han querido, además, ofrecerles, por intermedio de uno de sus hijos más ilustres, el concurso experimental de sus propios elementos para más completas investigaciones propias, y en todo caso, el testimonio de reconocimiento de la educación argentina, por el contingente inestimable que en diversas épocas le enviaron, de su sabiduría y de su capacidad para la más importante de las funciones públicas de una democracia moderna.

VII

ENRIQUE FERRI

ENRIQUE FERRI *

Señoras; Señores:

Un suceso lleno de los más halagadores auspicios para la cultura nacional es la presencia entre nosotros del doctor Enrique Ferri, sabio maestro de toda una época en la historia de las ciencias sociales; reformador profundo de una de las ramas del derecho en que más hondas raíces echaran el prejuicio, la rutina y el precepto formalista; conductor luminoso del pensamiento contemporáneo por sendas nuevas y directas, hacia la solución de los más vitales problemas de la sociedad humana; investigador experto de la ley que rige el hecho y el fenómeno y armoniza la ciencia positiva con la vida y evolución de las ideas hacia el descubrimiento y reinado de la verdad; y es honra preciadísima de la nueva Universidad platense el recibirlo hoy en su seno, incorporarlo al elegido núcleo de sus miembros honorarios europeos, por cuyo intermedio ella se vincula con la ciencia madre de nuestra civilización, y en su caso, con los institutos similares de la gloriosa Italia, amada de los argentinos, la cual, después de guiar a los pueblos por siglos, hasta su breve crepúsculo, recobra otra vez su interrumpida marcha triunfal hacia la reconquista del secular señorío de las naciones, que ahora asentará sobre los cimientos indestructibles de la ciencia nueva.

Esta Universidad argentina, que ha venido a tomar su tarea en la investigación de todas las verdades por los méto-

* Discurso en la sesión pública celebrada en su honor en la Universidad Nacional de La Plata, el 4 de agosto de 1908.

dos positivos, y a estudiar en estrecha correlación la ciencia de la naturaleza y las leyes de la vida social y política, se reconoce deudora del caudal de experiencia extraña que incorpora al propio, y paga al menos un tributo de reconocimiento y debido homenaje a una de las inteligencias que más ha acrecentado el patrimonio científico de la humanidad, a mejorar las condiciones del medio en que la justicia ha de germinar más fácilmente, y a hacer más perceptible la fragilidad y la fugacidad de las construcciones verbales de una gran parte de las instituciones morales, civiles y políticas existentes.

Señor doctor Ferri: la Universidad Nacional de La Plata no tiene título más alto que ofrecer a los grandes maestros de las ciencias que cultiva, sino el más alto que ella otorga a sus propios alumnos y maestros, y al acoger complacida la iniciativa de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, en vasta proporción inspirada en el espíritu de vuestra obra, — para concederos el grado de doctor *honoris causa*, ha creído interpretar el sentimiento unánime de la opinión académica de nuestro país, que os reconoce entre los civilizadores de más valía en los tiempos actuales, y ha entendido tender un hilo conductor de la más sólida y viva corriente de simpatía y cooperación con la obra gigantesca que realizan las universidades italianas, en la creación, ensanche y difusión de las ciencias y artes de la nueva cultura.

En este acto en que os serán comunicadas las resoluciones de la Academia y Consejo Superior, os doy en nombre de profesores y alumnos la más cordial bienvenida en nuestras modestas aulas, que comenzaron no hace aún tres años su labor de investigación y de enseñanza, y que esperamos habrán de concurrir algún día con luz propia al progreso de la ciencia universal. En ellas queda inscripto vuestro nombre ilustre, y se transmitirá en los anales futuros de nuestro Instituto como uno de sus maestros más respetados, como uno de los modelos superiores de la aspiración juvenil y uno de los más preclaros hijos de vuestra noble patria Italia.

VIII

LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES EN AMERICA

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

LOS INTELLECTUALES ESPAÑOLES EN AMERICA

VICENTE BLASCO IBAÑEZ *

Señoras; Señores:

Una gentil costumbre, evocadora de nobles combates antiguos, ha establecido, en armonía con las leyes invariables de la hospitalidad, que en actos de esta naturaleza el nuevo mantenedor de la justa sea puesto en posesión de la arena por uno de la tierra, siquiera el recién llegado venga a ocupar su propio sitio, con el título innegable de una conquista anterior. Yo desempeño, por honrosa designación este grato encargo, de acompañar hasta la presencia del público intelectual de Buenos Aires a uno de los príncipes de la moderna literatura de habla castellana, del habla materna de la mitad de América, la primera civilizada en que fueron traducidos los informes pensamientos del indígena, la primera en que le fueron comunicadas las noticias de una humanidad distinta y superior.

Privilegio valioso ha sido para nosotros los argentinos el haber iniciado la corriente fecunda de los altos espíritus que presiden la cultura contemporánea en ramas diversas; y así, Buenos Aires, incorporada por su magnitud y su entidad geográfica a la constelación de las ciudades representativas del progreso económico en todas las razas, adquiere un título y una atracción nuevos, al erigirse en la sede de la comunión efectiva de dos vastas porciones del mundo.

* Discurso de presentación del novelista Blasco Ibáñez al inaugurar sus conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires, el 12 de junio de 1909.

La Europa antigua, celosa de su alcurnia secular, comienza a comprender que tras la nebulosa de Sud América existen naciones definidas, de su misma sangre y dignidad; y después de admitirlas en ese gran consejo de familia de La Haya, para legislar sobre la convivencia y el derecho universales, comienza a enviarle también los mensajeros más genuinos de su pensamiento en las letras, las artes y las ciencias, para consumir la definitiva y más completa reconstrucción del hogar común.

No será, por lo dicho, nuestro suelo, sólo el escenario de la lucha de los intereses y de las fuerzas productoras de la riqueza y del comercio, sino también el de la lucha de las ideas, en campo abierto y libre; abierto a todas ellas, así las que huyen de los ambientes cerrados u oprimidos en otros países por vetustas armazones legales o dogmáticas, como las que, contenidas allá en sus expansiones dominadoras y despóticas, buscan en regiones nuevas territorios inexplorados, para rehabilitarse de sus derrotas. Esta tierra, que siempre estuvo sedienta de trabajo y de agricultura, siente ahora, además, una intensa sed de espíritu, que la impulsa a solicitar la enseñanza, la confianza de los grandes pensadores y los supremos artistas, y al propio tiempo que con anhelo apresurado puebla sus calles y jardines de mármoles y bronce, recibe con homenajes de triunfadores a los maestros de la palabra, de la historia, de la sociología, de la novela contemporánea.

Sean todos ellos bienvenidos; y llegue a nuestros brazos como miembro del núcleo familiar y nativo, Blasco Ibáñez, primer heraldo de la jubilosa reconciliación espiritual y afectiva de 1910, realizada así primero en las almas, para ser confirmada luego por la política y la diplomacia, y cuyas emociones ya se presienten como las de nupcias largo tiempo esperadas. Y era necesario que fuese un artista el conductor de este mensaje auspicioso, para que pudiese percibir las delicadezas e intimidades del sentimiento argentino hacia España, y contarle en las vigorosas pinceladas de su paleta pletórica de colorido y de sombra, de líneas y de horizontes, las reali-

dades de esfuerzo y de vida, el drama inquieto, el romance heroico de cien años, de esta vigorosa nación de su sangre y de su genio.

El prejuicio más persistente de la humanidad tradicional fué el de la conservación inalterada del tipo social originario, a través del tiempo y de las diferencias geográficas; y los pueblos adheridos a él, impidieron por siglos la mezcla de razas, por considerarla causa de disolución y de muerte. Y aunque la ciencia y la historia se encaminaban a demostrar la verdad opuesta, todas las tiranías del alma y del cuerpo se pusieron al servicio de la santa causa unificadora de las naciones y de los linajes.

Los muertos de los siglos remotos seguían imponiendo la ley de la vida y de la sucesión a las generaciones actuales; y mientras la Inglaterra, recogiendo el antiguo cetro romano, emprendía la conquista del mundo, desemejante, discontinuo, heterogéneo y disperso, y demostraba que hay una ley unificadora de civilización, de libertad y de trabajo, superior a la tradición de la sangre, — la ley incontrastable del progreso por la renovación y la variedad, — ha hecho naciones independientes en América, ha levantado el sol de una nueva gran potencia civilizada de raza amarilla en Oriente, ha despedazado la unidad autoteocrática del imperio eslavo en Europa y en Asia, y a la aparición de la Duma gloriosa de las futuras libertades rusas, ha seguido la proclamación de los parlamentos de tipo europeo occidental en el corazón de los imperios islámicos del Oriente próximo y lejano.

A pesar de todo, *los muertos mandan* todavía en una extensa zona de la tierra; Ossian los evocaba con su clarín de guerra para que inspirasen a los vivos el heroísmo en las batallas fratricidas comparables a las de *La Iliada*; por siglos y siglos ellos han enlutado el corazón y el cerebro de la humanidad religiosa; y aún hoy, en el fondo de los *continentes negros*, los sepulcros con su informe simbolismo de una nueva vida, constituyen la esencia de los gobiernos embrionarios de las tribus salvajes. La ley del progreso en las sociedades civi-

lizadas, y la ley de la expansión en las regiones incultas, han obligado a las naciones a dejar a sus muertos en sus fosas, y conservar su dulce recuerdo y culto en sus corazones, convencidos de que las caravanas modernas, que son ejércitos, no pueden marchar a la guerra con la pesada impedimenta de sus urnas funerarias. “Dejad a los muertos que entierren a sus muertos”, fué una sublime fórmula de la más vasta revolución humana, y así entendida, puede serlo de la gran ley que rige la vida de los organismos grandes y pequeños en el universo material, la cual no es de disolución ni discontinuidad, sino de armonía y perpetuidad.

Ni las razas ni los idiomas se disuelven o se extinguen porque se difundan en otras razas o lenguas; antes bien, unas y otras se expanden y fortifican, y por diversas y distantes que sean sus ramas o sus dialectos, todas llevan la savia y el genio de la raza y lengua maternas, y refluyen en ellas para comunicarles nuevas fuerzas, y elementos de indefinida renovación. España no ha desmembrado su unidad étnica, al ver erigirse en estados independientes las naciones de América que fueron sus colonias, ni su rica y caudalosa lengua sufre el menor quebranto porque se acentúen matices regionales en el trasplante transoceánico.

Nunca el alma española ha vibrado más intensamente que ahora, en que se siente madre venerada por diez y ocho naciones libres y progresivas; y jamás el caudal majestuoso de su idioma condujo en sus cauces desbordantes mayor riqueza de vocablos, modismos, matices y armonías que las que le han aportado las sociabilidades distintas que en todo el continente la hablan y la escriben, la ensanchan y embellecen con savia siempre renovada.

Si los imperios de otras razas que hablan idiomas extraños al parentesco latino, deben esforzarse por intensificar en sus colonias la conquista política por la asimilación del idioma conquistador, España posee el raro privilegio de un inmenso imperio espiritual, unido por el vínculo indestructible e indivisible de su idioma castellano, al que ningún ger-

men de decadencia amaga, y al cual los demás extranjeros, lejos de corromperlo o transformarlo, lo enriquecen y acrecientan, en virtud del poder de asimilación que ningún otro posee en su medida. En otros pueblos, la lengua hablada en el antiguo núcleo metropolitano tiende a la decadencia, al afeminamiento, a la dilución y el artificio; pero en ninguno como en España existen los múltiples elementos diferenciales de riqueza y colorido, de movilidad y de gracia, de robustez y de fuerza; porque además de las fuentes inexhaustas de los siglos de oro, que como arcones repletos del metal precioso, legado de los opulentos abuelos, guarda los tesoros para las épocas de penuria, cuenta con el constante florecimiento de escritores típicos de cada época, y éstos con la íntima influencia ancestral, fortalecida por el ambiente literario de su tiempo, no sólo impiden la decadencia sino que contribuyen a ensanchar más su ramaje y a ahondar más sus raíces.

Venir un escritor de idioma castellano en nuestra patria, a saludar a Blasco Ibáñez en este acto, en que va a hacerse oír en el habla materna de Sud América, se me figura uno de nuestros ríos, turbios y tortuosos por el limo que traen disuelto y el impulso desordenado de sus aguas, corriendo a echarse en el seno del mar, transparente y majestuoso, con la depuración y el sedimento de los siglos. Es el mar mismo, que viene al encuentro del río tributario; y así como aquél le ofrece el álveo inconmensurable para su reposo, éste le trae de las más lejanas y opulentas comarcas de continentes vírgenes, las ofrendas más preciosas. El observador y pintor intenso de la vida, en sus complicaciones sombrías y en sus más bellas expansiones, al propio tiempo que nos haga la confianza del hogar solariego y de las ansias y dolores de su pueblo, podrá anotar, esbozar y grabar en su fuerte mentalidad de artista las infinitas y no sospechadas riqueñas del alma argentina y americana, la cual esparcida en tan vastos como distintos territorios, le hará percibir un timbre, una cadencia, una tonalidad diferentes, representativos de otras tantas cualidades o estados del alma nativa.

Un novelista moderno del tipo de Blasco Ibáñez no es ya un simple imaginativo, ni un encantador, ni un artífice de intrigas o de enredos: es un observador del alma colectiva, o un analista de conciencias individuales, en relación con los problemas, conflictos o enfermedades del medio moral en que ellos se agitan o viven; es un experimentador que opera en un laboratorio para descubrir en el hombre la ley generadora de su mal, de su fuerza, de su impulso, de su desviación, de su destino; es un educador supremo que se apodera de la conciencia por su aspecto más sensible o vulnerable, y así puede conducirlo a la acción social más fecunda o destructora, como armonizarlo, plasmarlo al ritmo de las más exquisitas emociones, como de los más superiores ideales del arte. Un escritor de esta estirpe puede ser representativo de una raza, de una época, de una situación psicológica de la humanidad vista desde un solo pueblo; puede condensar en sí el genio de una civilización, la tradición secular de una literatura, la orientación ulterior del espíritu humano en distintos sentidos; puede constituir en la evolución literaria de su propia raza algo como un muro que detenga, desvíe, corrija o enderece la corriente evolutiva de un idioma y su tesoro escrito acumulado por siglos.

El autor de *La Catedral* y de *Los muertos mandan* no es sólo el pintor, el poeta, el músico, del paisaje, del ideal, del sentimiento, ni el narrador que cautiva y embriaga con las atracciones de la forma, el color y la novedad, sino el sociólogo, el historiador y el político, que ha estudiado la palpitante actualidad de su pueblo, del pueblo de todas las naciones en relación con su historia, sus resabios y sus condiciones, y sin la forma dogmática de una tesis, sugiere el remedio y el camino de la liberación. Su obra es varia y ya abundante e intensa, hasta hacer comprender el plan trazado para una labor de la vida entera, para una vocación literaria consagrada. ¡Cuántas cosas bellas y sugerentes no tendrá que decirnos, no sólo de los problemas de la vida nueva, que lo mismo interesan y conmueven a la Europa como a la América, sino

también de las cosas viejas que han dejado en nosotros sedimento ancestral invencible; de las nobles, heroicas o melancólicas figuras del pasado, y que nos habituamos a contemplar y juzgar sobre las bases deleznable de nuestro apresuramiento o de nuestra malicia!

.. Un escritor como éste, dotado de tal poder de observación y análisis, puesto en comunicación espiritual con nuestro pueblo, incorporará su alma a la grande alma difundida en toda la obra; y al propio tiempo que éste afinará su cultura y extenderá su horizonte mental, aquél enriquecerá y transmitirá al idioma nativo las infinitas variedades de caracteres, colores y formas inherentes a cada tipo o núcleos sociales. Habremos así, por su autoridad literaria y su poder de asimilación, concurrido a dar más vigor y salud a la lengua madre en España, como los paisajes que un pintor copia de los pueblos lejanos, van a aumentar el caudal de arte en su propio país...

Por más irresistibles que sean para mí las ideas que este acto sugiere, advierto que estoy usurpando la atención de este culto auditorio, dispuesto para el ilustre conferenciante, a quien con el mayor respeto, formado en la lectura de su robusta labor literaria y su vigorosa acción social y política, cedo el sitio de honor en esta tribuna, en la cual su palabra y su talento imprimirán sello de más honda intimidad a la nueva y directa vinculación intelectual entre Europa y América, comenzada por Ferrero, encendida en llamas de la más pura elocuencia por Ferri, y ungida ahora con los óleos del arte literario, por Anatole France.

IX

LA ENSEÑANZA DEL METODO HISTORICO

LA ENSEÑANZA DEL METODO HISTORICO *

Señoras; Señores:

Empieza con este día para la Universidad de La Plata, la realización de uno de los ideales más intensos que alientan su joven existencia: la cooperación efectiva en sus tareas, de la noble y experimentada ciencia europea, representada por un maestro ilustre, hijo y conductor de la España nueva, que viene a hablar a nuestros alumnos argentinos en un idioma familiar e íntimo, que al transmitirles las comunicaciones del pensamiento y la investigación personales, en el campo aún no bien cultivado de las ciencias históricas, les hará sentir al mismo tiempo, por la sola virtud del verbo, la emoción del alma antigua de la raza común.

La inauguración de un curso de método histórico en una universidad de Sud América por un profesor como don Rafael Altamira, es más que una prenda de profunda y definitiva comunicación espiritual de dos vastas porciones del mundo civilizado, es para nuestros países, la iniciación de una nueva era en el estudio y conocimiento de sí mismos. Porque si hasta ahora han rendido culto a su breve pasado de luchas, ensayos y heroísmos más o menos fecundos, con un análisis más hondo, más impersonal, más científico de sus propias cualidades, antecedentes y medios de vida y de labor en el grande escenario, comenzarán a concebir ideales nacionales

* Discurso en el acto de inauguración del curso de "Metodología de la Historia", por don Rafael Altamira, en el aula de honor de la Universidad Nacional de La Plata, el 12 de julio de 1909.

más altos y extensos, y a afirmar sobre bases más permanentes su evolución institucional.

El estudio habitual de la historia es por sí solo una escuela de perfeccionamiento; ella devuelve en saludables influencias los desvelos que impone; y así como aquellos rudos conquistadores de la América primitiva erguíanse al confiar a la crónica viviente la epopeya del día, los pueblos nuevos surgidos de aquellas memorables jornadas, forjando al propio tiempo su personalidad y su historia en la lucha moderna, sentirán como realzado su temple y más dignificada cada vez su misión y su estirpe.

Hasta ahora las universidades argentinas no habían comprendido entre sus disciplinas habituales la de la historia constructiva; el arte o ciencia de la historia, concebida como un auxiliar de la moral en el ciclo primario y como génesis de patriotismo y de civismo en el secundario, no condujo a la juventud más que por las interminables, aunque encantadoras avenidas de la historia narrativa, sin que la universidad hubiese nunca creído que esta consagrada *maestra de la vida*, para renovar su savia, sus tesoros de influencia y su fuerza generadora de naciones, necesitaba también, como el héroe inmortal de Goethe, un laboratorio, un gabinete, un instrumental, con los cuales pudiera realizar sus indudables prodigios.

Nadie con más intensidad e información que el ilustre profesor de Oviedo, que hoy se incorpora a nuestra enseñanza, ha discutido en lengua española este problema de la historia como ciencia y como disciplina superior; y nadie mejor que él podrá formarse el concepto exacto de la magnitud de la tarea orgánica de su estudio en la República Argentina, y creo que en las demás del continente; y por eso, si algún acierto podría yo aplaudir sin reservas a mis dignos compañeros de trabajo del Consejo Superior y del Consejo Académico de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, es el haber elegido a Altamira en Europa para llamarlo a crear en las universidades argentinas la ciencia nueva de la histo-

ria, la de la historia aún no escrita, la de la historia del futuro.

Tan breve es el período vivido por nuestro pueblo, que se había compenetrado con la vida de sus dos historiadores más venerados, casi coetáneos suyos, autores a la vez de sus hechos y de los libros en que fueron referidos: ellos eran su historia animada, su archivo y su cátedra, y en la convicción de que eran dos inmortales, no se preocupó de preparar en sus institutos a los que habrían de continuar el magno y sacerdotal ministerio que ellos dejaran vacante. Mitre y López constituyeron un dualismo espontáneo y único y llegaron a encarnar dos modalidades, dos tendencias, y acaso a diseñar dos corrientes naturales en la formación de la opinión histórica argentina; pero con ser su obra grandiosa y tan comprensiva, jamás pudo ser completa, como que, ni ambos unidos, ni en cooperación en el mismo pensamiento, habrían podido realizar una labor que es secular y múltiple: la creación de los archivos de la historia integral de la Nación en sus orígenes y en la vida parcial de todas sus regiones. Así, por valiosos que sean los estudios monográficos de Mitre sobre las épocas precolombianas o coloniales, y los más generales ensayos de López en los campos de la filología etnográfica y la geografía sudamericanas, uno y otro no han podido ser más de lo que fueron, dedicados como se hallaron a dejar escrito el período más palpitante, el período orgánico de la Nación del presente. Quedan estos dos monumentos literarios como una encarnación personal de la Nación organizada, pero sin tiempo para haber construido su basamento secular, han dejado a las generaciones nuevas el tácito mandato de darles cima, en labor sucesiva e incesante.

Ahí están en archivos grandes y pequeños, en bibliotecas vetustas de Europa y América, reunidos unos y dispersos otros, sospechados o ignorados los más, o durmiendo sueños paradisiacos en territorios inexplorados, los elementos para la futura grande historia, que reanude las edades interrumpidas, que recomponga el mapa étnico, hoy fragmentario, y

ofrezca a la ciencia nueva, a la investigación universitaria, la ciencia social y política, el cuadro general, íntegramente restaurado, de la vida de un vasto territorio como el nuestro, asiento primitivo de civilizaciones embrionarias, campo más tarde de una magna gesta aún sin historia, y teatro, sin duda mañana, de un deslumbrante despliegue de cultura universal, y de una portentosa conjunción de fuerzas creadoras del bienestar humano. ¿Quién traerá la fórmula magna que abra la puerta secreta del tesoro, e imprima el orden sencillo del método en el caos de las fuentes desparramadas por todos los vientos, sin caer en el vértigo fatal de los laberintos? Nada más que la serena y experimentada enseñanza de un maestro que condensa en sí, aparte de su propia ciencia, la ciencia acumulada en labor secular por los viejos institutos europeos, en los cuales la ciencia antigua, como los vinos centenarios, se condensa y se bebe en una gota que guarda y resume el espíritu de los siglos.

Nosotros, en esta Universidad, donde hemos adoptado la vía experimental para toda enseñanza, no podríamos exigir ni al más sabio de los maestros que realizase lo irrealizable; que suprima la sucesión del tiempo o salte sobre las etapas de la evolución orgánica; y por el mismo procedimiento, no podríamos pedir al señor Altamira que con una breve serie de lecciones nos deje una pléyade de historiadores, como forjados de metal en un yunque. Sabemos bien lo que podemos pedir al profesor, en presencia de nuestros recursos y elementos de trabajo, en la falta del *laboratorio* organizado, en la ausencia del espíritu mismo de investigación que queremos formar; pero sí esperamos con fe en los consejos de la sabiduría y la experiencia, para iniciar una tarea que ha de ser muy larga y muy paciente; para despejarnos y abrirnos una senda; para indicarnos una orientación y un objetivo; para señalarnos un método de trabajo; para enunciarnos con la sencillez que sólo poseen los grandes docentes, las leyes más permanentes, más comprobadas y estables de la ciencia histórica ya construída, con la mirada fija en la del futuro, para

comunicar a nuestros catedráticos de la infancia y de la juventud, ese fino y avezado tacto del taller veterano, donde la piedra o la madera en bruto se transforman sin esfuerzo en la línea pulcra de la escultura.

Movidos por la conciencia de un deber nacional, y de una misión de cultura humana, hemos establecido dentro del extenso mecanismo de las enseñanzas universitarias, — como uno de los pies de un trípode simbólico de hondas transmuciones espirituales, — la historia en unión con la filosofía y la literatura; no solamente para que concurra con ella a la depuración gradual del fruto universitario prospectivo, sino con un fin más inmediato, más positivo, más actual, más nuestro, o sea la creación de una enseñanza que no existe, en una República que cumple un siglo de vida personal después de tres siglos de vida gestatoria, y cuando tiene tanto vacío que llenar, tanto error que corregir, tanto extravío que rectificar en los conceptos de sí misma, en su historia escrita, en su evolución institucional, en su educación política. La realización en la vida de un pueblo, del espíritu histórico con su unidad y continuidad de unas generaciones en otras, puede permitirnos ofrecer a nuestros contemporáneos ejemplos de conciencia nacional homogénea y asimiladora, como un grande imperio contemporáneo se adhiere y funde en su alma las más lejanas y diversas razas desemejantes; y el hecho todavía más hermoso y fecundo de que en la más poderosa de las repúblicas modernas, un espíritu sobradamente crítico pueda afirmar, como en un discurso reciente, que los hombres de estado de hoy poseen el mismo timbre moral que los primeros fundadores, siquiera se llamen Wáshington, Adams, Jefferson, Lincoln...

Sea, pues, bienvenido en el seno de la universidad más joven de América, el representante de la magna ciencia docente de la Europa, para ponernos con ella en contacto directo por la cálida y palpitante sugestión de la palabra y el gesto; y sea doblemente propicia su presencia en estas aulas, ansiosas de estudio y de trabajo, el mensajero de la ciencia

universitaria española, que sobre su legado multiseccular ha sabido hacer brotar espléndidos y vigorosos retoños de una ciencia nueva, nacida en tan fecunda y clásica tierra, al beso generador de las más sanas simientes de otros climas y razas. La obra entera del maestro, confirma esta aserción, pues llega a nosotros, trayendo como títulos indiscutibles, obras de historia social y jurídica, de didáctica, crítica y metodología, dignas de formar pedestal glorioso a una vida fecunda. Estas aulas son de hoy en adelante tuyas; maestros y alumnos serán sus discípulos, y el mayor premio a que podemos aspirar por nuestra acción, será el que la semilla de cooperación y concurrencia interuniversitaria hispano-americana, sembrada por él en estas humildes aulas, pueda difundirse un día más allá de las fronteras nacionales para llevar a los demás pueblos hermanos la influencia reconfortante de esa unción materna, ancestral, que reconstruye en un día los hogares dispersos por las vicisitudes y las luchas de la vida.

X

**INTERDOCENCIA UNIVERSITARIA:
OVIEDO Y LA PLATA**

INTERDOCENCIA UNIVERSITARIA: OVIEDO Y LA PLATA *

I

Señoras; Señores:

Por última vez en este año feliz de nuestros jóvenes anales académicos, vamos a vivir la vida escolar en compañía del maestro de Oviedo, que por tres meses — tan fugaces como la dicha misma, — ha sido también maestro propio de la nueva Universidad argentina, la cual, albergándolo en su seno más íntimo, con la doble ansiedad del saber y del afecto, ha realizado por su intermedio una comunidad ideal con la más alta civilización europea y con el espíritu inmortal de la raza materna, encarnado en él como en su más legítima personificación. Es la Nación entera la que ha oído en su palabra el mensaje cálido y vibrante de la vieja patria española; y esa armonía unánime en el sentimiento y en la opinión, que le ha amado como amigo y le ha admirado como maestro, no es más que la misteriosa y recóndita salutación de la sangre a la sangre, a través de un océano que separa dos continentes, y de un siglo de historia que separa dos hogares que un tiempo fueron un solo hogar. Las vicisitudes políticas que perturban el alma de las razas, y las dividen y separan en nacionalidades distintas, pueden crear fronteras materiales,

* Discurso en el acto público de colación del grado de Doctor *honoris causa*, y despedida, del profesor D. Rafael Altamira, en el salón de actos del nuevo Colegio de la Universidad Nacional de La Plata, el 4 de octubre de 1909.

y aún aparentes desemejanzas y divergencias entre los hijos de un común origen; pero las corrientes de aproximación y cohesión naturales, siempre vuelven por las vías de la inteligencia a reconstruir la unidad primitiva, la afinidad inmanente, la consubstancialidad indestructible. Ese es el privilegio de la ciencia: ella no sólo descubre y resucita lo ignoto y lo desaparecido, sino que suprime las desigualdades, y ha comenzado ya a construir el futuro hogar común de la humanidad hoy dispersa y desacorde.

En una época como ésta, en la cual se nota la viva inquietud de todos los pueblos por acercarse, compenetrarse y sentir sus palpitations más tenues, como si se convencieran, al fin, de que lo que les falta en simpatía, sólo es falta de conocimiento, nació en un simultáneo impulso de las dos universidades de Oviedo y de La Plata, como había ya existido entre otras de distintas razas y naciones: en la una, la idea de enviar hacia los países de América a sus propios maestros, en política de noble y legítima expansión espiritual, y en misión de amor y solidaridad científica; y en la otra, ansiosa de vida y del saber de aquellas que fueron origen y constructoras de la secular cultura europea, el propósito de llamar a sus aulas recién abiertas, a manera de consagración, los más sabios exponentes de aquella ciencia acumulada, que las sociedades jóvenes sólo pueden obtener a costa de enormes sacrificios, y con resultados siempre incompletos e incoherentes.

Sobre la torre de la casa trisecular de Oviedo brillaba la antorcha anunciadora del mensaje esperado, y al propio tiempo guía de los nuevos senderos por los cuales se busca una anhelada liberación; y en sus claustros de venerable antigüedad, por los cuales circulan hoy torrentes de sangre juvenil para España y para la ciencia, fuimos a llamar a la celda del que había de respondernos. Una secreta simpatía, acaso una tácita inteligencia sobre comunes ideales, nos condujo a unos y a otros; y al mismo tiempo que el ilustre rector Canela enviaba a Altamira hacia América, la Universidad de La Plata pedía a Altamira en Europa, el concurso de su saber,

su experiencia y su arte inimitable de cautivar los espíritus, para impulsar y enaltecer la ardua labor de cultura emprendida en esta región del continente.

De esta aspiración de recíproco estudio e inteligencia, y de asimilaciones educativas de unos pueblos a otros, han nacido un hecho y una institución nuevos: la interdocencia universitaria y social, por medio de estos agentes que el lenguaje contemporáneo ha designado ya con el título irreemplazable de *embajadores académicos*, adquirido en misiones de una diplomacia reciente, por profesores como Murray Butler, van Dyke, Bliss Perry, — el sucesor de Longfellow en la cátedra literaria de Harvard, — Coolidge y Smith, en Francia y Alemania; y Oviedo en España, abre la misma época con su misión en Burdeos, confiada a su propio rector Canella, y a nuestro ilustre huésped de ahora, a nuestro doctor y compañero de hoy en adelante, a don Rafael Altamira, de quien puede decirse lo que un escritor americano habla de uno de sus profesores, — que “con su entusiasmo genial, su talento de *raconteur*, su espíritu escolar y su personal encanto, es el exponente de la más alta cultura y genio de su raza”.

Bryce, en la conferencia de Mohonk y Asquith en el Congreso Universal de la Paz, de Londres, han coincidido en la misma observación, de que en este sincero deseo de la paz que anima a todas las grandes naciones, la mejor vía para obtenerla es la inteligencia recíproca, que suprime dudas, desconfianzas y temores, hijos de la ignorancia; y de los más eficaces medios de realizar ese conocimiento es el intercambio de profesores, como lo será en medida más amplia e intensa, en día no lejano, el de alumnos universitarios de uno a otro país, como lo atestigua y confirma en su magno discurso de apertura de la 79ª conferencia anual de Winnipeg, de la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias, el sabio profesor de Cambridge, Mr. Joseph Thompson, quien, al señalar la valiosa experiencia de la vida interuniversitaria para aquellos estudiantes que se dedican a la acción pública dentro de los países del Imperio, agrega que nada puede consi-

derar más aparente para conducir hacia un conocimiento más exacto de los sentimientos, los prejuicios de unos países respecto de otros, que el hecho de que núcleos juveniles de unos y otros pasen juntos una parte de su vida estudiantil.

Si esta vida en común de los internados de adolescentes, y de las residencias universitarias, ha creado entre las generaciones de una misma nacionalidad vínculos tan estrechos como fecundos en resultados políticos, no puede dudarse que el mismo efecto en la más vasta esfera internacional, hará que pueblos distintos se ligen por afectos indestructibles, por las almas de sus hijos, que más tarde serán, desde el gobierno, conductores de sus destinos colectivos. Sus maestros llevarán la ciencia que dota a los espíritus para la acción y para el progreso efectivo de la sociedad humana; y los estudiantes transmitirán más tarde a todos los ámbitos, en la enseñanza, y con el recuerdo de sus maestros y de la convivencia escolar, ese dulce y prolífico calor de alma, que funde, iguala y fraterniza los caracteres y tendencias más diversas, se sobrepone a todos los prejuicios, rutinas e ideas más petrificadas, y es el único capaz de destruir fronteras y lanzar a los pueblos a las grandes empresas solidarias por la civilización y el ideal.

Un concepto incompleto de su propio valer, y más imperfecto aún de su posición intrínseca en el mundo, suele inspirar a las jóvenes sociedades americanas sentimientos de orgullo y suficiencia tales, que se sienten capaces de bastarse a sí mismas para las luchas y las tareas de la alta enseñanza, y a proclamar en todo caso la preferencia de maestros nativos, y aún la exclusión sistemática de los extraños. Olvidan que la ciencia no tiene límites visibles y que la cultura es planta que vive del influjo del medio universal, por más que sus raíces infinitas procedan de todos los lugares de la tierra; desconocen el proceso modelador de la verdadera ciencia sobre el carácter y la conducta, y los efectos de afinamiento, sensibilidad y amplitud de todas las impresiones y juicios, que el espíritu científico produce en el alma colectiva de una socie-

dad; ignoran que no pueden desvincularse los productos de su medio propio y congénito, y que los espíritus superiores, como *flores de cultura*, son el coronamiento de un largo e invisible proceso de experiencias sin cesar renovadas de generación en generación, hasta que un día el jardín ostente la flor deseada, la flor perfecta de forma, color y perfume.

“ Y bien, cada una de las vastas regiones morales, en que la civilización se difunde y elabora, ostenta al fin sus propias *flores de cultura*, tras una lenta y a veces multiseccular evolución; y a menos de poder ligar sin solución de continuidad el pasado con el presente, las naciones nuevas de América, desprendidas por crisis violentas de sus viejos troncos ancestrales, no tienen el tiempo mínimo requerido para completar un ciclo de cultura homogénea y estable. Nuestros hermanos del Norte tuvieron más suerte que nosotros, a pesar de sus grandes y profundas crisis, al reanudar sin intervalos apreciables la corriente educativa de la madre patria sobre el suelo propio; y bastaría para demostrarlo la sucesión continua de su historia política representada por sus presidentes, desde Wáshington a Taft, por la vida ininterrumpida y robusta de su Constitución, y el crecimiento y floración espléndidos de sus escuelas y universidades en el mismo período de tiempo. Entretanto, nosotros, surgidos de una cruenta revolución a la vida independiente, caídos en la anarquía fratricida y sangrienta, generadora de barbarie y regresión, apenas pudimos, a fuerza de sacrificios y agotamiento, bosquejar un organismo constitucional, no hace aún medio siglo; ¿y habremos de pretender ser poseedores de una tradición científica e intelectual suficiente para formar esos espíritus superiores, de último y afinado tipo, dignos de llamarse *flores de cultura*?

La más amable muestra de buena inclinación que podemos ofrecer al mundo civilizado, en medio de la vertiginosa carrera de prosperidades materiales que seguimos, será reconocer la posición exacta que nos corresponde en el conjunto de los progresos científicos; declararnos con valiente decisión en la edad de la edolescencia, susceptible de todas las virtu-

des, como accesible a todos los peligros; inscribirnos en la categoría de los estudiantes, llenos de esperanzas, anhelos y ambiciones, y de fuerzas inescrutadas para satisfacerlos en la lucha del trabajo y el estudio; abrir nuestra inteligencia y nuestro corazón a las mejores influencias del espíritu humano, venga de donde viniere, y venga más que todo de su fuente y foco secular y excelso, de la nobilísima tradición científica e ideal de la Europa occidental, cuyas universidades e institutos libres, herederos del caudal del saber de la humanidad, lo conservan, lo enriquecen, lo depuran y renuevan sin cesar, para difundirlo en las sociedades nuevas de los otros continentes, en los cuales su energía constante e invencible, va ensanchando el imperio de la civilización y de la libertad, y abriendo cauces y surcos nuevos a la expansión y a la renovación de la vida del género humano.

En esta labor colosal y luminosa, las nacionalidades nuevas de América llevan una mínima parte, y la suya es apenas suficiente para habilitarse a sí mismas en sus luchas interiores, en sus necesidades inmediatas, en sus deberes más premiosos ante la ley de la universal convivencia; sus escuelas y universidades son incompletas cuando no informes; sus labores son inconstantes, inestables e intermitentes, con las intermitencias que la gestación orgánica y política les impone, y con las inquietudes que la inseguridad de sus destinos mantiene en las conciencias; los métodos certeros, que sólo una larga y sabia experiencia afirma y comprueba, no existen ni pueden existir en ellas, y así, sus enseñanzas, si algo realizan por la virtud del esfuerzo y la voluntad, carecen de esa eficacia final y concluyente que conduce al descubrimiento de nuevas verdades y de nuevos caminos en la interminable labor de perfeccionamiento del espíritu. En este concepto, la vocación patriótica por excelencia en nuestro país, como en los demás de su misma condición en América, deberá ser la de mejorar las condiciones en que la auto-educación se elabora, elevando el nivel moral e intelectual de sus maestros, con enseñanzas superiores a ellos que nunca podrán surgir de sí

mismos, sino del seno de la civilización y focos científicos más altos, — los únicos que podrán alzarlos de la línea media, para conducirlos a un plano más elevado, desde el cual puedan divisar, como se contempla una llanura desde una cumbre, horizontes ilimitados, senderos no descubiertos, lejanías no presentidas.

..

II

Creeríase, al oírme hablar de esta manera, que en esta política de interdocencia e intercomunicación de ideas, entre universidades o públicos de diversos países nada podrían las nuestras aportar a la labor colectiva, y menos a las aulas de las viejas y célebres casas de altos estudios de Europa; pero no es esa la consecuencia de mis juicios, porque si éstas nos envían su alta e intensa enseñanza, con el prestigio y la virtud irresistibles y de la experiencia y la penetración de la idea científica, aquéllas, en retribución, les ofrecerían un elemento del más elevado valor, en la información exacta, inmediata y palpitante sobre el sujeto americano, incomprensible aún para el investigador europeo, — sujeto exótico, múltiple, complejo, mezcla a veces informe de lo antiguo y de lo nuevo, donde el observador más avezado se extravía, por falta de la continuidad de la observación de los fenómenos inherentes a la masa. El profesor americano, dotado de relativas aptitudes de expresión y de método, puede llevar a la cátedra europea una riqueza inmensa de material experimental, para someterlo al procedimiento analítico de la alta ciencia; y así, el genio, los caracteres, variantes y alternativas de estas sociedades tan mal conocidas y tan mal estudiadas, revelados a la opinión científica de Europa por hombres capaces de describirlos y representarlos, contribuirían a desvanecer errores y prejuicios persistentes, y a fundar una nueva corriente de relaciones sociales, políticas y económicas entre Europa y América, de la cual sólo ventajas recogerían las naciones de uno y otro continente; y no sería la menor, sin duda, la convic-

ción que allí se formaría sobre la capacidad de éstas para la vida civilizada en el campo de la política y de la ciencia, y la mayor afirmación de los conceptos de justicia internacional, de solidaridad y ayuda recíproca entre pueblos de las razas y las situaciones geográficas más diferentes; y ya se ve cuánto camino realizaría con esta sola conquista, la causa de la paz del mundo y del bienestar permanente de todos los hombres.

Si la civilización sud americana reconoce sus orígenes y fuentes directas, y se alimenta sin cesar en las sociedades europeas, no puede desconocérseles el derecho de reclamar una más íntima vinculación con la que fué su cuna materna, la noble, esforzada e hidalga raza hispánica, que mantiene viva por la sangre y el idioma la coherencia de estas jóvenes nacionalidades, con su común descendencia europea. Es más que una imagen literaria, una verdad histórica y científica, la afirmación de que el océano no divide, sino que sigue uniendo a España con sus antiguas colonias; porque ni los rasgos étnicos y espirituales idénticos han desaparecido entre ellos por el transcurso de un siglo, ni los efectos fisiológicos del trasplante han sido de debilitamiento, sino más bien de afirmación de los rasgos geniales de la raza, que como vigorosos e incisivos, se han grabado y reforzado en sus descendientes en el nuevo suelo, bajo las influencias físicas de un ambiente social tan distinto. Se han alzado fronteras políticas irrevocables entre la metrópoli y las colonias, pero la sangre y el alma de la raza siguen consolidando los cimientos del viejo hogar castellano, más fuerte e inexpugnable, quizá, ahora, con los prestigios de la libertad, que antes bajo la coersión de la obediencia; y siendo así indestructible la unidad genial originaria, lo más posible será, acaso, que el nuevo ambiente americano, contribuya a rejuvenecer y fortalecer los elementos vitales de la raza, por la influencia refleja de los retoños sobre los viejos troncos; y este efecto será tanto más real y visible cuanto más activa e intensa sea la corriente emigratoria de uno en otro núcleo

social: muy al contrario de lo que creyese la vulgar preocupación patriótica, que midiera la integridad nacional por cabeza de habitante, y no parase mientes en la debilitación orgánica progresiva por el círculo vicioso de la savia, sin el riego fecundante de la luz exterior y de la gota de agua de las fuentes lejanas.

La embajada académica enviada por la Universidad de Oviedo a América, inicia una reconstrucción profunda, ideal, y un movimiento de simpatía e inteligencia actual e inmediata, entre las almas de dos pueblos consanguíneos, separados por una inevitable querrela de familia, en la cual ha faltado una palabra de unción paterna, para reanudar el viejo afecto doméstico, bajo la sombra tutelar de los antepasados comunes. Si estas misiones, según Bryce, tienden a consolidar la paz entre pueblos antagónicos por el conocimiento recíproco, ¡cuánta más honda no será su virtud unificadora, cuando se ejercen entre miembros de una sola familia, hijos de una misma tradición y cultivadores de la misma lengua! Si ha podido ser en el corazón de Europa, en uno de los centros del saber universitario de Francia, tan viva la impresión del pensamiento español y de sus progresos científicos y docentes, por la palabra cálida, y a la vez reposada, metódica y reveladora de Altamira, ¡cómo no será ella en el corazón de los hijos de América, que comprenderán sus más recónditas vibraciones, y adivinarán en el proceso apenas perceptible de la elaboración mental, en el gesto y la mirada, en la cadencia de la frase y en el timbre de la voz, los signos misteriosos de la confianza de un sentimiento ancestral, cuyas raíces seculares hacen llegar hasta nosotros con la frescura de una hoja verde, algo como la sensación de la dulce caricia materna!

El claustro ovetense ha elegido por su embajador en América al más apto para la misión de afecto y de enseñanza; surgido como sus compañeros de núcleo, del alto origen de una escuela a la cual habrá de deber España nuevos días de gloria, trae en su espíritu fuerzas invencibles: la

pasión por el ideal humano, vocación científica acendrada, y esa gloria inmensa que es la conquista de almas por el sentimiento y la revelación intelectual. Las cualidades dominantes de su espíritu se hallan reflejadas en su obra; el culto de la literatura y el arte en sus más amables formas, afinaron su percepción y su poder afectivos, con los cuales realiza la aproximación simpática del oyente, y abre sus poros a la plena absorción de la idea científica. Su dominio de la historia lo ha puesto en comunicación con el espíritu de las otras edades y cultura a veces superiores a la contemporánea, y el conocimiento de las fuentes y de la evolución jurídica de su pueblo y de la humanidad, ha hecho de su vida como una consagración a los ideales de justicia y de igualdad, que acercan y funden las clases en que se divide aún, en su ficticia organización democrática, la sociedad moderna; Altamira, como Ruskin, ha absorbido en el *huerto cerrado* de la ciencia esa vocación evangélica de la educación, que inclina su alma con fuerza irresistible hacia los niños, los humildes y los ignorantes de toda condición, seguro de que la verdad los levantará de la servidumbre o el envilecimiento, y de que el equilibrio perfecto de la vida sólo podrá establecerse cuando todos los hombres puedan respirar libremente el aire puro de la cultura científica.

La suma de su labor intelectual, más intensa y específica que abundante, revela un espíritu abierto a todas las corrientes impregnadas de verdad o elementos de progreso, así propio como nacional; sobre la base firme del rico legado patrio, ha construído un monumento de ciencia impersonal y humana, y lo ha enriquecido y acrecentado como un hijo amante que ayuda a aumentar el patrimonio doméstico. La ciencia española, puesta en contacto con el mundo exterior, en acción generosa de afinidad y concurrencia, ha desplegado nuevas virtudes expansivas; y expuesta ahora en forma tan persuasiva por el más elocuente de sus apóstoles, en el seno mismo del saber extranjero, como lo hiciera en Francia y Alemania, y lo realiza en América, no sólo aparecerá

como una resurrección de antiguos tesoros, sino que será una enseñanza efectiva por el prestigio que le añade la virtud persuasiva y el suave imperio intelectual del maestro de Oviedo. El puro y noble brillo, y el timbre inconfundible de la grande alma latina, se difundirán por estos vastos continentes, donde se consuma desde hace cuatro siglos la misteriosa transformación de una raza, que fué generadora de naciones, y será árbitro en el futuro de una vasta porción del humano destino.

III

Señoras; Señores:

Cuando la Universidad de La Plata resolvió establecer su nueva Sección de Filosofía, Historia y Letras, para completar la idea orgánica primitiva, comprendió que iniciaba una labor destinada a cavar muy hondo en el alma de la juventud que asistiera a sus aulas. Iniciaba al propio tiempo una evolución en la enseñanza nacional, relativa al ordenamiento general de los estudios, que hace mucho tiempo venía imponiéndose en formas diversas e imprecisas: la creación de un ciclo académico de alta preparación y pulimento, en el cual las jóvenes inteligencias, nutridas de nociones generales e incompletas sobre todos los ramos del saber, necesitan coordinarlas, armonizarlas, condensarlas y ponderarlas, antes de emprender la jornada superior, como el viajero de las montañas, que antes de emprender el último repecho, revisa su montura, ajusta sus cinchas, y dispone sus fuerzas para la árdua ascensión. La enseñanza histórica debía ser, con la filosofía y la literatura, la base triangular del nuevo edificio; y al fin, la Universidad integraba su complicado organismo, colocando al lado de las altas ciencias experimentales, las aguas lustrales de las ciencias éticas, donde vayan todas a ungirse del perfume ideal que embellece y sublima todo esfuerzo y toda conquista de la fuerza o de la inteligencia. En cuanto a la historia —creo haberlo dicho otra vez—, reducida entre nosotros en lo constructivo a la

acción espontánea del patriotismo, no menos grande por ser empírica, y en lo docente, a la repetición de las narraciones escritas, reclamaba una fundación definitiva, en la cual se comenzase a cultivar en forma sistemática y reproductiva, la propia historia patria, entregada hoy a todos los vientos de la dispersión en sus fuentes y en sus métodos.

El sabio autor de la *Historia de la Civilización Española* y maestro de Historia del Derecho en Oviedo, conductor casi exclusivo en lengua castellana de las ideas modernas de enseñanza histórica, en libros de universal renombre, era el constructor ideal de la nueva disciplina; y es motivo de orgullo, el más legítimo de todos, para esta Universidad, haber podido conducir hasta la cátedra argentina al artífice único de la obra; porque no sólo ha limitado su influjo a sus propias aulas y alumnos, sino que la ha extendido a todos los que se hallasen al alcance de su palabra. Sus teorías sobre el concepto fundamental, didáctico y constructivo de la historia eran las que aquí debían ser enunciadas; y las naturales referencias a las demás disciplinas, en particular las relativas a la enseñanza científica, convirtieron su cátedra de método histórico en didáctica y ética general, por las inevitables amplitudes de un pensamiento vasto y libre, y por la insuperable lección personal de la labor y de la conducta del maestro con sus discípulos —que lo fuimos todos—, y con el país entero, que lo ha contemplado con creciente simpatía y admiración durante el desarrollo del plan de trabajo más vasto e intenso que ningún hombre haya realizado entre nosotros.

Creo justo observar aquí este aspecto de la misión de Altamira en América: me refiero a la enseñanza objetiva del ejemplo, en un medio en el cual esos casos de consagración son desconocidos. Sus conferencias, lecciones y consejos orales podrán acaso perderse en parte de la memoria de sus oyentes; pero nunca se perderá la influencia directa, el recuerdo de esta magna tarea desempeñada por un maestro sin desfallecimientos, sin quejas, sin inútiles intermitencias,

sin asperezas, sin vanidades y sin ostentaciones; de esta prueba viviente de la enorme potencialidad productiva del esfuerzo disciplinado y nutrido de amplia preparación anterior; de esta palabra serena, sabia, elegante y ungida de un cierto perfume místico; de ese misticismo afectivo que nace de las almas delicadas, que se consagran a una vocación definitiva e ideal; de este maestro amigo y compañero que se infiltra en el corazón a la primera entrevista, y que posee, por eso mismo, la virtud invencible de la persuasión por el afecto y la confianza; de este sembrador incansable de la semilla sana y robusta, cálida y desbordante, que va por el mundo abriendo surcos, regando con palabras de amor las almas desiertas, dejando en cada una un grano fecundo de ciencia, o la flor simbólica de un consuelo jubiloso, o un aliento de vida o de esperanza, o un eslabón de la infinita cadena de la humana fraternidad.

Aquí quedará la impresión imperecedera del espíritu del maestro y amigo de todos los que en esta casa enseñan y estudian; la Universidad nueva que ha abierto su alma como una gran flor tropical a todas las influencias de la cultura ambiente, ha declarado y declara desde ahora su maestro permanente al profesor de Oviedo; su cátedra quedará vacía de su persona, pero penetrada de su recuerdo y de su pensamiento; y como los órganos de las catedrales abandonados por el artista sorprenden de pronto en la noche con la resonancia de los acordes errantes, así el eco elocuente de sus lecciones oídas, resonará en las horas propicias en nuestros corazones, para hacer revivir la pasada confianza espiritual. Aquí queda la cátedra por él consagrada a una de las más nobles ciencias de la vida; sus discípulos y compañeros de una hora mantendrán la tradición con culto de intensa amistad y respeto, hasta el día en que su dueño quiera volver a ocuparla con su propia personalidad; y entre tanto, la semilla será fecundada en el surco; las ideas brotarán en generaciones sucesivas sobre la tierra por él regada, y esperamos que el jardinero no olvidará su huerto,

y que los aromas de sus propias flores le atraerán muchas veces a conversar con ellas en espíritu y en verdad.

Señor profesor Altamira:

El grado de doctor *honoris causa*, que hoy os ofrece la Universidad, es la más alta de las distinciones que caben en sus fueros. Hasta ahora lo llevan solo espíritus dignos de compartir con el vuestro las más puras glorias de la inteligencia; y así como ellos trajeron a estas aulas el noble prestigio del saber de las cultas naciones que representan, así este pergamino es un símbolo para nosotros muy querido, — el de un amor sincero de esta patria nuestra por su augusta y noble madre España, y de un sentimiento nuevo de fraternal afecto por la escuela de Oviedo; y ya que nada puede agregar este documento a los títulos que os han conquistado vuestra sabiduría y dotes personales de maestro y escritor, nadie podía personificar mejor esta estrecha comunión de dos universidades, una argentina y otra española, que el hombre que lleva en la suya el alma misma de aquel hogar de ciencia y de virtud. Al alejaros hoy de nuestra compañía, con la esperanza de volver a recibir un día vuestras sabias y gratas enseñanzas de doctrina y de ejemplo, podéis ir satisfecho de la misión altísima que habéis desempeñado, de embajador académico y afectivo de la ciencia, de la cultura y del alma de España, la cual ha podido compenetrarse con la argentina y la americana en la más íntima comunión, y descubrir en ella el santuario secreto de un afecto nacional inmarcesible, que sólo la confianza de los grandes espíritus como el vuestro devela y exterioriza, para traducirse en francas expansiones, en armonías políticas efectivas, o en conquistas reales para la causa de la cultura, que es la consagración suprema de toda vida superior.

“

XI

UN PRINCIPE DE LA DICCIÓN

MR. COQUELIN

UN PRINCIPE DE LA DICCIÓN *

MR. COQUELIN

Señoras; Señores:

Una fiesta de singular atractivo es la que ahora se ofrece a las jóvenes de nuestras escuelas normales de profesoras, con la visita del gran actor señor Coquelin, quien lleva en sí por el mundo la gloria del arte escénico, con la dignidad de una misión de cultura y de fraternización con ese país de Francia, en cuyo suelo la belleza antigua parece haber erigido un imperio nuevo.

En esta casa, donde se cultivan, bajo la dirección de excelentes maestros, los idiomas representativos de la civilización presente, y por cuyo intermedio nuestra patria se pone en comunicación con su espíritu, las armonías y resplandores de la lengua de Molière, de Hugo, de Rostand, resonarán en nuestros oídos con el encanto de una música predilecta.

Aunque los lenguajes entrañan profundas diferencias, como lindes invisibles de las nacionalidades, ellos se auxilian y se alumbran entre sí; y la expresión acaso más alta de esa anhelada comunión de los espíritus de todas las razas, está en cierta armonía latente, por la cual las creaciones del genio son reconocidas en todas las regiones de la tierra.

* Palabras del ministro de Justicia e Instrucción Pública, en la presentación del actor Mr. Coquelin en la clase de idioma francés de la Escuela Normal de Profesorado en Lenguas Vivas de la Capital, en junio de 1905.

Estudiar el idioma de un pueblo es ponerse en íntima relación con su alma, y aquellos que hacen de su cultivo un arte y un sacerdocio son los confidentes, los emisarios libres, encargados de difundir por el mundo la conquista de simpatía y de belleza para la nación que los envía. El señor Coquelin puede reclamar para sí el honor de haber hecho amar el idioma y admirar el genio intelectual de su patria en todos los países que ha visitado, y en el nuestro que ahora le hospeda, su arte no superado sólo pondrá en evidencia antiguas y hondas afinidades, que llegan hasta definir períodos históricos.

Señoritas alumnas: Una atención delicada, propia del talento legítimo, os permite en este instante escuchar a uno de los más puros exponentes del habla francesa, que habréis de enseñar después en las escuelas argentinas. Los momentos que os dedique deben ser, así, de encanto y de provecho; y por ese doble motivo, la acción de tan amable huésped, al obligar nuestro reconocimiento, agrega un vínculo más a los que nos unen con la noble y grande nación de donde procede.

PARTE TERCERA

EN LA TRIBUNA PUBLICA Y PARLAMENTARIA

XII

LA ESCUELA DE LA VIRTUD PRIVADA

LA ESCUELA DE LA VIRTUD PRIVADA *

Señoras; Señores:

En medio de los afanes de mi labor diaria, me ha sorprendido el gentil mandato de las damas de la Sociedad de Beneficencia de La Plata, para traer a este acto tradicional de la cultura y del patriotismo femeninos, mi concurso de ideas y de sentimientos, ya que ningún otro patrimonio puedo ofrecer, ni a título de caridad, ni de combate por la civilización y la virtud. Saben ellas, sin duda, que soy un soldado de fila en esta contienda, y que mis armas nunca ociosas, si se mellan se reparan, y si se rompen se reponen al punto en el taller inagotable del estudio, de la meditación y de la voluntad. Aquí estoy en el lugar que ellas han querido señalarme, en el instante en el cual se tributa el premio inefable del reconocimiento y de la justicia, a los héroes, tanto más grandes cuanto más modestos, de esa lucha silenciosa del trabajo y de la práctica de las virtudes esenciales a la existencia, dignidad y perpetuación de la familia humana. Hombre de estudio y de enseñanza, no podía dejar de ver en la nobilísima fiesta la revelación de un poder educador extraordinario, no computado en las estadísticas, ni habitual en los cálculos profesionales —el de la asistencia, vigilancia y estímulo de todas aquellas íntimas cualidades, en el seno de los hogares humildes, o en las institucio-

* Discurso en el acto de la distribución de premios a la virtud, por la Sociedad de Beneficencia de La Plata, en el Teatro Argentino, el 9 de julio de 1907.

nes sociales sostenidas por la munificencia privada, en las cuales también se realiza una tarea permanente de educación moral por la acción y el ejemplo, y cuyo resultado va después a agregarse al capital colectivo, que las escuelas públicas de toda jerarquía acumulan en su labor sistemática.

Un delirio patriótico de un gran visionario dió existencia real a la Sociedad de Beneficencia, para que la mujer argentina tomase su parte en la urgentísima labor de la educación democrática; acaso para que el fantasma del pasado se desvaneciese sin tardanza en sus brumas aún palpitantes, y el más sangriento de una tiranía y una barbarie que comenzaba a esbozarse en el horizonte de la Patria nueva, no tomase las formas y los movimientos de la realidad; entre el vasallaje colonial y la dictadura de Rosas se abre, como entre las nubes de una día tormentoso, un claro, un pórtico, un valle de luz, en cuyo fondo se bosqueja el sueño de grandeza. Rivadavia quería acelerar en un instante —como si presintiese los funestos días que le siguieron— la obra de un siglo; y entre desdenes e incredulidades, entre agresiones y sarcasmos, legó a la historia un ciclo breve y fecundo de creaciones y de ideas, unas para que echasen cuerpo con el tiempo, y otras para que germinasen en el suelo cálido, y diesen su sombra y su fruto a las generaciones que de él solo conservasen un recuerdo... “Se trataba, —dice un historiador tan ilustre como su personaje— de instalar la educación y el porvenir de la mujer bajo el gobierno y el cuidado de la mujer misma, tomada en su más alto carácter de dama, de madre, de servidora de la Patria. No había padre, no había madre que no mirase a todas aquellas señoras, como en una transfiguración patriótica, iluminada con los rayos de la gloria y las bendiciones del porvenir. Las compañeras de los héroes y los prohombres de Mayo, tomaban bajo su amparo la suerte y el adelanto de las generaciones futuras de los patriotas de Mayo...” El ensueño del ministro soñador y poeta, creaba una función de gobierno para ser encomendada a las únicas que podían

comprenderlo, acariciarlo y mantenerlo inviolado en el santuario de imaginaciones y afectos cálidos y luminosos —único que podía atravesar el desierto de las angustias y los horrores sangrientos, para transmitir a los venideros el religioso legado.

Fundación educadora y patriótica fué la que Rivadavia concibió y puso en manos de las damas argentinas, las herederas directas de los próceres de 1810 y 1816; porque las desgracias y miserias que precedieron a esos ciclos inmortales, hijos fueron de la ignorancia y de la barbarie, que de mil formas revestidas, acechaban hambrientas la opulenta presa.

Los sabios y los doctores cuidarían la Universidad por él levantada sobre los cimientos de un Colegio ilustre, para que se modelasen los futuros estudiantes de la República; los ciudadanos de toda condición cuidarían de conservar en su pureza la institución del sufragio, que es la fórmula concreta del régimen representativo, que él también arrancó de entre las marañas inextricables del viejo municipio colonial; corazones y entusiasmos de mujer, como guardianes ideales de un tesoro de virtudes y grandezas intangibles, debían ser los que recibiesen la misión más alta, la enseñanza de la virtud por la virtud, por la vida, por el ejemplo, por la tradición impecable de estos cánones no escritos, que hacen la fuerza y el encanto de las razas, que dan su alma a la leyenda y su cimiento de piedra secular a las instituciones; y al fundir en una sola e indivisible noción las de patria y de moralidad, engendra el tipo heroico que exclama ante la hoguera chispeante de la conquista y de la apostasía, el versículo inmortal: *parati sumus mori, magis quàm patrias Dei leges prævaricari*. Porque la sencillez sigue a la virtud, como la duplicidad a la corrupción; y así en las épocas de verdadera y primitiva grandeza los caracteres indivisibles surgen de relieve, como en los períodos de decadencia, los complicados e incomprensibles, aparecen para enredar la madeja

de la historia, y ocultar los crímenes, las bajezas y las miserias que constituyen su proliferación más fecunda.

De lejos, de muy lejos, y de elevado linaje procedía el sentimiento inicial de esta institución que tiene por principal ministerio el cultivo de la virtud doméstica y privada, para difundirla en la sociedad, a manera de lluvia mansa sobre los campos sedientos: el viejo y noble hogar castellano, generador de reinas divinas, de reyes como héroes y de héroes como reyes, de conquistadores de imperios y mártires del ideal, encendió la primera brasa del hogar americano donde se calentó la semilla de la libertad y la independencia, para caer después en el surco profundo y engendrar naciones nuevas para el derecho, para la cultura, para la paz y el bienestar del género humano. Sí; es el noble y viejo hogar castellano, unido por sagrado vínculo a aquellos que el Maestro supremo saludaba con su voz de inefable melodía —*pax huic domui*— al demandar la hospitalidad que es su ley de civilización y de solidaridad humana, y éste, a su vez, trasunto secular de aquel que el salmista describe en su exaltación mística, en el cual “*la esposa, como vid abundante, en el solar doméstico*”, y “*los hijos como renuevos del olivo en torno de la mesa*”; y afuera, en las colinas y los valles que labró la mano del patriarca, los “*arroyos embriagados*” de limo y de gérmenes vitales, y las “*lloviznas coronando y ciñendo de regocijo los collados*”.

Escuela de virtudes sencillas, orginarias y fundamentales, era la que Rivadavia estableció al crear esta Sociedad con su fiesta anual de premios y recompensas: escuela e institución política a un tiempo, en la cual se enseñaba el amor fraternal de todos los hijos de la misma tierra, como los nacidos bajo un solo techo, y se plantaba en profundo cimiento la piedra angular de una Patria del futuro, sin divisiones, sin diferencias, sin rivalidades, sin odios, sin rencores, sin envidias, sin tiranos, sin siervos, sin preferidos, sin menospreciados, porque todos serán gajos del mismo olivo, brazos del mismo raudal, y el sentimiento del amor y la con-

ciencia de la igualdad, fundirá en todos sus hijos un temple sin mezcla, sin debilidad y sin disonancia; una Patria como escudo de bruñido acero, cuya alma, herida por el roce de un sentimiento común, repercute como los bronce germánicos por largo espacio en la soledad de los bosques y de las montañas, como clarín profético que anuncia un llamamiento o pregona una victoria; una Patria dulce y propicia como árbol de vasta sombra en el desierto, donde vayan todos los viajeros a buscar frescura y reposo, y de cuyas raíces brote en permanente surtidor el agua viva del amor y de la caridad, que son fuerzas perennes de progreso y de cultura, de dominación y de gloria, de libertad y de poderío; una Patria amable, protectora y justiciera donde el peregrino de la vida sienta deseos de permanecer y plantar una tienda y un árbol, el pensador y el obrero tengan ambiente y campo para sus fatigas gemelas de los mismos dolores y de las mismas alegrías íntimas; y unos y otros, y todos, hallen en sus tribulaciones y contiendas, un juez de amor y de sencilla sabiduría, que falle en igualdad, condene con ejemplo y perdone con grandeza; una Patria republicana y familiar, donde todos los ciudadanos se sientan dueños de la soberanía y capaces de ejercerla y representarla sin esfuerzos ni mentiras, porque en ellos arda la llama del mismo amor doméstico, la pasión de una misma gloria y la ambición de una misma recompensa, y los hombres se sientan animados de una irresistible inclinación a la ayuda recíproca, al triunfo del esfuerzo ajeno, al deleite sin igual de coronar y ceñir de laurel victorioso la inteligencia y la acción del hermano, del amigo, del conciudadano, del prójimo; pues, *“la felicidad del hombre consiste mucho más en la admiración de las facultades de los otros que en la confianza en las propias”*, y la unidad y vida de una nación se forman de la suma de los sentimientos, vínculos y amores individuales que estrechan y ensalzan, y ennoblecen a cada uno de sus hijos, como reflejo de aquella Patria ideal que se fundó sobre el precepto de amarse y ayudarse los unos a los otros.

Esta escuela e institución que precedió en tres décadas a la Constitución de la República, forma parte de ella, como un antecedente histórico inherente a la nacionalidad en su período de gestación; y al tomar por misión el cultivo y enseñanza de las virtudes más sencillas, como elementos primarios, celulares, del núcleo primitivo de la Patria, adquiere existencia anterior y superviviente a la Constitución misma: si bien es verdad que ésta da sólo forma metódica a una conciencia social preexistente, y ella misma no es concebible como un código de moral social y política, sin la preexistencia de aquellos caracteres iniciales de la individualidad nacional. Y necesita la República de aquella levadura de virtudes domésticas tradicionales para salvar su propia unidad, puesta en peligro de disolución en las épocas de confusión, debilidad y anarquía, durante las cuales las facciones, al desgarrarse entre sí, amenazan despedazar, y aún llegan a desintegrar el patrimonio hereditario, y los enemigos y los conquistadores de afuera, se sienten incitados a hacer presa fácil del suelo que los odios y las disputas de familia dejan abandonado, yermo e inculto. Así pudo sentirse el influjo regenerador del hogar primitivo, cuando el extranjero viola en son de conquista los ríos y las riberas de la Patria, al amparo de la disolución nacional, porque del fondo de la tierra hablaron los espíritus de los abuelos, con acento superior al de las querellas fratricidas y al de las hordas brutales de la anarquía y el despotismo, y reconstruyen por un momento la unidad quebrantada de la familia argentina, para salvar de la profanación y la vergüenza la integridad del suelo común.

Más que en los tiempos antiguos es necesaria en los actuales la enseñanza de las virtudes que esta escuela e institución profesa. La disolución de los seculares lazos de la familia patriarcal, que dignificaban hasta la servidumbre con su influjo sedimentario, ha agrietado los muros del hogar, y las corrientes nuevas de la vida, impregnadas de hábitos revolucionarios, han removido los cimientos de la unión con-

yugal por una mayor elevación en el nivel moral e intelectual de la mujer, sobre cuya piedra semi labrada se alzaba la antigua fortaleza del matrimonio.

El sentimiento nativo, apenas pulimentado, era la fuerza y el atractivo supremo de la compañera del hombre; pero hoy la ciencia y la cultura transforman y enriquecen aquel primitivo concepto, y la belleza y el ideal femeninos, dotados de mayor suma de espontaneidad y soberanía, buscan en cielos más dilatados y en cauces más hondos las fuentes de sus goces y los ideales de su destino. La virtud contemporánea tiene más de batalla y de renuncia que la de otros tiempos; batalla contra las asechanzas invisibles e innumerables de la vida misma, cada vez más confusa y precipitada, y renuncia heroica de una suma de privilegios reconocidos, que brindan el placer en pago de la libertad, llenando de amarguras infinitas las almas y las generaciones, pero a cuya costa, únicamente, parece posible ese sublime regalo de la paz doméstica, que realiza en la tierra una forma de la felicidad. Libertada la mujer de la antigua servidumbre, anhela las conquistas de la nueva libertad, las alcanza y las repudia con mayor presteza que su compañero de destino, y siente como las aves de canto la nostalgia de la dulce y amorosa prisión, donde su belleza y su gracia tuvieron imperio indisputado. ¡Belleza y gracia, tan frágiles y transitorias, mucho más que la flor de los campos y los cristales del rocío, cuando no han inundado e impregnado al alma, y no se han difundido y transmitido en forma de virtudes imperecederas a otras generaciones! La belleza y la gracia femeninas, consubstanciadas con las virtudes congénitas, son eternas, y aún en los cabellos blancos y en las pupilas difusas de la ancianidad, resplandecen con luz misteriosa, infunden fuerza y poesía nuevas, y una vaga sensación de inmortalidad se deriva de su contemplación. Es la luz y la voz de la entraña materna; es esa atracción irresistible, más poderosa que el imán de las montañas que agita todas las brújulas y conmueve y enciende el seno de las nubes, y que cuando está encerrada en su sepulcro,

en el más oscuro rincón de la tierra patria, llama sin cesar al hijo errante, en la noche, en el vértigo del mundo, en la batalla, en la contemplación, en el sueño, en la vigilia, en la labor y en el reposo; porque la madre nunca se separa del hijo, y ni siquiera la muerte rompe el vínculo invisible que mantiene la unidad de los dos seres; porque el hijo que tiene la madre muerta, muerto está de antemano y sombra es sólo que vaga por el mundo; y la madre que tiene su hijo muerto, muerta está con él en la misma tierra; porque sus almas son invisibles y se llaman, se juntan, se alientan, se consuelan y se ayudan a vivir y a morir en una constante e interminable comunión.

Si ella, si la madre no tuviese esa voz sobrehumana para hablarnos desde la tierra donde está sepultada, la vida de los hijos sería imposible, porque la tristeza de vivir sin ella es superior a las fuerzas humanas, y porque el único refugio seguro, el sólo consuelo eficaz, el consejo reparador y la esperanza vivificante, de ellas nos vienen y nos sustentan, en los desfallecimientos de la lucha, en los dolores inconfesados, en las tragedias del alma, en las continuas muertes de nuestras ilusiones, amores y vanidades terrenales. Hilo conductor y continuador de la unidad del linaje humano, es ese que une los seres que viven a los que han muerto; y revelaciones de su existencia son la invencible y lenta adsorción que la tierra nativa realiza sobre los cuerpos de sus hijos; la nostalgia que languidece y agosta las vidas humanas como las de las hojas y las arroja al suelo amarillentas y deformes; la indisoluble unión del hombre con su patria, que lo reclama de un extremo al otro del mundo, lo mismo que la madre que abriga y perdona al hijo pródigo y disoluto, le abre al fin sus brazos para que se regenere en su suelo, o muera sobre la tierra sagrada donde duermen sus padres.

Virtud incomparable, infinita, generadora y regeneradora inexhausta de vida y de esperanza, es la del amor filial y materno, porque es el amor y el culto de la vida misma en su efecto y en su causa, y la representación del eterno fe-

nómeno creador y renovador de la fuerza en cuya virtud el universo existe y se perpetúa. Los demás amores pasan con las edades, la juventud, la hermosura, la vanidad, la ilusión, o se transforman en otros sentimientos semejantes o correlativos; pero aquéllos permanecen inmutables, desde el nacimiento, que es la gloria de la madre, hasta la muerte, que es su martirio y su inmolación: el primero, es una aurora, el segundo es un ocaso; pero es el mismo sol que alumbra, calienta, hace germinar y estallar en flores y frutos la vida universal.

Las existencias dolorosas, las abnegadas, las dedicadas al amor de los demás, en esta inmensa y extrahumana consagración de la caridad, perecerían sin dar más fruto que su sangre y sus lágrimas infecundas, si no llevasen como corona invisible de un glorioso martirio, o de una recompensa ideal, el amor de la madre, que viva o muerta las asiste, las inspira, las alienta, las sostiene, les canta y las arrulla con su armonía inefable, o con su misteriosa revelación de ultratumba. Los acentos más altos y sublimes que la humana poesía alcanzó jamás en las biblias primitivas, en los poemas y en las tragedias de la vida nueva, en las epopeyas de las razas heroicas, fueron arrancados al vibrar de amor o al estallar en el sacrificio las fibras maternas, cual si se rompiesen las arterias por donde fluye el caudaloso río de la vida del universo. Jeremías llora y gime con el llanto y el gemido secular de toda la raza humana, que ve rotas las sagradas uniones de hogar y de patria, y sus tonos superan a las cuerdas de sus laudes, y el viento mismo debe substituir con sus lamentos inimitables a las enmudecidas y rotas arpas del destierro, colgadas de los sauces. Arrancado el hijo del regazo materno, ¿quién puede consolarlo? “¡Oh!, vosotros que pasáis por los caminos, detenéos y contemplad si hay un dolor más grande que el mío!” Ni la ira de Dios, ni las plagas que azotan el suelo y las viviendas, ni las enfermedades, ni la muerte igualan al dolor de la cautividad en tierra extraña, y las mismas arpas de Sión se niegan a exhalar sonidos, y los profetas en-

mudecen y las lenguas de los cánticos se pegan a las fauces, porque la madre Patria está ausente, viuda de sus hijos, esclava y sometida al extranjero: “la Señora de las naciones ha sido hecha tributaria”.

Las fuentes de los grandes dolores que minan los cimientos de la vida y abrevian el curso de sus días, no se han secado, ni se agotarán jamás; la medicina moral, desde los sabios indios hasta los griegos, desde los primeros padres del cristianismo hasta los filósofos contemporáneos, ha buscado en vano en los principios y en las doctrinas los remedios para el mal que aqueja el alma del hombre; y si alguna lección experimental ha hecho la luz en este azaroso problema, ha sido la de las virtudes prácticas, que toman como origen los sentimientos más naturales de la familia y la convivencia social— el amor de madre y padre, la amistad, la cooperación, la caridad, el trabajo suficiente, la consagración desinteresada al bien ajeno, la dignidad y pureza de la vida, — y son capaces de crear una sucesión prolongada de años felices. Sólo la educación, en su lenta y progresiva labor, extendida por igual a todos los órdenes de la sociedad, puede disponer las almas para una comunión tan grandiosa de estas virtudes reunidas; y sólo al contemplar la magnitud de la empresa, en medio de la diversidad de doctrinas, intereses, elementos y obstáculos, que impiden la simultaneidad de la tarea educadora, se echa de ver cuánto tardará todavía la humanidad para acercarse al término de su incesante investigación. Una inmensidad de hechos y leyes fatales, como la ciencia, la libertad y el instinto de lo mejor, han transformado las condiciones de la vida primitiva e introducido la diversidad, la individualidad y la independencia en los medios de buscar la dicha personal y colectiva, y alejan cada vez más, al parecer, el día de una solución común.

Entre tanto, persiste desde el comienzo de los tiempos, un limitado número de máximas y preceptos, que parecen haber resistido a todas las revoluciones y derrumbes de sistemas religiosos y de filosofías, y son los que en el lenguaje de todos

los pueblos civilizados se entiende por las virtudes esenciales a la estabilidad y a la paz de la familia humana, desde sus más sencillas hasta sus más vastas y complicadas formas: su conjunto da el ser a un breve código de moral privada y pública, individual y universal, cuyo objeto es mantener el solidario destino del género humano; hacer vida digna y llevadera por el empleo noble y útil de sus días en un trabajo higiénico y remunerador, creador y progresivo; cimentar la unidad del destino sobre el amor, la cooperación y ayuda recíprocos; sostener las fuerzas comunes por el cultivo de ideales superiores de cada hombre, de una estirpe, de una nación, de la humanidad misma, para que no caigan en la negación y en el abandono de sí propios, o en el aniquilamiento de sus fuerzas físicas y morales que conduciría al agotamiento y exterminio de la especie. En el fondo de este cuadro se alza con relieve inaccesible la personalidad de aquel maestro que puso el amor, la caridad y el sacrificio hacia nuestros semejantes por base de toda la moral y de toda ley; las lágrimas y la sangre silenciosas de su martirio sublime, corren como un río de aguas vivas, por secreto cauce a través de los siglos, para alimentar las más ocultas y hondas raíces del ideal y de la vida, y para proclamar por toda la eternidad la naturaleza superior del hombre sobre los demás seres, y la excelsitud de la caridad como ley permanente de progreso social y engrandecimiento político de las naciones.

Señoras; Señores: Ignoro si mis palabras han correspondido a los propósitos de esta magna ceremonia; sólo sé que ellas, en su positiva sinceridad, han expresado impresiones, sentimientos, visiones y afectos de mi propia alma, sugeridos por este bellísimo espectáculo de una asociación establecida junto con la Nación misma, y con el mismo impulso que creó sus libertades fundamentales, y que en forma tan espléndida y en frutos tan sabrosos se extiende y se consolida cada día más en las costumbres de nuestro pueblo. Heredera legítima y directa, la Provincia de Buenos Aires, del legado del gran ministro Rivadavia, ella ha sabido responder al delicado en-

cargo por intermedio de sus nobles damas, que como un gobierno de un republicanismo particular se transmiten su conservación y custodia con mayor brillo cada vez, para la honra creciente del fundador, para la gloria y perpetuidad de las virtudes que forman el culto de esta institución y constituirán el más firme baluarte de la Patria Argentina en la sucesión de los tiempos.

XIII

LA CULTURA SOCIAL EN LA POLITICA INTERNA

LA CULTURA SOCIAL EN LA POLITICA INTERNA *

Señores:

Asistimos a un acto lleno de interés por su significado político y social para la Provincia de La Rioja: las manifestaciones de satisfacción pública por la buena labor realizada durante un período de gobierno, confundidas con los anhelos y votos en favor de un mandatario que empieza. El propósito de las instituciones republicanas y su mejor espíritu están cumplidos en su forma más exigente, y aquí vemos en la materialidad la fórmula correlativa.

En el momento actual de la política argentina, la solución que este pueblo ha dado, por intermedio de sus núcleos de opinión principales, a un problema de más importancia, ha sido la más conveniente, la más necesaria, la más acertada que ha podido esperarse, y es y será siempre un nuevo timbre de honor para el Partido Autonomista Nacional, el haberle prestado todo su apoyo, toda su energía y todo su patriotismo, tradicional e indiscutido.

Bajo nuestro régimen de gobierno todos los partidos tienen un derecho virtual al ejercicio del poder, y ese derecho se hace efectivo por la práctica de la vida cívica, por la participación real en las luchas del comicio, y por el concurso de opinión que llevan en uno u otro sentido en las contiendas democráticas.

Las abstenciones prolongadas de los unos, si bien no arro-

* Discurso en un banquete con motivo de la transmisión del mando gubernativo en la Provincia de La Rioja, el 24 de junio de 1907.

jan culpa sobre los que ejercitan su derecho, constituyen en la realidad un peligro y un daño que es un deber conjurar, mientras la educación no señale a todos el único camino legítimo, hacia la conquista del gobierno; y esos males se evitan por la coparticipación de los distintos núcleos, en la proporción conveniente, en las funciones públicas.

Signo evidente y en alto grado satisfactorio, de la cultura republicana de esta noble provincia, es el haber constituido una situación como la que hoy se ha inaugurado, con el contingente de las más grandes fuerzas que hoy mantienen el equilibrio político en la Nación, libre de las asechanzas y riesgos a que se hallan expuestos los gobiernos débiles, y segura de contar en todo tiempo con la cooperación, la ayuda y el sostén de aquellas fuerzas tutelares y conservadoras.

El Partido Autonomista Nacional, desde cuyas filas hablo hoy aquí, agrega a su ya fecunda historia, un capítulo más de honra y de prestigio: el digno ciudadano que él ha arrancado de su retiro laborioso y austero para alzarlo a la primera magistratura de la Provincia, no es un soldado de sus cuadros, ni un aguerrido de sus combates; y le ha ofrecido sus sufragios, su influencia decisiva y su concurso de opinión permanente, sin más ambición que el bien general, la conciliación y armonía de los hijos de la misma tierra, y sin más interés que el ver continuada por él la era de labor pacífica y ordenada de cultura, de mejoramiento, de consolidación hace tiempo iniciada, desde que podemos decir desaparecida la época de las arrebatadas y los malones sangrientos, de las agresiones voraces, de los despilfarros culpables.

Hace mucho tiempo que de mis labios y de mi pluma no salen sino palabras de armonía y solidaridad social, y acaso por todos los años que me restan de acción y de palabra, no cambie esta disposición de mi espíritu. Estoy convencido de que en nuestro sistema de gobierno no caben por hoy y no cabrán por mucho tiempo diferencias fundamentales que arraiguen partidos institucionales y orgánicos; y si las divi-

siones son motivadas por simpatías personales, o por el cálculo de las probabilidades aplicado al éxito, no valen unas y otro la suma de mal que traen consigo. Quizá la única razón de ser de los partidos permanentes sea la de que practiquen con buena fe y acierto las instituciones comunes, y la de los que no las practican en esas condiciones; pero ¿quién puede considerarse poseedor único de la verdad, y qué partido no cree ser el que la conoce y ejercita con mayor exactitud?

A falta de aquellas cualidades que aún no hemos adquirido y que no podemos improvisar, seamos tolerantes, seamos considerados y generosos con nuestros adversarios de hoy; que siendo compatriotas, pueden ser nuestros amigos de mañana, y aceptemos sin recelos el consejo y el concurso de los demás para perfeccionar mejor nuestra propia obra. Y la Provincia de La Rioja, que tanto y tanto tiene que hacer todavía para mejorar o cimentar su vida y su autonomía económica, puede perdonar que sus hijos no sean unos Catones de rigidez, siempre que la tolerancia se inspire en el deseo del progreso común, de la mayor cultura y riqueza colectiva. En tal sentido, y contando con sus cualidades personales, podemos augurar confiados al nuevo gobernador señor Guillermo Dávila San Román, una época feliz, de positivas mejoras públicas y honor efectivo de su nombre, que es de lejana tradición y profundo arraigo histórico en la Provincia.

El ha recibido el delicado depósito del mando, de manos de otro ciudadano lleno de méritos individuales y políticos, que durante una actuación siempre efectiva dentro de su partido, y en diversas y distinguidas funciones oficiales, sólo supo conquistar respeto, afecto y confianza, por su espíritu reposado y ecuánime, culto, animoso y vivaz, que desarma resistencias, gana voluntades y alienta a vivir, y por la discreción, — esa suprema virtud del gobernante, tan alabada por los sabios antiguos, — con la cual en todas las circunstancias y posiciones sabe mantener la dignidad de su cargo, exteriorizar la cultura de su Provincia y de su país, de que es digno exponente, y con que ha sabido singularizar sus proverbiales condiciones

de *amigo del pueblo* que se revelan en cuantas circunstancias se han presentado en su vida pública.

Es para mí excepcionalmente grato, y causa de verdadero júbilo para mi alma de argentino e hijo de esta noble tierra, el verme en esta ocasión, — como representante de un gran partido, — colocado entre estos dos amigos y compatriotas, igualmente vinculados por el afecto y la confianza más íntima, y llamado a pronunciar los votos que aquella vasta colectividad política y todo el pueblo formulan, en el sentido de ver realizado el bien inspirado, sincero y acertado programa del nuevo gobierno, y porque el funcionario que hoy se aparta a la vida del hogar, después de tres años de labor pública, goce en su retiro honorable y laborioso, del respeto, el honor y el cariño de sus conciudadanos, conquistado en lucha nobilísima, y como la más alta recompensa que la República acuerda a sus mejores hijos, mientras ella misma no los llama a otros servicios y cargos inherentes a su condición.

Señores: Cada día más, las tareas del gobierno se simplifican por la mayor experiencia y la mayor suma de bienestar colectivo, adquirido por el esfuerzo de todas las generaciones anteriores y de todas las secciones de la República. Las relaciones de los hombres y de los partidos en nuestra democracia van siendo más humanas y más fraternales, y la obra tan fecunda de la recíproca ayuda y cooperación por la felicidad de todos es, así, más fácil y llena de íntimas complacencias.

Esperemos que el buen sentido, el amor del bien común, y el patriotismo tradicional de los hijos de La Rioja, unido a la acción generosa y amplia de los partidos militantes, nos preparen una nueva época de paz, de trabajo, de progresos de todo orden; y ya que hemos alcanzado algunos de los más esenciales a la vida civilizada, como las escuelas, los ferrocarriles y las obras higiénicas, concentremos nuestros esfuerzos para ensanchar aquellos beneficios y para obtener, al fin, el complemento de ellos, con los grandes embalses de agua en diversas regiones de la provincia, la cual podrá revelar al país entero las más sorprendentes riquezas y las más raras energías.

Dueña de la tierra más rica en tesoros efectivos, y en fecundidad productiva, la Provincia de La Rioja no tiene por qué no aspirar al rango de una verdadera entidad económica y social, alcanzado por otras hermanas, y a ser considerada como uno de los factores más ponderados de la riqueza y del crédito de toda la Nación. Nada difícil es alcanzar estos resultados, porque sus ciudadanos son laboriosos, amigos de la cultura, y ansiosos como ningunos de ver consolidadas para siempre las instituciones republicanas, bajo cuyo amparo de justicia y ordenada libertad, el trabajo es más fecundo y la vida más amable.

Por la felicidad personal y el mayor acierto político del nuevo gobernador; por la dicha y prosperidad crecientes del que hoy se retira, en el seno de los suyos y de sus amigos y conciudadanos; por la armonía y la concordia cada vez más estrechas de los hijos de nuestra Provincia y los que en ella viven y trabajan para su mayor bienestar y cultura, y por la gloria inmortal de nuestra Patria Argentina.

XIV

POR LA AUTONOMIA UNIVERSITARIA

..

POR LA AUTONOMIA UNIVERSITARIA *

I

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — El Poder Ejecutivo reservará, de las tierras de propiedad de la Nación, en los territorios federales, la extensión de trescientas leguas, para ser entregadas en propiedad a cada una de las tres universidades de la Nación: la de Córdoba, la de Buenos Aires y la de La Plata, en la proporción de cien leguas a cada una, y con destino a constituir su patrimonio propio.

Art. 2º — Al hacer la ubicación y selección de las tierras que por esta ley se reserva, se preferirá las de explotación forestal, pastoreo y agricultura, y, a ese efecto, se oirá el parecer de los respectivos consejos superiores universitarios.

Art. 3º — Corresponderá al Consejo Superior de cada una de las referidas universidades la administración y utilización de las tierras que les correspondan, de acuerdo con sus estatutos, debiendo, en caso de resolverse la enajenación de las mismas, en todo o en parte, recabar la venia del Poder Ejecutivo.

Art. 4º — Los consejos universitarios darán cuenta periódicamente al Congreso, por intermedio del Poder Ejecutivo, del uso que hubiesen hecho de las tierras concedidas y del estado en que se hallase su administración.

Art. 5º — En ningún caso la renta que diesen estas tierras o el producto de su enajenación, podrán ser invertidos en otros objetos que en

* Proyecto de ley sobre reserva de tierras fiscales para el patrimonio de las universidades de Buenos Aires, Córdoba y La Plata, presentado al Senado de la Nación el 6 de julio de 1907.

el desarrollo, dotación y progreso de la enseñanza en las referidas universidades.

Art. 6º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

J. V. González.

II

FUNDAMENTOS DEL PROYECTO

Sr. González. — Pido la palabra.

La falta de hábito de considerar las universidades e institutos de enseñanza en general como entidades autónomas o independientes, ha de hacer tal vez que se mire este proyecto con extrañeza, sobre todo en nuestro país, en donde todas las cosas dependen del Estado y donde la munificencia particular es poco menos que desconocida tratándose del fomento de la instrucción pública; pero, para desvanecer cualquier impresión de este género, debo empezar por manifestar que la República tiene treinta y cinco mil leguas de tierras desocupadas, y que están listas para ser empleadas en los propósitos que la Constitución establece a cargo de la Nación.

El ideal, respecto del gobierno y de la administración de los institutos superiores de enseñanza, como se acaba de decir en la Conferencia Federal Británica, celebrada en Londres el mes pasado, respecto de las universidades, es su independencia de la intervención oficial, la dotación permanente de sus medios de investigación y de experimentación de la verdad científica, y la armonía de estas instituciones con los progresos diarios del espíritu humano. Este triple fin de las universidades es lo que les da su carácter de perpetuidad, de inmortalidad, porque siguen de cerca el desenvolvimiento de la actividad colectiva y la perfección incesante del legado científico de los siglos anteriores.

Pero, como trato aquí de exponer un breve fundamento de este proyecto y no distraer la atención del Senado, voy a limitarme a las principales razones que lo motivan.

Hasta ahora las universidades dependen de la asignación anual del Presupuesto General de la Nación. La discusión de los presupuestos internos de cada una se hace, por lo general, sin estudio, porque no puede hacerse debidamente por personas que no están colocadas dentro de ellas, y porque el gobierno de las instituciones científicas requiere mucha mayor independencia que el gobierno de las instituciones administrativas, por la misma naturaleza intelectual de estas corporaciones.

Nuestras universidades tienen doble carácter. En el Presupuesto se les asigna un subsidio anual para subvenir a sus gastos, y el resto lo sufragan con las entradas, que son variables, según la población y el medio en que están colocadas; pero, de todos modos, es un mal evidente esta discusión anual, esta exposición a que se encuentran sometidas sin suficiente preparación, sin suficiente estudio, sin suficiente cuidado del porvenir y de la vida de los institutos superiores. Y en esto no hay un reproche, desde que todos sabemos cuáles son nuestras costumbres en materia de discusión del Presupuesto, no sólo en lo referente a universidades, sino también en lo que respecta a todas las demás reparticiones públicas; en este sentido es mi convicción que el Presupuesto nacional se hace en condiciones deficientes, tanto en su preparación de parte del Poder Ejecutivo, como en su discusión en el Parlamento. Esta es una materia de la cual las dos cámaras deben ocuparse un día con particular atención.

Ahora, si este procedimiento es peligroso y malo respecto de instituciones de otro orden, lo es mucho más si se lo relaciona con instituciones de enseñanza, las cuales requieren mayor estabilidad, confianza y seguridad en su destino y desarrollo ulteriores.

Las evoluciones administrativas son rápidas, se producen de año en año; pero las evoluciones del gobierno científico son más lentas, se deben en todo al tiempo y a la acción de los elementos múltiples que entran en el desarrollo de las ciencias mismas: esto no se improvisa, ni se puede retardar ni

acelerar; depende del desarrollo propio de cada núcleo universitario y de la cultura intelectual.

Nuestras universidades se encuentran en un grado de desarrollo tal que la Nación puede confiar en sus manos todos los intereses que quiera. La de Córdoba, fundada en 1614, y creadora de gran parte de las conquistas que nuestro país ha hecho en el campo de las instituciones sociales y políticas, es en realidad merecedora y digna de la más alta consideración del país, y capaz de asumir las más graves responsabilidades desde que ha sido la autora de varias generaciones de los hombres notables que han hecho nuestra nacionalidad.

En cuanto a la Universidad de Buenos Aires, su crecimiento es asombroso, a punto de que, por su población escolar y por la importancia de sus estudios en algunas ramas, en particular, la medicina, ingeniería y ciencias físicas, se puede comparar con las primeras del mundo.

En estas condiciones no pueden las universidades seguir expuestas a tantas y tan diversas contingencias y vicisitudes, y muchas veces a las asechanzas del tiempo, como tampoco a las crisis que suelen periódicamente afectar al país, y que ponen en peligro, si no la estabilidad, por lo menos, el progreso de la instrucción superior.

No debe seguir sucediendo esto, y para ello la Nación debe asegurar a esta institución su vida tranquila; debe afirmarse su progreso y asegurar también en todo tiempo el desarrollo de la ciencia, que no debe quedar estagnada, ni por falta de previsión ni por falta de maestros competentes.

En cuanto a la Universidad de La Plata, de reciente formación, responde a una nueva tendencia y en particular a la nueva corriente universitaria, impulsada y caracterizada en 1901, desde Inglaterra, donde Lord Roseberry decía, en frases que han quedado célebres en aquellos países: que se necesita inculcar en las universidades antiguas algo de moderno, algo de concreto, ya que tienen ellas una misión tan superior e invariable, como es la de conservar lo abstracto y lo clásico.

Estos dos tipos de universidades tienen una misión imposible de cambiar en los actuales tiempos, pues la cultura contemporánea se forma de dos elementos: del elemento tradicional, que no podemos desconocer ni evitar, y, a la vez, del nuevo, que viene con la evolución presente y con el desarrollo cada vez mayor de la población y más variable en el afán de la lucha por la vida, que las naciones modernas tienen empeñada para el dominio de una zona mayor de influencia en el mundo.

Esta nueva faz de la vida moderna ha hecho nacer en Inglaterra una nueva constelación de universidades, diré así, con la creación de la Universidad de Londres, que desde 1836 era un simple tribunal de exámenes, y que en 1904 se ha convertido en una verdadera y magna Universidad docente, por la agrupación e incorporación de una cantidad de colegios separados y autónomos que funcionan muchos de ellos secularmente y por su sola cuenta. Esta agrupación y federación bajo un solo gobierno o dirección única, ha constituido la gran Universidad de Londres, que hoy disputa, con las más célebres, el dominio de la cultura contemporánea.

Las universidades de Leeds, Manchester, Birmingham y Sheffield se han fundado alrededor de la industria dominante en cada región del Reino Unido, y son conocidas por el nombre de cada ciudad que he citado; la de Manchester, por ejemplo, se ha formado alrededor de la enseñanza comercial e industrial; la de Leeds alrededor de la industria de los metales y las demás alrededor de las industrias del cuero, del cobre y otras.

Cada una de estas industrias, en particular, explota una rama especial de la ciencia, y ninguna ciencia es aislada, sino que forma un foco alrededor del cual se agrupan otras ramas que directamente se relacionan con ella; de modo que una universidad especial viene a ser siempre el núcleo de una universidad general, con la diferencia de que la universidad de tipo general desarrolla o estudia conocimientos generales en proporción, mientras que estas especiales tocan con pre-

ferente atención a una industria particular o a una rama de la ciencia que se le relacione.

La Universidad de La Plata, en el año de experiencia que lleva, ha logrado establecerse de tal manera que, por la importancia de sus cursos, por las innovaciones que ha realizado, puede considerarse una universidad de primera magnitud, de carácter moderno. Cuenta actualmente con 1700 alumnos, distribuidos en todas sus escuelas y en ella no predomina el tipo clásico antiguo, sino el moderno, de agrupación de enseñanzas útiles de distinta aplicación, obedeciendo todas ellas a un plan científico general.

Responde este proyecto a otros antecedentes conocidos y, por ser tan fecundos, he debido tomarlos principalmente en cuenta: me refiero a la ley Morrill, de los Estados Unidos, de 1862, en virtud de la cual se han fundado las siguientes universidades: de Illinois, Minnesota, Nebraska, Nevada, California, Virginia Occidental y Wyoming. La ley Morrill consistía en donar a los Estados que quisieran fundar escuelas de estudios especiales y superiores, una cantidad de acres de tierra proporcional al número de sus representantes en el Congreso; pero, como esto entre nosotros no es una regla aplicable, he preferido simplemente y por razones de la tierra, destinar lisa y llanamente una superficie dada a cada una de ellas; pero basta a mi juicio saber que ha sido tan fecundo este sistema y que ha dado los resultados de que habla Dexter en su *Historia* para seguir tan hermoso y práctico ejemplo. El agrega que una parte, si no todas las universidades existentes en 1862, fueron favorecidas por repartición de tierras situadas en los Estados, según la ley Morrill, y con tierras de propiedad nacional, donde no las había de aquella condición.

El principal objeto de este proyecto es librar a las universidades argentinas, en provecho exclusivo del progreso de la enseñanza superior, de las contingencias a que están expuestas por las variaciones anuales del Presupuesto, y por la forma en que esta ley se prepara, discute y sanciona; por la necesidad mayor cada día de independencia y seguridad en la

vida financiera de las universidades, como condición única para el desarrollo científico, seguro y prospectivo; por la necesidad, cada vez más sentida, de dotarlas del material científico necesario para el progreso de las ciencias. Y estas razones son fundamentales y ellas se apoyan en el atraso relativo en que se encuentran nuestras universidades con respecto a las europeas y norteamericanas, y esto por la falta de edificación adecuada y de material científico suficiente.

Si cualquiera de los señores senadores pone ante su vista un cuadro panorámico de cualquiera de las universidades de los Estados Unidos, se convencerá de que nosotros, a este respecto, esto es, de la edificación y la disposición de locales para la enseñanza, estamos todavía en un período infantil, desde el momento que las universidades de los Estados Unidos constituyen verdaderas ciudades, especialmente edificadas, teniendo en cuenta las exigencias de cada materia y el desarrollo de cada ciencia; y entre nosotros es proverbial que muchas instituciones científicas carecen de vida porque carecen de los elementos más indispensables para su enseñanza elemental. No se puede dotar a las escuelas ni a las aulas, laboratorios y gabinetes, de los útiles más necesarios, porque para comprar un antejo, una máquina de invención moderna, para establecer una lechería experimental, se necesita un trámite de tres a cuatro años en la administración pública, o en el Congreso, y no siempre se puede contar con un resultado favorable.

En nuestro país las donaciones de los grandes afortunados, de los millonarios, se realizan sin resultado real para la cultura pública; y asimismo, son un verdadero fenómeno, porque domina la desconfianza, la vacilación respecto de la capacidad administrativa de nuestros conciudadanos y en particular de los gobiernos. Muchos de los hombres que tienen millones y testan o legan sus bienes para instituciones de otro orden, ajeno a la educación pública, carecen de esta fe; y es eso lo que, a mi juicio, motiva la falta de donaciones para la enseñanza.

Yo digo esto porque es mi convicción íntima, porque de-

seo para nuestro país un cambio en el espíritu público al respecto: que no pese todo sobre el Estado, porque el Estado no puede ser eternamente munificente de profesiones utilitarias; el Estado no puede ser el suministrador perpetuo de conocimientos y aptitudes para ganarse la vida, porque ésta es una utilidad, y el que recibe un beneficio de esta clase debe en cierto modo costearlo; y ya que esto no es posible aquí, donde un socialismo de Estado domina imprescindiblemente nuestra educación profesional y ha puesto las cosas en el terreno en que están, no hay más remedio que el que el Estado a su vez procure también sacarse de sobre las espaldas esta carga tan pesada, de estar anualmente votando millones de su presupuesto para sostener taxativa y nominalmente cada uno de los empleos de estas instituciones de enseñanza.

No quiero fatigar más la atención del honorable Senado, — habiendo ya abusado de su paciencia, — con mayores fundamentos, y voy a terminar pidiendo disculpa por ello y asegurando que este proyecto tal como está calcado, y dando todos los beneficios que debe dar por la administración de estas tierras confiada a las universidades, puede progresivamente aligerar el presupuesto de la Nación de las crecidas sumas que se vota para su sostenimiento; porque, según el espíritu del proyecto, los consejos superiores deben administrar esta tierra de manera de tener la renta suficiente para ir substituyendo las partidas que anualmente se votan en el Presupuesto, y con la debida intervención del Poder Ejecutivo y del Congreso, para graduar la protección que por el proyecto se les acuerda.

Con estas breves consideraciones me limito a pedir el apoyo de mis honorables colegas para que este proyecto pase a Comisión.

“

XV

MUSEO Y ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES

MUSEO Y ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES *

I

PROYECTO DE LEY

Artículo 1º — El Poder Ejecutivo hará construir en el terreno de propiedad municipal ubicado en la antigua quinta de Hale, un edificio monumental destinado al Museo y Academia Nacional de Bellas Artes.

Art. 2º — Los gastos que demande la ejecución de esta obra se abonarán con los títulos creados por las leyes 4270 y 5050, a cuyo efecto se amplía la emisión de los mismos en la suma de cuatro millones doscientos mil pesos moneda nacional (\$ 4.200.000 m. n. c. l.), en que se fija el costo total de la obra.

Art. 3º — La obra se ejecutará de acuerdo con los planos y presupuestos preparados por el arquitecto D. Julio Dormal, bajo la inspección del ministerio de Obras Públicas.

Art. 4º — Se constituirá una comisión compuesta por un senador y un diputado al Congreso, *los directores del Museo y de la Academia Nacional de Bellas Artes*, bajo la presidencia del ministro de Justicia e Instrucción Pública, la cual ejercerá el control de la construcción y dirigirá la decoración interior y exterior del edificio.

Art. 5º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

J. V. González.

* Proyecto de ley de edificación de un palacio para estos institutos, presentado al Senado de la Nación, el 22 de agosto de 1907, sancionado con las modificaciones que se indica en bastardilla, el 23 de setiembre de 1908. Ley 5615.

II

FUNDAMENTOS DEL PROYECTO

Sr. González. — Pido la palabra.

Los antecedentes del proyecto que acaba de leerse son los siguientes: cuando yo tuve el honor de desempeñar el ministerio de Instrucción Pública mandé preparar, con el correspondiente asentimiento del señor Presidente de la República, los planos y presupuestos del edificio a que aquél se refiere.

Nació esta idea del desarrollo extraordinario que había adquirido la enseñanza del dibujo y artes decorativas en la República; del incremento de las sumas que el presupuesto vota anualmente para sostener esta enseñanza, y de la nacionalización de la Academia de Bellas Artes, que hacía más de 30 años funcionaba en esta capital, prestando verdaderos servicios a la cultura pública.

El Museo Nacional de Bellas Artes, fundado en 1895, había adquirido un desenvolvimiento tal, que requería ya una preocupación seria de parte del Gobierno para su conservación en condiciones de seguridad suficientes; y en cuanto a la Academia Nacional de Bellas Artes, ella viene a desempeñar un papel ya primordial en el conjunto de la enseñanza nacional.

La enseñanza del dibujo en las escuelas primarias es una necesidad de la que no podrá prescindirse. La formación de profesores y maestros competentes para esta enseñanza es también ineludible, y no podrá continuarse con el sistema existente de la preparación en distintos institutos, especialmente particulares, que no prestan a la enseñanza la intensidad y seriedad que el Estado necesita poner en la formación de sus maestros. Los colegios nacionales y escuelas normales tienen, entre sus planes de estudios, y tendrán en todo tiempo, esta enseñanza como indispensable en todo régimen de estudios racional y metódico.

La extensión de la enseñanza del dibujo practicada en las clases populares tiene también un interés excepcional, especialmente si se consagra a la ilustración de las clases obreras, que, por otra parte, concurre afanosa a las aulas de la Academia de Bellas Artes, cuyos resultados pueden comprobarse con la mayor facilidad.

“ La Escuela de Bellas Artes que sostiene la Academia Nacional, contiene actualmente 680 alumnos, que podrían ser más de 700, si las condiciones del local se lo permitiesen. Así es que el crecimiento de esta escuela, bajo los auspicios de la Nación, ha sido un verdadero éxito, diré, por no decir una sorpresa.

En cuanto al Museo, señor Presidente, se comenzó con 163 obras, divididas en 5 salas. Actualmente el Museo consta de 7 secciones distintas, destinadas a la pintura, al dibujo, a la escultura, al grabado, a las medallas, y contiene 2693 obras que se distribuyen en 23 salas. La clasificación de esas obras por nacionalidades es la siguiente: obras argentinas 174, alemanas 18, anónimas 17, austriacas 1, brasileñas 6, españolas 74, flamencas 40, holandesas 46, francesas 339, inglesas 38, italianas 1891, mejicanas 22, norteamericanas 10, y entre noruegas, peruanas, uruguayas, suecas, rusas, suizas, 16.

La sección de escultura comparada, adquirida últimamente por el director del Museo, en su reciente viaje a Europa, ocupa también una parte considerable del edificio y requiere una expansión que actualmente es imposible darle; pues consta que ha debido destinarse el piso bajo de este edificio para los varios centenares de calcos en yeso y terracota, algunos de dimensiones colosales, que no pueden ser expuestos ni siquiera conservados en el actual edificio que ocupa en la calle Florida, denominado Bon Marché.

Contiene, además, la sección de medallas y de *plaquettes*, que es una verdadera riqueza adquirida por el Museo, y que servirá de base para todas las obras artísticas y estudios del género que se hagan en el país; y por último, se ha agregado la colección legada por don Parmenio Piñero, que contiene

83 cuadros de las escuelas española, italiana y francesa, que no puede instalarse en el Museo, porque se carece del local necesario.

La valuación que se ha hecho de este tesoro de obras de arte, permite asegurar que su valor pecuniario asciende a más de 1.000.000 de pesos nacionales. No hablaré de su valor artístico, porque no hace al caso; pero puede afirmarse que su valor medio no es tan inferior como podría considerarse por aquellos que tienen un criterio pesimista para apreciar todo lo que significa un progreso nacional.

Tomando en cuenta que la mayor parte de las obras que el Museo tiene han sido obtenidas por donaciones o por compras realizadas en Europa a precios relativamente bajos, o por legados, como el del señor Piñero, y lo mejor que han producido nuestros artistas nacionales y que el Estado ha adquirido por vía de estímulo, se puede considerar que nuestro Museo, según opinión de personas más capaces que yo, puede compararse ya con muchos de los que gozan de fama en Europa y América.

El local que ocupa el Museo actualmente cuesta 2000 pesos mensuales, y para el año entrante, con la ampliación que va a recibir, costará 2800, lo que agregado al alquiler que paga la Academia Nacional de Bellas Artes, o sea 1000 pesos mensuales, resulta que el alquiler de ambos será de 3800 pesos mensuales, lo que facilita el servicio de los fondos que se destinase a la construcción.

El proyecto se ha preparado por indicación del ministerio de Instrucción Pública, y está concebido en los siguientes términos, que ligeramente indicaré, para no molestar tanto la atención de la Cámara.

El edificio tendrá cien metros por cada uno de los cuatro frentes y será de tres pisos superpuestos, habiéndose tenido en cuenta todas las exigencias de la enseñanza teórica y práctica de las bellas artes y de las artes aplicadas a la industria. Las aulas de la escuela miden seis metros de alto, los salones del Museo siete, y una de las galerías interiores del edi-

ficio destinada al Museo de escultura comparada, tendrá quince metros de altura, para cobijar grandes trozos de arquitectura, como ser columnas, pórticos o monumentos.

Este edificio comprende todas las secciones que constituyen hoy el tipo del museo europeo y americano de arte y arqueología, junto con la Escuela de Bellas Artes con sus diversos talleres, biblioteca, sala de conferencias, anfiteatro de anatomía, taller de vaciados en yeso y laboratorio fotográfico.

Por lo que se refiere a los recursos, se proyecta costear el edificio con una ampliación de la emisión de *bonos de edificación escolar*, autorizada por ley 4270, de 6 de noviembre de 1903, de 6 % de interés y 3 % de amortización, al cual se agregan los autorizados por la ley 4340 de 1° de setiembre de 1904, para cuatro o cinco colegios o escuelas normales que allí se indica, que juntos importan más o menos 1.500.000 pesos. Sumado esto al valor del edificio, importaría un total de 12.700.000 pesos, y tomando en cuenta los fondos de donde se hace el servicio de interés y amortización, el crédito que los bonos han adquirido en plaza, no puede considerarse aventurada la idea de imputar a la misma emisión el costo de este edificio.

Creo que es ya necesario agregar, al conjunto de los grandes edificios públicos de la Capital, este nuevo, no sólo porque responde al crecimiento de la población, a las ideas directivas en materia de enseñanza y a la cultura alcanzada por la ciudad de Buenos Aires, sino porque contribuirá al embellecimiento urbano, que contará con un nuevo palacio monumental y artístico.

No quiero abundar en mayores consideraciones, sobre todo teniendo en cuenta la frecuencia con que tengo que molestar la atención del Senado, y concluyo pidiendo el apoyo de mis colegas para que este proyecto pueda ser considerado por la respectiva Comisión.

“

XVI

LA CASA DE LOS ESTUDIANTES

LA CASA DE LOS ESTUDIANTES *

I

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º — Declárase de utilidad pública, a los efectos de su expropiación por el Estado, la manzana de terreno situada entre las calles Callao, Paraguay, Río Bamba y Córdoba, para la construcción de un edificio que se denominará *Casa de los Estudiantes*, y se destinará a locales de las corporaciones de estudiantes universitarios de la Capital, en correlación con los demás de la República.

Art. 2º — El Poder Ejecutivo, por el ministerio de Instrucción Pública, mandará preparar los planos y presupuestos para la construcción de la *Casa de los Estudiantes*, de manera que ésta comprenda los siguientes locales:

- a) Para oficina de los centros universitarios, con todas sus dependencias administrativas, de acuerdo con sus estatutos y con los que requiera la correlación con los demás centros universitarios de la República.
- b) Para conferencias, audiencias, congresos, asambleas y otras reuniones o actos de carácter instructivo, social o patriótico, con acceso del público.
- c) Para una biblioteca general, las de los centros universitarios y salas de lectura para los mismos.

* Proyecto de ley de expropiación y recursos para la edificación de la "Casa de los Estudiantes", presentado al Senado de la Nación el 10 de julio de 1909.

- d) Para *Extensión universitaria* bajo la dirección de los mismos centros, o de los cuerpos docentes de las diversas facultades o asociaciones universitarias especiales con ese objeto.
- e) Para un gimnasio, con amplitud suficiente, que comprenderá: salas para esgrima, baños, refectorio y demás dependencias necesarias.
- f) Para un departamento de residencia de huéspedes distinguidos del extranjero, hombres de ciencia, profesores, representantes de universidades o corporaciones de estudiantes, etc.
- g) Para redacción, impresión, administración de las revistas o periódicos de índole instructiva o docente que publiquen los centros universitarios.
- h) Para un departamento destinado a la intendencia, empleados y servicio de la casa.

Art. 3º — Se comprenderá en el presupuesto de las obras todas las instalaciones sanitarias, calefacción y ascensores, comunicaciones e iluminación eléctrica.

Art. 4º — El Poder Ejecutivo, antes de prestar su aprobación a los planos y presupuestos, oirá el dictamen de una comisión de cinco representantes de las corporaciones de estudiantes de la Universidad de la Capital.

Art. 5º — Una vez terminada la obra, por secciones utilizables, o totalmente, será entregada en propiedad a la Federación Universitaria de la Capital, dotada de personería jurídica para su administración y uso, de acuerdo con sus estatutos, y con los fines enumerados en el artículo 2º.

Art. 6º — En caso de disolución transitoria de la corporación o corporaciones universitarias que tuvieren a su cargo la administración de la *Casa de los Estudiantes*, ésta será reglamentada por el Consejo Superior de la Universidad de la Capital, hasta que aquéllas fuesen de nuevo organizadas, entendiéndose que, en ninguna circunstancia ni por causa alguna, ella dejará de destinarse a los objetos de la presente ley, ni despojada de su nombre y carácter.

Art. 7º — Amplíase en la suma de 5.000.000 de pesos moneda nacional los recursos autorizados por la ley Nº de julio del corriente año, los que se destinarán al pago de las expropiaciones y a la edificación de la obra ordenada por la presente.

Art. 8º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

J. V. González.

II

FUNDAMENTOS DEL PROYECTO

Sr. González. — Pido la palabra.

.. El proyecto que acaba de leerse responde a una antigua preocupación mía, desde que tuve ocasión de formar parte de los consejos escolares y universitarios de la Nación.

Mi observación de las relaciones entre estudiantes y profesores en las casas universitarias en toda esta época, me ha enseñado que el Estado debe preocuparse en una forma eficaz de la solución de los problemas que aquéllos hasta ahora no han podido resolver, dadas nuestras antiguas costumbres y hábitos heredados. Digo que está lejos de resolverse este problema que se refiere a la vinculación que debe existir entre los gremios estudiantiles y el cuerpo educativo y docente, porque rigen entre nosotros los viejos sistemas inquisitoriales, — es la verdadera palabra, — según los cuales la autoridad universitaria se imagina que los estudiantes son algo así como un pueblo rebelde que hay que sujetar por la fuerza, por leyes duras o de una excesiva severidad; y naturalmente, el gremio estudiantil, por contraposición, ha creado en su espíritu la idea errónea de que los cuerpos docentes son algo así como un gobierno despótico y tiránico al cual hay que combatir en todo tiempo.

Esta situación de recíproca hostilidad, unas veces tácita y otras veces ostensible, es la que produce y ha producido siempre una situación difícil, de regresión en las evoluciones de nuestras instituciones universitarias. Y es natural, porque esos sistemas han venido a romper la unidad de una persona moral que es indivisible por sí sola, y a la cual se atribuye dos cabezas, cuando en realidad no tiene sino una, es decir, la Universidad, que se compone de los que enseñan y de los que aprenden, porque unos no pueden existir sin los otros.

Así es que este concepto rutinario e indurado en nues-

tras costumbres considera que los cuerpos docentes o administrativos pueden tener vida propia sin estudiantes; y éste es un absurdo que debe producir y produce graves contrariedades para la enseñanza. Hay, sin embargo, una corriente que está en la mente de muchos profesores, pero por sí sola no constituye una fuerza suficiente para impulsar el gobierno universitario, la cual cree que es necesario cambiar de idea, de modo de ser de estas grandes corporaciones, cuya influencia es tan decisiva en la vida de los institutos superiores.

Estas ideas de rutina y tradicionalismo han sido un tanto modificadas por el ejemplo extranjero, por el espíritu de imitación que, si unas veces es malo, otras es bueno cuando se fija en los casos que en otros países han traído verdaderos progresos. El espíritu de imitación de las corporaciones estudiantiles respecto de algunas europeas y norteamericanas, que en cierto modo anticipan, bien dirigidas, las funciones posteriores de la vida pública, ha traído entre nosotros la organización de sociedades estudiantiles, centros universitarios, corporaciones libres, organizadas por los mismos estudiantes con fines educativos y concordantes con la misión de la autoridad docente.

Los defectos de los viejos métodos, que consisten, en parte, en la exposición lisa y llana de la lección aprendida por el profesor, sin pensar en que el alumno la entienda o la asimile, — y no es extraño el caso de la ausencia mental absoluta del estudiante para cederle todo el trabajo al profesor, — han sido en cierto modo, compensados por los esfuerzos personales de los estudiantes, que ante la deficiencia tradicional de los métodos de la enseñanza, han sentido la necesidad de organizarse particularmente para buscar los medios de ampliar la esfera de sus conocimientos propios, es decir, la de la investigación personal, que falta casi por completo en nuestras universidades, especialmente en los estudios abstractos, filosóficos, literarios y jurídicos; naturalmente que no hablo de las demás carreras prácticas y experimentales, donde, si la experimentación falta, no existe propiamente enseñanza; pe-

ro, es que este espíritu experimental debe extenderse a todas las ramas de los estudios superiores, donde el trabajo personal es el todo y la lección oral del profesor viene a ser apenas una indicación, una guía; pero si esa indicación no es seguida por el trabajo de laboratorio y de propia investigación del alumno, francamente, esa lección se pierde en su mayor parte en el vacío, no produce resultado alguno, no es asimilada por el estudiante. Por esto los estudiantes han sentido siempre la necesidad de asociarse para ampliar el campo de sus conocimientos y han formado corporaciones, con el exclusivo fin de concurrir a aumentar el caudal de enseñanzas que ha faltado en los viejos y rutinarios métodos en uso en nuestro país. Así es como se han organizado cinco asociaciones de estudiantes que corresponden a las tantas facultades que hoy componen la Universidad de la Capital.

Las más poderosas, las más amplias, y más bien dotadas son las de derecho, que cuenta con 808 socios; de medicina, que cuenta con 500 socios, y de ingeniería con 900; se han organizado, además, las de las facultades nuevas de filosofía y letras y agronomía y veterinaria, incorporadas ya, debido a una feliz inspiración, a la Universidad de la Capital, lo que da más o menos, — para la Federación Universitaria, que es la que tiene la representación total de todos los demás gremios, de todas las facultades y está ya dotada de personería jurídica por el Estado, — un total de 3.500 asociados.

Cada uno de estos centros posee además sus bienes propios; casi todos ellos tienen sus bibliotecas, mobiliario para salas de lectura, sus publicaciones utilísimas, en las cuales hacen sus estudios propios, reproducen y copian las conferencias de sus buenos profesores, haciéndolas circular entre los estudiantes; algunos tienen edificios propios, como el Centro de Medicina, que ya es una verdadera entidad en nuestro país, y creo que últimamente se ha unido con el Círculo Médico; de manera que constituye una verdadera potencia social digna de llamar la atención del Estado y de merecer su más franca protección.

El capital de estos centros, según datos directos alcanza a 170.000 pesos; el centro de ingeniería cuenta con un capital de 5.000 pesos, posee una biblioteca bastante respetable y publica una revista en la que colaboran los profesores y alumnos salidos de la propia casa; y lo mismo puede decirse de los demás centros.

Pero, aunque no existiesen todos estos bienes, que son, por cierto, muy modestos, — y ya se comprenderá, por lo exiguo de estas subscripciones de estudiantes, — bastaría para darles crédito la sola tendencia demostrada por ellos de crear estas corporaciones, para concurrir a la tarea de la corporación oficial.

Además del objetivo docente e instructivo de estas corporaciones, ellas tienen en otros países — y aquí se ha revelado con el mismo carácter — un sentido mucho más amplio, más elevado y más digno de aplauso y de fomento por parte de la Nación: es su índole patriótica. Y no puede ser menos, señor Presidente, si tenemos en cuenta que son los estudiantes precisamente los que forman la Nación del porvenir. ¿Qué cosa puede cuidar uno con más decisión que estas colectividades juveniles que, con todos sus desórdenes, con todos sus apasionamientos, con todos sus errores y precipitaciones, llevan, sin embargo, un sello imborrable, el del alma misma de la Nación? Nosotros no habríamos de considerarnos halagados si esta juventud fuese triste, apagada, tímida en sus manifestaciones colectivas; si no tuviese estos desbordamientos, que acusan precisamente un exceso de savia y de vida. Y aquí vuelvo sobre mi tema anterior: sobre el error en que incurren generalmente los consejos disciplinarios de las facultades, cuando consideran como delitos de Estado los movimientos juveniles de los estudiantes de nuestros colegios y universidades.

A mí jamás me han alarmado, ni cuando he desempeñado funciones ministeriales, ni ahora que tengo también el honor de presidir una institución universitaria. En todo caso he tenido en cuenta siempre lo que han sido en otros países, y han

sido y son aquí, — la juventud del hombre es la misma en todas partes, — revelaciones grandiosas, precursoras muchas veces de verdaderas conquistas institucionales, anuncio de lo que ha de ser el espíritu público nacional en épocas posteriores, cuando causas más altas de orden político o patriótico, necesiten esas mismas energías para la defensa del honor nacional y para todo aquello en que el sentimiento patriótico está interesado.

Entonces, señor Presidente, estas colmenas estudiantiles, — así han sido llamadas tantas veces, — son agrupamientos afines que se forman de los hijos de la misma generación y de las generaciones preparadas para más adelante; estas colmenas deben ser cultivadas por la Nación misma, y deben cuidarse con mayor cariño y más amor que muchas otras instituciones de fines más transitorios o de menos interés intelectual o moral. Es el mismo espíritu de la patria, es su fuerza moral implícita, es su vigor intelectual lo que la Nación cuida cuando dicta leyes protectoras de esta edad de la vida, y cuando dicta leyes para fomentar en todo sentido su desarrollo moral, intelectual y físico, de acuerdo con los grandes ideales que abriga respecto de su propio porvenir.

Es natural que si los dejamos entregados a sí mismos, a estos tanteos interminables de organización, sin recursos, sin elementos materiales suficientes, sin una casa, que sea como el hogar común, el teatro propio de las expansiones generosas del afecto y de la inteligencia, nunca lograrán sus anhelos en este sentido; mientras no reciban la ayuda directa y amplia del Estado, la cual importará, señor Presidente, acelerar esta obra de compenetración de la gran masa estudiantil con el cuerpo docente y directivo de los institutos universitarios. Producirá este solo hecho un beneficio mucho más grande a la enseñanza misma, a la educación de la juventud, que hoy falta por completo, que todos los reglamentos, planes de estudios y métodos que se emplee en la cátedra; porque es necesario acentuar este hecho — y pido disculpa a los señores senadores si les ocupo un momento más su atención, requerida-

por otros asuntos, — que hace mucha falta en nuestro organismo universitario: la tarea educadora. En nuestro país se enseña, se instruye, pero no se educa absolutamente; no existe esa preocupación moral que hoy se advierte en otros países como una necesidad en las universidades, especialmente en las de tipo latino.

Entre nosotros no se educa a la juventud: se le enseña, se le inocular recetas de ciencia, un poco a la fuerza, un poco de mala voluntad; pero la educación, que es la compenetración espontánea y libre del espíritu del maestro con el espíritu del alumno, esa no existe, porque aquí el alumno no vive con el maestro; porque aquí el maestro va a dictar su clase una hora, y dos o tres veces por semana, y se pierde de vista para el estudiante; el estudiante no sabe qué hace su profesor; no siente ese calor educativo y transformador, ese calor fecundo del estudio y del trabajo en común, que es el secreto admirable de la educación en los grandes institutos de Inglaterra, de Alemania y de Estados Unidos.

Y así se ha visto también, por experiencia secular, que las universidades que se han ocupado de crear la *vida universitaria*, la vida común, la vida asociada del estudiante con el maestro, han dado esos grandes tipos de hombres políticos o de hombres de ciencia, que han transformado la humanidad entera y cuyos nombres se podría citar porque son muy conocidos. Esos hombres han surgido de los internados ingleses, y otros se han formado y se forman en los internados americanos: internados universitarios, porque ese es el complemento más alto de la obra de educación superior de todo país bien gobernado, porque la tarea de la enseñanza es tanto más fecunda para el profesor como para el alumno cuanto más se siente estimulada por esa recíproca comunicación: el maestro, de las ideas que concibe o afectos que siente estimulado por el alumno; y el alumno, al influjo del calor de las ideas transmitidas por su maestro. Y esto no puede suceder si se confía todo a una aula fría, escueta, pagada a tanto la hora, y a la cual el profesor va simplemente a dar una conferencia, mu-

chas veces preocupado, más de buscar efectos más o menos agradables a su vanidad — que todos al fin la tienen — que de conseguir verdaderos y efectivos triunfos intelectuales; y éstos no son, por cierto, los que se traducen en el ruido de la calle, o en la repercusión de los periódicos, que crea ese reflejo de falsa celebridad que suele esterilizar a las más brillantes inteligencias.

El sistema moderno de enseñanza, que hace el orgullo de las naciones directivas en este sentido, es absolutamente contrario a nuestras ideas tradicionales, y él se funda en este principio esencial que acabo de insinuar; en el estímulo de la vida conjunta entre alumnos, y entre alumnos y profesores, y en el estímulo de la asociación estudiantil como base, diré así, de la asociación futura de la patria misma en la acción, en sus luchas internas y en sus luchas por la conquista legítima de la producción y de la ciencia.

Es necesario, pues, para tender a suprimir todas las causas de recelo, de antipatías y tradicionales reservas entre la masa de profesores, directivos y docentes, que la Nación misma venga a darles esto que les falta: el hogar común, — invitándolos a vivir, a estudiar juntos, a trabajar para el mismo fin; y esto no podrá hacerse si dejamos a este inmenso núcleo de jóvenes, impulsivos por su edad, entregados a todas las influencias de la calle, sin una mano tutelar que los lleve al mejoramiento de su condición colectiva, que es propender al de la propia ciencia nacional.

Es natural que si se los mira con desconfianza, si se los considera como un pueblo revoltoso, rebelde o mal encaminado, — ¡he oído opiniones tan monstruosas a algunos profesores en este sentido! — si los dejamos hacer cosas tan contrarias al espíritu de la evolución colectiva, vamos a ver cada vez más lejano el día que todos anhelamos, ya como padres de familia, ya como maestros, en que empiece la era educadora; que la era instructiva ya seguirá su camino, porque el progreso de la ciencia no se puede detener, y ese progreso se impondrá a todos los profesores, puesto que el que no se adapta

a los progresos científicos del día llega a ser eliminado como un retardatario y como un inútil.

Pero la educación no puede marchar por sí sola; hay que hacerla andar como el padre guía a un hijo por el buen camino, le inculca sus pensamientos y le trasmite el calor de su alma en todos los momentos de la vida. Precisamente, hace poco tuve ocasión de leer en un magnífico discurso de Lord Roseberry, que la Nación tiene que cuidar al niño en la época más difícil de la vida, la adolescencia, época en que el niño está sometido a todos los peligros, los más imprevistos, en que es como una hoja arrojada al viento.

Es necesario, pues, que el Estado se fije en esta edad difícil por que atraviesa la juventud, para que medite sobre estas ideas y muchas más que salen naturalmente del cuadro de un informe de proyecto, pero que se ocurren ante éste que es el problema más fundamental de la Nación, problema que en todos los países ha tomado esta forma práctica, la más indicada para conseguir idénticos resultados para la educación nacional.

Solicitado, como he sido, para fundar este proyecto, he aceptado con verdadero placer, porque comprendo y comparto el anhelo de nuestros estudiantes de ver a la Nación en este camino; y esto prueba su buena orientación, y su inclinación a estos nobles fines de concurrencia y de robustecimiento, diré así, de la misión educativa del Estado, como lo demuestra el solo hecho de venir a pedir una ayuda en esta forma y de presentar una idea como ésta, que revela, como digo, desde luego, el más sano, el más educativo y el más patriótico pensamiento.

No diré, ya que todos estamos sintiendo el ambiente de las vísperas patrias del año 1910, que éste sería un homenaje nuevo a la Independencia nacional, pues el más grande homenaje que podemos hacer, sin duda alguna, es presentar en esta gloriosa fecha este regalo a la juventud estudiosa, a los que tienen el más legítimo derecho, por ser nuestros herederos, y a quienes corresponderá la tarea de impulsar el desarro-

llo de las instituciones que nos legaron nuestros padres, así como nuestra generación lo ha realizado en su medida.

Es por eso que me he permitido redactar el proyecto en la forma que me ha parecido más hacedero, apelando a los recursos de una ley que ya tenemos en discusión, y cuya sanción definitiva depende de un último trámite: me refiero a la ley en curso que amplía los fondos para edificación escolar en toda la República.

Creo que extendiendo los recursos de la ley en tramitación, en la cantidad de cinco millones, en que se calcula el costo de las expropiaciones del terreno y de lo edificado, y la construcción del edificio que se tiene en vista, bastará para cumplir plenamente los fines que este proyecto se propone.

Debo agregar, además, para aclarar conceptos, en cuanto a la forma del proyecto, que se entregará a los estudiantes, para su administración, el uso y propiedad del terreno y la casa que se edifique, con todas las comodidades y amplitud, como se ha hecho en otros países donde se han realizado estos mismos establecimientos.

Respecto al amueblamiento, él no correrá en su totalidad a cargo del Estado, por cuanto los estudiantes, con los fondos ya acumulados con este propósito, de doscientos mil pesos, obtenidos por diversos medios, con fiestas, suscripciones y donativos, podrían hacerlo sin dificultad para un edificio de esta magnitud. Será siempre mejor que la Nación, aprovechando su prosperidad presente y la facilidad con que puede afrontar estos gastos, en desembolsos graduales, obsequie real y plenamente a sus estudiantes, con todo lo que requiere una institución como la que ellos anhelan; porque, de lo contrario, resultaría una acción incompleta, que dejaría sedimentos de desagrados, o de descontento, que en todo caso el Congreso debe desvanecer, por estímulo y por buen ejemplo.

Por estas breves razones, y por otras más que expondré en otra oportunidad, me permito presentar este proyecto con la esperanza de que merecerá el apoyo de mis honorables colegas.

XVII

**LA COOPERACION PRIVADA EN LA ENSEÑANZA
PUBLICA**

LA COOPERACION PRIVADA EN LA ENSEÑANZA PUBLICA *

Señoras; Señores:

Aunque los resultados positivos del primer Congreso de Sociedades Populares de Educación no hubiesen sido tan satisfactorios como lo son en realidad, todos sus miembros, y en particular los que han trabajado más directamente en su celebración, funcionamiento y votos, pueden hallarse complacidos de haber realizado una buena y patriótica obra. Ella es digna del aplauso de la República, no sólo por haber demostrado en un breve plazo, con un alto espíritu de disciplina, cultura y operosidad, todo el caudal acumulado hasta ahora en fuerzas sociales dedicadas a impulsar el progreso moral del país, sino también la capacidad colectiva del cuerpo docente de las escuelas argentinas para asumir las formas de la más elevada civilización contemporánea, e incorporarse a la labor universal en el mismo sentido, tan viva, tan copiosa, tan fecunda, en sociedades distintas de la nuestra.

El año 1908 puede llamarse en el mundo europeo el año de oro de los congresos intelectuales, porque en las más importantes ciudades de Europa y América del Norte, como en una especie de cortes y parlamentos mundiales, se ha deliberado sobre los más hondos, vastos y palpitantes problemas de la vida, relacionados con el progreso moral de la humanidad,

* Discurso de clausura del primer Congreso Nacional de Sociedades Populares de Educación, pronunciado por su presidente en el salón de actos de la Escuela "Presidente Roca", el 16 de octubre de 1909.

desde las cuestiones para nosotros todavía exóticas y acaso fantásticas, de la arqueología egipcia o las lenguas orientales, hasta las que afectan a la actual condición de las clases trabajadoras; desde las más generales aspiraciones de los Estados en orden a la justicia internacional, a la paz de los pueblos, a los progresos del espíritu público, hasta los más específicos y técnicos postulados y principios de las ciencias concretas y de las ciencias morales; siendo de notar como una de las más avanzadas conquistas de la época, la obra del congreso de enseñanza moral y cívica, de Londres, de julio del año anterior, cuyas conclusiones, difundidas después por la autoridad de los primeros escritores contemporáneos, entran desde ahora a ser patrimonio del mundo civilizado. Y si a este se agrega la última reunión angloamericana de 1909, de la Asociación Británica, en Winnipeg, podemos afirmar que los dos últimos años han sido para las ciencias y para la política de la educación moderna, de una fecundidad admirable.

Vienen a probar estos congresos —tildados de teóricos o innocuos, porque carecen del poder aparente de ejecutar sus resoluciones, o de fuerza coercitiva sobre los gobiernos y las sociedades—, que tal afirmación no es más que la tradicional disculpa de la Santa Rutina o de la Divina Incuria, para no remover lo existente y no dar paso adelante, bajo el pretexto del temor a las innovaciones, o por el miedo, menos confesable, de perder las cómodas blandicies, cuando no los sensuales dominios, abroquelados e inexpugnables, tras de una férrea razón de Estado. Olvidan o desconocen los que piensan de aquella suerte, que los congresos de orden intelectual o moral llevan en sí un poder mucho más fuerte que el de las armas: el poder de la opinión científica, que informa y conduce a la opinión social y gubernativa, que penetra por la palabra y la sugestión paternal de millares de maestros en las conciencias juveniles; y en menos espacio que se organiza, disciplina y arma un ejército para una conquista brutal de la fuerza, se forja, inspira e impulsa aquel ejército mil

veces más poderoso, de las masas cultas y avisadas sobre sus derechos y destinos esenciales, que remueven de raíz los más vetustos prejuicios, avientan por el mundo la semilla de todas las revoluciones, y como las viejas tierras removidas por el arado, transforman con renovadas energías la fisonomía, la substancia y la dirección de los acontecimientos humanos. (*¡Muy bien!*).

Es que la sensualidad que brota de los hechos consumados, como el moho en los castillos desiertos, tiende a convertir en dogmas de inacción o de quietud, las verdades peligrosas para su estabilidad e ininterrumpido goce; y no es extraño que se llegue a censurar la frecuencia de estas asambleas libres del pensamiento y la doctrina, que tienen el pecado de remover, revolucionar y echar a vuelo el enclaustrado enjambre de las libertades prisioneras. Ellas son fuentes de saludables inspiraciones, iniciativas y ambiciones de hacer, para los mismos gobernantes, por definición inclinados a mantener y a inmovilizar; son ocasión de revelaciones felices de potencias ocultas o inertes, por el debate, la comparación o la recíproca ayuda; son la expresión de una estadística ignorada en la ponderación de las cosas existentes, como bases o factores de las cosas futuras; son más que todo esto, focos en los cuales se concentran en un instante voluntades, afectos, conocimientos, para formar cada día en espacio más amplio, esa unión o armonía definitivas tan ansiadas, tan necesarias, tan indispensables para obtener algo positivo en toda lucha, en toda empresa, en todo ideal comunes.

Porque si es cierto que la República cuenta con un crecido número de educadores estudiosos, expertos, abnegados y pensadores, capaces de empuñar el gobierno escolar más difícil en una región, en la Nación misma, no podría negárseme que ellos trabajan aislados, solitarios, divergentes y antagónicos; y su labor, que por una parte podría ser rica por la diversidad, se vuelve estéril por la falta de un núcleo central donde se combinen, se ponderen y apliquen en la gran labor colectiva de la cultura nacional. Creo yo también que la ma-

yor riqueza específica procede de la diferenciación individualista; pero esa diversidad debe fundirse en una acción concurrente, en una superior armonía de conjunto, como las voces y sonidos múltiples de una selva van a formar en el espacio un magnífico y gigantesco acorde. Los congresos, las conferencias, las asambleas periódicas de este género tienen esa virtud suprema, que el vulgo no alcanza a apreciar: ponen en contacto y comunicación las ideas más diversas, las tendencias más opuestas; y al reunirse y aún chocarse entre sí, se produce entre ellas, como en ciertos agentes de la naturaleza, una eliminación de factores comunes e inconciliables y el resultado es la creación de una poderosa fuerza, capaz de mover todo un vasto mecanismo.

Considero tanto más benéfico el sistema de los congresos de este género en la República Argentina, cuanto más convencido estoy de que todas las deficiencias, las desventajas, las desigualdades e ineficacias prácticas que aquejan al magisterio nacional, provienen de su falta de unidad en el fin y en la acción, en cuanto se refiere a su situación colectiva. La máxima tan célebre y tan artera de “dividir para reinar”, parece haber sido utilizada por algún oculto espíritu de nuestra política educativa, para evitar que los más meritorios obreros de la vida, los obreros de la cultura moral, sin la cual no es concebible ninguna otra efectiva y duradera, obtengan en la balanza económica, en la distribución de los beneficios que constituyen su estado social permanente y orgánico, toda la parte a que tienen derecho. (*¡Muy bien!*). No hay razón alguna para que ellos, los que mayor y más elevada porción de sí mismos aportan a la obra de la felicidad colectiva, y a la formación y acrecentamiento de la más grande fuerza y riqueza de un pueblo, —las que reposan en su capacidad para la acción y para el progreso en todos los campos de la vida—, sean los únicos que en la actualidad de la ordenación social del mundo, se privan del inmenso poder de la asociación en la idea y en el procedimiento, para luchar, primero por la organización más racio-

nal y equitativa de la respetable institución del magisterio, y segundo, por la aceptación y cumplimiento de todas las resoluciones, iniciativas, progresos y anhelos patrióticos surgidos de su seno, como de su origen más legítimo. (*¡Muy bien! Aplausos*).

Pero es, hoy por hoy, mucho más fuerte el dominio del mal espíritu de desunión y de discordia, que el de asociación y cooperación, en el seno del profesorado argentino de toda jerarquía, desde el maestro elemental hasta el catedrático universitario. En primer término, trabajan para desquiciarlos las vacuas y frívolas diferencias sectarias, bebidas en una errónea escuela inicial, fundada como todas las sectas de todas las religiones, filosofías y épocas, más en sutiles sugerencias del amor propio, que en positivas cuestiones de principios o procedimientos útiles (*¡Muy bien!*); en segundo término, concurren a impedir la unión real y sólida del magisterio, las perniciosas como fáciles tentaciones de la política, que abren a unos, de pronto, la fácil y florida senda de los honores y de las vanidades, tras el favor deleznable de algún caudillo a la moda, y a los otros, acaso, los más positivos triunfos de la fortuna y el bienestar por la adquisición de posiciones bien rentadas, en cuyo dintel no pocos dejarán sus sueños, ideales e impulsos del sacerdocio magistral (*¡Muy bien!*); y por último, entran como factores irresistibles en la labor destructora de toda cohesión y fraternidad, para la gran misión común del magisterio, basada toda entera en el entusiasmo, sostenida y calentada por el supremo ideal de la ciencia y de la patria, el desaliento, el hastío, la sorda protesta, que nacen en las almas cavadas por las continuas injusticias (*¡Muy bien!*), los abandonos interminables, las desigualdades y preferencias tan chocantes como desmoralizadoras, que destruyen la fe en el trabajo y en toda tentativa aislada o asociada en ningún sentido, y que sólo los grandes templos, forjados para la lucha y el sacrificio, pueden resistir sin desfallecimiento ni renuncia. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos*).

Y bien, pues, señores: la obra más benéfica de estos congresos o asambleas periódicas de los institutores será la de acercarlos a la constitución de la vasta unidad social de conservación y de progreso. Por este medio sólo serán posibles las conquistas que otros pueblos han realizado en el sentido de los ideales que los agitan; de este modo podrán imponerse a la opinión y al respeto de las demás clases dominantes de la vida nacional, porque los vean organizados en una fuerza suficiente para cumplir su destino por sí mismos, pensando en su propio gobierno, y no calificados sólo como simples asalariados y postulantes, como si no se diesen cuenta de su posición invulnerable de órganos esenciales al funcionamiento de la Constitución misma, que se apoya en la escuela y caracteriza su régimen por la ilustración de la conciencia popular, sin la cual no hay sistema representativo, ni por consiguiente republicano. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos*). Sólo por la unión de los maestros en un propósito irrevocable de acción conjunta, comenzando por hacerse comprender de los gobiernos, convirtiéndose en cierto modo en fuerza de gobierno ellos mismos, concluirán por cambiar el concepto social, y atraer en su favor la fe de las otras clases en su acción educadora y en su valor político colectivo.

Puede presentar este Congreso un cuadro de cierto punto de vista halagüeño para el patriotismo, en las sesenta y tantas asociaciones populares, que en la capital, provincias y territorios cooperan en favor de la escuela pública o de la situación de los maestros; pero dado mi particular modo de ver estas cosas, creo que el mejor de los resultados es el que nos ha permitido conocer, no tanto lo que se hace en ese doble sentido, cuanto lo que no se hace (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*); no sólo el concurso abnegado, dignísimo, y mil veces benemérito de las modestas agrupaciones que bajo distintos nombres y advocaciones se ocupan de la tarea auxiliar del educador público, sino la ausencia absoluta del concurso de los grandes afortunados (*¡Bravo!*), en favor de las institu-

ciones de enseñanza de la República, de aquellas que por la Constitución y la ley elaboran la cultura general, libre, impersonal, desinteresada, inconfesional, en una palabra, *la escuela de la patria*, que sólo tiene en cuenta la formación de la fuerza democrática y republicana que ha de dar vida a la Nación misma, y sólo mira el bienestar y libertad de todos los hombres que habitan su territorio. (*Aplausos*). Este, o sea el vastísimo legado patrimonial de nuestros mayores, distribuído en virtud de leyes tradicionales y vínculos jurídicos, anteriores a la formación de una voluntad nacional auto-consciente, explotado por ellos o sus descendientes, sucesores o beneficiarios pasivos de un progreso fatal o inevitable, arrancan de la tierra nacional, que es asiento común de todos los argentinos y sus asociados extranjeros, que tanto contribuyen a su valor y productividad, los enormes rendimientos que se acumulan y engrosan sus patrimonios inactivos; pero al aplicar la ley inmanente y natural de la redistribución de tanto beneficio, toda idea de equidad y de proporcionalidad desaparece en ellos, para acudir sólo a aumentar o reforzar el poder de una sola clase sedentaria, contemplativa e inerte, que ninguna partícula agrega al haber social. (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Prolongados aplausos*). Los grandes capitalistas del país, y en particular los argentinos, al privar a las escuelas, y en general, a la educación de la masa democrática, de los excedentes o saldos de sus acumulaciones sucesivas o geométricas, cometen una falta contra la patria misma, que los erige y mantiene en condiciones privilegiadas, sin obtener de ellos la debida compensación proporcional al servicio que de ella reciben (*Aplausos*).

Valioso es, señores, el aporte que traen a la labor educativa las numerosas sociedades populares de la República, representadas o no en este Congreso; y tanto más cuanto que ellas están formadas, en lo general, por miembros de las clases medias, lejos de aquellos en que se amasan las mayores fortunas; y así, no es extraño que en el cuadro general

del valor financiero de ese esfuerzo social, sea el elemento pecuniario casi insignificante, en comparación con el monto colosal de aquellos capitales y con las sumas que de ellos se apartan, en contribuciones estériles para la cultura pública; sólo queda lo más grande y noble que esas agrupaciones pueden dar: su entusiasmo, su patriotismo, su consagración desinteresada a la causa de la educación popular, las cuales no pueden cambiar, sin duda, los latidos del corazón en surtidores de oro, pero podrán difundir sus inspiraciones hasta llegar un día, acaso, a ablandar las rocas y hacer surgir de ellas, en manantial espontáneo, la generosa munificencia, la reparadora equidad, la justa retribución. (*¡Muy bien! Insistentes aplausos*). La injusticia social que importa en contra de la escuela este retraimiento de los ricos, se traduce en una situación más grave todavía en los dominios del Estado, convertido en único dispensador de toda ayuda, en sostenimiento de la enseñanza; y decir el Estado, entre nosotros, significa el predominio de los círculos políticos, condensaciones accidentales de influencias transitorias, las más de las veces, de agentes subordinados o secundarios, sin oriente, ni ideal social o político alguno (*¡Muy bien!*); y así, la suerte de las escuelas, colegios, universidades e instituciones todas de cultura, y la situación personal colectiva de los que enseñan quedarán a merced de las voluntades, protecciones, hostilidades, simpatías, acuerdos, conveniencias o retribuciones entre el que da y el que obtiene, y lo que debe ser una razón de gobierno, justa y racional, se convertirá en un imperativo personal, tan variable a injusto como el capricho, el interés o la pasión que lo inspiren. (*Aplausos*).

Entretanto, señores, al recorrer con atención el plan de trabajo que hoy habéis propuesto, y la serie de proposiciones sancionadas en su cumplimiento, se siente la íntima satisfacción de verificar una vez más cuanto ha progresado la cultura intelectual del profesorado y magisterio argentinos; a qué alto nivel han sido conducidas por sus maestros, direc-

tores o rectores, nuestras instituciones escolares, en cuanto a ideas, doctrinas, iniciativas o procedimientos, dentro o fuera del régimen pedagógico; y en cuanto a los medios para mejorar las condiciones generales de la enseñanza como problema político, didáctico y social, con singular acierto el Congreso ha concentrado su atención preferente en la instrucción primaria, la más valiosa, la más social en el estricto sentido de la palabra, la más republicana (*Aplausos*); y puede asegurarse que a su respecto no se ha olvidado ninguno de los problemas esenciales relativos a su vida interna, a su medio ambiente, a sus complementos necesarios bajo la faz higiénica y moral, y a sus auxiliares inseparables: la biblioteca, el taller, la lectura pública, el museo, la extensión, la labor complementaria, el auxilio físico, la asistencia moral; y es grato, al menos, pensar que si el espíritu público nacional se hallase más formado y dispuesto en el sentido de la cooperación hacia la escuela, bastaría la ejecución de los votos contenidos en el programa, con tanta amplitud e inteligencia desarrollados, para promover un movimiento educador de los más fecundos, y marcar en el progreso moral de la República una etapa brillante y un paso decisivo hacia un destino mejor. (*¡Muy bien, muy bien!*).

Debo, al terminar, mis más sinceros agradecimientos a la ilustrada y respetable asamblea, por el honor inmerecido de su voto para presidir sus sesiones; a la digna sociedad que constituye la biblioteca popular "Bartolomé Mitre", de Victorica, en la Pampa Central, que me ha colocado con su delegación en este elevado cargo, y cuyos esfuerzos por la ilustración del pueblo, son un augurio feliz para la futura Provincia del sud (*Aplausos*); mis deseos más fervientes porque la próxima reunión —cuyo éxito habéis asegurado al ponerlo en manos de una comisión permanente de la mayor competencia y probado patriotismo—, pueda celebrarse en condiciones más propicias para una labor más eficaz y de resultados más inmediatos; mis votos íntimos de felicidad personal y éxito en las tareas de todos, y con un saludo res-

petuoso a las nobles y gentiles damas que como educadoras argentinas han colaborado con tanta inteligencia y consagración en los excelentes resultados de estas tareas, declaro terminadas las sesiones del primer Congreso de Sociedades Populares de Educación en la República (*Aplausos prolongados*).

XVIII

LA BUENA MAESTRA

LA BUENA MAESTRA *

Señoras; Señores:

He aceptado con viva complacencia el encargo de las dignas asociaciones de educadores argentinos para representarlas en este acto, acaso de los más interesantes y conmovedores que sea dado presenciar en nuestro tiempo. El éxito político, pecuniario o aleatorio de la vida actual reúne con gran premura los concursos más numerosos, para rendir coreado tributo al triunfador del ardid o de la casualidad; razón tenemos nosotros, los que corremos sin alicientes de esa fuerza tras del ideal, en congregarnos regocijados en torno de una mujer, compatriota nuestra, que —mucho más benemérita y gloriosa que todos los héroes de aquellas agitados contiendas,— llega al final de una carrera, cuyo objetivo supremo y cuyo móvil más intenso fueron el amor de la patria en el amor de los niños de la patria, coronada con las dulcísimas flores de la gratitud y el afecto de sus contemporáneos.

En nuestros días, un estado de alma escéptico y destemplado, quiere que el solo cumplimiento del deber no merezca recompensa, porque el deber es la norma ordinaria de la vida; pero al propio tiempo un espíritu más íntimo y afectivo descubre el secreto resorte de los grandes estímu-

* Discurso en nombre de las asociaciones de profesores y del personal docente de las escuelas públicas, en el acto de homenaje a la señorita Máxima D. Lagos, por su jubilación, el 31 de diciembre de 1909.

los, y sabe que al premiar una vida de labor, de consagración y de virtud, siembra semillas de maravillosas transformaciones. Y luego, es permitido dudar que sea el cumplimiento del deber la "norma ordinaria de la vida" en la realidad presente, porque sin profundizar mucho en el alma de la sociedad, puede verse cuánta distancia separa la verdad abstracta de la verdad material. La recompensa de las vidas consagradas a un deber, a una misión, a un propósito honesto y superior, es una honda y prolífica lección de moral; porque, así como el precio de la cosecha o el pago del trabajo renuevan las energías del agricultor o del obrero, así la sanción social o pública del bien moral realizado, multiplica las fuerzas del espíritu y las dispone para las acciones más elevadas, esas que enaltecen la persona y dignifican la raza humana.

Es justicia reparadora, desde luego, la que hoy consagra la carrera docente de la noble dama, objeto de esta ceremonia; pero hay un sentido más extenso en el homenaje, que a mi sentimiento y convicción de educador y de hombre público interesa de manera excepcional: es ver producirse en torno de una compañera de labor y de destino, la unión calurosa de todos los maestros, realizando así en forma tangible un anhelo intenso de política educativa; y es este un triunfo del ideal y de la más noble de las virtudes, porque sólo un sentimiento de pura solidaridad los congrega en torno de una llama, de una luz, de una idea, que calientan los corazones y alumbran un sendero común.

Una mirada retrospectiva sobre la vida de la querida maestra de nuestros hijos, que ahora recibe su premio definitivo de honor y de reposo, revela que el secreto de su éxito y de su victoria fué el amor de los niños —amor de hermana, de madre y de compañera—, que daba calor e impulso siempre renovados a su corazón y a su inteligencia, y vencía con espontaneidades y recursos inexhaustos, las inevitables rutinas de una tarea sin cesar repetida. Y me explico por qué una maestra que ama a los niños no sienta jamás fatiga, ni

enojo, ni desaliento, ni antipatías. Las generaciones infantiles son como las generaciones de las flores en un jardín, en el cual cada mañana sorprenden con las variantes más adorables de la forma, el color y la gracia, desprendidas en el invisible trabajo de la noche; el jardinero amante de sus plantas vive inquieto, con la deliciosa inquietud de la expectativa, y más de una vez quitará horas a su descanso para ceder a la ansiedad de ver el capullo pronto a abrirse con el alba; y si es cierto, como dice Lord Roseberry, que la belleza de ese oficio consiste en el privilegio de vivir en presencia de los más elevados misterios de la naturaleza, en la más íntima confianza con nuestra Madre Tierra, y en la investigación y curiosidad de todos sus secretos, que dan por resultado los milagros del capullo, la flor y el fruto —¡cuánto más bella no será la ocupación de una jardinera de tiernas almas, que tienen, además del encanto de las flores, la ansiosa promesa de un lenguaje, de un ritmo, de una idea, de una fusión animada, en una risa musical, en un beso de todos los amores!

Un hogar de muchos niños se me figura semejante a una selva primaveral poblada de nidos, en cuyo sencillo alvéolo, cada mañana despiertan los más inesperados cantos, los más caprichosos vuelos, los movimientos más nuevos y graciosos, y todos juntos, al fin, entonan el eterno himno a la luz, que nunca los poetas agotarán. Y bien, una escuela infantil, cuidada por una maestra amorosa y apasionada de sus niños, debe ser una selva primaveral poblada deavecillas familiares, libres y espontáneas, que vienen a buscar en sus manos, en su seno, en sus labios, la caricia sugestiva y dominadora, evocadora del sentimiento, de la gracia y de la idea, ocultos e informes. Abiertas las almas infantiles, como las flores y los pájaros, a los encantos de la luz y del ambiente, absorben torrentes de imágenes y armonías que van a difundirse por su ser en invisible corriente, para desaparecer más tarde —como el color, el perfume y el canto en flores y pájaros—, en ideas y revelaciones, inspi-

.

raciones y formas primitivas de ignorada belleza y 'magnificencia.

Me explico, sí, muy bien, cómo una maestra que ama a los niños pueda no sentir fatiga ni desaliento en un prolongado período de labor escolar, sin reposo, ni intermitencias. Es que lleva en sí misma la fuente de sus propias energías; es que se ha compenetrado de la misma fuerza, de la misma savia, del propio movimiento de vida del núcleo infantil que la rodea; es la jardinera siempre inquieta por el sagrado misterio del capullo, que cierra sus ojos al reposo, pero sueña y palpita con la emoción indecible del drama silencioso, del idilio místico que se está desarrollando en el vivero, y que la luz sonrosada del alba va a sorprender antes que ella, la que ha combinado el espectáculo y ha puesto en cada divino personaje un soplo de pasión de su propia vida.

Entiendo que estos modelos de maestras no son el fruto frecuente de los institutos docentes de la República, sino más bien florecencias espontáneas destinadas a servir de punto de partida para nuevas direcciones en la enseñanza profesional; y aquí, como en todas las ciencias y artes que tienen el estudio de la naturaleza por objetivo principal, es necesario afirmar el eterno principio de que las leyes y ordenaciones magistrales se modelan según el tipo natural más perfecto, para elaborar, por imitación, una serie semejante y progresiva, hasta que una nueva aparición espontánea y selecta marque un nuevo período de ascensión.

Y si alguna lección práctica hemos de recibir de los grandes modelos vivientes, que ella sea la reforma de la enseñanza infantil en las escuelas donde se educan sus maestros. Si no es posible ordenar a la naturaleza humana, como hacen las hadas de los cuentos, que nos ofrezcan por encanto los tipos más bellos y prodigiosos, ayudémosla con los métodos de selección, siguiendo sus propios derroteros e indicaciones, hasta lograr que el corazón y la mente se transformen por el concepto y dominio del alma infantil,

en la maestra ideal, amante y animosa, que realice la escuela en su corazón, y luego le dé en la clase sus formas espontáneas, que brotarán de él como un surtidor inextinguible de las más fecundas creaciones.

He observado en mi no escasa experiencia de la vida escolar, que las formas y reglas de la pedagogía dogmática —las que aplican casi exclusivamente las escuelas argentinas—, no logran interesar la atención y la simpatía de los niños, sino en cuanto advierten en sus maestros una modalidad personal, un impulso propio, un interés *humano*, como si viniese de afuera, y fuese extraño a la obligación de la escuela. Y la naturaleza no se equivoca en esto, como en ninguna otra de sus infinitas manifestaciones, porque la pedagogía no puede ser un código racional para encauzar o modelar las almas de los niños a su voluntad imperativa, sino una armonía entre las leyes internas de la vida infantil, con las formas externas en que la ciencia adquirida pueda serle comunicada, algo semejante al riego de agua, de luz y de aire que recibe la semilla, la planta o la flor, a manera de infusión de la vida ambiente...

Pero no debo por más tiempo ocupar la atención de este ilustrado concurso con disquisiciones que le son familiares, por más que la significación de la fiesta invite a extenderlas y a profundizarlas. Tenía una misión que cumplir, y es la de ofrecer esta demostración de honda simpatía, aplauso y recompensa moral, a la señorita Máxima D. Lagos, en nombre de tres asociaciones de maestros argentinos —y de todos ellos, al fin—, por su ejemplar consagración a la escuela durante tres décadas en forma y con caracteres tales que la erigen en un modelo, en un tipo superior de maestra, cuya imitación significaría un progreso colectivo para la enseñanza nacional. Y al terminar estas palabras, en nombre de mis representados y en el mío propio, hago los votos más fervientes para que la benemérita maestra, amada de los niños, como hermana, madre y compañera, goce en el seno de su hogar de un dulce y sereno

reposo, tanto más merecido cuanto que él viene después de una noble fatiga, por la más bella porción de la humanidad, y por el más alto ideal de la vida —el que condensa todos los demás, el que absorbe todos nuestros anhelos y ambiciones del bien moral y de la cultura del espíritu—, el ideal supremo de la Patria.

HOMBRES E IDEAS EDUCADORES

1908 - 1912

INTRODUCCION

JOAQUIN V. GONZALEZ

UN PEDAGOGO Y SOCIOLOGO ARGENTINO

El doctor González, como se le llama en la República Argentina, es allí uno de los representantes más eminentes y decididos de la reforma social; es, sin duda, un “hombre social”, esto es, un decidido defensor de la incorporación al derecho positivo del espíritu de justicia y amor que entraña toda la tendencia moderna hacia la acción protectora de los trabajadores y tutelar de los débiles, de los desposeídos y de los caídos; no tiene el doctor González el concepto frío del derecho que implica el criterio del derecho estricto, y que, como decía un gran jurista, supondría el reinado del egoísmo: hombre de su siglo, en la corriente culta de los tiempos, dominado, su espíritu por los sentimientos de altruismo y de solidaridad imperantes en la ética inspiradora del derecho nuevo, el político argentino trabaja, sin descanso, porque esta ética impere en la vida social y jurídica de su pueblo.

Aunque político militante, la actividad y el influjo del Presidente de la Universidad Nacional de La Plata, no se contrae a la esfera de lo que generalmente se entiende por política: es, ciertamente, hombre de acción y de gobierno: ministro muchos años con el famoso general Roca, el conquistador del desierto, y luego con Quintana, y director de varios departamentos, en todos dejó buen recuerdo de su paso, y con reformas que lo acreditan como hombre de Estado en el más elevado concepto. Lo mismo en la Justicia, que en las Relaciones Exteriores, que en la Enseñanza, que en el orden

público social, en todas las ramas de la administración nacional, se señala, con gran relieve, la cultísima intervención del gran universitario.

¡Cuántas veces, visitando la Penitenciaría de Buenos Aires u otras instituciones, o conversando sobre escuelas, régimen de enseñanza..., se me decía: “eso lo hizo el doctor González, esa reforma la inició González...!” Y un español muy argentinizado, sin dejar de ser español, me advertía con entusiasmo, con el entusiasmo que todos los españoles de allá sienten por el senador de La Rioja: “usted no pregunte: donde vea una buena iniciativa, un rastro hondo de cultura, es que ha pasado, de cerca o de lejos, el doctor”.

El doctor González comenzó su vida pública en el periodismo, para continuarla en el gobierno y en la cátedra, siendo un escritor de los más distinguidos, y un orador fácil, intencionado, sin relumbrones ni retóricas. Su labor como publicista es enorme y variada, y señalase como una de las más influyentes en la República. Agrupadas por asuntos, pueden clasificarse sus obras bajo los epígrafes siguientes:

Jurídicas y políticas: Ensayo sobre la revolución; — Proyecto de Constitución para la provincia de La Rioja; — Mensaje a la legislatura (*Rioja, 1890*); — Mensaje a la Legislatura (*Rioja, 1891*); — Manual de la Constitución argentina; — Legislación de minas (Introducción general al estudio del Código de Minería); — La reforma electoral argentina de 1904; — Debates constitucionales, 2 tomos; — Los tratados de paz de 1902; — Proyecto de ley nacional del trabajo; — Escritos y opiniones en derecho, 2 tomos; — International arbitration and argentine policy; — La Argentina y sus amigos.

Educación: Enseñanza obligatoria (*en colaboración*); Problemas escolares; — Educación y gobierno; — La Universidad Nacional de La Plata: Memoria sobre su fundación; — Universidades y Colegios; — Política espiritual.

Literarias: La tradición nacional; — Mis montañas; — Cuentos; — Patria; — Historias; — Ideales y caracteres; — El juicio del siglo.

Pero, a mi juicio, lo más característico y saliente de la personalidad del doctor González significase en su acción como pedagogo o político de la educación nacional, y como reformador social.

Realmente, el influjo enorme, indiscutible, que el profesor de La Plata ejerce en su país manifiéstase, muy especialmente, en esas dos indicaciones importantísimas. Por eso, considerando toda su labor, por lo demás, muy compleja, sobresalen dos tareas del maestro con singular relieve: en primer término, la fundación y dirección de la Universidad Nacional de La Plata, y luego la elaboración y presentación al Congreso del Proyecto de ley nacional del trabajo a que antes me refería.

Nadie como González sostiene y personifica la tendencia culta y de fe de la escuela del gran Sarmiento: como el autor de Facundo, el ministro de Roca piensa que "gobernar es educar", y su política es de lucha por la cultura. Mientras la gran corriente emigratoria y de la especulación y de la conquista de la tierra, en las llanuras sin límites de la Pampa, construye una Argentina productora, comercial e imperialista de hombres de negocios, González pone su actividad y su inteligencia al servicio de un ideal, laborando por la creación de un espíritu, de un alma nacionales, y constituyéndose en gran protector de los intereses éticos del pueblo. "... El estado presente del alma nacional —decía en cierta ocasión solemne— requiere un redoblamiento intensivo y extensivo de la tarea educadora en todas las clases y condiciones de la sociedad" (1).

Es el doctor González, repito, un político de acción y de batalla, que acude puntualmente al Senado, que toma parte en las más graves discusiones, que sabe defenderse en el mundo ingrato de la política menuda, que ha estudiado y comprendido a Maquiavelo, pero que pone todo su orgullo y todo

(1) GONZÁLEZ, *Política espiritual*; discurso universitario sobre *La misión y deberes de la alta cultura en la sociedad moderna*, pág. 41.

su más intenso cariño en la formación de la Universidad Nacional de La Plata.

El la creó, él la dirige, y en todas las manifestaciones de la vida universitaria, siéntese el influjo personal de su acción. Es esta Universidad la más joven de la América del Sur, y la estimo como la mejor orientada. Una universidad educadora: he ahí el ideal íntimo y manifiesto del hombre que la construye y renueva incesantemente; una Universidad educadora que aspira a concentrar en su acción directiva, desde la escuela hasta el laboratorio de alta investigación científica. Al entrar en La Plata, muy cerca de la estación del ferrocarril, está el primer grupo de edificaciones universitarias, y ya ellas sugieren el espíritu que domina en tan original obra de cultura. Recuerda a Oxford, un Oxford sin historia, sin pátina; no podía ser de otro modo: aquel grupo de edificaciones en amplísimo parque, "ante el espléndido panorama de su cielo, su río y su bosque" (2), con sus lugares para juegos, su gran piscina de natación, es el germen actual de la Universidad que viene; allí hay un Colegio nacional de segunda enseñanza incorporado al régimen universitario, y los pabellones de los colegios, en que viven, bajo una dirección educativa —tutorial, en internado abierto, como González dice—, los futuros alumnos de los laboratorios, museos, bibliotecas y aulas universitarias.

Y hacia aquella parte se levantan también otros edificios de la Universidad nueva, instituciones de investigación científica pura y de aspiraciones modernísimas: el Laboratorio de Física, el magnífico Museo de Historia Natural, único en su género en algunas de sus colecciones verdaderamente espléndidas, colecciones en actividad, no almacenes y exposiciones muertas... Allí trabajan las gentes: hay constante rumor de colmena.

Y después todavía la Facultad de Veterinaria y el magnífico Observatorio, y, por fin, la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales y la especialísima Facultad de Pedagogía,

(2) GONZÁLEZ, Ob. cit., pág. 47.

una de las indicaciones más características de la orientación de esta joven Universidad y del criterio esencialmente educador de quien la dirige.

Nada más sugestivo ni más adecuado, para expresar el ideal universitario en la relación que indico, que estas palabras del mismo doctor González:

“*La formación del maestro y del profesor —dice— en escuelas especiales, en estos últimos tiempos, y su perfeccionamiento en institutos universitarios, ha llegado a ser una cuestión capital de gobierno en las naciones más cultas del día. No es que ellos sepan más o menos, —que ya es este un objetivo fundamental—, sino que durante su frecuentación de las aulas se pongan en contacto con los más altos espíritus que han civilizado y mejorado la humanidad, y con los ideales superiores de la vida, que calientan el corazón, despejan las frentes, templan los caracteres y constituyen el más firme cimiento de las más grandes nacionalidades. Conocedor y pulsador de las recónditas fuerzas que mueven e impulsan las almas juveniles, puede rectificar sus instintos, verificar sus desviaciones, orientar sus buenas tendencias y depurar así, en labor continua y colectiva, los gérmenes de generaciones enteras. Así es cómo el maestro, el educador público, puede ser el autor, el artífice de la patria; el forjador de esos caracteres que osifican un conjunto étnico informe, le dan forma de naciones y Estados y modelan épocas y civilizaciones; así es cómo la enseñanza universitaria, abarcando todos los ciclos de la vida moral del hombre, desde la escuela primaria hasta la alta investigación independiente, puede llegar, sin esfuerzo artificial, a la unidad moral, a la sencilla concepción de la vida en su realidad física y psíquica indivisible: a la asimilación de la verdad por efecto reflejo de las claras verdades del orden material, y al culto de la verdad por el amor intenso que hacia ella despierta el conocimiento de los fenómenos y leyes de la Naturaleza” (3).*

(3) GONZÁLEZ, Ob. cit., pág. 43 y 44.

La nota complementaria del carácter saliente de esta personalidad argentina, la de "hombre social", o sea hombre de la reforma ética del vivir social, revélase ya en cierta orientación significativa de su labor docente. Tiene el doctor González la idea de que la enseñanza no puede, no debe limitar su acción a la que implican sus funciones con la clientela que acude a las aulas, a los laboratorios, a las bibliotecas. El sentido que representa en el mundo la llamada "Extensión universitaria" tiene en el doctor González un defensor, y, más que eso, un actor entusiasta y convencido. Su Universidad busca incesantemente el contacto con la sociedad de La Plata en fiestas, conciertos, conferencias y en cuantas ocasiones se ofrecen de provocar una intimidad con el medio social, creando por tal modo aquel ambiente de simpatía general, tan indispensable, para la misma eficacia de la labor docente de las instituciones de enseñanza.

Y no sólo en esto se revela la orientación social del pedagogo argentino: acentúase, si cabe, dicha orientación en su vehemente deseo de "democratizar" o "socializar" la acción de la enseñanza procurando un intenso contacto con el pueblo, especialmente con la masa trabajadora.

No necesito, para comprobar esta indicación, buscar textos demostrativos en los escritos del profesor de La Plata: me bastará recordar aquí el entusiasmo y la persistencia con que el doctor González me guió, y auxilió, en las tareas de Extensión universitaria que por su inspiración — y hasta por su iniciativa, algunas — realizamos durante mi estancia en Buenos Aires en 1910. González inauguró conmigo algún curso, y fué el más útil de los consejeros en la dirección de las tareas de la Extensión que me encomendó el Colegio Nacional Mariano Moreno. No olvidaré jamás aquellas noches de peregrinación intelectual y... ética por algún barrio de Buenos Aires, hacia la Escuela Normal de la calle de Rioja, para inaugurar juntos tareas de expansión cultural, y la asistencia animadora, asidua, del doctor a cátedras obreras del Colegio Nacional de la calle de Belgrano...

Fuera de estas indicaciones, que podrían completarse con otras análogas muy numerosas, la posición político-social del senador argentino definíala él mismo en cierta solemne intervención parlamentaria, debatiendo con el diputado socialista doctor Palacios, cuando el doctor González era Ministro del Interior (1904). Señalaba éste el cambio radical que entrañaba la política argentina, y decía:

“Ella ha girado, hasta ahora, alrededor de las ideas tradicionales de nuestra historia política y constitucional, y se nos presenta hoy con problemas nuevos, invitando a los hombres de estudio, a los legisladores, a fijar su atención sobre leyes antes no estudiadas o no consideradas en los problemas de nuestras soluciones políticas. Viene a justificar, además, esta misma cuestión las repetidas insinuaciones del Poder Ejecutivo, manifestadas a esta Cámara por mi intermedio, desde hace dos años, sobre la conveniencia que había de que el Poder Legislativo y todos los poderes del gobierno fijasen ya su atención sobre las formas nuevas en que se manifiesta la sociabilidad nacional, en que los movimientos de las masas trabajadoras del país responden ya a algo más que a las incitaciones de los partidos políticos: responden a necesidades sociales de otro orden, de un orden más profundo, y que radican más adentro: en la economía pública de la Nación. Enuncié en aquellas ocasiones que el Poder Ejecutivo se preocuparía profundamente del estudio de estos problemas y, en efecto, señor, hace dos años que la preocupación constante del Ministro que habla es el estudio de las leyes sociales que convienen a la República Argentina, especialmente dirigidas a regularizar, y con esto sólo, a mejorar la condición jurídica y personal de la clase obrera” (4).

Y que no se trataba de expresiones teóricas, de meras declamaciones parlamentarias, lo demuestra el hecho de que, quien así hablaba, presentaba al Congreso de la Nación el

(4) Véase el discurso en el tomo del doctor González, *Educación y gobierno*, pág. 238.

Proyecto de ley nacional del trabajo (*a que antes aludía*), llamado así, y no Código del trabajo, como dice muy oportunamente el señor Carbonell (5), “por razones de modestia muy explicables, dado el carácter provinciano y austero del doctor Joaquín V. González”. “¡No! — añade el citado señor Carbonell, ex diputado nacional argentino — El es, en realidad, un Código fundamental de sociología proletaria que, indicando nuevos y seguros rumbos, nos conducirá a la armonía estable y conciliatoria de las relaciones íntimas y equilibradas entre el trabajo, que nutre al hombre, y el capital que lo alimenta”.

Refiriéndose Adolfo Buylla al movimiento de la legislación protectora del obrero en la Argentina, después de registrar las principales manifestaciones, dice: “Pero acaso, más que todo lo legislado hasta el día, valga lo que aun se encuentra en estado de proyecto, ya que el solo propósito, aunque la verdad no significara lo que en efecto significa, acusa una iniciativa y un empuje dignos de toda clase de encomios. Nos referimos al Proyecto de ley nacional del trabajo presentado al parlamento argentino por el Ministro del Interior, doctor Joaquín V. González, que pretende emular, y acaso lo consiga, a las *Gewerbeordnung* alemán y austríaco, y a la ley federal suiza del trabajo, y a las *Factory acts* inglesas, y también a las modernas leyes que en Australia, Nueva Zelandia y los Estados Unidos regulan las relaciones entre los trabajadores y capitalistas” (6).

Resueltamente, la obra del ministro González señala uno de los momentos más culminantes en el proceso de la reforma social argentina. No llegó entonces a incorporarse al derecho positivo: quizás no era todavía la ocasión; acaso superaba el buen deseo gubernamental a las condiciones de receptibilidad ambiente. Pero el monumento está ahí, marcando rumbos y señalando la orientación que imponen las

(5) V. CARBONELL, *Orden y trabajo*, I, pág. 193; Buenos Aires, 1910

(6) BUYLLA, *La protección del obrero*, pág. 122.

nuevas necesidades de la vida obrera en la gran República. Y, sobre todo, el proyecto de González es, y tendrá que ser por mucho tiempo, una de las más fecundas fuentes de inspiración del reformador social argentino. Bien claro veíamos esto allá, cuando, alguna vez, el doctor Avellaneda, director del Departamento Nacional del Trabajo, y yo, hablábamos de las reformas legislativas y protectoras del trabajador que el distinguido doctor acariciaba, y habría intentado, si el Departamento hubiera tomado la orientación social que él en vano, por entonces, proponía.

El doctor Avellaneda tenía el proyecto del maestro como punto de partida necesario y la inspiración del doctor González como la más animadora. Cuando el culto Director del Departamento Nacional del Trabajo intentó unir la acción de éste al movimiento universal que representa la Asociación Internacional para la Protección Legal de los Trabajadores, iniciando como labor del Departamento la organización de la Sección Argentina, el primer nombre de la lista de los invitados, el nombre indispensable, fué el del doctor González: simbolizaba la autoridad necesaria para dar fuerza y relieve a la simpática obra.

Pero vuelvo al proyecto. Consta de dos partes: una amplia, erudita y concienzuda exposición al honorable Congreso de la Nación, ocupa 70 páginas, y el articulado, 466 artículos (7).

En la exposición se razona la necesidad de la legislación obrera, la oportunidad de su codificación, los antecedentes tomados en cuenta para la redacción de la Ley nacional, las materias que ésta comprende y el criterio con que se ordenan, recogiendo numerosas opiniones de escritores especialistas en esta rama de la legislación social moderna.

Al justificar la necesidad de la labor legislativa que se acomete, dice el Ministro González lo siguiente:

(7) Cuando se publicó el Proyecto hice un extracto del mismo para el *Boletín del Instituto de Reformas Sociales* (1904), que ahora resumo en el texto.

“En diversas ocasiones, y en particular cuando ocurrieron los movimientos obreros de noviembre de 1902, que dieron lugar al establecimiento del estado de sitio para restablecer el orden alterado y la libre circulación del comercio nacional y extranjero, el Poder Ejecutivo ha prometido al Congreso el estudio de la situación de las clases trabajadoras en el país, y la preparación de un proyecto de ley que tuviese por propósito eliminar, en lo posible, las causas de las agitaciones que se nota, cada día más crecientes, en el seno de aquellos gremios, cuyo aumento y organización, paralelos con el desarrollo de nuestras industrias, del tráfico comercial interior e internacional y de los grandes centros urbanos, donde se acumulan las fuerzas fabriles y se producen los fenómenos de la vida colectiva, hace cada vez más necesario que el legislador les preste una atención más profunda y busque soluciones definitivas a las cuestiones del Estado que con ellas se vinculan”.

“He ahí la génesis del proyecto”, dice la exposición. Pero añade: “Además de estos fundamentos, no se ha podido dejar de tomar en cuenta las múltiples iniciativas nacidas del Congreso mismo, de algunas asociaciones benéficas o profesionales, y peticiones particulares y colectivas, en las cuales se ha reclamado la sanción de leyes parciales relativas a determinados y restringidos aspectos del vasto programa político que se denomina bajo la fórmula comprensiva de “Ley social”, y que existe ya completa, aunque sus distintos miembros se hallen dispersos y sólo esperen una mano que los reúna, los sistematice, les de en la forma de un Código, la unidad orgánica que ya tienen en la vida del trabajo y de la industria, y les imprima un soplo de vida para que el organismo jurídico así formado empiece a moverse y a dar los bienes que de su advenimiento se esperan”.

A continuación se discute si es mejor dar leyes aisladas y parciales sobre los diferentes puntos del derecho obrero, o bien si conviene acometer el problema de una vez en una

sola ley comprensiva; y después de indicar algunos antecedentes, se dice lo siguiente:

“Limitada la cuestión a su aspecto jurídico, es indudable que todas las partes de este organismo legal, si han de tener una sanción uniforme en una forma determinada de justicia; si se refieren a un solo objetivo, que es la armonía permanente entre los factores esenciales del trabajo del hombre, la mano de obra y el capital; si tienen como sujeto la misma persona de derecho, la que trabaja y da existencia a la riqueza privada y pública, no pueden vivir y desarrollarse separadamente, y deben formar un conjunto, una sola ley, un Código o como se quiera denominar...”

En la exposición se examina, como no podía menos, dadas las condiciones especiales de la Argentina, el problema jurídico obrero desde el punto de vista especial de la inmigración, formulando el criterio legal en estos términos: “Toda nación culta, que aspira a perpetuarse en el tiempo y a ampliar en el mundo su campo de acción o de influencia legítima, tiene derecho a constituirse sólida y fuertemente, como un organismo sano y de larga vitalidad, no solamente para dar a la Humanidad los frutos de su labor, con que concurre a la obra común del bienestar colectivo, sino para asegurar su reproducción ilimitada sobre el territorio donde asienta su soberanía material. Así debe tender a depurar sus propios elementos étnicos por un régimen de orden moral e higiénico regular, y por un sistema de selección de todo elemento extraño que se incorpora de afuera y entra a formar una sola substancia con la nativa o indígena”. De acuerdo con el criterio indicado, el proyecto de ley “contiene disposiciones moderadas y prudentes, inspiradas en las más perfectas leyes de los Estados Unidos y las colonias inglesas de Oceanía, para la interdicción del territorio a los que sólo pueden ser en él un peligro social por sus enfermedades, sus crímenes o su corrupción, y afronta con decisión y firmeza otros aspectos del asunto que hasta ahora se mantuvieron inmunes, debido a un mal entendido concepto de de-

coro, que permite a la prostitución y a la vagancia incurables asumir sus formas más deprimentes de las energías sociales, y evita que los más altos y verdaderos deberes de caridad cristiana y democrática, busque la liberación y la corrección por el trabajo de seres conducidos a la postración y al crimen por la ignorancia, o el engaño, o el abandono de sus actividades y el de su voluntad”.

Imposible seguir extractando la interesante exposición: pediría esto mucho espacio. Me limitaré ya a resumir, con la brevedad posible, el articulado del proyecto. Consta éste de catorce títulos, a saber:

Título primero: Disposiciones preliminares y generales. — Título II: De los extranjeros. — Título III: Del contrato del trabajo. — Título IV: De los intermediarios en el contrato del trabajo. — Título V: Accidentes del trabajo. — Título VI: Duración y suspensión del trabajo. — Título VII: Trabajo a domicilio e industrias domésticas. — Título VIII: Trabajo de los menores y de las mujeres. — Título IX: Contrato de aprendizaje. — Título X: Del trabajo de los indios. — Título XI: Condiciones de higiene y seguridad en la ejecución del trabajo. — Título XII: Asociaciones industriales y obreras. — Título XIII: Autoridades administrativas. — Título XIV: De los tribunales de conciliación y arbitraje.

Las disposiciones preliminares determinan el alcance de la Ley Nacional del Trabajo, señalan su esfera (rige esta Ley, dice, las relaciones entre obreros y patronos) y explican las palabras de cierto carácter técnico jurídico, especial, que la Ley emplea: obreros, tiempo, día u hora laborable, paro, huelga, boycott, loc-kout, en tabla y mano propia, despido, trabajo a destajo. No copiaremos la definición legal de estos términos: sólo indicaremos que el de obreros se toma en un sentido muy amplio, si bien, exceptuando el servicio doméstico) “no se comprende, se dice, en esta Ley, las relaciones derivadas del servicio doméstico (art. 3º).

El título II, relativo a los extranjeros, garantiza la protección del trabajo a “toda persona nativa o extranjera”; fi-

ja las exclusiones de los extranjeros que no deben ser admitidos en el territorio de la República; reglamenta la admisión de los inmigrantes, etc., etc.

El título III, Del contrato del trabajo, está dividido en cinco párrafos, que comprenden respectivamente las siguientes materias: 1º Naturaleza y condiciones del contrato. — 2º Del salario y su pago. — 3º Obligaciones de los patrones y obreros. — 4º Duración y extinción del contrato. — 5º Beneficios y privilegios especiales de los obreros. El contrato de trabajo lo define el art. 21 diciendo que es “el concluído entre patrones o empresarios de las industria y sus obreros, y se regirá por las disposiciones de este título, las cuales se considerarán ampliaciones del VI, libro II, sec. III del Código Civil, sobre la “locación de servicios”, y éstos serán aplicados subsidiariamente en los casos dudosos por obscuridad o silencio de la presente Ley”. El art. 27 declara que el contrato de trabajo “puede ser verbal o escrito, o constar de formularios usuales en la industria o puestos en uso por la autoridad; puede ser concluído personal y directamente por los interesados o por intermediarios autorizados por la ley...; ninguna convención o cláusula de convención puede impedir que un obrero acepte o busque trabajo libremente cuando ha satisfecho los deberes que le imponía su contrato; y salvo perjuicios previstos y calificados por la ley o por el contrato, o prohibiciones del estatuto del gremio, asociación, unión o sindicato a que el obrero pertenezca, puede cambiar de patrón o de establecimiento, según su voluntad”. El art. 28 añade que “es inherente a todo contrato de servicios la obligación de los patrones de procurar el mayor bienestar posible a los obreros y el desarrollo de su cultura moral, y éstos deberán a los patrones la mayor fidelidad mientras permanezcan a su servicio”. En cuanto al salario y a su pago, el Proyecto de Ley impone la obligación de publicar convenientemente las tarifas de aquél; determina las bases económicas que han de servir para fijar el tanto de los salarios en los acuerdos entre patrones y obreros, decisiones de conciliación o arbi-

traje, o por el Estado en sus contratos; regula la forma del pago, prohibiendo el sistema de pagos en mercancías, o de manera que se retrase o aplace el hacer efectivo el tanto del salario, salvo, en cuanto a los suministros de aprovisionamientos por empresas o patrones, “los trabajos de minas, donde no hubiese establecidas casas de comercio o ventas de provisiones de primera necesidad, y en las explotaciones en que se emplee indios”; pero aun en este caso, el suministro se habría de hacer dentro de ciertas condiciones (art. 35).

El art. 41, refiriéndose a las obligaciones de patrones y obreros, determina las prescripciones que debe contener el Reglamento interno, obligatorio “en todo establecimiento industrial de cualquier clase, que emplee más de diez operarios, ya sea de empresas particulares, ya del Estado o las Municipalidades y las dependencias de uno y otras, y hecha excepción de las empresas agrícolas, industriales o comerciales en que el jefe de la misma sólo trabaje con su familia o personas que hacen parte de ella y viven con él, o cuyos operarios deban considerarse como criados o gente de la casa”. En este Reglamento se especificarán las condiciones prácticas del trabajo: horas de entrada y fin de jornada, de descanso, de limpieza de aparatos y locales, forma del salario y pago, modo de rescisión del contrato, multas, medidas de seguridad, higiene, moralidad y orden, precauciones contra accidentes, etc., etc. El proyecto de Ley señala los modos de denunciar los contratos de trabajo y las causas de la denuncia, así como las de rescisión. En el art. 54 se declara que los salarios estarán exentos de embargo hasta tres cuartas partes, y que no serán cedidos por más de dos quintas partes, con excepción de lo que se deba en virtud de ciertas obligaciones contenidas en los artículos 208, 300 a 303 y 365 del Código Civil. Además, estarán exentos de embargo y cesión, en su totalidad, las cantidades que el obrero hubiese devengado de las Cajas de socorro, auxilios o seguros por accidentes, invalidez o enfermedades ocasionadas por el trabajo, en conformidad con esta Ley.

El título relativo a los intermediarios en el contrato del trabajo está también dividido en párrafos, en esta forma: 1º Disposiciones preliminares, y 2º De los agentes intermediarios en particular (agencias privadas, centros gremiales de colocaciones y agencias gratuitas del Estado). Se trata de una reglamentación muy detallada, que no podemos resumir por falta de espacio.

El título V, sobre los accidentes del trabajo, comprende tres párrafos: 1º Responsabilidad civil; 2º De los seguros sobre accidentes, y 3º Procedimiento. La responsabilidad se determina según estas fórmulas: “Sin perjuicio de lo que disponen los artículos 930 a 956 y 1143 a 1147 del Código Civil, los cuales tendrán su aplicación en los casos que directamente rigen, o como reglas generales de interpretación, es obligación de todo aquel que explote una industria valiéndose de obreros, jornaleros o peones y empleados, el indemnizar a éstos por los accidentes que sufrieren en el establecimiento, en las operaciones de la explotación, y, en general, por el hecho y en ocasión del trabajo que ejecuten por cuenta de la Empresa, ya por hechos del propietario mismo, ya por el de sus mandatarios, representantes, gerentes o cuidadores en el ejercicio de sus funciones” (art. 89). “Responderá igualmente el empresario del daño que se causare a un obrero o empleado en la explotación de alguna de las industrias que por su naturaleza son ocasionadas a graves enfermedades..., siempre que se compruebe que el daño proviene exclusivamente del trabajo ejecutado en dicha industria” (art. 90). “El empresario sólo responderá por las sumas en que se avalúen las reparaciones determinadas por la Ley, y sólo se acumularán daños y perjuicios cuando el accidente se haya producido por su culpa. En todo caso, el empresario tendrá derecho a repetir lo que hubiese pagado por indemnización del accidente de la persona cuyo hecho, falta o negligencia hubiese sido la causa de su responsabilidad” (art. 91). El art. 92 designa las industrias, empresas o trabajos que dan lugar a responsabilidad del patrono, y el 93 dispone que “desaparecerá la obliga-

ción de responder del accidente cuando éste ha sido causado por culpa, o intencionalmente, por la víctima o por una fuerza mayor extraña al trabajo, como terremoto, inundaciones, rayos u otras semejantes”.

En cuanto al seguro contra los accidentes, se contienen en el proyecto dos artículos importantes; por uno de ellos, (el 104) se autoriza al empresario a sustituir las obligaciones de la Ley “por un seguro, constituido a su costa, en favor de los obreros o empleados de que se trate, contra los accidentes y riesgos..., parcial o totalmente, en una compañía de seguros reconocida, y siempre a condición de que la suma que el damnificado reciba no sea inferior a la indemnización que corresponda, de acuerdo con este título”; por el otro (el 107), los empresarios pueden “establecer cajas comunes de previsión, con el objeto de asegurarse contra los riesgos de accidentes y asumir en común, sustituyéndose a las compañías o a las cajas de seguros que se estableciesen bajo cualquier denominación, el servicio de las rentas, así como la constitución y gestión de los capitales requeridos para dichos servicios”.

En el título VI se contienen disposiciones sobre: 1º La jornada de trabajo; 2º Los días festivos, y 3º El descanso hebdomadario.

Según el art. 124, “la jornada normal semanal de trabajo para los obreros adultos del sexo masculino no podrá exceder, salvo disposiciones especiales de la presente Ley, de cuarenta y ocho horas, y para los jóvenes de diez y seis a diez y ocho años, de cuarenta y dos”, y conforme al 125, “la permanencia diaria de los obreros adultos en los sitios de trabajo no podrá exceder de diez horas, de las cuales dos deberán destinarse para la comida y el descanso, fuera o dentro de dichos sitios, y de nueve para los jóvenes de diez y seis a diez y ocho años. La jornada diaria se podrá prolongar en una hora más, con excepción de los sábados, previo anuncio a los obreros al entrar a los sitios de trabajo; pero nunca la jornada semanal de trabajo podrá prolongarse por los patrones más de cuarenta y ocho horas para los adultos, y de cuarenta y dos para

los jóvenes". En los artículos siguientes se ordena los descansos en la jornada; en este punto la proyectada Ley es muy minuciosa. El descanso semanal se decreta en esta forma: "Queda prohibido en domingo el trabajo material por cuenta ajena, y el que se efectúe con publicidad por cuenta propia en las fábricas, talleres, etc., etc." (art. 152). El art. 153 señala las excepciones, y los siguientes regulan la práctica del descanso dominical.

Respecto del trabajo a domicilio y de las industrias domésticas, el título VII contiene varias disposiciones de interés que no nos es posible detallar. Por de pronto, el art. 165 declara que no están sometidos a la Ley "los locales donde sólo trabajen los miembros de una familia, bajo la autoridad del padre, madre o tutor", siempre que reúnan estas condiciones: "1º El número de las personas de la familia que trabaje en el local no excederá de diez; 2º El trabajo no se hará con ayuda de caldera a vapor o de motor mecánico; 3º La industria ejercida no estará clasificada en el número de las consideradas peligrosas o insalubres".

El título VIII, que regula el trabajo de menores y mujeres, aparece subdividido en los siguientes párrafos: 1º Disposiciones generales, edad de admisión, jornada de trabajo; 2º Trabajo nocturno, descanso semanal, profesiones ambulantes; 3º Vigilancia de los menores; 4º Condiciones higiénicas y de seguridad; 5º Penalidades.

Principio general en cuanto a la admisión de los niños al trabajo: Ningún niño puede ser admitido en los establecimientos que enumera el artículo anterior (fábricas, minas, rastrojos, quintas, talleres...) antes de los catorce años cumplidos (art. 179); el art. 180 fija algunas excepciones: la jornada de labor en estas excepciones se dispone que sea de seis horas, con intervalos de una hora de descanso, y por nueve meses al año (181); el art. 181 indica otras excepciones, por las que se admiten al trabajo los niños de diez años, fijando la jornada de éstos en cuatro horas, con intervalos de cuarenta minutos de descanso, y por cuatro meses al año (183).

“Las mujeres embarazadas quedan obligadas a un descanso completo de veinte días antes del parto y cuarenta días después del parto” (art. 187). Según el art. 190, “queda prohibido emplear mujeres en los trabajos ‘exclusivamente nocturnos’; según el artículo 191, “las mujeres casadas no podrán ejecutar trabajos nocturnos por más de una semana consecutiva, debiendo alternarlos con otra de diurnos, y así sucesivamente”. Otros artículos regulan ciertas excepciones, la intervención del Inspector y las penas. Según el art. 211, “las mujeres y los menores de diez y ocho años no podrán ser empleados en establecimientos insalubres o peligrosos, donde el obrero está expuesto a emanaciones o manipulaciones malsanas”.

En el título IX, que trata del contrato de aprendizaje, se define éste en los siguientes términos: “El que celebra un fabricante, jefe de taller u obrero, obligándose a enseñar la práctica de su profesión a otra persona, la cual se obliga por su parte, a trabajar para él en condiciones y a plazos conocidos por ambas partes” (art. 235).

El título X tiene una importancia especial local; trata, como ya dijimos, del trabajo de los indios, determinando en sus respectivos párrafos: 1º La personalidad civil de aquéllos; 2º Los deberes de los patronos, y 3º La protección y defensa de los indios.

La interesante materia de las condiciones de higiene y seguridad en la ejecución del trabajo está ampliamente regulada en el título XI, el cual se divide en tres párrafos, como va a verse: el primero contiene disposiciones de carácter general sobre las condiciones de higiene y de seguridad de los establecimientos industriales; el segundo contiene una reglamentación de los establecimientos insalubres, peligrosos e incómodos, en relación: a) Con la vecindad, y b) Con los obreros; y el tercero contiene, bajo el epígrafe de provisiones especiales, reglas particulares para ciertas industrias.

El título XII está destinado a regular las Asociaciones industriales y obreras, y comprende cuatro párrafos: 1º Caracteres de las Asociaciones y modo de constituirse; 2º Pri-

vilegios, derechos y deberes; 3º Fundaciones de instrucción, progreso industrial y auxilio de obreros, y 4º Orden público y penalidad. En el art. 383 se afirma el derecho de todo habitante de la República a ejercer el que tiene para trabajar y ejercer su industria “por medio de la asociación de los individuos, gremios de obreros o de empresas de ocupación semejante”; en los artículos siguientes se regula el ejercicio especial de esta forma del derecho de asociación. Las sociedades obreras o patronales, entre otras cosas, gozarán del fuero especial de conciliación y arbitraje que la Ley crea para todas las cuestiones, conflictos o diferencias que se suscitaren con motivo de la aplicación de sus convenios, y podrán celebrar contratos colectivos de trabajo (art. 393).

Las autoridades administrativas, a que la Ley se refiere en el título XIII, son: 1º La Junta Nacional del Trabajo (que la Ley crea); 2º Los Inspectores.

El último título trata de los Tribunales de Conciliación y Arbitraje. La Ley indica, en primer término, como medio de evitar los conflictos obreros, la intervención del Inspector; de no bastar ésta, y de no producirse el acuerdo por otros medios, señala aquélla el recurso ante los Consejos de conciliación, compuestos de un representante obrero, otro patrono y un tercero designado por ambos, y que será el presidente.

En el párrafo 3º de este título se crea una “Corte central de arbitraje”, constituida por tres miembros: el Presidente, que lo será el de la Cámara Federal de Apelaciones de la Capital, y dos Vocales, nombrados por el Ejecutivo, a propuesta en terna de los Comités o Asociaciones obreras y patronales de la Capital. En el artículo 453 se determina la jurisdicción del Tribunal de Arbitraje, y en el 456 el procedimiento. El párrafo 4º está destinado a regular la forma y ejecución de los fallos del Tribunal.

Tal es la obra que entraña la gran iniciativa del doctor González.

Todavía tiene esta saliente personalidad argentina una nota que creo obligado señalar aquí: la del españolismo. El doctor González es quizá el que con más reflexión, entusiasmo y fe, representa la política espiritual de acercamiento a España entre los hombres públicos eminentes de la República del Plata. Él fué el designado en el Senado Nacional para informar el proyecto de ley acordando a la Comisión española del Centenario Argentino la venia y sitio para erigir un monumento a la República Argentina; él fué el iniciador del intercambio universitario con España; nadie como él trabaja por que se produzca la corriente de un espíritu común hispano-argentino.

Suyas son estas significativas palabras, pronunciadas al razonar ante el Senado el proyecto de ley a que acabo de hacer referencia:

“Debo comenzar —decía— por manifestar mi más íntimo agradecimiento al verme honrado por la Comisión de Negocios Constitucionales, con el encargo de informar en este proyecto, y esta deferencia ha sido tanto más excepcional cuanto que los demás miembros de ella habrían tenido el mismo deseo que yo, cumpliendo así un deber grato a sus espíritus. Igualmente, la Comisión ha estado de acuerdo en apartarse, por ahora, de los usos corrientes en esta clase de asuntos, que, por lo general, suelen sancionarse sin discusión ni mayor detenimiento, dada la unánime simpatía de que gozan, y en atención a la circunstancia especial de la proximidad del centenario de la Revolución Argentina, y de ser la propia España quien, por medio de una Comisión respetabilísima, se presenta ofreciendo uno de los más grandes homenajes que pueden tributarse unas naciones a otras.

“Encuentra, pues, la Comisión, digno del Congreso argentino que acentúe en esta ocasión, en toda su intensidad, la simpatía internacional y de raza existente entre dos pueblos tan íntimamente vinculados por los lazos más fuertes que la historia reconoce. Por otra parte, no puedo dejar de llamar la atención de la Cámara sobre la proverbial hidal-

guía y nobleza de la nación española al ofrecer este homenaje, precisamente en vísperas del acontecimiento histórico que quizá más hondamente la desgarró en su hora, y que hoy levanta igualmente su espíritu a la misma altura de los sacrificios y grandezas que glorifican su historia, y son, por otra parte, propios de esa noble nación que ha engendrado la nuestra, que nos ha legado nuestro inmenso territorio y ha dejado en el fondo de nuestras almas el germen de las excelsas virtudes colectivas que la hicieron un día señora del mundo..."

"El acercamiento social, político y económico entre España y la República Argentina se ha realizado durante este siglo transcurrido, por diversos medios, en el campo diplomático, en las relaciones comerciales, en la convivencia social y política, que hacen que la colectividad española de nuestro país se diferencie poco de nosotros mismos, a punto de que gran parte de sus residentes, gente, por lo general, culta, educada y preparada para todas las tareas intelectuales, se encuentre compenetrada de nuestra vida y costumbres, y haga que en ciertos momentos perdamos la noción de diferencias de nacionalidad para considerarlos como miembros de la propia familia, y hasta juzgar muchas veces inútil la propia gestión diplomática, dado que esta amistad radicada en nuestra sociabilidad y en las clases gobernantes, ha llevado a nuestra diplomacia a guardar los intereses españoles con tanto cariño como los propios".

Y los españoles de la Argentina corresponden con su cariño y respeto a las activas simpatías del doctor González. No hay fiesta literaria o social de la colectividad española de allá en que no figure como invitado el insigne profesor; el día antes de embarcarme, de vuelta de la Argentina para España, el Casino Español entregó el título de Socio honorario, en espléndido pergamino, al maestro de La Plata. El magnífico retrato que acompaña a estas páginas —tomado de una obra admirable de Bilbao— es una expresión viva de la simpatía que el doctor González despierta en cuantos es-

pañoles le tratan y advierten lo que para España es el ilustre político. El insigne pintor Gonzalo Bilbao, que vivió en Buenos Aires el año del Centenario, representando a España en la Exposición Internacional de Arte, al dejar la tierra argentina no encontró manera mejor de manifestar el aprecio y cariño hacia aquel pueblo que haciendo el retrato de González, el político austero, el pedagogo de acción, hispanófilo entusiasta.

Y el delicado acto de patriótico desinterés del genial artista, que a tanta altura dejó allá el nombre de España, es seguro que mereció el aplauso unánime de los españoles de la Argentina: poníase Bilbao, mediante él, a tono con sus sentimientos de respeto y simpatía hacia el insigne Presidente de la Universidad Nacional de La Plata.

ADOLFO POSADA.

Profesor de la Universidad de Madrid.
Doctor honoris causa y Profesor de la
Universidad Nacional de La Plata.

PARTE PRIMERA

**DOS EPOCAS EXTREMAS: DE SAN ALBERTO
Y VERTIZ A SARMIENTO**

1778 - 1888

I

SARMIENTO

“ ”

SARMIENTO *

Excmo. Señor Presidente de la Nación;

Señoras; señores:

La reaparición de Sarmiento en el escenario intelectual de la República, ha traído consigo el poder que él tuvo en la vida de producir una agitación fecunda de ideas e inspiraciones. Si antes él solo engendraba la tormenta con el soplo de su pasión y de su temperamento formidable, ahora su memoria y su obra, vistas a dos décadas de su muerte, han realizado una verdadera reconstrucción de un siglo de historia nacional. Tal aparece esta conmoción de todo el país en vigorosa y valiente glorificación del nombre que ha simbolizado en nuestra breve centuria, más que otro alguno, la epopeya de la lucha, de la voluntad, de la potencia creadora. La fiesta que hoy nos congrega en este recinto, consagrado ya por la tradición social argentina, es un bello fragmento de la vasta labor conmemorativa de este día, y el ciudadano que habla expresa los votos de solidaridad y gratitud de la Comisión Popular de Buenos Aires, hacia las autoridades y corporaciones públicas y privadas y hacia los compatriotas y extranjeros que con ella comparten la magna apoteosis.

Y no es de extrañar esta vuelta a la arena de problemas que un tiempo fueron enseña de combates, de la palabra, de la pluma y de la espada, porque la evocación que los suscita es la de un espíritu que no tiene pasado, porque Sarmiento es

* Discurso pronunciado en la velada del Teatro Colón, el 15 de mayo de 1911, conmemorativa del Centenario de Sarmiento.

el perpetuo contemporáneo en nuestra evolución nacional; porque ninguna cuestión relativa a la sociabilidad argentina le fué ajena; y las que no planteara, discutiera o impusiera por sí mismo, las dejó esbozadas en la tela gigantesca desplegada a su frente. Diríase que su personalidad es como la corteza del árbol, que se adapta a todas las edades y crece y se vigoriza con el tiempo. Todas las influencias ambientes y todos los riegos interiores la fecundan y transforman; y así, cuando nuevas ideas críticas modifiquen la conciencia colectiva, aparecerán formas y conceptos de aquella, que se antojarán creaciones fantásticas. Es que entre todas las entidades de nuestra historia, la de Sarmiento es, en la esfera mental, la única congénita con el tipo mismo de la raza, hija directa de la tierra, flor y fruto naturales de su vegetación nativa. Otros toman su individualidad en el estudio disciplinado de las academias o de las literaturas dominantes: la de este poderoso primitivo absorbió para la nutrición insaciable de la personalidad originaria, todas las ideas y fuerzas ambientes. Este fenómeno se advierte en todas las fases de su labor mental, desde la página juvenil, trémula de emoción afectiva, hasta la más elevada u honda inspiración política. Sarmiento dió a la vida de la idea y de la acción el sello inconfundible e indeleble de los dos más profundos modeladores de caracteres humanos: la montaña y la llanura; pero en él son la montaña y la llanura andinas. Sus creaciones literarias más puras, más vigorosas, consagradas ya a la inmortalidad del arte, —*Recuerdos de Provincia y Facundo*,— son el canto, la epopeya, el romance, la elegía, la endecha, la confianza, la caricia, la tristeza, el enojo, la lucha, el furor y los profundos dolores y rugidos de aquellos dos eternos generadores de la belleza y del pensamiento argentinos.

Tres siglos de vida solitaria abrasada por los soles, azotada por los vientos y torturada por el desierto u oprimida por la cordillera, dejaron esas regiones impregnadas de hondas melancolías, de mudas protestas, de sordas rebeliones, de futuras e incontenibles tempestades. En el lienzo enorme de

esas tierras y épocas de la patria historia, Sarmiento, el evocador, fijaba con la tinta robusta de su paleta las efigies apacibles o señoriales de sus antepasados, de sus maestros venerables de vida y de rígida austeridad, que decoran a manera de teorías esculturales sus memorias provincianas; o detiene y encadena a su paso estrepitoso y sangriento las sombras de Facundo, de Aldao, del Chacho, de la montonera, de la turba disgregada y esparcida por odios inconscientes y abstractos, por sed de sangre ajena con qué apagar su vértigo de miseria, de correría y abandono. Es que están allí palpitando en el fondo del paisaje llanero o montañés; y en cada movimiento del ramaje, o en cada alarma del nido, se cree ver asomar todavía la roja banderola del lancero en la emboscada, o se cree apercibir tras de las escuetas peñas, el ruido de sables, espuelas y guardamontes de las partidas en desbande o en acecho. El artista en esos cuadros eclipsará siempre, para gloria suya y de su patria, al historiador; y la obra es clásica, de ese clasicismo originario de las epopeyas cívico-religiosas, hijas de la naturaleza, modeladas por la estética genial del bardo o del profeta.

Carácter indivisible, como producto directo de su medio, lleva esa unidad indisoluble de su constitución a todas las aplicaciones de su actividad mental y política. Ese es el origen de su *yo*, de ese *yo* insistente, rebelde, insaciable, irresistible como un ariete, conciso, claro y terminante como una fórmula, elocuente y deslumbrante como un experimento, que torturó por más de medio siglo a sus adversarios y coetáneos, y que ellos atribuyeron a pueril vanidad o a desmedida exaltación de sí mismo. Era su sentido nativo y su vocación de la verdad, hija de la misma tierra y acrisolada por el estudio, lo que impulsaba su raciocinio en la presión de la lucha o en la prisa de soluciones definitivas, hacia la suprema y categórica simplificación del *yo* soberano y absoluto como un mandato. Ajeno a toda atenuación cobarde o egoísta, que en la discusión impide o retarda la entrada de la verdad en la escena, ofrece a cada instante su *yo* a la mesa de la autop-

sia propia y extraña, siempre que hubiera de extraerse de ella un átomo de verdad positiva. Demuestran esta conclusión sus mismas contradicciones, aparentes o reales, que en el largo espacio de medio siglo de labor mental habrían neutralizado todas sus ideas fundamentales.

Las vidas activas no pueden ser lógicas en el sentido de una unidad e identidad de todos los instantes; porque sería la negación de la transformación orgánica que rige a todo el universo y más el mundo de las ideas racionales y sensitivas. Una idea y una acción políticas, identificadas con la evolución de un pueblo, no pueden mantenerse invariables y fijas, mientras todo cambia y se transforma en torno suyo; y por eso los llamados caracteres invariables e incommovibles, son los menos lógicos y los más incompatibles con la naturaleza y con el gobierno de las sociedades humanas. Para una conciencia exacta, formada en la observación de las leyes científicas de la vida, el verdadero carácter es el que se guía por el amor y el sentimiento de la verdad y la justicia; y las más firmes columnas morales en que se apoyan las naciones y mantienen esa armonía universal que llamamos civilización, son aquellos espíritus que, poseídos por don natural o racional, de la suprema inspiración de la verdad y de la justicia, tienen la fuerza de abnegación y sacrificio indeclinables, para sustentarlos contra todos los obstáculos, potencias o asechanzas de los hombres o del destino. De los mismos orígenes arrancó Sarmiento sus más violentas pasiones, sus vocaciones más decididas y absolutas; sus ambiciones fueron tan grandes como los rasgos esenciales de su carácter; pero ellas no van dirigidas a la sensualidad de un goce, ni a la vanidad de una victoria personal, sino a la solución de un problema moral o político para la vida de su pueblo. Es el caso de esas que Haldane llamaba hace poco, *vidas consagradas*, entendiéndolo por tales, "aquellas que se concentran con toda su potencia en un alto propósito", y una vez medida su propia fuerza y comprendida con claridad la magnitud de lo que pueden realizar, se entregan a la acción en toda su integridad.

He dicho antes que Sarmiento era un carácter indivisible; y ahora necesito completar mi definición asociándola a una grave cuestión de moral política y humana, ya enunciada en ocasión memorable por un célebre educador moderno. Hablo de la doble conciencia, tan admitida y común en la vida contemporánea, según la cual se la puede dividir en privada y pública, de manera que una moral rija los actos privados y otra diferente gobierne los que afectan a los negocios comunes o políticos. Fruto sólo de los sistemas abstractos o imperiosos, que han dominado por tantos siglos al mundo, él sólo aparece como índice de corrupción o decadencia, para exaltar el formulismo cortesano en el sitio de la sencilla verdad, y para erigir el fraude artero y artificioso en señor y dominador de las relaciones privadas y públicas, y dispensador único de éxitos y soluciones. Lo que Bourgeois y Haldane preconizaban en París y Glasgow, como el supremo ideal de la universidad moderna en relación con el destino de la sociedad política, nuestro genial educador lo traía en la conciencia como una imposición fatal de su indomable naturaleza. La unidad indivisible de su carácter, auxiliada por una voluntad tenaz e inflexible para la acción, hacía de él una solución viviente y anticipada de futuros problemas de alta ciencia educativa; y así no es extraño, sino de todo punto lógico, que esa vida se consagrara en absoluto y por igual a altos propósitos, que en su diversidad específica acaso se redujesen a uno solo: *educar a la democracia argentina*.

Era la dedicación suprema de un espíritu surgido en el alba de la nacionalidad; acrisolado su culto de la tierra patria en el espectáculo grandioso de una lucha por la libertad que improvisaba héroes y apóstoles, cual si brotasen de las piedras como en las leyendas antiguas; entristecida luego por las discordias y odios, tan regresivos como persistentes, que hicieron fácil presa en multitudes bárbaras, ignorantes y miserables, que al amparo del desierto y del aislamiento, engendran la fuerza de recíproco exterminio, y los monstruos humanos de la ferocidad, el egoísmo y la superstición, formas

horrendas de la lucha por la vida, más que de la ambición de dominio o de poder político; testigo doliente y víctima él mismo de las tiranías de esa barbarie tan soberbia como brutal, y muchas veces revestida de formas y procedimientos civilizados que hacían más odiosos sus excesos; admirador presencial de las maravillas y bendiciones que en esas mismas épocas, por un amargo sincronismo, vertían en otros pueblos, en Europa y en América, la paz, la libertad, la ciencia y el trabajo colectivos, y ansioso de ver en sus días y de labrar con sus manos para su patria iguales dones, —la *consagración* de su vida quedó hecha en su inteligencia; y todo el poder de su genio, todo el vigor de sus facultades y todos los recursos de su temperamento, quedaron librados a la guerra sin término, contra los dos más temibles enemigos de la patria: la ignorancia en las almas, la miseria y la desolación en el territorio.

La misión educativa que se impuso Sarmiento, fué esencialmente política. Desde las primeras fórmulas constitucionales bosquejadas por la Revolución, el gobierno popular quedó planteado como un anhelo, como una decisión de las voluntades directivas del movimiento emancipador. Pero esa masa social salía de un régimen de ignorancia y de aislamiento moral de tres siglos, y se vió de pronto impelida a las conscientes y soberanas funciones del sufragio. Los analfabetos de la libertad admitieron los inevitables tutores de su ignorancia, y desde ese día una clase inesperada de representantes sin mandato, se interpuso entre el elector originario y la urna del comicio. El caudillo de fuerza, de interés, o de conciencia, apareció en la vida política argentina, y este substitivo, al echar raíces en el suelo propicio, queda convertido en institución. Reformas célebres se han consumado sobre bases tan deleznable; una mentira inicial se halla sepultada, a manera de cimientos, bajo los muros de nuestro edificio político, el cual ha ido levantando sobre ella los diversos cuerpos de la inmensa fábrica; las constituciones unitarias hasta 1853; la Constitución federal hasta nuestros días.

¡Obra gigantesca fué la que se propuso reemplazar los ya demasiado profundos cimientos provisorios, por los definitivos de duro y macizo granito, para el porvenir de las generaciones que habían de utilizarla! Sarmiento estaba en la verdad al comenzar su apostolado de enseñanza; y porque comprendió que no llegaría jamás a dar al régimen constitucional, firmeza y consistencia verdaderas, mientras no se hiciese en el pueblo la conciencia de sus derechos, la noción de su destino colectivo. Pero al mismo tiempo que su acción política colaboraba en los hechos orgánicos de la nación nueva, su prédica en la prensa, en la escuela, en el libro, en la tribuna, afrontaba el problema fundamental de la educación. Entre tanto, los partidos y los gobiernos, aun para las soluciones más vitales, acudieron a las transacciones en los mejores casos; y cuando predominaron los sentimientos disolventes o egoístas, se apeló a la violencia, y para disimularla bajo un pabellón de principios, se proclamó la reivindicación de la libertad del sufragio, o su conquista, como una nueva Magna Carta que justificase todas las revoluciones.

El pensamiento educador, mantenido sin tregua por Sarmiento y por Alberdi, en la más fecunda dualidad y contradicción que pueblo alguno puede exhibir en su historia, elaboraba en la banca humilde de la escuela de aldea, en el silabario, en la traducción, en la lectura, en el ejemplo personal de todos los instantes, en la fustigación, en el sarcasmo, en la reprimenda, en el ridículo, en la amenaza, en todas las formas de la sugestión y de la prueba, el tipo del ciudadano deseado para la nueva democracia. Si por una parte, la lección didáctica tendía a crear un género uniforme de educación cívica, por otra la lección mucho más incisiva del ejemplo del maestro-estadista, imponía el sello diferencial del carácter a cada individuo. Se quería una nación de hombres libres y no un ejército de voluntades subordinadas a una fórmula imperiosa común. Y el ideal era tanto más alto, cuanto más cercana se hallaba la época de las sumisiones y pasividades impuestas por el temor o la necesidad, o por esa fatal

inclinación a la servidumbre, en las sociedades debilitadas por largos despotismos o regímenes personales.

Y aquí otra dualidad o paradoja de difícil explicación: de un lado la mayor prosperidad económica, y del otro, en un perfecto paralelismo, la más visible y real regresión o atonía moral o política. El hecho ha existido y ha calificado épocas históricas; y no es ésta la primera vez que yo lo observo como una realidad existente en nuestro propio país. Aquella atonía moral y política es crónica dolencia del alma argentina, adquirida en la privación de toda parte del ciudadano en la creación efectiva y directa de su propio gobierno. Generaciones y generaciones han pasado alentadas por las promesas de rehabilitación, y siempre la razón de urgencia, de necesidad, del hecho consumado, del orden existente, ha justificado los gobiernos de hecho, de transacción o de violencia. Perdida la esperanza de las conquistas ofrecidas, los ánimos han caído en la incredulidad, en la amarga decepción o en la enconada reserva; y así, todos los excesos o licencias de los gobernantes pueden hallar tierra propicia o ambiente de indiferencia; y por el lado opuesto, todos los enconos encontrados pueden descubrir la brasa escondida entre las cenizas, para incendiar con un soplo la hoguera de las revoluciones sangrientas. La suerte de una democracia semejante, donde el soberano es sólo un hombre o una pasividad, queda librada a las contingencias más inesperadas: porque si ella no ejerce su voto, quedará a merced de las convenciones de gabinete o de comité, convirtiendo la política electiva en asunto de administración; o en el mejor de los casos, fiará a ciegas, en las inspiraciones personales del gobernante, obligado a suplir con su discreción y conciencia del bien común la ausente determinación de la voluntad popular.

La genial inspiración de Sarmiento comprendió desde luego que la atonía del espíritu cívico de sus compatriotas era un mal antiguo, que tenía echadas profundas raíces en los hábitos sociales, conservados por un sistema de ignorancias y exclusiones, inveterado si no sistemático. Para él el problema

10.
en la república, en el militeo, en
la amenaza, en todos los puntos de la
suspensión y de la prueba, el tipo de
dudoso desenso para la nueva democra-
cia. Si por una parte, la acción didáctica
tendía a ~~formar~~ ^{crear} un género ~~de~~ ^{un} ~~tipo~~ ^{modo}
de educación ~~democrática~~ cívica, por
otro, la acción mucho más decisiva del
ejemplo del maestro-estadista, imponía
el sello diferencial del carácter a cada
individuo. Se quería una nación de
hombres libres, y no un ejército de
voluntades subordinadas a una prome-
ta imperiosa común. Y el ideal era tanto
más alto, cuanto más cercana se halla-
ba la época de las sumisiones y pasivi-
dades, impuestos por el terror, la necesidad
o la ~~voluntad~~ inclinación a la servidun-
bre, en las sociedades debilitadas por
los vicios despotismos o despotismos perso-
nales. Este ~~estado~~ ^{estado} de deshumbrado
facinoración del poder, y despliega un
~~aparente~~ ^{falso} espectáculo de grandiosa y por-
firienda, que es fácil ~~confundir~~ ^{confundir} ~~los~~ ^{los} ~~verdaderos~~ ^{verdaderos}
verdaderos, porque el pueblo o las clases ex-
cluidas, o los extranjeros, se conforman
pronto en confundir el punto de los ~~gobi-
ernos~~ ^{gobiernos} con la prosperidad de las naciones.

Y aquí otra dualidad o paradoja de di-
fícil explicación: de un lado la mayor
prosperidad económica, y del otro, en un
perfecto paralelismo, la más visible y real
recesión o atonía moral o política. Y el
hecho ha existido y ha calificado épocas
históricas; y no es esta la primera vez que
lo observo como una realidad exis-

del sufragio era problema de educación. Lo ha sido en Inglaterra y en los Estados Unidos, donde un secular influjo educativo ha hecho de cada ciudadano una fortaleza irreductible para toda influencia, que mueve toda humana voluntad. Y si la educación de un imperio de reciente aparición en el núcleo de las grandes potencias ha demostrado que eran utopías las antes consagradas diferencias de sangre, ¿cómo negarle el poder de enseñar a un pueblo, de raza y cultura europea, la fácil ciencia de gobernarse a sí mismo? ¡Oh, el látigo de Sarmiento! No es sólo el de Juvenal, que castiga faltas y flagela debilidades y bajezas, sino también el revulsivo, el que despierta, el que alarma, el que sacude y hace ver la obra y la urgencia del trabajo, y la vergüenza de la miseria indolente y criminal. *Metuentes verbera linguæ*. Los enemigos de la cultura, los amigos de la secular rutina, los conservadores de los odios y las simulaciones mañosas que han retardado este proceso de nuestra general cultura, sintieron chirriar sus carnes heridas por aquella vibrante disciplina de maestro que arroja mercaderes y que incita a la acción, a la lucha contra el yermo doméstico y los *latifundia* del dominio común. Y durante más de medio siglo, hasta los umbrales de su último día, —primero de su reposo,— los *verbera linguæ* del maestro-estadista resonaron sobre las espaldas de la rutina y del fraude y de la ignorancia engreída y malevolente.

Muchas veces habrá cedido él mismo a la sobreexcitación del combate y a su propio temperamento e impulso, arrancando acaso con injusticia una gota de sangre o una lágrima de dolor. El no ocultó sus imperfecciones ni desconoció sus errores; y sería inmortal en toda literatura aquella página parlamentaria en que compara los ríos torrentosos, que salen puros y transparentes de la gruta primitiva, bajan con estrépito la montaña y, recorriendo el largo y tortuoso cauce, se echan sobre los llanos sedientos, para fecundarlos con el caudal de sus aguas, llenas de impurezas arrastradas a su paso, pero también repletas de limo regenerador. Símil admi-

rable, en cuyo fondo se lee una confesión ejemplar; correctivo discreto de la falsa moralidad, que exige ideales puros e imposibles, y enseña que no consiste la virtud cívica perfecta en la ausencia absoluta de pecado o de error, sino en la persistencia y sinceridad y honradez del propósito dominante en la vida del hombre público.

El plan educador de Sarmiento era de una estrategia integral, si se puede hablar así. Porque, al propio tiempo que dirigía, manejaba y reformaba sistemas vetustos de enseñanza primaria, promovía e implantaba un sistema de instrucción media que aun no ha sido superado en sus contenidos esenciales; y fijaba atención preferente en el ciclo de los estudios superiores, coexistentes e inseparables de aquellos; agregaba cimiento científico a todas las instituciones del Estado que requiriesen pericia o preparación sistemática; y por eso crea las escuelas técnicas de ambos ramos de nuestra milicia, alza en Córdoba un hogar propio a la más alta y sublime de las ciencias, rindiendo homenaje nacional a la cultura superior del mundo; y, echando abajo toda frontera intelectual entre su patria y el exterior, llamó a las universidades los primeros núcleos de alta sabiduría europea, para fundar o robustecer la incipiente ciencia argentina.

El estaba en la verdad, porque la formación de una democracia consciente, como la requerían las nuevas instituciones, era una exigencia inmediata para salvar de un irreparable naufragio el bastimento común, tantas veces desmantelado y roto. Desde la primera noción cívica infantil con mira hacia el futuro remoto, a la noción objetiva del deber en el adulto analfabeto, y hasta la instrucción y cambio de oriente intelectual en las clases superiores y gobernantes, había que elaborarlo todo al mismo tiempo, en un inmenso taller donde todos los operarios debían ocuparse a la vez de todas las secciones de la obra; y a veces este obrero colosal se nos aparece como un cíclope de leyenda, rompiendo el granito, cuadrando y puliendo el bloque, cantando, embria-

gado de su faena, las delicias de la curva gloriosa, o rompiendo la armonía del poema con los denuetos de la cólera y de la pelea contra la dureza de la piedra o la lentitud de las horas, o con los recios martillazos que dejan la marca imperecedera en la frente del coloso. Hay un ritmo superior e imperturbable en la historia de su evolución mental y política, a pesar de todas las incoherencias, contradicciones y desequilibrios: es la pasión de la verdad, el furor de la acción, la fiebre profética de la propaganda, que asume todas las formas y los tonos, desde la caricia tenue y cálida, hasta la agresión brutal que derriba del primer empuje, para levantar después a la víctima en sus brazos. Es la pasión de la patria que lleva dentro de sí como su propia substancia, y por eso habla en su nombre sin nombrarla, acarrea febricitante la argamasa y la piedra para continuar la obra, y anticipando las líneas finales, está preparando las ánforas y el pebetero para el vino místico y los inciensos de la magna celebración.

Una patria unida e indisoluble era lo que buscaba como problema orgánico, y dentro de la patria un Estado firme y representativo, fundado sobre la realidad democrática. Por eso es hasta demagogo en la calle, y por eso llega hasta déspota en el gobierno: es que el genio personal que lo anima y lo mueve se ha compenetrado con la acción pública, y sin artificiosas duplicidades, habla él mismo en todos los actos y transpira en todos los documentos. Por eso sus contemporáneos sintieron sus palabras y su gesto como reproches y amenazas; y por eso todavía, a dos décadas de su muerte, ráfagas de odio sublevado por las reminiscencias de antiguos entreveros amenazan aventar sus cenizas. La anarquía nacional lo arroja del suelo nativo, y la luz ya encendida alumbra caminos lejanos donde multitudes hermanas y afines peregrinan como las nuestras hacia la civilización y la libertad. Su residencia de Chile y sus viajes por el viejo y el nuevo mundo, como a otros inmortales conductores de pueblos y conciencias, le sirven de escuela y de universidad, con la ventaja inmensa de la experiencia y la observación de

sociedades extrañas, que luego vaciaría a manos llenas en la labor directa de la propia cultura.

Por todas partes, con la seguridad de un convencido, como quien echa toda la personalidad en el honesto propósito, juzga hombres y cosas a su manera, ante su propia luz, y los asimila a su insistente problema interior. En la antigüedad habríanle tomado, al verle vagar por las ciudades y desiertos, como un futuro fundador de religiones, como un predestinado de destinos extrahumanos. La soledad no era su ambiente, porque él la llenaba con sus palpitaciones o la perturbaba con sus gritos y confidencias, o la poblaba con enemigos imaginarios pero vivientes, que le acechaban en las sombras, y cuyos alientos hostiles, al llegar hasta él, le arrancaban sus intraducibles conjuros de combate; porque estaban allí, surgiendo en cuerpo y alma en sus evocaciones mentales. La mentira, el fraude, la inercia improductiva, eran algunos de esos fantasmas asediantes de su pensamiento jamás reposado; los odios seculares que sembraron la separación y la guerra en el alma de la sociedad argentina, —la guerra privada y latente, mucho más siniestra que la institución medioeval,— envenenaban a veces la tinta torrencial de sus escritos y discursos; pero una magna y encendida nube de amor cerníase sobre su cabeza, y unguía la obra y la misión apostólica con efluvios supremos. Era el cóndor de sus rocas áridas y escuetas, sediento de sol y de las inmensidades, que, después de la ruda batalla del nido y de la presa, alza su vuelo silencioso y olímpico, para contemplar y beber en una mirada la masa de los hombres y de los pueblos como un solo hombre y un solo pueblo.

Hijo de la roca y del desierto, como aquella ave simbólica de altísimos destinos comunes en América, fué, allá en el fondo de su alma, un filántropo insaciable de amor y de felicidad para sus hermanos de raza y de destino; su vocación de educador es, así, la fórmula actuante de su filantropía íntima y profunda; su política de paz y fraternidad americana tenía también ese origen intenso; y el espíritu de la

revolución de mayo, calentado, sin duda, en la amistad del sublime renunciante de Guayaquil, había forjado en su mente el concepto de una patria más afectiva, más amplia y más desinteresada, que él imaginaba en sus hondas cavilaciones proféticas, semejante al reino ideal de Isaías, “el cual se alzará en la cima de las montañas, y todas las naciones correrán hacia él como los ríos; y juzgará entre todas ellas y no hará exclusión de ninguna”; y “*trocarán las espadas en arados y sus lanzas en guadañas*”, y “ninguna desnudará su espada contra otra, y para siempre la guerra desaparecerá de sus recuerdos”. Su pacifismo americano, fundado en los lazos de la sangre de un pasado común, era como todas las suyas una convicción apasionada y no una fórmula diplomática; como lo fué en su rival Alberdi, —que en algo superior habían de hermanarse estas dos fuerzas geniales,— hasta poner en evidencia que la política panamericanista de la hora actual tuvo en estos dos argentinos, inspirados por la desgracia de la patria propia, más que sus precursores, sus fundadores efectivos.

Su concepto de la libertad política en una democracia era en él, a la vez, de ciencia y de sentimiento. Un vigoroso y joven talento argentino ha enunciado en su estudio de Sarmiento una idea intensa en su aparente exotismo; es que en él había un místico de un misticismo patriótico, originario de la tierra, el que engendra esa intensa emoción que las virtudes públicas y los hechos gloriosos despiertan en las almas educadas. La de Sarmiento hallábase impregnada de esa fuente emocional, alimentada en sus viajes y lecturas de los Estados Unidos. El alma de Wáshington, el noble martirio de Lincoln, la *consagración* filantrópica suprema de Horacio Mann, modelaron su corazón y su conciencia, reforzaron con el ansia de la noble imitación, la ingénita asimilación a los altos modelos. Las proclamas casi evangélicas de Lincoln, saturan de vibraciones su estilo de polemista, de comentador, de docente y de gobernante, y todo el progreso político de las antiguas civilizaciones, que visita y compenetra en sus ostracismos, quiere

volcarlo de una sola vez en la inmensurable y vacía y desolada extensión de su triste patria.

Si las vidas de los grandes varones no han de servir de ejemplo y de guía, no vale la pena de evocarlas ni narrarlas; por fortuna los biógrafos de la antigüedad y de los nuevos tiempos modelaron la conciencia humana en los tipos de sus retratos imperecederos. Sarmiento mismo, como Rousseau, Lamartine y otros selectos espíritus, amó la forma confidencial y biográfica, que alecciona con la propia y la ajena experiencia, y aunque sus cuadros aparezcan a veces recargados o empalidecidos por las influencias de la pasión ambiente, la línea maestra queda inalterable.

Nosotros debemos leer y contemplar la amplia órbita de esta vida de un siglo, con el criterio del más sano y sincero aprendizaje. Yo me he interrogado en el silencio de mis meditaciones, si acaso el problema capital de la vida de Sarmiento ha sido resuelto, si los aforismos que la sintetizan han pasado a ser realidades tangibles, si los ensueños patrióticos que agitaron su alma insaciada han tomado forma en el mundo de las cosas.

Y Sarmiento ya no vive para realizar el milagro de las resurrecciones: su espíritu sólo nos ha quedado, difundido como la savia de una selva tropical en los árboles que la visiten, en el conjunto de su vida y de su obra, tanto más grande y sugerente, cuanto más y de más cerca se la contempla; millares de escuelas de todas las magnitudes, como alvéolos abiertos de una vasta colmena, abren sus cálices vacíos a la miel intelectual que ha de venir a depositar en ellos el maestro errante e invisible, en sus confidencias de todas las horas de estudio; millares de corazones infantiles palpitan en enjambre al rumor de su visita confidencial y paterna; y la grande alma del que en su infancia fuera apellidado "el primer ciudadano de la "Escuela de la Patria", alimenta, conforta, conduce e ilumina por todos esos caminos, desde su altura inmaterial a los nuevos ejércitos de la interminable cruzada, contra la tenaz ignorancia, generadora de discordia,

fuelle de regresiones y dolores, amenaza constante y terrible contra el destino de toda nacionalidad juvenil. Y su influencia civilizadora en el Gobierno y en las más locales formas de la labor económica, son tan fuertes como en el reino de las inteligencias, y ha sido forjado su nombre y su genio para escudo y emblema de toda idea de progreso moral y político.

Ya no existe Sarmiento en cuerpo y forma para realizar las ansiadas resurrecciones; pero el primer siglo cerrado sobre sus cenizas candentes, abre una nueva puerta de bronce perenne del templo de su gloria, que proclaman hoy desde un confín al otro de la tierra patria los millones de hombres libres que ella alberga. Podemos adoptar ese nombre como expresión de los ideales que agitaron y ennoblecieron su vida de creación y de lucha; y las actuales y futuras generaciones de argentinos pueden cobijarse a la sombra de la bandera bautizada un día por su inspiración genial, y cuyo sentido se condensa en esta alta y salvadora divisa: "a combatir por la verdad y la justicia en la democracia, y a mantener encendido el fuego sagrado del amor y la solidaridad entre los hijos de la misma patria y obreros de una misma cultura".

II

SARMIENTO Y LA UNIVERSIDAD MODERNA

SARMIENTO Y LA UNIVERSIDAD MODERNA *

Señoras; señores:

Siento la mayor satisfacción como argentino y como Presidente de la Universidad, al abrir el acto más trascendental de su vida académica bajo los auspicios y la protección ideales del gran espíritu de Sarmiento, quien, como encarnación más relevante de los anhelos nacionales de cultura, tiene en esta casa como su morada propia, como su templo, dedicado por la generación presente.

Y no es el caso de buscar armonías convencionales para intentar una celebración de ese nombre en un recinto como éste: Sarmiento no fué un universitario, en el sentido y alcances disciplinarios del concepto; porque, precursor, propulsor y creador ingénito, su idea iba más lejos que la fórmula del día, y su vasta política educativa abarcaba la acción de todos los grados de la enseñanza pública.

Sería, por tanto, el suyo, un tipo de universidad concordante con el de cultura que él soñaba y labraba, en detalle y en conjunto, para su país; precisamente aquel que el viejo patrón medioeval no podía ofrecer a la nueva democracia, que salía protestando del seno del coloniaje oscuro y regresivo, y llevando en las manos las teas encendidas de las revoluciones política, económica y mental. La universidad aristocrática y selectiva no podía contentar a aquel insaciable civilizador y fundador de pueblos, a aquel impetuo-

* Discurso en el acto de apertura de cursos y colación de grados en la Universidad Nacional de La Plata, realizado en homenaje a Sarmiento, el 23 de mayo de 1911.

so abridor de puertas a la luz y al aire de la ciencia y de la higiene.

Avellaneda nos describe la vida lenta y togada de la Universidad *virreinal* en cuya época, dice, “tardaba en llegar un libro desde España hasta la América, aún por la vía de las universidades que se hallaban nominalmente *hermanadas*, pero que no correspondían entre sí. Descúbrese de vez en cuando un pequeño reguero de libros, pero es producido por un acontecimiento extraordinario, — como la presencia en Córdoba del erudito obispo San Alberto, o la vuelta del dean Funes, después de haber cursado derecho en Alcalá de Henares, y obtenido en Madrid su título como abogado de los reales consejos, y que trajo todas las obras aparecidas durante el reinado de Carlos III”. Sarmiento nos habla del estado real del alma americana, tal como la había dejado aquel régimen, y tal como había de tomarla el educador público de la era constitucional: él que no había tenido más academia que la de su tío el clérigo Oro, que fué toda su educación, “el arte de atesorar nociones por el oído”, tal como hoy se dice “educación por los poros”, o educación del ambiente. Y por eso, él comprende que la escuela, el colegio, el instituto, la universidad democráticas, como la que preconizaba Jefferson, es la que no mezquina la ciencia ni la administra diferencialmente, ni tiende a las exclusiones, sino que la considera como la fuente de todo saber para toda inteligencia deseosa de adquirirlo.

El problema ha variado en mucho hasta nuestros días, pero sólo en un sentido cuantitativo: la armazón es la misma; en el fondo del viejo tonel ha quedado la *madre* del vino; y cualquier sustancia nueva, o todo el mosto de las nuevas viñas, toma el gusto y el espíritu de las viejas bodegas. Sarmiento era en sí mismo el alma de las futuras universidades, las que nacieron en Estados Unidos, las que surgieron en Inglaterra en la primera década de nuestro siglo, aquéllas que llevaron a uno de los más bellos talentos de la patria británica a decir que era necesario poner un

poco más de ciencia en las humanidades, y más sentido práctico y moderno en el venerable clasicismo de las seculares aulas de Oxford y Cambridge. Cómo sería el desencanto de su alma, — quebrantada, es cierto, por un hondo dolor paterno, — cuando decía a Mitre, desde Nueva York, en 1867, que “del libro *Las Escuelas*, deduzco que es trabajo perdido, si no es sólo semilla para otra generación. Examino los hechos oficiales y los hombres e intereses en boga, y veo que ahora más que nunca se alejan del buen camino. ¡*Raza incurable!*”. Y acaso no era éste un eco de otro inmortal desengañado de las eternas discordias argentinas, de San Martín, cuando escribía a López y Planes en 1830: “el convencimiento de toda mi razón, rectificado por la experiencia de veinte años, y el conocimiento exacto que tengo de la América, me dice que un Washington o un Franklin que se pusiesen a la cabeza de nuestros gobiernos, no tendrían mejor suceso que los demás hombres que han mandado, — es decir, — desacreditarse, empeorando el mal”.

Instruir y educar, era, pues, el problema vital de la República; pero instruir y educar una sociedad republicana, para una vida y un destino nuevos que nunca podrían ser los mismos de los cuales salían, con tanto doloroso desgarramiento, estas nacionalidades. La Universidad de ellos debía ser, así, diferente de las que forjaron el hierro de sus prisiones, de las cuales nunca podríamos decir lo que un político inglés acaba de aplicar a todos los Estados modernos, esto es, que estuvieron encerrados durante siglos sin ver que los cerrojos estaban puestos del lado de adentro. Los cerrojos de las cárceles universitarias hispano-americanas estuvieron siempre del lado de afuera, y bien y celosamente custodiados por torvos e implacables centinelas. Por eso Mayo no fué una concesión sino una Revolución; y por eso la verdadera labor de independencia duró más que el espacio ocupado por las batallas; y por eso los hombres de 1810 y los que, como Sarmiento, trajeron su espíritu, hablaban hasta 1830 de reacción colonial y de contra-revolución.

Los gobiernos *nacionales* — en el más intenso sentido de la palabra, — fueron los más apasionados educadores y propagadores de la ciencia y de los medios científicos, pero respetuosos hasta el exceso por la tradición académica, no tocaron la armadura antigua, ignorando tal vez que los nuevos soldados colocados dentro de ésta, tenían que someterse a su férreo peso y a su duro mecanismo. Los institutos de alta ciencia no fueron puestos en contacto con las universidades; y por eso nada pudieron las sencillas verdades experimentales contra el imperativo de las facultades a base de especulación metafísica. El progreso de la cultura científica dentro de nuestros medios y procedimientos de trabajo nacional, se ha realizado en parte por la labor de algunas cátedras y maestros, otra parte por esa eficacísima enseñanza del oído de que habla Sarmiento, o *por los poros*, según otros, y el resto por el propio interés y por la propia ley de la industria que busca el mejor producto; y esa escuela ha sido la de la libertad y protección acordadas a la mano y a la inteligencia extranjeras durante medio siglo de vida constitucional.

Y bien; Sarmiento sentía en sí mismo la Universidad nueva, al desear y procurar para todos y en todas las formas los beneficios de la ciencia. Se debe ir a la Universidad para saber, para conocer, para ser más culto, para ser mejor, para tener más fuerza de idea y acción, para combinar con la de otros esa misma fuerza y hacerla una fuerza colectiva nacional, humana. Es como decir que la Universidad es el Estado mismo que se guía y se conduce por el buen camino, hacia un destino mejor, por medio de hombres mejores que disponen de recursos más eficaces para la tarea constructiva de la felicidad común.

Nada de esto significa que yo proclame las excelencias de lo inorgánico, ni de lo disperso, ni de lo indisciplinado. Muy en contrario, la más fecunda labor educativa ha de ser la más científica, la más técnica, la más específica. Estudiar los caracteres dominantes de la sociedad y de su territorio, y distribuir en ellos los centros convenientes de observación

y experiencia; dar al pasado la parte proporcional que le corresponde en la vida presente y vitalidad futura; seleccionar los conocimientos en armonía con esas condiciones, y confiar su enseñanza a los mejor preparados, a los que han de dar en cultura, en inteligencia y en aptitud, el mayor y más selecto producto a la nación y a la humanidad. En suma, la fórmula de Lord Roseberry, de 1905, la Universidad nueva — “ocupándose de las nuevas ramas del saber, y de lo práctico y concreto más bien que de lo antiguo y de lo abstracto”, — viviendo la vida real de la sociedad y del espíritu humano de su tiempo.

Formar o desarrollar el espíritu científico en las nuevas generaciones, es dar a la nacionalidad bases inmutables de permanencia y fortaleza; primero por el sentido e influjo de la verdad como rasgo dominante del carácter colectivo; segundo, por la mayor solidaridad y bondad que la ciencia inculca en las almas; y por fin, que sólo ella asienta la vasta fábrica de la humana cultura sobre cimientos indestructibles. La transformación del viejo espíritu colonial, — la revolución definitiva que Sarmiento perseguía en su prédica y su batallar de casi un siglo, — es obra de la ciencia y nada más; pero de una ciencia actual y concreta que estudie los problemas positivos de la sociedad política, con la mira hacia las soluciones inmediatas, y en relación con su destino permanente en el núcleo humano a que pertenezca.

En este sentido, las universidades argentinas tienen mucho que emprender, y mucho más aún que realizar; pero antes deberán armonizar su labor y correlacionarla, empezando por crear entre ellas, para difundirlo después en el espíritu de las nuevas generaciones, el sentimiento de la solidaridad nacional. Ellas no pueden considerarse como universidades distintas, sino como una sola que trabaja en diferentes regiones y por diversos métodos, por la misma conquista espiritual: la diferenciación en los medios, en las direcciones, en los fines particulares, dará a la obra de conjunto un valor experimental inmenso, y los resultados serán

siempre fecundos para la ciencia y para la Nación, en sus intereses más inmediatos, en sus ideales más prospectivos.

Desde Cleveland a Taft, los presidentes de los Estados Unidos han hablado a su núcleo de maestros y alumnos de las universidades de la Unión, llamándolos a la labor de cultura y modelación del espíritu de su tiempo, en su propio medio local, hasta los más extensos de la vasta república. Y en efecto, ningún llamamiento es más justo, porque ellos son los conductores, los ejemplos vivos de la acción ilustrada, de la virtud auxiliada por el saber, y del saber, anticipando por la observación metódica del laboratorio, los siglos de la experiencia que hubo de soportar la humanidad antigua.

He ahí, señores graduados, la misión del hombre que ha vivido la vida de una universidad moderna. El ya no es un aristócrata ni un togado, ni lleva su sí la señal del poseedor de misterios insonables: es un obrero de la colmena común, es un partícipe de las inquietudes y esperanzas de todos, sobre quien pesa una responsabilidad tanto mayor, cuanto mayor suma de ciencia ha atesorado en su espíritu.

Si hay en la vida un comunismo justificado es el de la inteligencia y la educación, como es el de los agentes primarios de la vida física: el calor, la luz... La ciencia de la Universidad no es excluyente; ella la comunica a un núcleo elegido, para que éste la transmita en un círculo más extenso por los métodos que le ha revelado, según los cuales las más vastas investigaciones, y los más hondos problemas quedan reducidos a sencillos postulados y fórmulas, al nivel de las mentes infantiles: por eso he dicho que la escuela primaria y la Universidad eran la misma cosa, vista en planos diferentes del desarrollo y la evolución intelectual, y por eso este instituto, en su concepto integral y en los procedimientos a que procura someter sus investigaciones y enseñanzas, se acerca al verdadero tipo de universidad científica y moderna, tal como la exigen las nuevas condiciones del universal progreso.

Este día ha sido consagrado a la gloria de Sarmiento por la Universidad que él no conoció, pero que llevó consigo virtualmente, en su genial comprensión de todas las cosas; como los hijos que nacen después de la muerte de sus padres, ella ha dedicado desde sus primeros días un culto acendrado a los fundadores y propagadores de la cultura patria, cuyas figuras ilustres y venerables honran sus aulas y presiden sus labores, y entre las cuales, la de Sarmiento, perpetuada por la inspiración y la piedad filial de su nieta, incorpórase hoy a ellas con sus rasgos inconfundibles, de un relieve prominente y dominador. Por esto el luchador nunca reposado, pudo salvar para su posteridad y la de la Patria, la expresión personal y directa que otros próceres perdieron en las vicisitudes y agitaciones de sus tiempos de rudas pruebas y combates sin cuenta; y también, las generaciones de estudiantes que en lo sucesivo vengan a esta casa en busca de su parte de luz en el foco de la ciencia común, encontrarán la mirada plácida y abierta de sus grandes ojos serenos, que reflejaban su insuperada fuerza mental y afectiva, y los invitará a las nobles meditaciones del estudio, y a las bellas actitudes de la virtud, que se da toda entera en su misión de amor y sacrificio, por remota o imposible que juzgue la recompensa.

Y bien, señores graduados, al término de los afanes que os odhirieron a esta joven Universidad, que vive del impulso y protección de las dos entidades políticas de la Nación y la provincia de Buenos Aires, es justo pensar en los deberes contraídos, como miembros de una y otra comunidad política: consagrarse a la tarea de difundir la cultura y el espíritu científico en todos los campos en que se apliquen las aptitudes adquiridas, ya en aquellos en que siembran ideas y emociones para cosechar mundos de ciencia y de arte para la gloria de la Patria, ya en aquellos en que se siembran semillas y se crían ganados, para concurrir con sus cosechas materiales al mayor goce y bienestar de las naciones. Buenos Aires, cuna y asiento secular del sentimiento emancipa-

dor de esta región de América, núcleo palpitante de la llama revolucionaria, de la acción democrática y de toda la gesta histórica de nuestro siglo ya cumplido, después de ceder su capital benemérita para la definitiva organización de la República, necesita restaurar las fuerzas perdidas y reponer los factores de su progreso exclusivo y local; y la Universidad debe dárselos en pago de una deuda suprema; y puede creernos la opinión del país, que en ella se trabaja con pasión, con fe, con amor, para devolvérsela no sólo en forma de bienes materiales, preparados y multiplicados por la ciencia, sino de clases, conciencias y caracteres morales, de un nivel superior, capaces de recobrar y dignificar la gloriosa tradición, y afirmar para el porvenir una sucesión continua de progresos institucionales.

Al declarar oficialmente abierta la labor universitaria de 1911, comenzada en el hecho con el primer día de marzo, y al expresar mi saludo y mi voto más amistosos por el triunfo en la vida, a los nuevos graduados, recuerdo a los estudiantes actuales y a los que acaban de serlo, que una sombra ilustre y veneranda ha presidido desde su altura invisible este acto, y que ella acompañará a unos y otros en sus ulteriores afanes por la ciencia y por la felicidad; — y agradezco en nombre del Consejo Superior y de las facultades, la grata, honrosa y fortificante compañía de los altos funcionarios del Estado, y la de la digna familia del patricio, la cual concita cada día más en su alrededor el respeto y el amor del pueblo argentino, a que es acreedor por sus virtudes, y su alta consagración al culto del gran espíritu de Sarmiento.

III

LA ENSEÑANZA PUBLICA HASTA 1810

LA ENSEÑANZA PÚBLICA HASTA 1810

I

LA ESCUELA PRIMARIA

Entre las principales quejas que los pueblos de América tenían contra el gobierno de su metrópoli peninsular, se hallaba el abandono de la enseñanza pública, entendida en el sentido que corresponde a toda sociedad civilizada, esto es, la instrucción general de la masa. Ninguna historia especial se ha escrito sobre este aspecto de la vida de la colonia del Río de la Plata, y si algo se conoce de concreto, son las referencias dispersas en las crónicas políticas o eclesiásticas de diverso origen, objeto y méritos.

¿Dónde aprendían a leer los niños que después concurrían a los colegios secundarios o máximos, y a las universidades, que bien sabemos que en esta parte de América, eran sólo las de Córdoba, de Charcas, de San Felipe de Santiago de Chile y de San Marcos de Lima, esta última ya muy lejana? Lo que sabemos para contestar es muy poco, y acaso sea todo, y es que las enseñanzas primarias se daban: 1º en las propias casas de las familias acomodadas, ricas o *nobles* como se las llamaba, por maestros sostenidos por ellas, o por miembros de las mismas; 2º por los conventos de religiosos, particularmente los franciscanos, dominicos y jesuitas, quienes desde muy antiguo obtenían permisos por reales cédulas y órdenes, para enseñar primeras letras, y para extenderlas hasta un ciclo más elevado, con la condición única de que

esas letras, primarias o secundarias, habían de ser, naturalmente, inspiradas en la doctrina, intereses y necesidades de la iglesia católica, y sujetas a todas las limitaciones y prohibiciones canónicas y especiales del caso, que las leyes de Indias se encargaban de sancionar, confirmar y hacer cumplir; 3º en las casas parroquiales, anexas a las iglesias de los pueblos, por lo general, por clérigos ayudantes, por sacristanes o servidores de los mismos templos, quienes hacían aprender el abecedario precedido por la cruz, o *Cristo*, como se le llamaba, pues todo alfabeto debía empezar por ahí, y encomendarse a la memoria del escolar, que pasaba muchas veces años enteros repitiendo, sin comprender su sentido, el más que recitado, rezo de *Cristo*, *A, B, C, D,...*; 4º por fin, y en escasísimos casos, desde muy transcurrido el siglo XVIII, en escuelas que llamaríanse fiscales, sostenidas por la renta del pueblo o de la comuna; y decimos escasísimos, porque apenas se hallan referencias a ellas y porque, siendo la enseñanza primaria un cómodo monopolio de las iglesias y conventos, las autoridades civiles poco o nada se preocupaban de fomentar esta rama de su gobierno, del cual apenas tenían una idea.

Conocido el sistema cerrado y prohibitivo de la España en América, desde su siglo XVI hasta fines del XVIII, se explica la causa de tamaña mezquindad, en la conveniencia de mantener a las nacientes poblaciones en la ignorancia más general: primero, porque así aseguraba el monopolio de la iglesia favorita y dominadora, no sólo en creencias, sino en el comercio accesorio de libros y útiles de religión, y el cual se hallaba garantido con los siete sellos del código de Indias; segundo, para que estas gentes pudiendo informarse de las cosas del mundo, no concibiesen intentos subversivos contra los derechos divinos y humanos de sus reyes, como se probó poco después de la rebelión desesperada de los indios encabezados por Tupac Amarú, que provocó una terrible reacción prohibicionista en el Río de la Plata, después del retiro del glorioso virrey Vértiz, en cuya época fué especialmente condenada la lectura de los *Comentarios* del Inca

Garcilaso y la *Historia General* de Robertson, los primeros porque sugerirían regresiones de raza, y la segunda por el descarnado análisis que hace de la dominación española en América.

Pero no quiero apartarme de mi sencilla exposición, y continuando con el estudio de la enseñanza primaria, recordaré que ella se reducía, como decíase en la época, a *tres facultades*, es decir, leer, escribir y contar, — a las cuales habría que añadir una cuarta, la de rezar; — y era opinión corriente que los hijos de criollos americanos no necesitaban más que esta instrucción, según una carta que cita don Juan María Gutiérrez, del Padre Iturri al Padre Maciel, en 1777. Bien entendido que estas escuelas eran las destinadas a la gente del pueblo, a los pobres, que no podían costear su residencia ni obtener becas de privilegio en colegios máximos, y consistorios de estudios superiores dirigidos a la carrera sacerdotal, la única de valer en aquella larga época, hasta cerca del final del siglo XVIII, en que se habilitó la de leyes, que pasó por tan curiosas alternativas y mereció tan extraños juicios a los sucesores del virrey Vértiz.

¿Acaso puede contarse como un sistema de instrucción *popular* la que daban los padres jesuítas de las Misiones del Paraguay? Por más conciliador que sea nuestro criterio, no le es posible decidirse por la afirmativa en esta cuestión. Aquel también era un régimen exclusivo, propio y limitado a un fin y a una clase, una especie de *hortus conclusus* de la ilustración, concurrente al sistema de catequismo y utilización del indio. Sin desconocer la obra civilizadora específica de las Misiones, en otros sentidos, en el de un género de *educación* práctica de los indígenas, un hecho final y probatorio se produjo, que aun no tiene de parte de sus defensores una explicación suficiente: y es que habiendo fundado, mantenido y desarrollado por cerca de dos siglos los padres jesuítas su república democrática de las Misiones; que siendo exacto lo que refiere el R. P. Cappa sobre la enorme extensión que alcanzó la cultura intelectual y artística de esas

comunidades, a su disolución, después de 1778, no quedara rastro de ellas en las regiones circundantes, por esa inevitable difusión que todo foco de enseñanza y de saber realiza en su ambiente, en su región, en su medio. La ruina de las Misiones extinguió todo en torno suyo, hasta la menor huella de la cultura intelectual, que tanto se les encomia y que fuera la base de su acción sobre los pueblos indígenas.

En resumen, la enseñanza primaria, como sistema de gobierno, no existía sino en forma negativa, y consistía en dejar a los particulares, conventos y parroquias, el cuidado exclusivo de este oficio. Esto ocurría en toda la América española, sin duda alguna, pero en cuanto al interior del país comprendido en el Virreinato del Río de la Plata, su lastimosa situación nos la describe un prelado, un gran corazón humanitario, más valioso acaso que su fama misma, que en frente de la decadencia intelectual de las poblaciones de su diócesis, se consagra como a impulsos de una superior inspiración, al apostolado de la enseñanza de las clases inferiores y de toda condición social.

II

EL P. JOSEPH ANTONIO DE SAN ALBERTO

Nos referimos al obispo del Tucumán, señor Joseph Antonio de San Alberto, que había sido arzobispo de la Plata, donde dejó una brillante historia, quien, dedicado con especial empeño a atender la reforma moral de su grey, se coloca, aún dentro de su investidura, en la línea de los más preclaros reformadores de la época colonial.

Como todas las cosas mejores que mandaban los reyes en favor de las gentes de América, las reales cédulas sobre creación de escuelas en todos los pueblos de sus dominios, eran letra muerta; y así no es extraño que el señor de San Alberto encontrase en tan lastimoso estado la instrucción en

toda la diócesis del Tucumán. De la visita que hizo a ésta, adquirió la certidumbre de que, para el establecimiento de escuelas en los pueblos de las campañas, habría tres invencibles dificultades: 1ª la falta de preceptores “con aquella ciencia, conducta y calidades que son tan precisas para enseñar a niños”. De las gentes del mismo campo era imposible hallar quien supiese lo bastante; y aun cuando lo supieran, ninguno querría abandonar sus casas y haciendas por una ocupación tan afanosa e improductiva. “Los extranjeros, agrega, *que vagan por el campo*, o viven avecindados en él, no tienen este embarazo y suelen ser más hábiles; pero también es cierto que suelen ser *menos inocentes*, y por lo común, de unas costumbres licenciosas y estragadas”; y tiene sabor de época y de oficio, admirable, este párrafo final del virtuoso pastor: “Poner, pues, a su vista y dirección una tropa de inocentes niños, sería lo mismo que poner un rebaño de ternos corderos a la frente y cuidado de un lobo cubierto con piel de oveja”; 2ª la falta de dineros para señalar un salario suficiente al preceptor que se hallase por ahí como un diamante entre las arenas; 3ª “es la del lugar o paraje donde haya de establecerse esta escuela, con alguna proporción y comodidad *para que puedan concurrir diariamente los niños*”. Esta era una tarea impracticable por causa de la enorme extensión despoblada de los curatos, de veinte y treinta leguas a lo largo y ancho, de manera que ninguna escuela distaría menos de cinco leguas de la residencia de los niños, y “desde luego, se deja entender que no hay fuerza en la tierna contextura de un niño, para sufrir y hacer esta caminata todos los días, solo, con fríos, con soles, por montes, por ríos, por quebradas y sierras”.

No queda más remedio que acudir a las que él llama *escuelas públicas*, y cuya enseñanza y misión describe en este interesante párrafo: “de esta manera, a más de instruir a todos en cuanto pertenece a la religión y piedad, si es casa de niñas, se les enseña a tejer, coser, bordar y en todo género de labores de manos; y si es de niños, se les impone

en leer, escribir, contar y en todos aquellos ejercicios liberales y mecánicos, propios de su sexo, todo con el objeto de que estos y aquéllas se formen y salgan del taller, hombres y mujeres tales, que puedan ser útiles a la religión y al Estado". Refiere cómo en 1780 no había en todo el Tucumán una sola escuela de esta clase, razón por la cual se decidió a fundar en 1782 la que aún subsiste en Córdoba con el nombre y fines que él le diera: "destinada principalmente para niñas nobles huérfanas, se extiende también a las que no lo siendo, quieren vivir y educarse en ella sin otra paga que la de muy cortos alimentos". Quisiera el buen obispo que escuelas como ésa se extendieran por todas las ciudades del interior, y aún pudo ver la iniciación de algunas en las principales de su vasta jurisdicción.

Este hombre extraordinario para su tiempo, que puede inmortalizarse sin reparo en bronce o mármol, al lado del segundo virrey que ya hemos nombrado, concebía, pues, al expirar el siglo colonial, un tipo de escuela común que hoy todavía constituye la preocupación de muchos educadores públicos, la escuela útil de la clase popular, que instruye lo suficiente la inteligencia como para marcar rumbos en la vida, y dota de las aptitudes manuales bastantes para iniciarse en las industrias que le conquisten la fortuna personal, y le hagan un factor eficiente en el trabajo productivo de la comunidad. Su espíritu democrático y humanitario resulta más definido aún, cuando habla de la influencia social que por su propia virtud expansiva tendría la educación de la mujer, en cuyo favor puede considerarse en el Río de la Plata el primer apóstol, y el precursor de la gran educación igualitaria que, — sin sentido alguno feminista, — constituyó una de las fases de la civilización de nuestro siglo XIX. "De aquí es fácil inferir, dice en su célebre pastoral de abril de 1784, lo mucho que sabrán estas niñas, y el gran bien que podrán hacer, cuando después de haber vivido seis u ocho años en estas casas, salgan a tomar aquel estado a que las llame Dios, o les proporcione su fortuna, y se derramen por las ciudades y por los

campos... Podemos sin duda prometernos que cada una de ellas sea capaz de instruir, enseñar, y aún reformar todo un partido; y cuando menos, que serán unas maestras hábiles de sus propios hijos, si los tuviesen, a quienes enseñarán lo mismo que ellas saben, o los enviarán al colegio a aprender lo mismo que ellas aprendieron, y he aquí en pocos años remediada la ignorancia que tanto cunde en los campos..."

Tanto fué la pasión educadora de tan ilustre personaje, y tan íntegro el concepto que tenía de su misión de educador y reformista, que no se contentó con propagar "la necesidad de la enseñanza" como un beneficio para todo el pueblo y todas las clases, sino que él mismo redactó el catecismo cívico, con arreglo al cual se educaría a los hijos de ambos sexos en los deberes de la sociedad civil y política. Descontadas, desde luego, las ideas de esta última categoría, y la forzosa e inevitable sujeción que las de orden político se hallaban con respecto a las de orden religioso, el catecismo constituía un gran progreso en los medios disponibles de la época, porque sacaba la enseñanza del capricho, el mecanismo y la rutina verbal de preceptores sin escrúpulos, y en su mayoría ignorantes y repetidores autómatas de Astete y Fleury, para intercalar, aunque fuese en medio de los preceptos religiosos, con nociones de puro carácter civil o político, que podían caber en una constitución monárquica absoluta como la que regía a las colonias americanas. Dentro de estas prevenciones, un pedagogo moderno no hablaría de otra suerte que él lo hace en este hermoso párrafo de su pastoral, refiriéndose al catecismo, que él titula *Instrucción*: "Como ella principalmente se dirige a la enseñanza de los niños, hemos tenido que acomodarnos a su edad y a su condición en muchos casos, tanto en el estilo como en el método, procurando en éste y en aquél toda la dulzura, claridad, corrección y sencillez, que sin desdecir de la dignidad y gravedad de los asuntos que se tratan, les facilite y les suavice la natural repugnancia que todos tienen al estudio". Como Sarmiento, y como todos los iluminados de este género, pien-

sa, predica y ejecuta su idea, y hallándola buena, se sacrifica por ella. En San Alberto, se descubre que el pensamiento y la pasión dominantes son la educación del pueblo, el relevamiento moral de la masa desheredada y excluída. Ningún otro ejemplo semejante aparece en esta parte de América hasta Vértiz, y más allá, hasta la época en que, inflamado ya el ambiente por la pasión revolucionaria, aparecen los ardientes propagadores de la reforma social y política que precedió y fué la tarea más intensa de la generación de Mayo...

III

VÉRTIZ Y LA REFORMA DE 1778

Por mucho que el gran Vértiz hiciese por la cultura moral y progresos generales de la colonia rioplatense, hasta mantener relaciones directas con los más lejanos lugares del interior, sobre cultivos, crías y explotaciones industriales, la acción educativa se concreta de preferencia a los ciclos secundario y superior, en los cuales se concentraba también la atención de las altas clases sociales. La difusión sistemática de la escuela primaria no era un concepto del ambiente, si bien se reconociese la necesidad de su mayor propagación. Por eso, acaso, sus iniciativas iban dirigidas a los medios más directos, palpables e inmediatos de cultura pública, como el teatro, la imprenta y los altos institutos de letrados y profesionales. La aplicación de los fondos procedentes de la confiscación de los bienes jesuíticos, a promover y sostener casas de estudios o similares, y la fundación del Colegio de San Carlos, base de la Universidad que quiso ya establecer, son los dos hechos más culminantes con los cuales este hombre ha ganado la gratitud de la posteridad argentina. Consecuencia de aquella misma aplicación de bienes de los expulsados, fué la traslación a Buenos Aires de la imprenta que éstos tenían en la Universidad de Córdoba,

en la cual imprimían libros religiosos, folletos de propaganda y de disciplina interior; y su adjudicación a sostener con el producto la “Casa de Niños Expósitos”, entendemos más bien que fuese como un medio de *hacer pasar* la innovación por la aprobación superior, que a los objetos que se expresan. De todas maneras, por más que tuviese el mismo carácter religioso, litúrgico o devocional la gran mayoría de esas impresiones, ello dió ocasión para que muchas producciones de los ingenios nativos, fuesen impresas y circulasen con relativa profusión, y estimulasen así el espíritu de la juventud a pensar, estudiar y escribir con ánimo de dar al público sus escritos de toda clase.

Es realmente curioso y de difícil explicación el por qué la legislación política de España, se singularizaba y extremaba en sus prohibiciones y persecuciones respecto de Buenos Aires; pues desde los primeros actos destinados a Indias, subsiste la clausura de este puerto, así para el comercio como para asuntos de orden espiritual. Ya es conocida la manera cómo esta próspera región se vengó siempre de tan abusivo régimen: pues, con el contrabando tanto en mercaderías como en libros; y así solamente se concibe cómo a pesar de tan severas prohibiciones, fuese esta ciudad de Buenos Aires y su campaña, la que al comenzar el siglo XIX se hallaba más avanzada en uno como en otro ramo, esto es, con un volumen comercial efectivo superior a las otras, y con su espíritu público tan desarrollado y dispuesto para la revolución liberal, como que en ella tuvo su iniciación y punto de partida el movimiento emancipador. Será siempre en la historia legislativa de las naciones coloniales una página digna de recordación esa famosa ley 4ª, título 23, libro I, de la *Recopilación de Indias*, que dice: “Porque de llevarse a las Indias libros de romance que traten de *materias profanas y fabulosas y historias fingidas*, se siguen muchos inconvenientes, mandamos a los virreyes, audiencias y gobernadores, que *no les consientan imprimir, vender, tener, ni llevar a sus distritos, y procuren que ningún español ni indio los lea*”. Bien enten-

dido, entonces, que todo otro libro que no fuese *profano, fabuloso o fingido*, tenía que ser del gusto y agrado del Santo Oficio y del Consejo de Indias, y pasado en franco monopolio por el tamiz de la censura, antes de su expedición a América, ya fuese de materias generales, dogmáticas, jurídicas, históricas o eclesiásticas, ya de rezos, sobre los cuales provee con gran detalle el mismo código de Indias. En 1682 se necesitó una cédula real para permitir que se imprimiesen en Lima cartillas escolares, y en real orden de 10 de agosto de 1785, la reacción antiliberal de España calificó de *muy irregular* el que en la Universidad de Lima se imprimiesen los trabajos de sus estudiantes y maestros en las aulas.

Por lo que se refiere al Río de la Plata, en particular, el impulso que data del gobierno de Vértiz, tanto en lo económico como en lo moral e intelectual, es el origen más inmediato de la cultura desarrollada después en todo lo que vino a ser la República Argentina. En 1601 el Cabildo de Buenos Aires había fijado un sueldo al primer maestro de escuela pública; en 1773 una real orden dispuso que cada cabildo sostuviese una en su respectivo distrito; y éstas, unidas a las que mantenían desde muy antiguo los conventos de toda denominación, dieron por resultado total que en esta parte del Virreinato hubiese quince mil personas de distintas clases sociales que sabían leer y escribir. Esto revela, además, que era posible que un número considerable de jóvenes pasasen a los colegios preparatorios de humanidades o letras sagradas, de donde iban al sacerdocio y a la abogacía, o a las simples esferas sociales, sostenidos por sus fortunas hereditarias, unos a la Universidad de Córdoba, otros a Charcas, y no pocos a Chile, cuya Universidad, instituída por real cédula de 28 de febrero de 1738, gozó de un duradero prestigio, y llevó a sus aulas varios jóvenes argentinos que desempeñaron después papel directivo o prominente en aquella nación hermana y en la nuestra, entre los cuales debe citarse al canónigo doctor Juan Baltasar Maciel, de ilustre memoria durante el gobierno de Vértiz, y al frente del Real Colegio Carolino, al

señor Juan Martínez de Rozas, cuya acción en la revolución de Chile es harto conocida, y otros de figuración menos prominente.

IV

COLEGIOS DE MONSERRAT Y SAN CARLOS

En un sentido más preciso, debe señalarse la influencia en la cultura intelectual del Río de la Plata, de dos focos principales de estudios: el colegio de Monserrat y Universidad en Córdoba, y el colegio de San Carlos, de Buenos Aires. De tipo y espíritu diferentes, a pesar de la semejanza de sus doctrinas, ellos concurren en acción paralela al desarrollo de un temple moral y patriótico armónico, en el sentido de las aspiraciones nacionales concretadas en el despertar político de mayo de 1810. Si bien en los claustros de Córdoba se había forjado una generación más conservadora y aferrada al pasado dinástico y religioso, parece indudable que el sacudimiento que partiera de Buenos Aires desde 1778, hizo llegar sus ondas benéficas a aquellas aulas seculares, no sólo por esa invisible aunque poderosa influencia ambiente de las ideas, que engendra un género especial de cultura que alguien llama *por los poros*, sino porque varios maestros de la capital virreinal pasaron a la de Córdoba: y así se explica que no pocos jóvenes que después ejercieron mucha influencia en la revolución civil y militar, hayan salido de aquellas viejas escuelas, como el general José María Paz, cuya filiación intelectual sería materia de un vasto estudio retrospectivo, y otros muchos que ya constituyen un núcleo demasiado prominente en los destinos de la República para que los mencionemos en estas líneas. Puede acaso distinguirse a los dos colegios diciendo que el de Monserrat miraba en su enseñanza más hacia dentro de la Universidad, como un organismo preparatorio de la misma, que no hacia un influjo social más directo, mientras que el de San Carlos, no teniendo por en-

cima un ciclo universitario inmediato, miraba con preferencia y se dirigía sin solución de continuidad al espíritu, al carácter, a la dirección de la sociedad de su tiempo, y a las necesidades urgentes de cultura que en ella se advertían.

Es uniforme, con raras excepciones, el criterio reinante entre los historiadores y críticos argentinos de la enseñanza superior del período colonial, y entre ellos mencionaremos a Maciel, al deán Funes, Gutiérrez, Estrada y Ramos Mejía (J. M.), respecto al carácter exclusivamente teológico, escolástico y dialéctico de todas las disciplinas, incluso aquellas que, de índole científica más concreta, como las matemáticas y la física, se mantenían como partes integrantes y consubstanciales con el sistema que informaba las doctrinas católicas. No negamos ese postulado, y creemos que así eran, en realidad, en cuanto a su filiación filosófica, y en cuanto al método secular con que eran tratadas en las clases. Creemos más, y es que mucha parte de la tarea docente era mecánica, mnemónica, forzada, y más hecha para fastidio que para solaz de los alumnos; pensamos que se daba importancia principal a lo accesorio, y valor de precepto fundamental a lo superfluo, dejando así pasar inadvertidas las hondas influencias indirectas o mediatas de aquellas nociones, informaciones, deducciones, corolarios y ejemplos, ejercicios o lecturas complementarias, actuales o retrospectivas, o del espíritu de las grandes épocas antiguas, vivientes en las virtudes y calidades de la lengua materna, en el alma de sus escritores, reproducida como la savia que se difunde en una vasta selva, en los que de generación en generación vinieron perpetuándola y rejuveneciéndola. Y luego, la influencia de la disciplina obligatoria y del dogma, incrustada a martillo en las jóvenes conciencias, no podía sobreponerse jamás a la libre y espontánea y congénita de las ideas, sentimientos y sugerencias reflejas y ambientes, que nacían y se adueñaban de aquellos al contacto del calor y de la luz inmanentes, y de la agitación general del momento histórico; y así hemos podido explicarnos la aparición repentina

de inteligencias emancipadas y rebeldes, de naturalezas literarias tan sueltas y vigorosas como la del general Paz, que nada revela del tiempo y del medio en que se formara, así como hemos podido comprender las rebeliones intelectuales del propio Maciel, del deán Funes, de Iturri y de algunos más, dentro del gremio sacerdotal. Además, ¿conocemos todo el material histórico necesario para un juicio concluyente? Nos atrevemos a afirmar lo contrario; porque, aparte de los vacíos bibliográficos, biográficos y didácticas de las obras de historia relativas a esos asuntos, como las de Funes, Garro, Bustos, y del mismo eximio bibliógrafo doctor Gutiérrez, que no dieron lo que no podían dar, aparecen cada día, descubiertos entre los escombros de los viejos conventos, o entre las ignotas arcas de las antiguas familias disueltas, nuevos documentos inéditos, libros de texto y relatos de vidas, que modifican las referencias más autorizadas; lo que induce a pensar que, por lo menos, es inoportuno formular afirmaciones irrevocables respecto al contenido real y alcance verdadero de las enseñanzas universitarias que mantuvieron por tres décadas en Córdoba, alzado el cetro de la influencia y del prestigio en tan extensa región del Virreinato.

Imposible será señalar, si no es en los tradicionales colegios ingleses que sirvieron de cimiento a sus venerables universidades de Oxford y Cambridge, ejemplo de una acción más decisiva y rápida que la desarrollada por el Colegio Carolino de Buenos Aires en el corazón y en el destino colectivo del importante núcleo social y político que en ella se agrupaba y expandía. Puesta de pronto esa alma en contacto con las corrientes intelectuales, que en haces poderosos llegaban de Europa, y con las vibraciones revolucionarias de Estados Unidos y Francia, con las teorías liberales de gobierno social y político de Locke, Montesquieu, Rousseau, la Enciclopedia, y más directamente con los discursos, arengas y escritos de los convencionales del 89 y 93, tales ideas, como semilla viva, germinaron en surcos ya fecundados por el riego de una antigua cultura clásica; y así, cuando la in-

vasión inglesa, en el breve y provechoso régimen de sus franquicias, derramó en nuestro suelo y en nuestro medio moral la amplia enseñanza y experiencia de las libertades intimamente anheladas por la gente nativa, ésta absorbió con avidez aquellas influencias, las asimiló y convirtió en fuerza colectiva, y ya en los comienzos de 1810, la condensación y el estallido eran impostergables.

V

LA DÉCADA REVOLUCIONARIA

La prueba del hierro y del fuego de las jornadas de 1806 y 1807, del temple cívico y militar de la masa; la situación política producida de súbito en España con la invasión francesa, la deposición del rey y reasunción de la soberanía por las provincias y colonias; la aparición de un *pueblo* donde antes hubiera sólo *súbditos* y *vasallos*, y el hecho comprobado y actual de la existencia de una milicia nativa, popular y veterana, llena de brío, heroísmo y glorias recientes; todas estas circunstancias reunidas determinaron el instante matemático del grande e imperecedero suceso que hoy conmemora la América con nosotros los argentinos.

Y bien, alumnos directos o indirectos de Córdoba y de San Carlos, fueron los promotores, apóstoles, actores, tribunos, estadistas y guerreros de la Revolución de Mayo; y la pasión patriótica que los movió y mantuvo en tensión vibrante hasta su triunfo final, tenía la doble raíz en el suelo y en el espíritu, en el nacimiento y en la tradición, en la antigüedad de la raza y en la cultura adquirida en la cuna materna y en las informes, balbucientes, pero al fin fecundas enseñanzas de sus pobres escuelas; frutos tardíos, en verdad, pero infalibles, pues el régimen de la obscuridad, la clausura, la tiranía, la inhibición y la censura perpetuas, además de ser inaplicable en absoluto, tiene siempre su desenlace violento. España comprendió tarde su viejo error colonial, y sus in-

termitencias liberales como las de Carlos III, que debieron ser su política permanente, sólo produjeron rompimientos y desmembraciones irreparables, cuando pudieron ser la causa de la duración indefinida del más grande imperio del mundo. Pero el universo material como el moral es también un vasto sistema de compensaciones y reproducciones infinitas; y así es cómo el sol de Carlos V, que no se ponía en horizonte alguno de sus dominios, para consumir su inmortalidad, engendró en el continente que sus antepasados alumbraron para la civilización y expansión del género humano, otros soles numerosos que, como en constelación gigantesca, animados de su calor originario, continúan y siguen la ruta abandonada, del gran astro primitivo...

25 de mayo de 1910.

P A R T E S E G U N D A

P A T R I A Y C U L T U R A

IV

POR LA PATRIA

POR LA PATRIA

I

TIPOS REPRESENTATIVOS

Hay épocas en que los conceptos comunes sobre la patria, el honor, la virtud y otros fundamentales, adquieren importancia excepcional, y son aquellas en las cuales esos conceptos pasan por crisis más o menos violentas. Entonces nos explicamos la necesidad de repetir su enseñanza a los niños y al pueblo — ese niño grande, como tantas veces se ha dicho — pues la enfermedad puede aparecer cuando menos preparado está el paciente para soportarla.

En estos últimos tiempos, fácil es advertirlo, esos sentimientos primarios, y en particular el de patria, han sufrido el rudo golpe, en unos países, de parte del humanitarismo social tan poderoso, en otros, por efecto de las grandes prosperidades materiales derivadas de la conquista o de la industria, y en otros, por fin, a causa de la prolongada gestación de la cultura política, aun sometida a las vicisitudes de una laboriosa crianza.

Aquí no podemos hacer doctrina, sino tocar cuestiones concretas, de íntima relación con nuestro país y nuestro ambiente. Emile Faguet, entre los más recientes, hablará *in extenso* del patriotismo y de sus variadísimas formas y acepciones. Lecky, Chamberlain y Haldane, ya harán ver la directa participación que toca a esa virtud y cualidad en el destino superior de las naciones modernas; Elihu Root, nuestro hués-

ped de hace seis años, tan grande en su modestia, como poco comprendido a su paso entre nosotros, nos trae ahora la mejor lección práctica de patriotismo positivo, en particular para estos países de la América latina, tan vilipendiados por una parte, tan aturdidamente defendidos por otra, y tan poco estudiados, al fin, por sus propios hijos y por los espíritus que más pueden influir en su suerte.

El Secretario de Estado de Roosevelt, después de su viaje por Sud América, ha podido acentuar sus ideas, la que venía persiguiendo, de una mayor penetración de la sociabilidad, carácter y condiciones de prosperidad de estos pueblos, y su bellísimo libro último, *The citizen's part in government*, es la expresión más completa del resultado moral de un viaje realizado con los ojos atentos de un observador de sociedades políticas.

Nuestro principal defecto sudamericano consiste en la falta absoluta de crítica propia, mejor dicho, la creencia preexistente de que somos los mejores seres del mundo. Esto nos conduce a una inercia mortal de la barbarie originaria, que se nos antoja la suma perfección. Llamamos patriotismo a esta ciega alabanza de nosotros mismos, y arrugamos el airado entrecejo contra el ciudadano que se aventura a enrostrarnos nuestros feos detalles.

Esta es la peor y la más dañosa de las formas de patriotismo posibles. A su amparo todos los déspotas de conciencia o de ocasión hacen su agosto, manteniendo a fuerza de incensario, de habilidades o de hazañas gauchescas, duraderos prestigios en las plebes abigarradas y heteróclitas, a quienes los oradores solemnes de todas las regeneraciones, o los impacientes caudillejos de comité, llaman, a boca llena, el pueblo soberano.

Mistificaciones odiosas y criminales, que ocultan y ofuscan el verdadero y sano juicio, el buen sentido común del buen pueblo, el soberano de los discursos, y le obligan a seguir los caminos falsos, extraviados y espinosos, donde su ayuda y guía interesadas, como las de los bandidos de las vastas

selvas australianas de otro tiempo, se hacen cada vez más imprescindibles y valiosas. Así el pobre viajero cae indefenso en la cueva de la gavilla, y el pobre pueblo deslumbrado y agitado se perpetúa en la ignorancia o toma por civilización las más deslumbrantes formas del vicio o la decadencia.

II

LOS TRES GRADOS DE CULTURA DE MR. ROOT

Pero Mr. Root analiza y reduce a tres sencillas etapas el desarrollo de la cultura política de un pueblo, y al hacerlo, tiene en primer término en vista, los de Sud América. El primer grado, el más bajo, “es aquel en que los hombres se dividen con relación únicamente a su afección por personas particulares que ellos desean colocar en el poder”. El segundo y tercer grados, de sociedades más elevadas, no nos interesan por ahora en este razonamiento: los pasamos por alto para volver a nuestro tema, y continuamos con las sencillas palabras de Mr. Root: “En su peor forma, este género de partidismo es en absoluto ajeno a toda consideración por el bien público, de tal manera que la lucha por el predominio personal, con frecuencia conduce a la violencia y a la guerra civil, y a las continuas tentativas revolucionarias”.

Expuesta la definición, cada uno de los hijos de país latino-americano, puede hacer su propio raciocinio y confesar valientemente su categoría. Por más que el autor quiere atenuar su juicio, hablando del pasado, es inútil: los que ayer hemos asistido a una revolución argentina, de facción y de cuartel; los que en cualquier momento pueden sentir los escalofríos de las conspiraciones tenebrosas, y contemplar atónitos las más descaradas conspiraciones oficiales, a fuerza de decretos, empleos y prebendas, intervenciones, coacciones y amenazas públicas, contra el orden político y económico del país; los que no hace aún un lustro han presenciado un grosero atentado contra la Constitución misma de la República;

a título de que un congreso era sospechado del delito de desafección personal por el Presidente, no pueden aspirar a ser anotados todavía en el segundo grado de cultura política, que con admirable síntesis define el secretario Root.

El nos da la mejor prueba de su afecto, reconocido y no apreciado hoy aquí en todo su valor, cuando, en su sabio sistema de la enseñanza por los ejemplos, opone al triste cuadro de ese primer período, la figura sublime, por su alta y serena moralidad, del general José de San Martín, a quien ha estudiado, como saben estudiar caracteres los anglosajones, como Carlisle, como Macaulay, como Roseberry, y lo coloca en el más elevado concepto a que jamás fuera exaltado, aún por sus mismos compatriotas.

La reproducción de este juicio, en esta época en la cual todos los días debemos rememorar hechos en los cuales fué centro, impulsión e idea, tiene el doble valor justiciero y educativo, que debe darse a los recuerdos históricos, ya que, a pesar de ser comunes, es siempre útil revelarlos a la vista de los contemporáneos. Al menos podemos deducir que si el mal argentino es antiguo y grave, él no puede decirse incurable; porque allí mismo, en los principios, y en la accidentada lucha de la vida actual, tenemos los mejores modelos, y realízanse esfuerzos persistentes para conseguir un tipo mejor de educación política.

III

SAN MARTÍN - WASHINGTON

“Estos países —habla Mr. Root—, han tenido un ejemplo preeminentemente noble y grande. José de San Martín nació en la Argentina, sirvió con distinción bajo la bandera española en las guerras de Napoleón, y volvió a su país nativo en un período crítico de la lucha sudamericana por la independencia...

Ejecutó su designio con audacia avasalladora, tenacidad de propósito, dominio sobre los hombres, talento organizador y abnegación personal. Venció obstáculos visiblemente insuperables, llevó a término uno de los movimientos militares y políticos realmente grandes de la historia, y gobernó en Lima como *Fundador de la libertad del Perú*".

Recuerda luego la conjunción de las dos fuerzas: Bolívar y San Martín, y los peligros de esa lucha, que siendo personal entre ambos, no tardaría en producir la destrucción de la causa patriótica. "Entonces San Martín dió un ejemplo de sacrificio más admirable que las victorias de su estrategia. Para que un ejército patriota unido pudiese oponerse a las fuerzas de España, se eliminó a sí mismo, declinó su comando, sus títulos, sus dignidades, su poder". Y después de reproducir la breve carta en que envía a Bolívar el famoso regalo de su caballo de guerra —"con la expresión de mis sinceros votos porque pueda usted tener la gloria de concluir la guerra por la independencia de América"—, concluye refiriendo cómo San Martín "abandonó la escena de sus grandes hechos para no volver jamás", y adopta las sencillas palabras en que su ilustre biógrafo argentino ha condensado el juicio moral del que personifica en la historia contemporánea, junto con Wáshington, el tipo más alto de la abnegación cívica.

Y bien: ¿por qué no hemos de ir aún más allá en esta referencia de tan eminente estadista contemporáneo sobre la más pura gloria nacional? Es esto tanto más justo cuanto que tan elevada e insospechable autoridad, ofrece a nuestra infundada vanidad la más pura y conmovedora lección de verdadero carácter y un ejemplo de real y positiva grandeza. Lección a la vez severa y enérgica para los que aspiran hoy a las posiciones directivas de estos pueblos, tan inquietos, tan inciertos e impresionables, a quienes cualquier gloriola de retórica o de sable es capaz de precipitar en las más ciegas alucinaciones como en las más pasivas obediencias.

“San Martín murió sin ser comprendido, y en el ostracismo. A los generales y políticos (*politicians*) que fueron sumergiendo después a las repúblicas sudamericanas en continuas efusiones de sangre por sus ambiciones egoístas; y a sus adherentes, el espíritu de propio predominio que exige fuerza y renombre, les parecía digno de admiración y ese espíritu de propia renuncia en favor de una causa les parecía debilidad. Pero como los pueblos de esos países se habían levantado a un nivel más elevado en el concepto del deber y del honor, pudo realizarse el hecho de que el gran sudamericano, —el único digno de ser nombrado junto con Wáshington, como ejemplo e inspiración de patriotismo,— fuese el modesto soldado, que cuidó más de su causa que de su posición, y que aspiró, no a conservar el poder por el poder, sino a realzar el poder para el bien de su patria”.

IV

EL BUEN PATRIOTISMO

Si el buen patriotismo es la condición de espíritu que nos impulsa a hacer cada vez mejor nuestro país en sus aspectos morales y materiales, no podemos desear que persistan en el carácter nacional los elementos regresivos y perturbadores que nos apartan del camino recto. Ser razonables, juiciosos, moderados, respetuosos, resistentes, laboriosos y fuertes, en nuestras luchas, relaciones y trabajos; ser capaces de juzgarnos a nosotros mismos, de advertir y corregir nuestros defectos, de suprimir toda necia vanidad de falsas e incompletas grandezas, para procurar convertirlas en verdaderas, o fundarlas si carecemos de ellas; ser susceptibles de una mejor educación cívica, que nos haga comprender la honestidad y la lealtad en las relaciones privadas y con las cosas públicas, distinguir lo falso y lo legítimo en las incitaciones partidistas y en las personalidades conductoras, e inducirnos a practicar con sincera y recta intención los debe-

res de ciudadano, los de elegir con libertad, los de desempeñar con honor los cargos electivos, y los de ser siempre acción y modelo de buena conducta, para que a la vez ésta influya en la masa y en las generaciones subsiguientes: todo esto debiera preocuparnos, y ser motivo de reflexiones en días de consagración histórica, ya que el patriotismo está amasado con recuerdos y ungido con ideales futuros.

Esa funesta condición de creernos los mejores, a nosotros y a lo que es nuestro, cierra la entrada a todo buen ejemplo extraño, tiende a fortificar en vez de suprimir las fronteras entre los hombres y las ideas, y conduce a las sociedades atacadas del mal, a la anemia, a la consunción, a la misantropía, a la desaparición gradual del escenario de las grandes fuerzas y personalidades de la civilización. Agosta, además, la fuente originaria de los caracteres y de los pensamientos salvadores y fecundos, que hacen la vitalidad y perpetuación de las naciones, como ocurre en la tierra misma con los vegetales y animales, cuya fecundidad y perfección proceden de la renovación continua, de la selección, del trasplante, de la constante comunicación universal de las especies, de las cualidades y de sus medios de vida.

Tenemos la suerte de poseer para nuestra propia cultura los elementos más preciosos: vigor y predisposición nativa para realizar todas las aspiraciones dignas de una sociedad civilizada; una historia rica en los hechos y caracteres más dignos de estudio e imitación; maestros y pensadores de antes y de hoy, capaces de educar un gran pueblo para un gran destino; naciones contemporáneas cuya vida intelectual y política ofrecen día a día, a regueros, la luz de la enseñanza en caracteres individuales e impulsos y hechos colectivos; y estamos en comunicación inmediata con todas ellas por el libro, por la hoja periódica, por la palabra eterna, vibrando hasta en ondas invisibles, para hacer más completa y objetiva la supresión de las humanas diferencias. ¿Por qué, entonces, se retarda tanto para nosotros el día de un estado moral y político mejor, de una condición institucional más

estable y progresiva, de un nivel y un temple nacional más alto y más intenso?

Estas cuestiones no se resuelven con respuestas congeturales ni con raciocinios abstractos: no hay más que la acción, el trabajo, la lucha leal y honrada, la unión de las fuerzas en un propósito común y superior, para que la idea de la *nacionalidad*, sea tan homogénea como la de *patria*, y para que no sólo en esta tierra, no muera el germen de las grandes inspiraciones y caracteres surgidos en la era de la Revolución, sino que reviva sin término y pueda reproducirse cada día con mayor vigor y abundancia en los tiempos venideros.

V

IDEALES PATRIOTICOS NUEVOS

IDEALES PATRIOTICOS NUEVOS

En estos dos últimos años, dos hombres de celebridad mundial —la palabra parece ya impuesta—, han hablado de nuevo, con relación a otros ya conocidos discursos, como los de Chamberlain y Lavissee, del tema siempre seductor y siempre movible, amplio y elástico del patriotismo. Me refiero a las conferencias de un angloamericano y otro francés, Mr. Theodore Roosevelt y M. Raymond Poincaré, ex-presidente el primero de los Estados Unidos, y actual senador y miembro de la Academia Francesa, el segundo; el uno en la Sorbona, y el otro en la Liga de la Enseñanza, y los dos en el mismo París, que identifica la altura y brillo de la tribuna en que ambos han hablado del mundo en representación de “las dos únicas Repúblicas que hayan alcanzado rango entre las grandes potencias del globo”.

Nos llegan los ecos de su elocuencia en momentos en que nuestros oídos están abiertos para escucharlos, y en que una rememoración general de toda una historia secular nos pone en presencia de todos los elementos propios para juzgar de un sentimiento, de una idea, de una *política*, si se quiere, de naturaleza universal. He tenido yo, predicador a mi modo y en mi medio, de estos asuntos sin resonancia aquí, esa satisfacción de los humildes, que de tiempo en tiempo ven expresar por los inmortales, los conceptos que alguna vez salieron también de sus labios; y esto me ha ocurrido al leer el pasaje en el cual el autor de la *Strenuous life*, define su concepto de patriotismo identificado con la moral, y ésta a su vez unificada en sus dos conceptos de la vida privada y

pública. Era lo mismo que ya había dicho Lavissee hace diez años en un acto histórico, en la inauguración del nuevo régimen de las universidades francesas.

Así como no hay moral de dos caras, no hay patriotismo bicéfalo; la honradez es una virtud —ya sea ingénita o adquirida—, indivisible, que ocupa toda el alma del hombre, entendiendo por alma la conciencia y el sentimiento en un simultáneo movimiento de vida y de acción. ¿Su origen? ¡Oh! esta es cuestión muy ardua de definir en una página, porque es igual que definir la fuente de la personalidad misma. La raza, la región geográfica, la vida histórica, las prosperidades y desgracias comunes, la educación continuada y la modalidad contemporánea con sus múltiples influencias de ideas y de ambiente: es todo eso junto y en constante y simultánea labor de germinación y creación.

Tan difícil es dar del patriotismo una definición exacta y única, como de toda idea o concepto que se identifica con la propia personalidad, de esas que todo hombre puede caracterizar diciendo: *yo lo veo así, lo siento de esta manera, para mí es esto* y así los demás. Todo ello prueba, entonces, que siendo el patriotismo una cualidad, un sentimiento, un instinto, una fuerza, tan nativos como los sentidos mismos, o como las demás facultades del ser, cada sistema de moral política le da la orientación particular o nacional que surge de la vida, de la historia, de los intereses superiores de las razas, de los pueblos, de los Estados, en los diversos ciclos de su evolución.

Educación, dirigir, dar su aplicación política al patriotismo de un pueblo, es su vida misma, es su acción, es su lucha, es su política, es su historia viviente, como es el hogar donde los hijos nacen, se crían, se educan, ríen, lloran, sufren, gozan, tienen escasez y abundancia, luces y sombras; y de todo esto se hace una sola cosa al fin, que es el *alma de la casa*, el modo de ser, la característica de una familia, que se hace del conjunto, fundido en un solo crisol, de las virtudes y vicios, de las perfecciones y defectos de los abuelos, padres, hijos

y nietos, en incesantes acciones y reacciones sucesivas y recíprocas de unas generaciones en otras.

La vida común del hogar, chico o grande, de la familia o de la Patria, hace que ese sentimiento originario, que puede ser vago o indefinido, adquiera contornos fijos y concreción clara y sólida, y tome una dirección efectiva y una *acción* eficaz; y esto sucede cuando, convertido en *fuerza* por una larga e intensa solidaridad de vida, es solicitada por impulsos extraños o internos, por agentes morales o materiales de adentro o de afuera, como el nido amenazado por el rapaz rastrero o aéreo —tigre o águila;— como el hogar puesto en peligro de deshonor, de disolución o miseria, por la agresión individual de la pasión o del interés personales; como la Patria, con su legado secular de alma o de dominio, ofendida o amenazada, en su integridad esencial por los intereses o apetitos o pasiones de otros grandes rapaces —tigres o águilas;— que se arrastran o vuelan a su vez, en las inmensas selvas o firmamentos de la historia y de las luchas humanas.

El principio antiguo de que la guerra declarada entre dos pueblos era la guerra individual entre cada uno de sus respectivos súbditos, se realiza, sin embargo, en todo tiempo, en un sentido espiritual o íntimo. Un hombre puede ofender a una nación y llevarle una agresión bélica en esencia, como otro puede recibir por sí solo la acometida o el ataque dirigidos a su país. La *solidaridad* convierte esos hechos aislados en colectivos y da carácter nacional al suceso individual; y se dirá que un pueblo es tanto más una entidad patriótica, cuanto con más armonía y cohesión sienta el movimiento de la concentración para sufrir como alma colectiva la ofensa, como para repelerla, o castigarla o repararla.

Las instituciones argentinas están hechas de una doble concurrencia de factores históricos que viven en la conciencia de nuestro pueblo, y de preceptos obligatorios escritos en una Constitución, que hemos adoptado como norma de

vida asociada. Unos han influido en otros, y éstos, a su vez, en su evolución progresiva, corregirán u orientarán mejor a los primeros. Entretanto, es necesario *vivir, trabajar, prosperar*; y esto debe hacerse con ánimo honrado y valiente, de acuerdo con aquellas reglas fundamentales, establecidas por quienes tuvieron al dictarlas toda la inspiración del pasado, del instante histórico, y la visión posible del futuro que dan la cultura adquirida, en íntima unión substancial con el sentimiento del bien común.

Y bien; la historia y la Constitución argentinas han impuesto una política patriótica, surgida de los antecedentes y de los anhelos prospectivos de la nacionalidad. Los primeros nos aleccionan con sus dolorosos ejemplos de aislamientos, ignorancias, fanatismos, discordias y errores —salvados a fuerza de resistencias y heroísmos ingénitos;— los segundos, inspirados por el amor inmarcesible de la Patria, encendido y mantenido por todas las generaciones desde Mayo, aun en medio de los más rudos desastres y peligros. Así nos *hicieron Patria* nuestros padres; así debemos recibirla, y por eso honrarla y sostenerla, firmes e inquebrantables, en un momento que debe ser de acción, labor y ejemplo.

Hay en el espíritu de la organización política de la nación un patriotismo que mira hacia dentro y otro hacia fuera del hogar común, siendo uno mismo e indivisible en esencia y en substancia: el que quiere ver la Patria educada, fuerte, crecida y poderosa, como organismo individual, y el que la contempla en su vida de relación con las demás en el gran concierto de la humanidad civilizada. Lo mismo que la persona privada es, ante todo, un hombre, una conciencia, un espíritu culto, y luego un ser de sociedad y de influencia entre sus iguales, así una Nación es, ante todo, una *nación* dentro de sí misma, para ser luego entidad, fuerza, influencia y poder hacia fuera, o en relación con las demás. La moral es una en esencia y en la práctica —y así como decía Lavissee en 1899, lo reproduce Roosevelt en 1910—, “lejos de que el patriotismo se acuerde mal con el respeto

debido a los otros países, tengo para mí que el verdadero patriota, celoso del honor nacional, como un hombre de corazón lo es de su propio honor, velará porque su patria no inflija ni sufra ningún agravio. Yo no admitiría que la moral política difiriese de la moral privada, ni que una promesa hecha desde lo alto de una tribuna popular, difiriese de una promesa hecha en la vida ordinaria.

Nuestra Constitución hace ciudadanos *nativos* y *naturalizados*, propios y adoptivos; y en su propósito de asimilar los segundos a los primeros, y con el de acrecentar lo más posible las fuerzas vivas del país, ha adoptado respecto del extranjero una política tan amplia, tan generosa, tan *abierta*, que a veces llega a dudarse de que con tales elementos pueda ser realizable un ideal nacional, en el más cerrado sentido de esta palabra. Pero no hay motivo para una preocupación semejante, siempre que exista en el gobierno el espíritu justo en que se han inspirado aquellas cláusulas constitucionales. La Constitución, como el aire que nos envuelve, no es objeto de nuestro análisis, por lo mismo que forma nuestro medio ambiente, y es lo primero que descuidamos o rodeamos de prejuicios y apriorismos. Ella, en verdad, ofrece la nueva nación *a todos los hombres del mundo* que quieran habitar en su suelo, pero define luego quienes deben ser esos hombres; habla de fomentar la inmigración, pero luego dice que ella debe ser *europea* , y traer por propósito labrar la tierra, difundir artes, industrias y ciencias; les asegura una amplia libertad civil y privilegios enormes, pero a condición de vivir aquí la vida del trabajo, la civilización, la moralidad y el orden institucional.

¿Y para qué más? ¿Qué indicativos más claros para hombres de Estado, de parlamento o de justicia, cuando traten de regular aquellas concesiones, privilegios y promesas? ¿Quién exigiría de buena fe mayor precisión de preceptos, al ocuparse de estudiar y resolver los conflictos internos que la vida social o económica trae consigo en todas las agrupaciones modernas, y en particular, en las grandes ciudades?

Luego, ocurre pensar que lo que aquí se necesita, no es una Constitución más explícita, ni más detallada, ni más nacional, sino una política gubernativa más discreta, más inteligente, más experimentada, más alta, más culta, más intensa, más previsor y más valiente que la que ha presidido hasta ahora las relaciones con las masas extranjeras, que a oleadas llegan a nuestra tierra, trayendo la inmensa fuerza de progreso y de cultura que nosotros no podemos reunir en un siglo de vida aparente y en medio siglo escaso de vida real; pero al mismo tiempo trayendo consigo, como no puede menos de ser, lo que ellos no pueden evitar, sus males inherentes a las concreciones sociales seculares, males semejantes a los de las selvas centenarias, donde a la riqueza y a la belleza inconmensurables de sus tesoros y follajes, reúnen las grietas y las guaridas, y las acumulaciones de alimañas, insectos y enfermedades. El labrador con su hacha y su tea abre la maraña, arranca la madera y la leña, y quema y sana el seto y el pantano; y el hombre de gobierno, con la política ilustrada y discreta, avisada y civilizadora, fomenta y atrae las fuerzas vivas y fecundas, y al mismo tiempo las selecciona, las depura y hace profilaxis social y nacional, que es hacer la verdadera política humana, y para los altos fines de la Constitución, es hacer el verdadero patriotismo: es hacer la Patria misma, sana, fuerte, laboriosa y culta.

Se nos habla, pues, de patriotismo y de las altas ideas morales que con esa otra se relacionan, en los momentos en que nuestras vidas y nuestros corazones están atentos para escuchar a todos los guadores de pueblos, y así como antes Chamberlain y Cleveland, Lavisse y Clemenceau, y Mitre en su patio patriarcal, hicieron a sus pueblos sus íntimas confidencias, ahora Roosevelt y Poincaré, disertan al espíritu vibrante de la humanidad del día, para renovarles el calor encendido por aquellas elocuencias, para el culto de la virtud fundamental que —hecha de honestidad, amor y justicia—, sirve de energía única a las naciones y sociedades para vivir,

luchar, trabajar, elevarse, ser libres e influyentes en el destino propio y extraño.

El orador americano de la Sorbona, como el conferenciante francés de la Liga de la Enseñanza, no conciben el patriotismo como una fuerza o una pasión excluyente o agresiva, sino de atracción, de solidaridad y de respeto recíproco; y por encima de todo eso, como una virtud de la conciencia, una, indivisible, esencial, que lleva a todas las relaciones de la vida su mismo poder purificador, así en las relaciones privadas como en las públicas. Uno y otro comprenden que el amor de la patria es también una fuerza nacional de propia conservación, de progreso propio, de capacidad para hacer cumplir dentro de cada país la ley humana de justicia, libertad e igualdad, para ser dignos de gozarla en los demás, y ofrecerla a los hijos de otras naciones, en verdad y en espíritu, y no como falaces o ilusorias promesas escritas.

Nuestra historia es la más ejemplar de las de todos los pueblos de Sud América, porque ninguno de ellos sufrió mayores dolores, ni halló mayores obstáculos dentro de sí mismo para cumplir los votos de sus primeros fundadores, para llevar adelante su programa revolucionario emancipador, y para fundar un Estado constitucional y ordenado; pero también pocos pueden ostentar un conjunto más alto, más brillante, más probado de caracteres, energías y virtudes personales para la lucha, la labor y el sacrificio que cuesta *hacer una Patria*.

La fiesta de hoy es de consagración, de justicia y de nuevas promesas: Se consagra la grandeza moral del esfuerzo pasado, se hace justicia a los que antes carecieron de ella o fueron calumniados o perseguidos por sus contemporáneos; y las generaciones de hoy renuevan al mundo civilizado el solemne juramento de 1816, confirmado en 1853 y 1860, para afrontar el porvenir, llevando la gloriosa carga de cumplirlo, para honra eterna de los que lo formularon y de la Nación que lo adoptó por su lema y su norma de conducta.

25 de Mayo de 1910.

VI

LA UNION DE LOS JOVENES

LA UNION DE LOS JOVENES

21 de setiembre de 1910, consagrado *Día de los Estudiantes*
en Sud América

Escribo estas líneas bajo la cálida impresión de una fiesta de juventud y primavera: la del "Día de los estudiantes" celebrada en La Plata en un ambiente atractivo de hogar común, y de esas ya olvidadas intimidades entre la familia y la gran casa de estudios, que fué el cuño formidable en que se forjó la generación de 1810. Era la primera conmemoración de la fecha consagrada por los jóvenes sudamericanos, al culto de la solidaridad y de los ideales de todos; y ya está con eso dicho que ninguna causa es más digna de los oficiales y libres homenajes tributados ayer en las salas universitarias de la ciudad bonaerense de las avenidas y los bosques, desbordantes de brotes, colorido y verdores intensos y renacientes.

Primavera y juventud, se dijo allí, son una cosa misma, y revelan idénticas sugerencias: alegría, afectos, deseos de vivir y de amar las cosas bellas. Así es como las célebres y veneradas universidades y colegios de Alemania, Inglaterra y América del Norte, adelántanse a los triunfos de la naturaleza, le arrebatan su estandarte de vida y regeneración, y la llaman a colaborar en la obra educativa de los corazones. Valen mucho, ciertamente, las normas disciplinarias, los reglamentos, las distribuciones del tiempo con relación al programa de labor de un año escolar; pero valen más los días en los cuales una ráfaga de ideal y de amor refresca el alma colectiva de una generación juvenil, como valen para el jar-

dín y el huerto el aliento primaveral que viste ya de verde y rosas los prados y las hondonadas de la llanura próxima.

Nuestros viejos suelen decir que hoy nosotros, — y menos aún nuestros hijos, — no sabemos lo que es la vida de colegio. Y tienen razón, a pesar de todo el inmenso progreso científico y de la suntuosidad y el lujo de las modernas casas de estudios. Monserrat, San Carlos, el Uruguay, los tres colegios históricos para usar la expresión corriente, con sus claustros y corredores desnudos y escuetos, fríos y matizados por el musgo o la hierba invasora, daban muy poca ciencia, y esa era de reflejo y de pura memoria; pero el pequeño grano de sal iba envuelto en una llama ardiente de amor y de intimidad, que allá en el fondo del alma, en las entrañas del ser, se fecundaba y germinaba y hacía eclosión robusta como un parto tropical. Las casas de Quiroz, de Vértiz y de Urquiza se adelantaban a la naturaleza, aventajaban a la primavera y al estío en sus prestigios irresistibles, y con las seductoras armas de éstos, invadían los espíritus juveniles, y los bañaban de savia y de perfumes, y los revestían de follaje y de frutos espléndidos.

Las ciencias realizan hoy en hondura, pero con mayor lentitud, el milagro que aquéllas antes obraban por la virtud de sus gracias afectivas: la labor inconsciente de dos siglos en Córdoba generó el núcleo resistente contra la reacción antirevolucionaria, y arrojó a la arena de la doble lucha, del campo de batalla y de la tribuna, generales, oradores, polemistas, gobernantes; en tierra y ambiente mejores, el almácigo intelectual plantado en 1780, en Buenos Aires, crece sólo en tres décadas para ofrecer a la revolución de Mayo los conductores e impulsores del vigoroso movimiento comunal, nacional y continental de 1810; la rama de acacia de la leyenda hirámica, perdida en 1820, para ceder el reino al odio, a la discordia y a la dispersión, con sus engendros tiránicos y monstruosos, fué hallada tras larga peregrinación, por el caudillo de los tres ejércitos que vadearon el Uruguay en 1851, para encender la nueva luz en el caos, y plantada

otra vez en el patio de la casa de la Concepción, preparó los artífices de las futuras soluciones complementarias de 1810 y de 1853.

Poca ciencia efectiva, en verdad, surgía de aquellas cátedras humildes, pero en cambio fluía de ellas una corriente impregnada de amor, de amistad, de instinto solidario, que daba valor centuplicado al átomo imperceptible de saber positivo recogido por sus alumnos. Cultivábase los sentimientos en las fuentes más puras de la emoción, que alza y temple el carácter; y en medio de la pobreza experimental, de las penurias físicas y de los abandonos obligados de toda protección oficial o privada en tiempos tan calamitosos, la sociedad argentina veía de tiempo en tiempo incorporarse a sus estrados, a sus contiendas, a sus múltiples labores civiles, grupos de hombres que no tardaban en empuñar la antorcha, la espada, la varilla conductora hacia la gran civilización entonces presentida.

¡Oh, si no hubieran existido esos tres focos de amor y de solidaridad argentinos! Asusta el sólo conjeturar retrospectivamente sobre lo que habría sido del legado territorial de 1810, si no se hubiese salvado esa brasa reconstructiva, entre las cenizas de las tenaces discordias y secesiones, que, con todo, mermaron tanto el acervo originario. Pero no quiero hacer historia sino por incidencia, y a manera de ejemplo: mi objeto es poner en evidencia el poder político de la educación colegiada y familiar, que transfiere a la casa de estudios públicos las virtudes y fuerzas del hogar paterno, donde, como se dijo también en la fiesta estudiantil de La Plata, aquéllas se acrisolan por la prueba cotidiana, y se neutraliza los defectos por el control persistente en la vida de la sociedad doméstica. Por eso la institución del "Día de los estudiantes de América" es algo más que un *snobismo* universitario, si se ha de tomar en serio y no abandonarlo como tantas otras iniciativas de figuración y de cartel; si ha de ser un día dedicado a pensar y crear un grado más de ideal y sentimiento colectivo; si se ha de cultivarlo en cada

hogar escolar con la mirada puesta en el porvenir del propio núcleo y de los afines, y como promesa de futuras e indestructibles uniones en la vida de la lucha, del trabajo, en todas las actividades, dentro y fuera de las propias patrias.

Si los estudiantes argentinos tuviesen más inclinación a las lecturas auxiliares de su tarea oficial, se animarían con tantos seductores ejemplos como los que les ofrecen sus colegas de Europa y Norte América; y aún los más poderosos soberanos de la política o de la ciencia, como Eduardo VII, yendo a visitar año tras año el secular colegio que fundó Enrique VIII, a plantar la encina de la nueva era en Rugby; como los altivos Hohenzollern componiendo himnos para las estudiantinas, en los cuales el alma germánica se transmite y vibra en evocaciones heroicas de pasado y de futuro; como los Cleveland y los Roosevelt, disertando como estudiantes en Princeton y renovando sus travesuras juveniles en Oxford, al propio tiempo que oficia la democracia en la Sorbona y hace reverdecer lauros clásicos en la sala de Romanes.

Me figuro que todo esto se encierra en el simbolismo del "Día de los estudiantes de América", y mi entusiasmo se alimenta de sí mismo, hasta anticipar el día de la victoria definitiva: aquel en que podamos los viejos de mañana decir que son felices nuestros hijos porque se aman y se ayudan entre sí, se sienten hermanos y compañeros de una labor patriótica y humana, estrecha y solidaria, de cultura y de carácter, de honestidad y de valor, de resistencia y de impulsión, y en la cual la tarea de cada uno sea auxiliada por la del banco vecino sin interés ni ostentación; y por fin, aquel día en que cada joven argentino sienta como propio el triunfo de su camarada y compatriota, y sea capaz de sentir esa gloria definida por el divino Ruskin, que consiste en poder admirar las cualidades superiores de los demás, porque entonces será capaz de alcanzarlas él mismo.

No en vano los grandes educadores antiguos, de la India, de Grecia, de Judea, reunieron en pequeños grupos familiares sus discípulos para transmitirles en la confianza de to-

das las horas, con la palabra y con la acción, la ciencia suprema de entonces, la ciencia de la vida, madre de todas las ciencias: la misma obra del laboratorio moderno de psicopedagogía, de ciencias psicológicas y físicas, en pequeñas colonias laborantes, donde el joven al lado del sabio, y en presencia continua del experimento y de la vida de la naturaleza en sus revelaciones recientes, renueva la maravillosa compenetración del alma suya con la de su maestro, y por intermedio de éste, a modo de guía en el vasto laberinto, con el alma infinita que constituye el hecho universal de la vida. Aquéllos hicieron los grandes luminares de la civilización, aunque sus ciencias se hubiesen ya desvanecido; después el sistema práctico se ha modificado con las nuevas formas de la existencia colectiva; y si la antigua enseñanza socrática, peripatética o evangélica creaba sabios, tribunos o apóstoles, la nueva, la incubada en los colegios ingleses o angloamericanos, forma los *gentlemen* intachables y los luchadores de la vida invencibles, y cuyas fuerzas se condensan en una sola: unión, unión íntima de almas y de ideales, y éstos representan el destino colectivo de los pueblos para cuya conducción se preparan en esas casas que el difunto Rey, — legado por los ingleses a la historia con el título de *el pacificador y el educador*, — se enorgullecía en llamar “los lugares de estudio y educación más bellos del mundo”. Son los mismos en los cuales se incuban, se crían y se logran del todo esas *vidas consagradas*, que forman los pilares de la progresiva civilización y bienestar del género humano: jardines de indeclinable lozanía moral, regados y vigilados por el amor de toda la nación, que ve en ellos su propia juventud y la de las generaciones futuras, y en los cuales, como flores insuperables, viene a producirse el tipo que en los siglos anunciaba el gran legislador inicial del Oriente: “el joven debe ser laborioso en el hogar, modesto fuera de él, circunspecto y verídico, lleno de bondad para los demás, digno amigo del amor, y debe tener fuerzas economizadas para utilizarlas en las artes viriles y del espíritu”.

VII

PATRIOTISMO VERBAL Y PATRIOTISMO REAL

PATRIOTISMO VERBAL Y PATRIOTISMO REAL

Uno de los síntomas menos halagadores de una época política suele ser el abuso gubernativo del patriotismo formulario y verbal; como que es estandarte que todo lo inmuniza y lo defiende, y a cuya sombra se acogen sin dificultad todos cuantos de ordinario hacen de la conciencia cívica y del deber institucional caso omiso o motivo de especulaciones interesadas.

Los déspotas americanos se han distinguido por su aferramiento al culto patriótico, consistente en el abuso de las palabras y de las ceremonias de efecto popular, y en el odio sistemático, y más o menos disimulado al extranjero, con los cuales pretenden y logran colocar de parte suya la masa, la porción más numerosa e impresionable del pueblo.

Está fresca la historia de Rozas con su "sistema americano", con su patriotismo criollo mitad sincero, mitad programa, para afirmar y perpetuar su dominio dictatorial sobre la base de un prestigio nacional, con el que, — lo sabía muy bien, — había de santificar todos sus excesos y criminales proyectos liberticidas.

Todos los pueblos pasaron por esos períodos; no obstante, — salvo los de especial preparación del espíritu público para una gran guerra o empresa nacional, — ha sido la característica de los de mayor progreso y expansión efectiva de las influencias legítimas y de las ideas dominantes de la cultura interior, la franca apertura de las fronteras morales y materiales a la entrada de hombres, ideas, brazos e influencias de afuera, como el mejor elemento vivificante e

higiénico, como el que vive en una habitación cerrada y húmeda, abre sus puertas y ventanas para que entren el aire y el sol a transformar el medio respirable.

Este patriotismo predicante e incisivo tiene el grave defecto de exagerar el heroísmo nacional y convertirse paralelamente en culto egoísta y en repulsión al extranjero; y propagado desde la infancia en las escuelas, remachado en el yunque diario de la prensa, y llevado en forma de una empacada y hosca desconfianza a las relaciones exteriores de la Nación, no tarda en crear dos casos igualmente funestos: la aridez en el alma nacional, y la antipatía y la repulsión en el alma de los otros; y por último resultado, el aislamiento real y definitivo del país respecto de sus vecinos y contemporáneos de cerca y de lejos; y esto no puede ser jamás mirado con simpatía por ningún patriota sincero y reflexivo.

Un ilustrado escritor y profesor argentino, en una conferencia pronunciada en el salón de la Asociación Nacional del Profesorado, ha ofrecido a su país la mejor ofrenda que podía en el aniversario de la jura de la Independencia, hablando la verdad amarga y dura, pero verdad completa y austera, respecto de estos peligrosos problemas de la educación nacional.

Y bien; expuestas por el doctor Agustín Alvarez las causas y orígenes del mal, su evolución y transformaciones en nuestros hábitos sociales y políticos, es necesario recogerlas y aprovechar tan sanos y oportunos consejos, señalándolos a los que educan la niñez y juventud en las escuelas, y al pueblo adulto en la prensa y en todos los sitios de propaganda, para que con tiempo eviten que se extravíe la corriente del sano patriotismo por otro estrecho, restringido y suicida, el que germina en los pueblos incultos como un resabio de barbarie o herencia de odios seculares.

La historia política e institucional de la República contiene todas las buenas, las incontaminadas, las inagotables fuentes de buena doctrina educativa en tan delicado orden de cosas, desde las nobilísimas palabras de Belgrano en todos

sus actos, y las leyes y manifiestos de las primeras y grandes asambleas de la Revolución, hasta las cláusulas claras y netas de la Constitución argentina vigente. En ninguna de esas fuentes se respira otro ambiente que el de la solidaridad y la fraternidad humanas, el de la benevolencia, la franquicia y la asimilación del propio elemento español, con el cual se mantenía la lucha en su mayor crudeza.

Si la obra del Congreso de Tucumán es la inicial del período constituyente, desde que ella dejó resuelta la forma republicana de gobierno, y de ella surge, aunque no en apariencia, la labor constitucional posterior, de 1826, y de 1853, es justo dejar afirmado que ningún pueblo de la América española puede presentar en mayor grado que el nuestro, en sus cartas orgánicas, un concepto más amplio, más prospectivo, más civilizador, más humano, más previsor del patriotismo.

La Constitución de 1853, desde el punto de vista de la idea de Patria, en relación con los demás pueblos y de la civilización universal, es una fuente sapientísima de doctrina y de política, ideadas para crear un grande y poderoso Estado, y un asiento seguro al progreso de la civilidad que ella organizaba. Contiene las distinciones necesarias y elementales entre el patriotismo como deber cívico y función nacional política, y el más alto y fundamental y permanente, que elabora la personalidad de la Nación con fines de perpetuidad y crecimiento; y así como en el primer sentido ha creado las instituciones y definido los poderes, derechos y deberes que dan existencia política a la Nación, en el segundo ha acertado admirablemente con la vía más recta y amplia para hacer en menor tiempo la mayor grandeza a que puede aspirar nuestro país, dentro de las leyes históricas que rigen la vida de todos los pueblos.

Sin renunciar a nada de lo que todos los pueblos entienden y sancionan como *derecho nacional*, la carta argentina define un tipo de sociabilidad abiertamente civilizador, europeo y liberal, despojado de prejuicios y hostilidades indíge-

nas, e inicia una política de depuración étnica y de progreso específico, que no puede dejar de traer los más benéficos resultados para nuestra cultura moral y potencia productiva en otros órdenes. Y estos fines no se realizan, quiéralo o no una legislación antojadiza o dogmática, si no se actúa y procede de acuerdo con esa otra legislación no escrita en papel alguno, pero que vive en el fondo de toda la vida orgánica, y prosigue el nacimiento, crecimiento, agrupación y evolución de todas las sociedades.

En este sentido podría decirse que los autores de la Independencia, y más aún los de la Constitución de 1853, habían estudiado a fondo las ciencias modernas relativas a la vida de las sociedades humanas; pero como lo contrario puede conocerse y comprobarse con testimonios literarios existentes, es indudable que sólo el grande y hondo patriotismo, que no se enseña ni se impone, ni se adopta a voluntad por personas ni pueblos, ese patriotismo constructivo, productor y creador, que nace con el concepto mismo de la civilización en los momentos excepcionales, ha sido capaz de inspirar ideas, fórmulas y mandatos como aquellos, sobre los cuales únicamente se ha levantado esta poderosa fábrica, esta fuerza colectiva, esta entidad moral y política que es hoy la República Argentina.

Para los que sólo creen y se consagran a la prédica verbal y formulista del patriotismo, sería de la elocuencia más objetiva sobre las ventajas del sistema contrario, — de un patriotismo de acción y de concepto, conductor e inspirador de la vida misma, y creador de un engrandecimiento positivo de la Nación, — la sola enunciación del resultado histórico de la obra de 1816 y de 1853, esto es, la contemplación, con ojos de estadista moderno y positivo, del cuadro de la Nación misma, en el conjunto de sus fuerzas morales y materiales, y de la personalidad que se ha formado en la opinión del mundo culto, de la comunidad de los grandes pueblos europeos y americanos.

Digamos una palabra más sobre cosas e ideas de actuali-

dad. En estos últimos tiempos, gracias a esta felicísima corriente espiritual establecida con Europa, hemos oído y leído discursos y conferencias, autorizados por nombres ilustres en las ciencias y en las letras. Y bien; sin hablar, sin comunicarnos nada, todos hemos distinguido el bueno y el mal patriotismo, y con la misma inteligencia tácita, todos hemos apreciado la justicia y el acierto de los juicios y consejos de los extranjeros sobre nosotros mismos.

Enrique Ferri en Europa, Anatole France y Mr. Sherrill en Buenos Aires, han traducido una situación efectiva en la evolución de un pueblo nuevo, en sí mismo y en relación con los demás; y sin ningún espíritu de *réclame* ni de infantil vanagloria, — pues sabemos distinguir las palabras amables de los juicios independientes, — podemos considerarnos felices de haber provocado y suscitado opiniones y consejos, indicaciones y advertencias que encuadran dentro de un sabio patriotismo, y de una discreta y hábil acción diplomática; y esos juicios y lecciones vienen de afuera, de observadores lejanos, y de espíritus incontaminados por las parcialidades nacionales, de origen o de larga residencia, y en ningún caso el verdadero y sano y alto patriotismo dejará de considerar esto como un inmenso beneficio que la expansión del país nos trae en la forma más espontánea, más bella, más intensa y más fecunda.

Los padres de la nacionalidad argentina arrebataron a la barbarie indígena un enorme territorio para entregarlo a la civilización; sus descendientes lo heredaron para crear en él una civilidad libre, autónoma y progresiva; nosotros, sus herederos, no podemos cumplir su soberano mandato sino manteniendo ese patrimonio consagrado a la causa de la cultura universal, de la vasta asociación de los Estados soberanos en el derecho y la libertad, y bajo el símbolo nacional de la República Argentina, ofreciendo al mundo civilizado un campo irrestringido a la lucha fecunda de todas las ideas, fuerzas y agentes capaces de aumentar los medios de bienestar de la raza humana.

PARTE TERCERA

LA UNIVERSIDAD EN LA ACCION

VIII

ORGANIZACION E IDEALES UNIVERSITARIOS

ORGANIZACION E IDEALES UNIVERSITARIOS *

I

PÁRRAFOS DE INTRODUCCIÓN

Señor González. — Pido la palabra.

Llamaré la atención del Senado para dar explicaciones sobre ciertas versiones y juicios, que han sido pronunciados en circunstancias que podemos llamar especiales, y que afectan el buen servicio, el gobierno y la enseñanza de uno de los institutos superiores de la Nación.

Comprendo el estado de premura en que se halla la Cámara; soy el primero en lamentar esta circunstancia, porque siempre el Senado se ocupa del Presupuesto con esta rapidez, que hace de todo punto de vista imposible fijar la atención sobre ningún problema de importancia; pero no se trata aquí de poner partidas más o menos, sino de dar explicaciones al Senado, para restablecer la verdad de las cosas, alterada, — quiero creer con la mejor intención, y por falta absoluta de información verídica, — en la parte del informe de la Comisión de Presupuesto relativa a las universidades. El Senado sabe ya que el Reglamento ha hecho como una especie de norma constitucional que los asuntos relativos a escuelas, colegios y universidades tienen cierto privilegio entre sus debates; costumbre muy sabia, por otra parte, desde que es el asunto de mayor trascendencia que puede caer bajo su consideración;

* Discurso en el Senado de la Nación, al sostener el presupuesto de la Universidad Nacional de La Plata, el día 21 de diciembre de 1910.

y, para no quitar más tiempo a la Cámara, entro directamente al asunto que me proponía tratar.

En la honorable Cámara de Diputados se ha hecho costumbre de pasar sin mayor detenimiento sobre lo que se llama la ficción parlamentaria, que para mí no es tal ficción, sino una realidad presente, y es una realidad positiva de buena armonía y de cooperación entre las dos cámaras. Se llama ficción parlamentaria, por aquello de que se expresa diciendo, que una Cámara debe ignorar lo que se hace en la otra; esto no es más que una forma de expresión de una verdad sencillamente constitucional, que dice que una Cámara no debe dejar pronunciar en su recinto conceptos y juicios que puedan molestar o incomodar a la otra.

En estos últimos tiempos hemos presenciado transgresiones diversas no sólo de estas ficciones, sino de realidades constitucionales; y una de ellas es la que aparece, por ejemplo, en debates de hace pocos días, en donde, procedimientos de este Cuerpo han sido juzgados en términos en realidad poco parlamentarios, a pesar de la ficción, pero con toda la realidad de las palabras. Digo esto para justificar que yo también me ocuparé de rectificar un documento presentado en la otra Cámara y suscripto por su Comisión de Presupuesto.

Debo también asegurar que no considero, en realidad de verdad, que el informe de la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Diputados, en todos sus detalles, pertenezca a toda la Comisión, por más que una complacencia explicable de los colegas de esa corporación, lleve muchas veces a suscribir sin mayor análisis lo que uno de sus miembros ha proyectado.

Cuando yo me refiero al dictamen de la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Diputados, en la parte que voy a observar, no aludo propiamente a la Comisión, sino al miembro de ella que individualmente ha hecho esa parte del informe; porque es público y notorio que se dividen el trabajo entre ellos, y que cada uno hace su parte con una casi absoluta independencia; por esto, no es una cosa incierta el que yo diga al hablar de la Comisión, que me refiero a una solo de

sus miembros, es decir, al que pública y notoriamente le ha correspondido esa parte del Presupuesto.

Se ha expresado en ese informe juicios cuya pertinencia ha sido discutida, con razón, por la prensa nacional, desde que se ha observado que una Cámara, cualquiera que sea, al tratar el Presupuesto de la Nación, no puede entrar en determinados estudios de carácter orgánico o de carácter científico, para establecer el ordenamiento interno de ciertas instituciones que él comprende. El Presupuesto es una función más matemática que especulativa. Si el Presupuesto hubiera de hacerse en este último concepto, quizá no alcanzaría un año para discutirlo, y no se llegaría seguramente a formar uno definitivo. Por eso las leyes orgánicas, las leyes permanentes que dicta el Congreso, en ejercicio de la Constitución, son tomadas en cuenta en el Presupuesto e incorporadas a él; y aunque se dice que el Presupuesto es la ley de las leyes, no puede ser en el sentido de derogar las que han organizado instituciones destinadas a desarrollarse paralelamente con la organización fundamental del país.

Digo esto para explicar cómo el miembro de la Comisión a que me he referido, que ha escrito las opiniones relativas a las universidades nacionales, ha ido un poco más lejos de la misión que le estaba reservada en su carácter de miembro de una Comisión; y como ha ido más lejos de su verdadera función, es natural que haya cometido errores y haya desvirtuado la verdad real.

El miembro de la Comisión de Presupuesto que ha hablado esas cosas no ha tenido información directa; no ha tenido tiempo de estudiar la organización de la Universidad de La Plata, que es la que con mayor insistencia, censura y crítica, haciendo afirmaciones enteramente destituídas de fundamento, o tomadas de los díceres de la calle, o de simples afirmaciones corrientes de gente que no tiene una educación técnica, una educación especial, en la enseñanza y en la organización de las grandes instituciones; no podía formar sino ese juicio que hace todo pasajero por la calle, que se entre-

tiene en criticar las fachadas de los edificios, cosa que es tan común de todo habitante de una ciudad más o menos grande y populosa; y así hay cosas en nuestro gobierno que tienen el privilegio de ser juzgadas por todo el mundo; pero así como todos podemos respirar el aire que circula y gozar de la luz que nos alumbra, sólo aquellos que han estudiado esa luz y ese aire, que han estudiado esa ciencia, pueden decir qué es esa luz y ese aire que respiramos. En materia de instrucción pública se ha formado una especie de tema para la popularidad. Desde que hace mucho tiempo algunos políticos argentinos enarbolaron la bandera de las escuelas y de la instrucción pública en general, como programa de acción política, muchos otros después, sin mayor seriedad, la han enunciado sin más fin que crearse simpatías o de hacer política; en suma, han corrompido un poco y han desvirtuado la atención del país en lo que tiene esto de fundamental y de serio. Y así, por ejemplo, los que se ocupan de enseñanza, intrínsecamente, corren el peligro de no ser populares; en cambio, aquellos que siguen la corriente del mayor número de la gente que se ocupa de las escuelas, de aumentar sueldos de maestros, de disminuir trabajos y de ofrecerles comodidades, son los que llevan indudablemente el prestigio popular, que es el que generalmente se busca.

Yo no tengo tampoco el propósito de detenerme mayormente a estudiar o a rebatir ese informe, primero porque ya estoy un poco fatigado de esta lucha de odiosidades de todo género, de insidias respecto a esta institución, que, a pesar de todo señor Presidente, lleva un desarrollo vigoroso, fecundo, excesivo para el tiempo que tiene de existencia y para los recursos con que cuenta; y nada tiene de extraño ese crecimiento, porque corresponde a la vitalidad del país y a demostrar esta otra verdad: que todo lo que se haga en materia de enseñanza primaria, secundaria, técnica y superior, todo cabe en el país, porque, precisamente, lo que no se hace es educar; porque todos los millones que se gaste en educar esta democracia, todo eso es bien que se hace a la Patria;

porque lo que estamos viendo todos los días en los asuntos en que debemos intervenir, demuestra que lo que falta es esa educación para el gobierno, educación de la democracia y de la clase superior llamada a dirigir los intereses colectivos.

II

MÁS UNIVERSIDADES, MÁS CULTURA

Está demostrando el crecimiento de esta joven Universidad, que el país reclama estas instituciones, y yo pienso que todavía hacen falta más universidades. En los Estados Unidos hay más de 500 institutos superiores; y a esto sin duda se debe que los Estados Unidos hayan llegado a desarrollar tan gran influencia en el mundo civilizado; se debe a que allí no se escatima dinero para estos objetos, no se censura, ni se pone trabas al desarrollo de instituciones docentes ni a la cultura general del país; porque, señor Presidente, sólo en un país donde haya resabios de barbarie se puede dar el caso inaudito de que haya espíritus científicos, cultivados, que dejan trasparentar un sentimiento hostil a las instituciones de enseñanza. Esto se ha visto con demasiada evidencia desde que esa institución fué establecida. Yo he tenido por sistema callar y callar constantemente, porque he querido que los hechos demostraran lo que es difícil probar con palabras.

En nuestro país se tiene la costumbre de atribuirlo todo a divergencias personales, a enemistades. Nada de eso existe para mí; sólo me anima una pasión noble, a la cual he consagrado mi vida entera, y puedo afirmar que hoy y mañana no tengo más misión que promover la cultura de mi país; todas las demás cuestiones me son secundarias e indiferentes, porque estoy convencido de que todos nuestros males, errores, defectos, desastres, vienen de la educación insuficiente; y ocurre, como en la vida humana, que, para desarrollarse, necesita de la higiene física, que en lo moral e intelectual viene a ser la cultura, la educación.

Por eso digo que no me arredra la crítica, ni lo que puedan decir respecto del sentimiento que anima mis palabras. Lo digo con la convicción más serena e impersonal.

Se ha querido disminuir el valor real de los hechos al afirmar que la Universidad Nacional de La Plata era una continuación de la de la Provincia. Esto es y no es verdad.

En cuanto a la antigua Universidad provincial contaba con 25 alumnos de derecho y con unos pocos de ingeniería y de farmacia: esto era toda la Universidad provincial. Muy noble institución, creada con el mejor espíritu y el más alto patriotismo, pero que no alcanzó a tomar incremento, debido a sus escasos recursos, y a la falta de reconocimiento y validez nacional de sus títulos y a otras causas temporarias.

La Universidad Nacional, en la época en que fué establecida, fué concebida sobre un plan más vasto. Existía en la ciudad de La Plata un grupo de institutos magníficos de experimentación científica, como el Observatorio Astronómico, el Museo, la Facultad de Agronomía y Veterinaria y la Biblioteca Pública de la Provincia, una de las más ricas en elementos históricos que existen en el país. Todo esto era ignorado de la mayor parte; y sobre esas bases fué creada la Universidad, cuyo pensamiento fundamental era imprimir movimiento docente a aquellas instituciones que llevaban una vida penosa, estática, sin producir para el país todo lo que de ellas podía y debía esperarse. Porque, ¿qué beneficio puede producir un Museo abierto en los días de fiesta para un público que no entiende nada de museos, que, ignorante e iletrado, circula por las galerías, viendo fósiles, viendo miembros dispersos, fragmentarios, de seres antediluvianos?

Por lo tanto, el verdadero pensamiento era que, tanto el Observatorio como la Biblioteca y el Museo, que formaban una pesada carga para la Provincia de Buenos Aires, que no los podía sostener, se convirtiesen en instituciones útiles para la cultura de la Nación; y esto es lo que se ha conseguido con lá creación de la Universidad Nacional de La Plata, agregándole, como es natural, para completar su organismo, to-

dos aquellos conocimientos que, en forma de facultad, escuela superior, media o inferior, se enseñan para realizar la integridad de una Universidad, como es su definición y como se exige en todas partes.

En Inglaterra, cuando este pensamiento se ejecutaba aquí, se ponía en práctica en siete u ocho universidades, y la Universidad de Londres especialmente se formó con el mismo procedimiento, o sea con la agregación, la infusión, diré así, de vida docente en una serie de entidades aisladas e inorgánicas que había en aquella ciudad; y así se convirtió la antigua Universidad de examen en una verdadera Universidad docente.

Suprimiré muchas observaciones en honor de la brevedad; pero debo decir que esta Universidad es en realidad lo que sus autoridades han dicho, comprometiendo su opinión ante la opinión del país; que ella está regida por gente que se ha formado en las otras universidades nacionales, o sea una cantidad considerable de los hombres más cultos, más eruditos, más ilustrados del país, que son honra y prestigio de la enseñanza pública argentina. Estos son sus profesores y sus administradores, y no es posible suponer que cincuenta o sesenta personas de esta entidad moral e intelectual hagan aseveraciones falsas.

¿Con qué propósitos podrían hacerlo? No puede sino un espíritu prevenido imaginar e imputarles sentimientos tan injustos.

III

LA UNIVERSIDAD MODERNA

La Universidad es una institución moderna, no porque haga poco tiempo que se haya fundado, sino moderna por la organización y espíritu que reina en ella, por el elemento que la forma; y esta es una de las aseveraciones que más impresionan a la gente poco informada en estas materias, o sea la

que dice que contiene escuelas secundarias, escuelas de orden inferior, y que, por tanto, el elemento universitario propiamente dicho es insignificante.

La Universidad moderna es la que realiza la integridad de conocimientos en forma posible con relación a los recursos y población del país, y no se puede hacer una entidad universitaria integral sin comprender todos los ciclos de la enseñanza; con lo cual se realiza un problema patriótico, como es el de dar unidad y armonía moral a la enseñanza, lo que falta en absoluto en la actualidad, en que la Universidad se compone del aluvión heterogéneo y disperso de todos los colegios y escuelas públicas y privadas que existen en la República, los cuales, al exigir a la Universidad el complemento de su preparación, vienen a destruir lo mejor de sus energías.

Entonces, pues, las universidades verdaderas, las actuales, de tipo moderno en Europa como en América, se han propuesto el mismo sistema adoptado en La Plata. Desde el principio, las escuelas primarias y secundarias, elementales, técnicas, incorporadas, a la vez que realizan su propio fin, sirven para experimentación de las altas escuelas en los distintos ramos que forman una organización completa. En ese sentido, la Universidad de La Plata, que sigue la fórmula de Cornell, comprende los altos estudios y prepara para las carreras, debiendo abarcar una serie de escuelas inferiores, que es a lo que, por mi parte, doy la mayor importancia, porque eso es lo que da la materia prima para llegar a un tipo superior. Esto, naturalmente, no lo han hecho las universidades viejas, no digo las de aquí, pero ni las de Europa, ni las de ninguna parte.

Entonces, pues, para comprender lo que es este organismo, es necesario darse cuenta de todo este pensamiento y llegar a ofrecer la posibilidad de realizar la aspiración de Cornell, que expresaba su idea diciendo: "Quiero una universidad donde toda persona pueda obtener todo conocimiento". Entonces, por el sistema cerrado que rige a nuestras universidades, sistema oficial de reglamentos y de restricciones, no

pueden entrar a ellas sino aquellos que llevan los certificados que exigen.

Bien, pues; una Universidad no puede ser eso; una Universidad tiene que ser una casa donde se enseñe a todo el mundo, donde todo hombre que desee saber tenga una puerta abierta; y esto es lo que la Universidad de La Plata aspira a realizar en el porvenir, y en lo posible. Ahora, la generalización de estos propósitos se puede cumplir multiplicando las escuelas inferiores, de modo que sean tantas puertas abiertas como escuelas hay, consiguiendo así fundir en lo posible un tipo general y armónico de cultura nacional. Será en vano que gastemos millones, si no realizamos esto que es un ideal de civilización: la cultura nacional general.

IV

CORRELACIÓN Y COOPERACIÓN

Entretanto, y con el sentimiento de los que sinceramente amamos estos ideales, lo cierto es que las universidades nacionales argentinas presentan los fenómenos de un sistema completamente contrario; y las consecuencias son que, faltos de ese tipo nacional, nos vemos en la política, en la imposibilidad absoluta de organizar partidos, porque los partidos orgánicos no se pueden hacer sino cuando se armonizan las ideas y las aspiraciones. No sé cómo vamos a llegar a acercarnos siquiera al tipo de carácter nacional.

En cambio, nuestra historia nos ofrece tres ejemplos que no dejaré de citar, porque son a mi juicio, decisivos. Las veces que el país ha podido presentar tipos característicos, han salido de institutos en donde se ha realizado una comunidad de vida, de acción docente y de cultura, como en el Colegio de Monserrat, en Córdoba, en el Colegio de San Carlos, de Buenos Aires, y en el del Uruguay, de los cuales hemos visto, y nadie lo duda que yo sepa, salir generaciones de hombres que han impreso en la historia su sello moral y de cultura.

De los colegios de Monserrat y de San Carlos salieron las generaciones de 1810, que tanto hicieron por la libertad hasta los últimos días que precedieron a la dictadura.

Las universidades de Buenos Aires y Córdoba reemplazan esa acción hasta 1853 y 1862, en que el Colegio del Uruguay, fundado por Urquiza, se incorpora a esa labor en la época moderna. Entonces, si la historia nos demuestra que la ley de armonía, cohesión y vida común es lo que hace los núcleos fuertes y fundadores indestructibles de la nacionalidad ¿por qué hemos de buscar en otras partes los ejemplos, si los tenemos en nosotros mismos?

La vida argentina ha sido anárquica desde el año 10 hasta ahora, y las grandes evoluciones históricas que han destruído otras épocas de mayor disolución, se han debido a movimientos de armonía, y esto se puede probar con toda precisión. Esto no ha de surgir de una enseñanza dispersa y anárquica; es necesario darle unidad; y para ello es necesario, pues, armonizar todos los grados de la enseñanza, correlacionándolos; y por eso, cuando se habla de correlación de estudios, se entiende uno de los problemas más grandes de nuestra enseñanza, y al cual no se le ha prestado atención, precisamente, porque es grande; y en esta Universidad existe el sistema de correlación, al cual el autor de la parte correspondiente del informe de la Comisión de Presupuesto de la otra Cámara le atribuye un móvil mezquino.

La correlación de estudios en una Universidad entre sus distintas facultades, no sólo quiere decir economía de sueldos, de catedráticos y demás gastos, ni tampoco quiere decir, como afirma el mismo autor del informe de esa parte del Presupuesto, que es una máscara para ocultar indigencia de estudiantes. Bien; pasemos de largo por ante esta generosa imputación, para afirmar que la correlación de estudios entre las distintas facultades, escuelas y universidades de la Nación, significa en su finalidad armonizar el desarrollo de las aptitudes nacionales, llevarlas a un fin más o menos común o general, de manera de acercarnos a la formación de un tipo

genérico de cultura argentina; y dentro de la vida universitaria significa formar un núcleo, para que de esa manera todos los estudiantes de distintas carreras y direcciones en la vida posterior, se junten estrechamente en distintos laboratorios, clases y actos públicos, fraternizando, como que son estudiantes comunes de una sola escuela, en suma, hermanos de una sola labor; y esto pasa en todas las universidades europeas, en las inglesas, en las celebérrimas de Oxford y Cambridge, en las de Bélgica, Alemania y Estados Unidos, que dan esos núcleos sociales y políticos, tan unidos, tan indisolubles y tan fuertes en la vida ulterior, que afrontan las mayores calamidades nacionales con entereza y heroísmo, de que son prueba los grandes ejemplos contemporáneos de la historia; y en nuestro país, en los pocos ensayos transitorios de esta clase, que he citado ya, nos ha dado los tres únicos ciclos de nuestra historia que hemos podido presentar ante el mundo: un movimiento de simpatía colectiva y de unión en un solo ideal patriótico, cuando hemos realizado así grandes cosas para nosotros, como es la Independencia contra España, y la libertad contra viejos rencores; y cuando hemos salvado al país de la anarquía que amenazaba hundirlo de modo irreparable, y el esfuerzo que vino a organizar definitivamente a la República con su sistema institucional actual.

En cambio, señor Presidente, en el informe a que me refiero se habla de rivalidades entre las universidades. ¡Es natural, rivalidades! Ese es el pensamiento antiguo, ese es el residuo colonial, esa es la rutina, esa es la escuela del odio que ha perturbado y ensombrecido nuestra historia, y ha ensangrentado y retardado en un siglo el desarrollo de nuestra cultura y civilización, que otras naciones del continente, con menos condiciones generales para ello, han alcanzado primero que nosotros.

Se pronuncia, pues, la palabra amarga, la palabra funesta en nuestro país. ¡Rivalidades entre universidades! Pero ¿puede concebirse una cosa más monstruosa, señor Presidente? ¿Puede haber rivalidades entre tres instituciones que tra-

bajan por la misma causa? Es natural que se pongan tantas universidades porque no es posible que una sola eduque toda la Nación. Es una sola dividida en tres cuerpos, y si fueran más serían bienvenidas, señor Presidente, porque todas ellas repartirán esta labor de enseñanza de las clases superiores, la formación de su cultura inmediata, más próxima, más rápida, que la que se elabora desde la escuela primaria. La Universidad ataca el mal de frente, puesto que enseña las cosas positivas y las ciencias concretas, que el hombre debe saber para desenvolverse en la vida.

Lejos de hablar de rivalidades, debemos hablar de otras cosas más altas: debemos hacer cooperación, armonía entre el trabajo de unos y otros; y, en vez de cerrar la puerta con espíritu rencoroso y hostil a los estudiantes de otras universidades, inventando restricciones, creando dificultades para aceptarlos en sus aulas, debería facilitársela, abriendo el aula, porque es para todos, porque es el aula argentina, y el que enseña derecho constitucional aquí debe poder enseñarlo a los alumnos que estudien en Córdoba, en La Plata, o en Santa Fe. ¿Quién va a alterar los lineamientos o contenidos de la ciencia? ¿No es la misma química, no es la misma higiene, no es el mismo derecho civil el que se enseña en todas partes? ¿Por qué la Universidad de Buenos Aires ha de creer que la Universidad de Córdoba ha de enseñar menos derecho civil, menos derecho penal, menos química, y le ha de dar a la física una importancia menor de la que en realidad tiene?

He ahí el resultado de los falsos conceptos rutinarios y desconfiados, geniales entre nosotros, y que emanan de la falta de unidad y armonía en los procedimientos educativos.

V

NOVEDADES Y DIFERENCIAS

Además, se ha dicho que esta Universidad no se diferencia en nada de las otras; y el que tal cosa ha dicho no co-

noce la Universidad de La Plata, y aparenta ignorar, en primer término, lo que él debe saber, y es que todos los conocimientos humanos son los mismos en todas partes.

Las diferencias son otras: pueden ser de medios de aplicación, de método, etcétera, pero no es mi ánimo entrar en los elementos diferenciales de esta Universidad con las otras, porque tal examen me llevaría lejos.

Debo decir, sin embargo, que la diferencia es real y efectiva en cuanto a organización, porque aquélla es integral y gradual en su desarrollo, y las otras no tienen este carácter; sin que esto importe una censura, absolutamente, sino porque así se han organizado, y se han hecho y cumplen su misión en esa forma.

Pero esto no es una novedad: es como si un agricultor que tiene necesidad de experimentar cultivos nuevos en su jardín o huerto, en vez de matar los árboles existentes, planta otros en diferentes sitios para criarlos en un ambiente nuevo. Eso es lo que se hace en el método verdaderamente experimental.

Cuando se trató de organizar y dar forma a esta Universidad, se ha tenido en cuenta el consejo tan sintético de Lord Roseberry, que decía, hablando de las universidades inglesas: "Se necesita más positivismo en las abstracciones antiguas; se necesita un poco más de experiencia en las humanidades." Esto es lo que hemos tratado de hacer, sin que esto importe tampoco desconocer lo grandioso y lo fecundo que realizan las demás universidades. Quiere decir que, mientras más grande sea ese desarrollo, mejor para el país, más halago para el patriotismo. Y yo soy el primero en reconocerlo, y lo he declarado desde el primer discurso público que pronuncié como Presidente de esta Universidad —pero nada se escucha en el desierto, y cuando se tiene el propósito de no escuchar, mucho menos—, las primeras palabras que he pronunciado en público como Presidente de la Universidad han sido éstas: "Esta Universidad se honra en declarar que es hija, que es producto, que es continuación modesta y experimental de

las dos grandes universidades maternas: Córdoba y Buenos Aires; en las que se ha formado su autor, en las que ha trabajado como alumno y como profesor, y sería desnaturalizarme yo mismo si desconociese esa gran influencia fundamental que ha labrado mi inteligencia y formado mi carácter”.

No hablemos, señor, de rivalidades, porque esta es una cosa inaudita, es un sentimiento funesto que desearía ver desaparecer para siempre de nuestro país. Y por eso hemos tratado de introducir cosas nuevas, nacidas de la experiencia y del estudio de la enseñanza superior, procurando corregir los defectos, las faltas más esenciales, para el porvenir; y así hemos tratado de realizar muchas ideas que no están en el plan de las universidades antiguas, y que han sido reconocidas por grandes autoridades europeas y americanas, quienes con más benevolencia que nosotros mismos, nos han estimulado y nos han ayudado a implantarlas; porque los profesores extranjeros que oportunamente llegaron a nuestro país, han prestado — con esa generosidad que solamente en los países de alta cultura existe — esa cooperación tan benévola, tan amable y tan fecunda para todos los hombres del mundo, con que han venido a declararse nuestros compañeros de trabajo; ellos han sido nuestros consejeros, y nos han dado fórmulas para realizar todo este organismo. Y así, uno de ellos, que expresaba al Comisionado de Educación de los Estados Unidos las impresiones de sus viajes por la República Argentina y Chile, habla de este problema. Y me voy a permitir citar unas breves frases suyas. Dice en su informe: “La ausencia de coordinación y cooperación entre las diversas facultades ha sido una de las deficiencias fundamentales en el desarrollo de la influencia universitaria de la República Argentina. Con el fin de remediar este defecto se adoptó un sistema distinto en la organización de la Universidad Nacional de La Plata, establecida sólo hace cuatro años. Se ha tomado como modelo la organización universitaria norteamericana para esta nueva institución. En vez de hacer del presidente o rector una mera figura decorativa, allí ha sido investido de poderes de super-

vigilancia sobre las facultades. El resultado ha sido una unidad de los esfuerzos universitarios que no habían alcanzado hasta ahora las otras más antiguas”.

Efectivamente, esto es así, aunque no en la medida que lo hemos pensado nosotros, y creo, con gran satisfacción, que esta iniciativa ha servido a las otras universidades. Nuestras iniciativas, que no son mías, — porque si lo fueran, no hablaría en esta forma, — son iniciativas de todo el cuerpo de profesores, entre los que hay argentinos y extranjeros, y nos han llevado a este resultado.

VI

ARGUMENTOS DIVERSOS: LO CUANTITATIVO Y LO CUALITATIVO

Se dice también que el número de alumnos es insuficiente; y este es el más pobre de los argumentos en esta materia, porque hoy precisamente la tendencia es disminuir el número de alumnos, porque es sabido que una enseñanza personal tiene que ser de influencia directa y continua, y ésta no se puede realizar con centenares de alumnos en las clases. Y de éste nace otro mal: el charlatanismo del profesor, que tiene el prurito de los discursos, que desvía el alma de la juventud hablando con el sentimiento de las clases populares, tratando de encauzarla en determinadas corrientes, buscando la popularidad; y esa declamación es el veneno más mortal que se puede infiltrar en el alma de los jóvenes, inoculado y difundido por el profesor que va a hacerse aplaudir, buscando efectos de retórica y despreciando la exposición seria y metódica de la ciencia.

Y esta enseñanza no puede darse en clases de numerosos alumnos, y mucho menos en las ciencias experimentales, en que hay que manejar instrumentos, que, por lo común, el alumno sólo toma por casualidad. El alumno sale así mal educado, o, lo que es peor, medio educado; pues, como se sabe, hay un aforismo que dice que es más peligrosa la media

educación que la no educación; porque los medio educados son más susceptibles a todas las malas influencias y sugestiones, mientras que el no educado, es por lo general, una conciencia honesta y sincera, y aunque de cortos alcances, no presenta los peligros del otro.

Con las clases numerosas y con esos profesores no se consigue sino esas conferencias huecas, sin mayor estudio ni provecho; en que las disertaciones se escuchan por un oído y salen por el otro, porque es sabido que esa clase de lecciones son las más de las veces de puro espectáculo.

Se ha dicho alguna vez que esta Universidad no respondía a los gastos que ocasionaba y que era muy inferior en ese sentido a la de Buenos Aires. Cosa, por otra parte muy natural, pues el número de alumnos que asiste a una Universidad en una ciudad de 1.300.000 habitantes, no puede compararse con el de otra de 100.000. Yo no sé cuál sea preferible. Las calles de Buenos Aires son halagadoras al patriotismo, muestran el crecimiento y la civilización nacional, pero alguien dijo que la civilización no es cultura; y hay casos de ciudades americanas que son más cultas que las nuestras, aunque nosotros seamos más civilizados. Es preferible hacer cultura, pues la civilización se forma por sí misma, mientras que la cultura es el producto del trabajo intensivo, es la labor intelectual en cada cerebro, en cada alma, en cada organismo.

Para no molestar más la atención de la Cámara, me limitaré sólo a informar que una de las reformas fundamentales consiste en reducir el número de alumnos por clase en todas sus escuelas e institutos, empezando por la escuela primaria, que es la semilla, diré así, de todo su organismo, siguiendo por el colegio secundario, que no tiene más que treinta alumnos por clase, y terminando con la escuela superior o facultad, en la que sólo se admite cincuenta alumnos, número que no se ha podido reducir por falta de recursos para establecer todas las cátedras que el régimen exige.

Así, pues, lejos de ser motivo de censura el que esta Universidad no tenga sus clases desbordantes de alumnos, este es

su mayor mérito y la mayor probabilidad de éxito de los profesores, porque pueden ver trabajar al alumno, trabajar junto con ellos, conversar con ellos en la clase, que es el gran sistema de educación, y no el de los discursos recitados de memoria o no meditados. Este es el verdadero sistema de enseñanza y el que mejor controla la bondad del maestro, porque el maestro que no sabe no puede seguir con un alumno que lo contrapesa día tras día; y por eso los malos profesores prefieren las clases numerosas; porque no temen la pregunta, la terrible pregunta del alumno para el profesor insuficiente; y, para evitar este daño, y para conseguir una enseñanza más intensiva, hemos limitado el número de alumnos por clase y establecido el examen obligatorio en la misma.

Otra de las características de esta Universidad es el amplio campo que ha ofrecido a la educación femenina; y esta tendencia no ha sido provocada, sino que ha nacido por sí sola, pues en la ciudad de La Plata se produce un fenómeno que halaga el patriotismo nacional, que es el que esta ciudad presente el índice superior de cultura de la República: allí el noventa y cinco por ciento de la juventud concurre a las escuelas y a la Universidad, lo que habla en favor de su espíritu de progreso, y permite esperar que dentro de no muchos años sea la ciudad de La Plata uno de los centros más intensos de educación en la República, por la suma de labor que en ese sentido se realiza.

Contribuyendo a este resultado, la Nación habría pagado una deuda histórica, devolviendo así a la Provincia de Buenos Aires la capital que ella le cedió para integrar el organismo constitucional de la República. Y como cabeza quiere decir también idea y pensamiento, crear universidades y escuelas es completar el concepto capital.

Se ha dicho, señor Presidente, en ese informe, que en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata no se presta la atención debida por los profesores; que la tal correlación no existe, — “la correlación tan recomendada en realidad sólo ofrece la ventaja

de que deja vivir a ciertos profesores”, o algo así. De modo, pues, que todos estos altos ideales de educación intensiva, de enseñanza fundamental, que constituyen el objetivo de las universidades modernas en Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, nosotros los sustituimos para disculpar la existencia de cátedras sin objeto. Si lo hiciéramos así, tendríamos que solicitar constantemente del Congreso recursos para sostener tantas cátedras como materias comunes se requiere en cada facultad; y nuestra correlación consiste en eso, en reunir a los alumnos que estudian una misma rama de las distintas facultades, realizando así la unión y formando el espíritu de los jóvenes en esto que significa, al fin, fraternidad política, social y cívica.

Pero esto no se comprende todavía, y las escuelas que siguen estos rumbos ahora, preparando el porvenir, acabarán por ser reconocidas en sus servicios.

El señor Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata, que es uno de los hombres más reputados y de mayor autoridad en estas materias, el doctor Rivarola, dice estas palabras: “La Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales no se ha propuesto nunca entrar en competencia con ninguna otra; pero tampoco es una imitación, ni continuación de ninguna otra. Convencida de que la enseñanza presenta muchos problemas aún no resueltos, ha tomado una orientación propia en la que procura continuar la educación de la mente en la seriedad de la investigación y en la sinceridad de la expresión. No asegura que lo haya conseguido, pero es su ideal. Lamentaría siempre que un alumno suyo asegurara pública o privadamente haber hecho una investigación prolija sin que esto fuera verdad”.

Esta referencia la traigo también, porque en una publicación mal inspirada de la ciudad de Córdoba, con el propósito de defender a su Universidad de igual modo atacada, en vez de defenderla nos ataca a nosotros, como si nosotros tuviéramos la culpa de su propio mal.

Bueno; se ha llegado a hacer afirmaciones verdaderamente calumniosas: a decir que en la Universidad de La Plata un alumno, en un año, se ha examinado de quince materias y fué aprobado. Estas son sencillamente calumnias e infamias que no merecen tomarse en cuenta.

En cuanto al crecimiento cuantitativo de la Universidad, para justificar las palabras que he dicho, de que lleva un desarrollo superior a sus fuerzas económicas, debo referir, contando todo su organismo, escuelas superiores e inferiores, que desde el principio ha ido en esta progresión, más o menos: de mil doce el primer año, mil setecientos el segundo, mil novecientos el tercero, dos mil doscientos y tantos en la actualidad.

Y comparando la progresión del crecimiento estudiantil con otras universidades europeas y americanas, no ocupa ésta el décimo lugar, ni comparada con las similares, por ejemplo, de Australia, a las que más se parece, porque hay fenómenos curiosos en este orden, en el cual los organismos más distintos y lejanos se desarrollan en un estrecho paralelismo. Esto ocurre en la vida general de la República Argentina y Australia, y entre sus instituciones universitarias, las cuales llegan a asemejarse de una manera sorprendente, y ocurre también con algunas de los Estados Unidos.

De manera que podemos estar satisfechos, por su desarrollo en el sentido de que el vulgo le atribuye como significativo de importancia, es decir, tantos alumnos, tanto vale. No; para mí es otro: tanta intensidad tiene la enseñanza, tanto vale; porque el número de alumnos no dice nada, y de la intensidad pueden resultar los sabios y las lumbreras que de siglo en siglo señalan el camino de las naciones. No es con número de alumnos que se hacen los Pasteur, los Edison, los Kelvin, los Roux, los Curie, los Marconi, los Erhlich, sino con los siglos de investigaciones intensivas, y labrando con método en el cerebro de las generaciones: así es como se llega a esos productos únicos, superiores que se llaman guías luminosas, que orientan de siglo en siglo a la humanidad. Entonces ¿se puede censurar que se gaste millones cuando se los

debe gastar en desarrollar la cultura intensiva del país, que es la fuerza, el porvenir y lo invencible?

Se ha criticado también que allí no residen los profesores, en la sede de la Universidad. ¿Qué necesidad hay de ello? En primer lugar, esto es falso, porque el 80 por ciento de los profesores residen allá, y los que no residen, son tales competencias del foro nacional y de la judicatura y ciencias, que la Universidad se hace un honor en contarlos entre su personal docente, aunque no puedan residir allí. Además de que no es un argumento ese de residir en Buenos Aires o La Plata, por cuanto se puede viajar hasta seis veces por día, pues hay sólo una hora de distancia, y no se puede afirmar que el profesor carezca de tiempo para conversar con el alumno una hora más.

Para justificar, por último, los fondos que a la Universidad de La Plata ha dado siempre con generosidad la Nación, y que en nombre del país ha agradecido siempre, diré que la producción intelectual de la Universidad de La Plata, obra de sus profesores y alumnos, puede mostrarse en forma de bibliografía efectiva; pues están ahí los volúmenes publicados, que representan una labor que otras universidades no han producido en tres siglos, sencillamente porque no se han orientado en el sentido de la producción intelectual; porque el sistema de esas universidades llamadas viejas es no investigar individualmente, no trabajar en el laboratorio y en la biblioteca; y este es un sistema moderno, que el profesor, al mismo tiempo que enseña, investiga los principios fundamentales de la ciencia para progresar él mismo, hacer avanzar su enseñanza y desarrollar el mejor sistema permanente en el país.

VII

¿CUESTIÓN DE PATRIOTISMO?

No hay que alarmarnos por esto. El que se diga que no hay muchos alumnos en las clases, es la más vulgar y retró-

grada de las afirmaciones; y los grandes profesores que hemos tenido nosotros en las dos universidades, — porque con gran satisfacción he visto hermanarse en este sentido a algunas de sus facultades hasta el punto de tener profesores comunes, — nos han estimulado en la idea de formar un núcleo reducido de estudiantes que no excediese de un número razonable, de doce, decía Posada, de veinte, a lo sumo, Altamira.

Esto se llama saber, esto es ser profesor moderno, y no nosotros, que somos siempre estudiantes; porque no debemos olvidar que no hemos vivido en esta materia, como en política, sino medio siglo. ¿Qué podemos nosotros saber? ¿qué puede pretender nuestro vano patriotismo en esta materia, con relación a esas naciones cuyas universidades cuentan algunas ocho siglos, y las que menos tres siglos de existencia y evolución científica?

¿Hay desdoro para nuestro patriotismo, en decir que necesitamos profesores europeos que vengan a enseñarnos a hablar, que vengan a decirnos cómo se trabaja en la ciencia? Y así, cuando se dice en la calle ¿qué nos han traído de nuevo Ferri y Clemenceau? ¡Pero, señor, qué nos van a decir, si han escrito sus libros y nos hemos alimentado con ellos! Pero lo nuevo, son ellos mismos, que nos vienen a mostrar cómo hay hombres que trabajan el día entero y que no se quejan por el aumento del horario, que trabajan por el amor a la ciencia, porque esa es una bandera universal, es una bandera de cultura, y no una simple frase irónica.

Yo pido, señor Presidente, mil perdones por esta digresión, pero yo tenía ésto, hace mucho, dentro de mí. He sentido hondamente la gratuita ofensa, de quien no tiene derecho para hacerla, ni razón alguna para expresar juicios de esta naturaleza, cuando se sabe, por más que algunos pretenden hacerse los ignorantes a este respecto, que hay hombres en el país, — entre los cuales, y resueltamente lo declaro, tengo derecho a contarme — que no tenemos más fortuna, ni más ambición, ni más preocupación en la vida que este gé-

nero de satisfacciones, si puede ofrecerlas, la consagración por el porvenir del país, por la enseñanza, por la cultura de nuestros conciudadanos, para hacer algún día posible este gobierno tan difícil que nos hemos dado, este gobierno para cuya realización se necesita precisamente lo más difícil de conseguir: la mayor cultura nacional posible.

Los que nos hemos desprendido de todas nuestras ambiciones de goce y de fortuna, y nos hemos dedicado a ésto exclusivamente, merecemos, siquiera, el honor de que se nos crea; y de que, cuando enunciamos una necesidad, enunciamos un pensamiento, una impresión, son nacidos de un hondo convencimiento y de un profundo amor patrio, y de una solidaridad en los esfuerzos que queremos dejar legada a nuestros hijos, a nuestros descendientes; para ver si alguna vez este país cura radicalmente los males originarios, que después de un largo estudio de nuestra historia, que publiqué con motivo del Centenario, no he vacilado en definir y formular en ésta proposición: que todos los períodos de retroceso de nuestra historia coinciden con aquellos en que el odio y las enemistades entre personas y círculos han sido la fuerza dominante; y las grandes soluciones históricas han procedido siempre de los tres únicos instantes en que el sentimiento nacional ha coincidido dentro de sí mismo; en que ha habido acercamiento y fraternidad entre los hombres directivos; en que se ha depuesto los odios y se ha ido a buscar una solución común. ¿Entonces, si nuestra historia nos dice todo eso, por qué estamos ahondando los odios, las divergencias y los agravios? ¿Por qué nos empeñamos en malograr con palabras irreparables, con intenciones destructoras y disolventes la labor realizada durante tantas décadas de sacrificios y de esfuerzos? Hay en esto algo de lo que pasa al agricultor, que después de trabajar años tras años su quinta o su chacra, vienen las plagas, las sequías o los indios, y le incendian y destruyen todo el fruto de sus continuas fatigas.

Es bueno, pues, reaccionar ya sobre esto y volver atrás,

procurando tomar el hilo de una labor más productiva y uniforme.

Y, finalmente, señor Presidente, no diré que es un argumento, pero es una satisfacción para la Cámara y para el Congreso argentino, que con toda generosidad ha ayudado a esta Universidad a desenvolverse en medio de tantas zozobras y dificultades de todo género, que las más reputadas autoridades científicas del mundo han fijado sobre ella su atención, han publicado juicios en la prensa universal y han encontrado este pensamiento bueno, digno de protección y digno de estímulo. Creen que allí se está haciendo una obra útil para la ciencia y la cultura de nuestro país y de la América.

Citaré un solo caso, por su particular valor demostrativo, el de la República de Colombia, en donde un ilustrado diputado, que ha sido huésped de la República Argentina, ministro plenipotenciario en varias repúblicas, vuelto a incorporar al parlamento de su país, ha presentado un proyecto de organización de la Universidad Nacional de Colombia, exactamente sobre las bases de la Universidad de La Plata; y lo declara así en la nota final, diciendo que es el mejor modelo que puede ofrecer como tema de estudios y de imitación para su propio país. No digo yo que esto es un motivo de satisfacción personal y de orgullo para mí, pues yo nada soy en el caso. Es para el país, porque de afuera se ve el conjunto; porque los extraños no conocen nuestras pequeñas rencillas; ellos no ven sino Nación Argentina, y no hablan de esta institución universitaria sino como una nueva manifestación de su cultura y su progreso.

Muchos otros autores y ejemplos podría invocar, en los cuales se revela el buen juicio que ha merecido en los altos círculos intelectuales del extranjero, esta joven Universidad, la que, acaso, tenga entre sus mayores defectos el no poder prescindir todavía de la persona que fué la obrera de su primera hora, y la cual, por razones muy superiores a las que inspiran el airado informe de la Comisión de la Cámara de

Diputados, cree aún asunto de intenso deber patriótico no abandonar un sitio de trabajo y de rudo combate. Y sólo por esto, y para volver por los fueros de la verdad injustamente atacados, me he permitido ocupar tanto tiempo la atención del Senado, por lo que le pido la más sincera disculpa.

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

IX

EL COLEGIO DE LA PATRIA: INTERNADO MODERNO

EL COLEGIO DE LA PATRIA: INTERNADO MODERNO *

Señoras: Señores:

El más bello homenaje que podemos tributar a la Patria en el primer siglo de su aparición a la vida independiente, es dedicarle una casa de estudios que por su sistema general, sus métodos de enseñanza y su espíritu educativo, sea digna de constituir “un hogar nacional de ciencia y de virtud”, como tuve la ocasión y la rara fortuna de poder anunciaros hace cinco años, cuando en este mismo sitio, en nombre de un ilustre Presidente y gran ciudadano, colocaba la primera piedra, — la piedra simbólica de las construcciones ideales, — sobre la cual se ha levantado este vasto núcleo de edificios bajo cuyo techo nos hallamos reunidos.

Puede imaginarse cuáles sean el linaje y la intensidad de la emoción que en este instante embarga toda mi persona, si se recuerda lo que tantas veces he dicho a los oídos de la Nación entera, desde esta serena tribuna escolar de La Plata, esto es, que la creación de un colegio secundario de tipo nuevo, a base de internado abierto y tutorial y en íntima conexión con la Universidad, era un anhelo definitivo de mi carrera pública y de mi corazón de argentino; y más aún, se penetrará en mi pensamiento de este día, cuando se pudiera comprender el género de lucha, la índole de las resistencias y el lote de sinsabores que ha costado el llegar a la hora presente. Pero es propio de los servicios públicos el

* Discurso en la inauguración del curso universitario de 1910, en La Plata, y de los nuevos edificios del Colegio de la Universidad, el 11 de mayo de 1910.

prestarlos por lo que ellos valen y deben producir en beneficio de todos, aunque el alma del que los ejecuta deba caer rendida o gemir bajo el peso de la tarea, sin lugar a una protesta, sin derecho a un momento de reposo, sin poder siquiera modificar el itinerario previo.

La obra está concluída, en sus líneas fundamentales, y por mucho que falte aún para poder decir que nada más necesita, lo esencial de su labor puede realizarse en ella, y los obreros abnegados por su ideal humano y patriótico, que la han tomado sobre sí, han emprendido la alta misión con fe inquebrantable y con certera visión del porvenir. Saben todos ellos que en este nuevo templo erigido a los inmortales conceptos de la Ciencia y de la Patria, tienen campo fecundo para una labor efectiva de creación y modelación de caracteres y de fuerzas, sobre las cuales una y otra entidad se alzarán con gloria indiscutible en tiempos venideros, por haber aportado a la interminable colmena de la humana cultura, sus más ricas mieles y sus más firmes pilares.

No he de reproducir aquí la descripción del sistema sobre el cual se funda la nueva institución, por más que, como dice un agudo escritor de nuestra raza, a la edad mía, todos los escritores vivimos casi de reproducciones; pero no puedo olvidar que en estos días respiramos con el espíritu el aire, el ambiente ideal de la augusta generación de Mayo, y es justo que pensemos en ella, y veamos qué relaciones guarda nuestro sueño educativo con el sueño generador que alzó sus corazones y los templó para la gesta sublime. ¿Qué aliento moral animó sus energías en aquella época de vejaciones, despotismos y monopolios de toda especie, que así pudieron concebir una Patria liberal y republicana, en las puertas mismas de una monarquía absoluta, y cerrada a toda esperanza de libertad?

Alguna vez referí en público la anécdota, tomada a la historia inglesa, de aquel ministro de la reina Isabel, que ante el reproche de su soberana por haber establecido un colegio de principios revolucionarios, contestó en la forma insu-

perable de la parábola: —“Yo no he hecho más que plantar una bellota, que cuando sea encina, ya veremos los frutos que dará”. Y bien, los peregrinos de la Nueva Inglaterra, expatriados durante las aciagas proscripciones religiosas del siglo XVII, habían estudiado en las aulas de aquel colegio silencioso, y los frutos de la encina, a los dos siglos de plantada, fueron la Revolución Americana de 1774 y la Constitución de Filadelfia, y la nación de sangre inglesa que acaba de anunciar al mundo que alberga en su seno noventa millones de hombres libres. Sueño portentoso y lejano del ministro de Isabel de Inglaterra, convertido en magnífica realidad ¿por qué no había de renovarse en la tierra argentina, prometiendo convertir en la misma grandiosa verdad la visión de los pensadores de Mayo, que sembraban escuelas como victorias al paso de sus armas, y que en los graves claustros de Monserrat y de San Carlos, incubaron, entre dogmatismos y ritualidades escuetas y estériles, una resurrección, un génesis, con la sola semilla del amor y la amistad, cultivados en la sencilla vida del colegio, reflejo del hogar lejano de Provincia, representación del hogar futuro de la Patria libertada?

Pienso con el doctor Vicente Fidel López, cuando atribuye al espíritu de la educación que germinaba en aquellas casas venerables, el alto nivel moral de los hombres de la Revolución, aunque no entre a definir los factores específicos que engendraban las dos virtudes substanciales de esa cultura, — la honestidad y el sacrificio por la Patria. Lo que se pone en la cuenta exclusiva de los estudios clásicos, de poetas, oradores e historiadores latinos, yo lo hago compartir por igual, con otro elemento invisible, y acaso incalculado, que vivificaba todo el conjunto, — y era la sola *vida colegiada*, la vida en común, de hogar, de reclusión, de estudio continuado, de disciplina moral y mental, en una edad de la vida en que las pasiones, los instintos, las veleidades, las rebeliones, aparecen en las naturalezas juveniles, y en las cuales los sistemas educativos pueden sembrar en la seguridad de que brotarán en ellas con rapidez y vigor toda clase de gérmenes, así los

que cimenten una sociedad sobre bases firmes de cohesión y solidaridad, como los que la envenenen y enfermen desde su cuna, y sólo hubieran de dejar frutos de discordia y disolución, vicios y desvíos, de lento y a veces de imposible remedio.

Nuestros contemporáneos, hijos intelectuales de su tiempo, es decir, descendientes inmediatos de una época de desorden, de demoliciones, de ensayos, de inestabilidad e inseguridad en la política de la enseñanza, suelen alzar el grito contra todo internado oficial, y aun predecir sin examen su desastre, porque los asedia la idea rutinaria de las degeneraciones del tipo penitenciario, en hora feliz extinguido; y es que ignoran las condiciones del nuevo modelo científico, auspiciado por sabios maestros de la higiene didáctica, y consagrados por irrefutables experiencias y brillantes resultados universales: y guiados de su nativa, genial y apriorística desconfianza de nuestro carácter por toda iniciativa, empresa o esfuerzo de nuestros compatriotas o convecinos, pronuncian *ex-cathedra* su condena o su burla, y como el asno de cualquier fábula, tiran coces con los ojos cerrados, sin que haya poder humano que los haga volver la cara, para ver si existe o no el objeto de sus iras.

El sistema ideado por la Universidad de La Plata para el régimen de sus estudios secundarios, se funda en una triple labor concurrente, simultánea y consubstancial; su correlación constructiva con el ciclo primario y el superior, les asegura una cohesión y una armonía esenciales, que da unidad indestructible al tipo moral que ellos modelan e instruyen; el hogar tutorial, de intensa elaboración afectiva en su propio núcleo y en relación con el de afuera, en corriente continua de influencias y reacciones, crea el vínculo imperecedero de la solidaridad social, porque la ha fundido en el alma de toda una generación; y ese sentimiento es fuerza, es cemento, es impulso, que agrega cada día nuevas moléculas, las adhiere y solidifica y les imprime movimiento de vida, como un organismo autónomo; y por fin, la vida física, de la habitación higiénica, del alimento sano y suficiente, el ejercicio, la

contemplación al aire libre, en medio de los encantos de la naturaleza y en presencia de las líneas sugerentes de una arquitectura interior, severa, sencilla y elegante, todo en discreta y racional combinación con la vida mental del estudio, realiza la definitiva integración de la personalidad, en su indivisible concepto de lo ideal y lo material, que es inevitable síntesis de la más amplia entidad de la Nación. Esta es también una grande alma, en indisoluble compenetración con un cuerpo colectivo en un territorio que es su dominio, que es su imperio, que es el espacio de su expansión futura.

• No haya temor de que en el ambiente en que vivimos sean posibles las restauraciones anacrónicas de los elementos dogmáticos, ni de los degenerativos del antiguo tipo de internado que he llamado penitenciario, porque no los hará viables el espíritu del tiempo nuevo; sólo sobrevivirá de aquél lo que había en su esencia de eterno e inmutable, y es la virtud educativa que surgía del contacto de las inteligencias y los corazones, en una labor y en una contemplación compartida, con el lejano e informe ideal de un destino común. Es el caso del hogar donde la unión proviene del conocimiento y contrapeso recíprocos de las virtudes y defectos de todos, padres e hijos; es el caso del taller, en el cual la gota de sudor del obrero sella un punto más la solidaridad del que vierte la suya a su lado, y en que, la sonrisa de triunfo de la labor cumplida, anima y renueva la energía del que en el puesto vecino, busca la misma victoria y la misma alegría interior. Es la comunidad de ideales patrióticos que en Córdoba y Buenos Aires, casi sin hilo conductor, casi sin noticias de uno a otro colegio, inspiró el arranque de José María Paz y encendió los entusiasmos de Castelli, Dorrego, deán Funes, Rivadavia, Moreno, Labardén, tribunos, estadistas y guerreros, en la arena revolucionaria, patriarcas sin tacha en los hogares y comunas del interior, donde cada uno es columna y tronco de una familia patricia, de esas que formaron el temple cívico en que se afirmó el ciclo de la guerra, y la levadura inagotable en que se forjaron los mártires desde la barbarie y la tiranía, y en que

se renovaron sin extinguir el primitivo núcleo, para que la Patria resurgiese como de un sueño de treinta años, desde el alba de Caseros.

Sobre el espíritu de la generación patricia, mantenido incorruptible o incontaminado en el sagrado tabernáculo de la familia primitiva, la ciencia y la cultura nuevas, alimentadas de todas las avenidas del mundo, están levantando un nuevo templo ideal: es el de la nación del porvenir, donde acaben de quemarse sobre el ara encendida de los sacrificios simbólicos, los vicios, los errores, las pasiones y los odios que, como en el gigantesco poema del cantor del fuego, impidieron que la nave zarpase orgullosa y gallarda a la conquista de los mares. Fanatismos sombríos y tiranías sangrientas que amamantaron las nacientes comunidades americanas, rencores, ambiciones y concupiscencias iniciales y congénitas, apenas vencidos por el soberbio *sursum corda* de Mayo, vuelven a agarrar y devorar su presa, cuando apenas apagados los ecos de las últimas dianas de las victorias, la hidra, la loba "malvagia e ria", de la discordia y el odio de facción, reaparece encarnizada en las furias sanguinarias, en las hordas nómades, en las milicias sublevadas, en los ejércitos desmoralizados, en las altas clases contaminadas, en los espíritus instruidos, que durante las tres décadas de la anarquía argentina, parecieron aniquilar, desbaratar e inmolar a su insaciable ferocidad toda la conquista de la magna epopeya libertadora.

Del estudio más razonado y científico de nuestra historia, que he realizado en estos últimos tiempos, con el más profundo y sincero amor de la Patria y de la Verdad, he deducido la ley, que creo irrefutable y tan sencilla como un axioma, de que todas las desgracias, los desastres, las tiranías, las derrotas, los crímenes, las desmembraciones territoriales y los retardos incompensables, en nuestra vida de un siglo, son hijos exclusivos de las discordias personales y de círculos, de familias y de partidos, y de la ambición desmedida y enfermiza de predominio y de mando, adueñada de las más altas cabezas y de los más sólidos prestigios milita-

res y civiles; y en cambio, para eterna lección de los hombres y los pueblos, en nuestro mismo escenario resplandece la ley contraria: la de la concordia y el amor, la armonía y la cooperación patrióticas, salvando en dos momentos supremos y únicos el patrimonio moral y material de la República, del horrible naufragio del pasado.

El ideal de la educación argentina del presente y del mañana está señalado por esa sencilla conclusión histórica: derribar, extinguir los últimos restos de la funesta discordia y ambición, y alzar en su sitio los altares del nuevo culto, el del amor, el de la solidaridad fraternal, el de la amistad prolífica y de la ayuda recíproca, entre los hijos de la misma Patria, como artífices de la misma obra, como autores del mismo destino; porque una enseñanza inarmónica, incoherente, discontinua, vacilante, incompleta, desatentada, indisciplinada, desorientada, sólo logrará disgregar y disociar los espíritus y enfriar los corazones, y restaurar con mayor saña si cabe, el reinado de los viejos odios que sumieron a la Patria en la sangre y en la ignorancia desde 1820 a 1851.

Y bien, en nuestra misma historia, ya que se suele vituperar la frecuencia de los ejemplos extraños, está señalada la ruta de la rehabilitación. Si ignorancia y odio fueron las causas de nuestros dolores y desastres, levantemos templos al saber y al amor; si vicio y corrupción fueron los frutos de aquellas tristes épocas pasadas, fundemos escuelas en las cuales se cultive en almas infantiles y juveniles las virtudes esenciales, la bondad y la honestidad, que por sí solas pueden cimentar un imperio. Si la ambición y el poder fueron móviles que perturbaron tantos caracteres superiores y echaron en la senda del crimen a tantos nobles corazones, propongámonos los ejemplos de la abnegación, del desinterés y del sacrificio por los semejantes, por los compatriotas, por el ideal político superior, como San Martín, como Belgrano, como Wáshington...

Pero, yo no me proponía en este acto penetrar en un campo de racionios tan hondos, si bien la sugestión irresist-

tible de los recuerdos me ha conducido por ese camino. No puedo ya desandar mis pasos. Ahí queda la expresión espontánea de mi anhelo y de mi sentir, evocados por la significación social y patriótica del acontecimiento que aquí nos congrega. El nuevo colegio, nacido del seno cálido y palpitante de la Universidad, trae, sin duda, su misma alma y su misma sangre; y si él ha de concurrir a realizar su parte de la misión conjunta del instituto materno, habrá de dirigirse su mayor esfuerzo hacia la corrección y saneamiento de los pasados errores; debe tener en cuenta que toda aula, escuela, colegio o universidad, abiertos bajo el cielo de la Patria, debe como condición de vida, labrar su trozo de piedra del monumento que la raza humana, bajo todos los climas y bajo la égida de todas las patrias, erigen a la civilización, sobre el triple cimiento de la sabiduría, la virtud y la libertad. Y en cuanto a nuestro medio nacional, esa obligación se renueva ahora, cuando vamos saliendo de la zona del peligro, y vislumbrando en el nuevo siglo de nuestra independencia las ópimas promesas que la gran familia de las naciones nos hace, en cambio de una conducta laboriosa, honesta e inspirada en los más altos ideales de la humana cultura.

No basta ser ricos, productores y comerciantes, hasta el grado de causar asombro con el volumen cuantitativo de nuestras estadísticas. Esa no es la única fuerza que hace invencibles a las naciones. Los fenicios nunca fueron más que tributarios de la grandeza ajena, e inconscientes súbditos de la civilización griega y romana. Alejandría no fué más que una flor decadente brotada en los canales del Nilo, ofrecida en prueba de amor a las dos señoras del mundo; Grecia se disuelve como un sueño de belleza en las dulzuras ideales de su mar y de su cielo azules; y Roma, al fin, en la embriaguez de su gloria política, se desmorona sobre el frágil basamento que sólo la fuerza y la corrupción construyeron. Ningún propósito exclusivo es bastante para sostener el destino de un pueblo; y mucho menos ahora que en los grandes tiempos antiguos. La vida contemporánea, construída sobre

las experiencias, escombros y cualidades de las generaciones anteriores, exige una prolija labor de correlación y armonía entre los puros ideales y el imperio de las fuerzas físicas. Por eso la educación moderna, de base científica, es integral, de idealidad, inteligencia y salud, y la prueba secular de las sociedades triunfantes favorece a aquellos que se han educado en este fecundo sistema.

Ya conoce la opinión argentina, si mis palabras han llegado hasta ella, lo que pienso del estado presente de la conciencia nacional: no es sólo mi modo de ver los problemas morales de la época, porque otros observadores extraños y más serenos lo han señalado con timidez y cortesía. Existe un elemento invisible, pero efectivo, que trabaja por sembrar en el alma de la sociedad, la semilla de la más intensa desunión y discordia substancial entre sus elementos más íntimos: discordia individual y colectiva en todo sentido, en la apreciación de los hechos y funciones más elementales de la vida común, de la política, de los problemas patrióticos, de los ideales morales, de las relaciones más simples, de las acciones más corrientes: la indisciplina y la desobediencia en todos los órdenes y jerarquías, comenzando por desquiciar las bases de la familia, de la escuela, del taller, sube a las altas esferas del orden gubernativo, y amenaza hasta esa región universalmente intangible, del patriotismo, en que todas las voluntades y los sentimientos suelen armonizarse por propia atracción defensiva. La benevolencia natural entre los hombres, la consideración y tolerancia necesarias entre compatriotas, la recíproca ayuda, solidaridad y estímulo entre amigos, compañeros y correligionarios, van siendo una rara cualidad, o van desapareciendo a la vista del observador o del educador, y amenazan con su peligro disolvente toda labor, toda iniciativa, todo sacrificio altruista y toda consagración honesta al bien público.

No olvidaré jamás el simbolismo conmovedor de la encina plantada por el rey Eduardo VII, —cuya reciente desaparición lloran con sombría pena sus inmensos dominios,— en

los patios del colegio histórico de Rugby, después de marcar a sus estudiantes su misión como ciudadanos de un gran imperio: fué aquél el símbolo de una nueva era iniciada sobre la vida antigua, el del culto de las cualidades morales que hicieron del pueblo inglés la invencible potencia espiritual y política de la época: y esas eran la lealtad, la amistad, el compañerismo, el culto de las virtudes de las generaciones anteriores, y el de los maestros —atributos que han hecho de los colegios ingleses, en el mundo, los más placenteros lugares de educación y de estudio.

Si nosotros no podemos aspirar a esta lejana gloria, podemos consolarnos en nuestra pobreza histórica, con los buenos ejemplos de los tres célebres internados que hemos mantenido en otro tiempo: el de Córdoba, el que fundara Vértiz y restauró Rivadavia, y el que, sobre las ruinas de la tiranía levantó Urquiza en el Uruguay, como la iniciación de la era contemporánea, de reconstrucción social y política en las almas, después de consumada en la guerra. Si las generaciones de 1810, 1816 y 1853, vinculadas a la vida intensa de aquellos tres colegios memorables, dejaron en la evolución argentina tan profunda huella mental y política, es fuerza reconocer que la nación de mañana puede esperar mejores frutos del sistema, perfeccionado, saneado y fortalecido con los ricos elementos que le prestan la ciencia, la cultura y los métodos nuevos, que agregarán a su gran virtud educativa originaria, los poderosos auxilios de una nutrición y asimilación mentales mil veces más intensas que en aquellas épocas.

La Universidad de La Plata, cuyo espíritu y misión están expresados en su lema de *Scientia et Patria*, es la única que realiza en una vasta región del mundo, la idea integral de los tres grandes ciclos de estudios, en estrecha correlación y armonía; y en Sud América, la sola institución de alta cultura que haya logrado crear e iniciar con éxito sorprendente desde luego, el régimen residencial para adolescentes, que constituye el éxito principal de los celebrados

modelos ingleses y norteamericanos, fragua de caracteres y virtudes inquebrantables, cuna de generaciones invencibles en el trabajo y en la ciencia, y focos de saber y virtudes que se convierten en patrimonio común del género humano. La mayor gloria de esta Universidad, y honra de la ciudad que la alberga y alienta con su noble y valiente estímulo, en medio de la ardua lucha que debe mantener contra sus enemigos naturales —la ignorancia y el prejuicio—, será el poder ofrecer a la Patria en plazo no lejano, una generación de hombres de honor, saber y probidad acrisolados e indiscutibles, capaces de asumir la representación de su raza y de su nacionalidad, en las más altas y difíciles contiendas a que la civilización los llame en su época y en su expansión geográfica, y de poder reclamar para ella el título inmarcesible de haber mantenido y engrandecido el timbre glorioso de la generación augusta a la cual debe su libertad y soberanía indisputable la Nación Argentina.

Señoras; Señores: La Universidad de La Plata, que sigue una marcha de sorprendente prosperidad y expansión docente y científica, bajo los auspicios de la sociedad y de los poderes de la Nación y la Provincia, ha honrado el aniversario patriótico en la forma que ha juzgado más digna de los manes inmortales del pasado: con la mayor suma de labor posible, con mayor ensanche de sus aulas y materiales de estudio, y con la inauguración de este magno Colegio, llamado por la virtud intrínseca del sistema, a imprimir rumbos definitivos a la incierta ruta de la enseñanza media en la República; y si los ideales que lo alientan pueden desenvolverse sin obstáculos en el porvenir, asegurará también que sabrá retribuir en frutos magníficos de la más aquilatada cultura, los sacrificios que impone su mantenimiento, la confianza que en él depositan las familias y la sociedad entera, y los nobilísimos esfuerzos de los maestros y educadores que son su alma y su voluntad y su energía.

X

**LA CATEDRA DE LITERATURA ITALIANA
“DANTE”**

LA CATEDRA DE LITERATURA ITALIANA "DANTE" *

Señoras: Señores:

En el desarrollo del plan universitario de La Plata, fundado sobre bases científicas y animado por el mismo espíritu de la ciencia, la creación de la Sección de Letras, Historia y Filosofía vino a coronar el edificio con su genuina arquitectura: el estudio de las literaturas que más íntima relación guardan con la propia y con el genio de la raza. El curso libre de literatura francesa con su exponente Molière, y el de la italiana con el supremo tipo de perfección en Dante, constituyen una expansión natural del programa facultativo, al cual completan e ilustran con los esplendores del pensamiento de dos pueblos luminares de nuestra cultura latina.

Hija, la nuestra, del caudal desbordante de la lengua materna, sus afinidades de sangre, sus armonías innatas de expresión y forma, con las otras dos, se comunican a nuestro oído sus acentos, se adivinan sus ocultos sentidos, y se leen en sus relieves los secretos irrevelados del alma popular que los cultiva. Al estudiar nosotros esos idiomas y compenetrarnos con su tradición hablada y escrita, en los cánones luminosos de sus prosistas y poetas, venimos como a difundir más luz en el medio ambiente en que la propia lengua, con su

* Discurso en su inauguración, pronunciado en la Universidad Nacional de La Plata. Lo publicamos en la forma en que lo dejó su autor, después de haberle tachado algunas palabras en la edición original (1912). — *N. del E.*

historia, se cultiva y se fortalece, y a vigorizar sus seculares raíces con el limo de otras tierras hermanas.

Al comenzar la vida operosa de la nueva Universidad, con su conjunto en apariencia confuso de ciencias concretas y de experiencias de laboratorios y museos, se creyó, acaso con demasiada prisa e impaciencia, que iba a echar raíces aquí una enseñanza de estrechas especialidades y de exclusivos tecnicismos. Pero el día llegó en que la flor de escultura comenzó a dejar ver el pensamiento del arte en medio de sus bloques de piedra, cuando los muros, los pilares y las bóvedas permitiesen afirmar el pedestal inconmovible de las ciencias positivas, para que pudiesen levantarse y perpetuarse sobre ellas las ideas y las formas de la belleza, esto es, para que asomase y mostrase el impulso de su vuelo, el alma etérea de la vasta fábrica.

Si la universidad es en todo país el trasunto de su cultura, ella debe contener todo cuanto haya de calificarla, transformarla y depurarla; y si agudos escritores de otras naciones antiguas señalan los defectos de su educación con patriótica y cruda verdad, ¿cómo no habremos de señalar los de la nuestra, hecha a saltos y a reveses, en el breve transcurso de un siglo? Uno de esos espíritus, de los más originales y penetrantes, decía hace seis años en la Universidad de Turín, que “era necesario estar ciego para no ver los males que siguen a las conquistas de la inteligencia y de la acción civilizadora de nuestro tiempo: impulsos multiformes y crecientes, incertidumbre e inestabilidad en las direcciones; dispersión y disipación de energías; la ciencia contra el sentimiento y la conciencia y los valores económicos contra los valores morales; los intereses prácticos contra los intereses ideales, el trabajo adiestrado para desconfiar del pensamiento; una vida inarmónica, afanosa, incoherente, y al mismo tiempo pletórica y vacua... Si alguien inquiera cuál sea el alma de esta civilización, no podrá tener respuesta satisfactoria. Y si no tiene esa alma que la informe y la gobierne, no podrá durar mucho tiempo”.

De dos fuentes principales surge el conocimiento y la difusión del alma de las sociedades humanas en la moderna vida civilizada: de una remota y universal, que es el estudio de las ciencias de la naturaleza física del universo y de otra más inmediata, que es la historia de las ideas de la humanidad a través de las literaturas y de las artes, que en todo tiempo expresaron la esencia de su vida inmateral y las formas visibles de sus conceptos superiores e ideales. La ciencia alimenta y enriquece sin cesar las facultades mentales, fortalece sus alas y sus músculos para las ascensiones y las vastas peregrinaciones por los espacios abstractos; y la poesía, como las aves viajeras, debe bajar de tiempo en tiempo a reposar o abrevarse al borde de la fuente de la ciencia —*fons scientiarum*— para continuar en nuevas y más largas jornadas.

Ciencia es también todo eso, y más aún la que consigue determinar el punto de coincidencia de la realidad y la idealidad; la que unifica y armoniza en una sola dirección la verdad positiva y la belleza ideal, reuniendo al fin estas dos eternas viajeras que erraron por el mundo buscándose siempre sin encontrarse jamás. La pura imaginación con sus luminosidades ingénitas, alumbró por largos intervalos el oscuro espacio de todas las investigaciones, pero no comenzó a ser una guía eficiente sino cuando la ciencia le prestó sus alas musculosas y le encendió las antorchas en los senderos extraviados. Así, el estudio de las literaturas seculares de las grandes razas, que han condensado los ideales humanos y las más bellas concepciones y formas de la idea y de los afectos imperecederos que alientan la vida, es una parte esencial de la misión universitaria, si ella ha de realizar la educación del espíritu de los pueblos para sus multiformes destinos.

Si es verdad que en el concepto ilimitado de *universidad* se comprende el deber de “adquirir todo el saber y de difundirlo de nuevo”, enriquecido y perfeccionado, lo es también que para realizarlo, debe ella misma formarse un alma, que viva adentro, afuera y por encima de los moldes

disciplinarios, para que ningún espíritu deje de volar en ella por falta de libertad, ninguna grande idea deje de germinar por falta de calor, y ninguna fuerza creadora deje de expandirse y crecer por falta de espacio y de apoyo; para que no deje de manifestarse en su seno la más amplia difusión del genio humano, ya que al decir de Arturo Graf “todo verdadero sabio, como todo grande artista es un violentador, un conquistador, un creador”, y que según la ley deducida por Ostwald, “los escolares excepcionalmente bien dotados —es decir, según su tesis, los futuros grandes hombres—, jamás se hallaron satisfechos de lo que les ofrecía la enseñanza ordinaria.”

La Universidad moderna, la científica en el propio sentido del término, ha de contener los medios de crear el ambiente para la formación de los grandes espíritus; para el cultivo de los sentimientos directivos y conservadores de los vínculos humanos más esenciales; para que el amor de la verdad y de su investigación perpetua no desfallezca ni se enfríe ante los inevitables reveses de la prueba. La ciencia como generadora única de ese espíritu de verdad, y la literatura y el arte como fuentes de energía y entusiasmo para erigirle un culto en las formas más puras de la belleza, serán, pues, las dos direcciones fundamentales de toda enseñanza fecunda. Y “enseñar quiere decir amar, amar lo que se enseña y amar a quien se enseña. Aquel que, desprovisto de amor y de entusiasmo, pretenda enseñar, no enseñará cosa alguna: y aquel que crea que una universidad pueda ser limitada a desempeñar su oficio solo a fuerza de estatutos, reglamentos y repliegues administrativos, estará en un grande error. La universidad debe tener un alma que la haga vivir, y esa alma debe ser forjada de ciencia, de ilustración y de amor”.

Esta casa de estudios, al colocar al lado de la literatura materna y nacional, las dos brillantes congéneres que guardan como ella tan preciosos tesoros de pensamiento y de belleza, ha querido no sólo acercarse a la idea integral que

la define, sino poner en comunicación el alma de sus discípulos y de su pueblo, con el alma luminosa de aquellos ingenios que les dieron lustre y fuerza inextinguibles, legando a la humanidad contemporánea, para que ella la transmita a su vez a la futura, el patrimonio de sus bellezas y de sus grandezas, de manera que nunca decaiga ni se apague la antorcha de la cultura espiritual del mundo. La Italia ha guardado, como heredera directa y dueña del solar primitivo de los venerables troncos ancestrales, el fuego vivo del sacro culto de la belleza antigua, en su idioma clásico y en el "dolce stil nuovo" que había de alzarse con todos los honores de la realeza en los tercetos triunfales de la *Divina Commedia*, los que, al fijar en el inmenso poema sus formas gloriosas, forjaban ya en el yunque ciclópeo de la trilogía, el idioma y el alma de una nación futura, una e indisoluble.

El nombre de Dante con que este curso libre de literatura italiana se bautiza, es así una representación irreemplazable, del momento de mayor culminación de la gloria de una literatura, por la potencia del genio que la ilumina y la sustenta. Y por mucho que la crítica y el comentario hayan dado ya su sentido histórico y moral a todas las estrofas del divino libro, me ocurre a mí también decir cómo el nombre de Dante expresa el ideal universitario más alto, el del último grado de perfección del espíritu, afinado por el estudio y el culto de la belleza pura y eterna. En el fondo de toda su creación, y como luz directiva en la tenebrosa como en la brillante etapa de su viaje ideal, arde una llama de amor humano, nunca superado en los tiempos, alimentada de sabiduría, de belleza, de virtud, de heroísmo, de religiosidad, de idealidad y de justicia; amor supremo que vive en región más alta que las pasiones y las leyes de la vida misma, y con tal irradiación de bondad y de gracia que aun alumbra y unge con el óleo del perdón y de la piedad a los más feroces y bárbaros impulsos de las muchedumbres pecadoras; belleza y sabiduría, gracia y fuerza, genio y beatitud, en unidad indisoluble en la más pura región del alma, como en un cri-

sol de metales fundidos, se identifican para crear el amor supremo, hecho de todos los amores, y que el poeta compara sólo al amor divino que creó la vida y los infinitos seres en que ella se difunde y eterniza. Sólo una naturaleza perfecta, depurada por el fuego de todos los dolores y de todos los sacrificios y abnegaciones, puede mantener en perpetua actividad un amor humano sin objetivo material, sin esperanza de recompensa terrena, y alimentado sólo por la pasión del ideal y del purísimo concepto ético, forjado en la contemplación interior del tipo de belleza nacido en la mente del genio.

Uno de los más recientes biógrafos de Dante, analista sutil de toda su obra y su vida, resume en algo como un canto su juicio, diciendo que “él ha sido grande por la imaginación y el sentimiento, por la poesía y por la ciencia, por el pensamiento y por la acción; ha vivido con la misma plenitud en el ideal y en la realidad. No ha ignorado ninguna de las formas del arte, y en algunas ha superado con sin igual maestría. Ha conocido la sublime embriaguez de las ideas, el inefable esplendor de las visiones místicas y todos los encantos de la belleza. Su vida convulsiva y trágica, su heroísmo en el sufrimiento, la nobleza de sus amores, la fuerza de sus pasiones, aun las durezas de su alma altiva, magnifican todavía su grandeza. No es sólo el intérprete de su época, el aeda y el corifeo del mundo medioeval: es uno de los testimonios más expresivos de la potencia de su raza y un magnífico ejemplar de la naturaleza humana”. ¿Y qué más definición de lo perfecto en Dante, que la de otro espíritu considerado a su vez como el más perfecto de su raza y de su tiempo, y que como un sol ilumina a otro sol a largas distancias siderales, envía desde el siglo XIX este rayo de luz sobre la frente del coloso de Florencia? “Pienso, —dice el autor de *Las piedras de Venecia* y de *Las siete lámparas de la arquitectura*—, que el hombre central de todo el mundo, como representación del equilibrio perfecto de todas las,

facultades imaginativas, morales e intelectuales, todas ellas en su más alta culminación, es Dante”.

Señores: Me he dejado llevar, lo confieso, por el encanto y el atractivo irresistibles del nombre dado al curso de literatura italiana, que hoy se inaugura en las aulas universitarias de La Plata; y es mi mayor deber expresar la confianza que abrigo, en que el profesor sabrá, con su erudición literaria y el calor de alma con que tratará asuntos tan caros a su inteligencia y a su patriotismo, transmitir a sus oyentes y a sus alumnos las vibraciones de su propio espíritu, el estímulo de su propia emoción, sin los cuales es acaso imposible percibir ni desentrañar la belleza de la obra de arte. Tendrá, así, además, el privilegio no pequeño de ser el primero que en estas aulas argentinas venga, no a hacernos oír el inimitable ritmo de la lengua en que D'Annunzio hace vibrar las pasiones de sus héroes atormentados, y desfilar la pompa o las arideces trágicas de sus teatros sanguiñosos —pues ya la cálida elocuencia de Ferri y la fría y serena palabra de Ferrero las bautizaron en hora feliz para nosotros—, sino de establecer una corriente directa entre el pensamiento literario de la nueva y antigua Italia, con las inteligencias juveniles de esta masa estudiantil argentina, educada en un medio penetrado del acento y propicio al halago del bello lenguaje en que el “sí” resuena con encanto más dulce que en otro alguno, y el cual, desde Dante hasta D'Annunzio, adormeció con sus dulzuras y atronó el espacio con las más épicas resonancias. Ellos, y la Universidad que sin ellos no existe porque lleva su alma y su impulso de vivir, oirán la confianza de los poetas y las revelaciones de sus pensadores, y acrecentarán así, con esa savia nobilísima, el poder de intensidad y de expansión, de rejuvenecimiento y transformación progresiva, de estas nuestra lengua y literatura castellanas, ansiosas de trasladar a sus arcones antiguos las ricas arenas de oro y de limo virgen, que fecundan las tierras opulentas de la América, conquistada por el espíritu que un día vibró en su letra, a veces flexible y cortante como

lámina de acero, y a veces rígida y breve como voces de combate.

En el momento en que el señor Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas va a daros la posesión de vuestra cátedra en la joven Universidad rioplatense, me complazco en saludar en vuestra persona a las maestras respetables y sapientísimas, las universidades de Italia, que junto con el admirable legado literario que ellas acrecientan y embellecen cada día con nuevos prestigios contribuyen a la mayor expansión y gloria de la cultura contemporánea, con las más excelsas producciones de la ciencia, para el mayor bienestar de la raza humana y prestigio legítimo de su propia nacionalidad.

XI

**LA CIENCIA POLITICA EUROPEA:
SU DIFUSION EN AMERICA**

LA CIENCIA POLITICA EUROPEA: SU DIFUSION EN AMERICA

I

EL PROFESOR D. ADOLFO POSADA*

Excmo. señor Gobernador;

Señoras; señores:

Cumple hoy la Universidad la promesa que hiciera hace menos de un año, cuando nos despedíamos del profesor don Rafael Altamira, de presentar a su público de alumnos y de amigos, la eminente personalidad de don Adolfo Posada, cuya ciencia es familiar en la República por sus obras, y que ahora nos la ofrecerá bajo el prestigio magistral de su palabra. Y es uno de nuestros motivos más íntimos de complacencia, que sea por la puerta del Río de la Plata que él entre triunfador en América, y que sea por las aulas de esta libre institución, que él se ponga en contacto con el mundo científico de esta misma América, que tanto ha contribuído a formar con su labor no superada. No es menor satisfacción para nuestra alma de universitarios argentinos, la de que sea un maestro español de Oviedo y de Madrid, el que venga a afirmar la corriente ya iniciada por otros ilustres predecesores suyos —en la historia, la sociología, la didáctica, las ciencias jurídicas y biológicas—, entre la alta ciencia europea y la nueva y vigorosa que retoña en América,

* Discurso en el acto público de su recepción en la Universidad Nacional de La Plata, el 20 de junio de 1910.

alimentada por los ricos jugos de una naturaleza virgen para la observación y el análisis.

Hasta ahora, la ciencia política, como todas las que tienen en el espíritu del hombre, — individuo o multitud, — su centro y campo de acción, se ha fundado y desenvuelto sobre construcciones sistemáticas, artificiales o abstractas, y ha pretendido levantar edificios indestructibles y deducir leyes eternas, con la sola fuerza de una lógica verbal. La historia no era otra cosa que una narración de sucesos destinados a corroborar las fórmulas preestablecidas, de escuelas y sistemas o doctrinas idealistas, a las cuales los acontecimientos de la vida humana debían amoldarse y tras de cuyo prisma únicamente debía verlos la posteridad. Ha sido la obra de las ciencias de observación, de la ciencia natural en su más amplio dominio, puesta en correlación con las que estudian o exponen los hechos sociales y políticos, este descubrimiento tan fecundo, en cuya virtud la vida del hombre asociado en comunidad de familia, de trabajo o de gobierno, puede ser estudiada bajo los mismos principios directivos, por los mismos métodos analíticos y experimentales que la de los demás organismos, que hasta hace poco eran del exclusivo resorte de las ciencias, que casi llamaríamos ocultas, por lo aisladas, y que se denominan físicas y naturales.

Si la felicidad real del hombre ha de consistir en la armonía permanente entre su naturaleza progresiva, y las formas externas que adopta para desarrollarse en los diversos órdenes en que el fenómeno social ha aparecido en la naturaleza, la ciencia que se ocupe de aquélla ha de buscar por fuerza sus elementos en las fuentes originarias de toda vida orgánica. Así sólo parece posible llamar *ciencia* a la política, y esperar de ella resultados útiles, leyes fundamentales y determinantes y direcciones certeras para el futuro. Lo existente, como capital doctrinal en esta materia, tiene, sin duda, el valor histórico de lo que la humanidad ha creído y construído en ella, y la *ciencia* será la necesaria para analizar, clasificar y destruir todo lo inconsistente y lo convencional. Lo

demás es *arte*, es creación intelectual, es invención autoritaria, para obligar a los núcleos humanos a violentar las leyes propias de su naturaleza física y experimental, y constituir un tipo de vida como el que vive hasta ahora descentrado, inarmónico, artificioso, y en cuyo fondo la revolución se agita constantemente, como si la voz de la naturaleza y de la verdad científica anduviese sin cesar reclamando sus derechos anteriores y superiores a todos los demás.

La nueva ciencia social y política contiene, sin duda, el secreto de todas las agitaciones, cada día más intensas, de la vida contemporánea. Ella informa las instituciones civiles, penales y administrativas, y encierra la llave de los errores de nuestros códigos consagrados, y los métodos para corregirlos y reemplazarlos sin estrépitos ni violencias. Si los conceptos de libertad, igualdad, justicia y soberanía, que hasta hoy cimentan todo organismo social o político, pueden ser modificados en substancia y formas, — y es tan fácil probar que esto es posible, — un estudio de la ciencia social y política desde estos nuevos puntos de vista, aparece como una necesidad imperiosa de los tiempos presentes. Cada día se complica más la vida, por causa de estas hondas desarmonías entre el fenómeno real y la fórmula autoritaria que pretende regularlo; fuerzas antes desconocidas asoman a resistir o a impulsar el movimiento colectivo; desaparecen seculares prestigios que eran por sí mismos sanciones inapelables, y este formidable poder del Estado, constituido sobre inveterados conceptos de obediencia y renunciaciones individuales, se transforma también y exhibe síntomas de disolución atómica, en las bases que lo sustentan. El bien más grande que la humanidad reportará de la ciencia, aplicada al estudio de sus instituciones, será, pues, la fundación de una era de armonía y de orden permanente; y al fin, será la realización de ese anhelo eterno de justicia, que clama en el fondo de todas las conciencias desde el principio de las edades.

Ningún autor moderno puede decirse mejor ni más informado respecto de los caracteres, materiales y métodos de

la nueva ciencia social y política, que el ilustre huésped que hoy recibimos en nuestras aulas. Su labor en ella es inmensa; y no se limita al imperio de la lengua castellana, sino que ha ido a llevar su concurso a más vastos dominios. Surgido de una escuela benemérita de profundas orientaciones en España y en Europa, y en cuyas cátedras se inmortalizaran nombres como los de Giner, Azcárate, Salmerón, Costa, no tardó en asumir la magnitud de estos astros, en convertirse en conductor de luz de afuera hacia adentro, por la incorporación del saber extranjero al caudal nacional, y de adentro hacia afuera por la producción asombrosa de la propia labor, que devolvía en sazón el fruto importado. La idea sustentada por Leopoldo Alas en su magnífico prólogo al libro de González Serrano sobre Goethe, es un programa de regeneración, positiva para la cultura española: los Pirineos intelectuales son mil veces más perniciosos que los de granito; éstos ya no resisten al pico o al explosivo, que hacen pasar las locomotoras por los cortes o los túneles; y aquéllos suelen impedir todavía el paso de la idea nueva, obligarla a describir una curva de siglos, durante los cuales el progreso humano tarda en llegar a su ineludible destino, y aún rechazarla agresivos y siniestros, para mantener impasibles la clausura y el aislamiento.

Una de las formas más amables, y a la vez más fecundas, que esta escuela ha adoptado, coincidiendo con una íntima aspiración nuestra, es ésta de la cooperación de sus maestros en la tarea modesta, pero firme y animosa, que realizamos los universitarios de América; porque España nos trae el concurso de sus mejores maestros, para reanudar por el pensamiento y el afecto lazos nunca rotos, aunque desacatados un día transitoria y necesariamente; y en cambio, estas sociedades americanas, nacidas de su seno y de sus energías de otro tiempo, le ofrecen provechosas observaciones, sugerencias profundas y prospectivas, y los tipos de sociabilidades resultantes de la libre concurrencia y lucha de razas, ideas y esfuerzos en campo ilimitado e irrestringido; y para la ciencia po-

lítica, el curioso experimento de sistemas institucionales e ideas preestablecidas, en activa labor de transformación, al contacto con medios distintos, con genialidades sociales diversas de aquellas en cuya alma nacieron.

Esta Universidad abre sus puertas y su corazón al sabio maestro, que es honra de la ciencia política moderna, y mentor autorizado de ella en todos los países de habla castellana. Al ocupar 'una' cátedra entre nosotros, no hace más que continuar sus lecciones de todo tiempo, leídas en sus obras y meditadas en nuestras horas de estudio, de profesores y discípulos. Y ni siquiera tendría necesidad de presentaciones ni de introitos: el ambiente del aula que de hoy en adelante será suya, está cálido con un afecto anterior y un cariñoso respeto que en toda casa de estudios germina para el que sabe, para el que es maestro de ciencia y de virtud, y para el que puede mantenerse en la acción del trabajo persistente y animoso. A través de su modestia ingénita, que da mayor realce a su ilustración y a su carácter, el profesor Posada nos hará llegar la inefable influencia de su espíritu, hecho al estudio y a la labor; y al comunicar a las páginas escritas de sus libros, el prestigio animado de su palabra y de su ejemplo personal, no sólo nos enseñará la ciencia concreta de su predilección y especialidad, sino que nos hará apreciar mejor ese estímulo supremo de la reputación, la fama, la gloria, si se quiere, a la cual ninguna otra excede, de la consagración absoluta a un ideal desinteresado, impersonal y humano, que es patrimonio y honra de la alta cultura europea a que pertenece.

Agradezco en nombre de la Universidad la grata presencia del señor Gobernador de la Provincia, que tanto nos estimula, y la de los ilustres representantes de la ciencia y de la cultura de España y de Chile, el señor ingeniero Torres de Quevedo, y el doctor Alejandro Alvarez, quien en breve hará oír también de nuestros maestros y alumnos su palabra prestigiosa en América y Europa.

II

POLÍTICA UNIVERSITARIA: LA CIENCIA EUROPEA EN LA
CULTURA NACIONAL *

Señoras; Señores:

Nuestra vida de labor modesta y activa, serena y firme, experimenta hoy una nueva e intensa conmoción, al separarse del seno de este hogar de afectos y respetos tan hondos como espontáneos, el sabio maestro que hasta ayer fuera honor y ornamento de las aulas de la joven Universidad argentina. Es que ella no es, en suma, sino un techo doméstico bajo el cual arde una llama tutelar y protectora de todo sentimiento generador, de amor y de armonía, de amistad y cooperación, de ayuda y solidaridad, en nombre de un supremo ideal patriótico y humano. Así puede decirse que esta Universidad siente, se conmueve y se entristece por la ausencia de uno de los suyos, uno de los miembros de la familia intelectual y afectiva, que por algún tiempo ha ayudado a encender las brasas del fogón, con sus mensajes de la tierra lejana de los abuelos, con las sugerencias de la presencia, del lenguaje, del acento, del espíritu de la raza, que nos ha hablado en sus confidencias y en sus lecciones.

España, Europa, el alma moderna, nutrida de saber y de experiencia acumulados, nos han enviado este nuevo heraldo de su diplomacia universal y fraternal, en la hora psicológica en la que, — abiertos nuestros oídos y corazones a los votos del mundo, — hacíamos confesión del pasado, y entre la corte magnífica de las saluciones, señalábamos sitio de íntima preferencia, al que nos traía el cálido abrazo del viejo hogar paterno. España ha estado entre nosotros durante las conmemoraciones del año histórico por el doble título

* Discurso en el acto de entregar al profesor D. Adolfo Posada el título de Doctor *honoris causa* en Ciencias Jurídicas y Sociales, el 10 de noviembre de 1910.

que todos los demás pueblos han reconocido con visible complacencia, — el de la política y el de la sangre; y mientras embajadores políticos congratulaban a la Nación en las formas consagradas de la diplomacia, en esta casa apartada y tranquila del estudio y de la amistad, recibíamos sin ceremonial ni etiqueta, pero sí con la profunda emoción, reveladora de seculares vínculos, al maestro y al amigo, que conducía el regalo más exquisito: el de la ciencia materna, comunicada en pláticas cariñosas, a las cuales el amor y la pasión de las cosas espirituales infundía esa vibración propia e inconfundible.

Sus enseñanzas y consejos, siempre altos y dignos, quedan en la conciencia de sus oyentes y discípulos, como impresiones imborrables y como guías certeros para la vida y el estudio libre de cada uno; y para la tradición futura de la Universidad, — ya que su pasado apenas cuenta un lustro, — este nuevo eslabón de oro puro, que se agrega a la cadena infinita, con que ella habrá de ligarse a todas las que han labrado y seguirán forjando la humana cultura en los tiempos. Aunque mis palabras aparezcan parabólicas, ellas tienen un sentido muy sencillo: se refieren a los ilustres pensadores que a nuestras aulas han traído el pensamiento y los ejemplos de la Europa y de la América más avanzada, para encauzarnos en sus huellas o incorporarse a su caravana viajera. Hemos resuelto de este modo un problema de convivencia y cooperación que hasta hace poco parecía entre nosotros una utopía o una locura: suprimir la distancia entre aulas y universidades y naciones, y en vez de esperar los años que la lección o la experiencia distantes tardasen en llegar hasta nosotros, traer a nosotros la cátedra misma, con su maestro, sus experimentos y sus virtudes, realizando en el dominio de la inteligencia, a manera de simbólica anticipación, la futura comunidad de los Estados.

Y aquí, dentro de la Nación, y en el seno propicio de la ciudad moderna por excelencia, la que ha reemplazado en su misión capital de un gran Estado argentino, a la secular y

gigantesca Buenos Aires, la institución de las conferencias y lecciones de los grandes profesores extranjeros, está operando sin que ella se aperciba, acaso, una labor profunda de transmutación y de fecundación: transmutación de una cultura informe en otra superior, universal y definida; y fecundación del ambiente social, por el riego y la saturación de ideas y sugerencias ideales, y en cuyo seno un día surgirán los más sorprendentes frutos, las flores más inesperadas, los perfumes espirituales más deliciosos.

En esta región bellísima de la tierra patria, entre los bosques, la llanura y el río, igualmente prolíficos de vida y de fuerza, debe crecer y crecerá, sin duda alguna, un núcleo robusto y sano, un tipo nuevo y original de cultura, que se difundirá, por reflexión y expansión necesarias, en el resto del país; será esta ciudad de La Plata, como un crisol donde hierva en constante ebullición, un nuevo metal fundente de nuevas formas en la sociabilidad argentina. Sobre las bases de la ciencia, como generadora insuperable de verdad y de virtud, y de la labor fraternal e íntima como génesis de amor y solidaridad humana, irá echando raíces en la conciencia nacional un concepto más real de la vida y del destino personal y colectivo; y todas las nociones artificiales sobre las que se asienta la actual organización social y política, tomarán entonces apoyo firme, en cimientos perdurables, y podrán nuestros descendientes edificar sobre ellos las fábricas inmovibles de las futuras instituciones.

La política exterior de esta Universidad, iniciada y sostenida por ella en cinco años de lucha tenaz e incruenta, ha dado desde luego el resultado innegable de convertir la joven capital de la Provincia de Buenos Aires, en una academia mundial, libre y abierta, donde al par de la silenciosa e intensa labor de sus maestros de adentro para sus propios alumnos, dueños de la casa, resuena sin cesar, y con acentos irresistibles de persuasión y de deleite, la elocuencia docente y civilizadora de los maestros de afuera, que en misión de un moderno evangelio, recorren los pueblos más diversos y

lejanos, conduciendo la antorcha inmortal de la ciencia, que unifica, armoniza y eleva el temple moral de las razas y las sociedades, suprime las diferencias y las jerarquías convencionales entre unas y otras, y haciendo la luz en las rutinas y los prejuicios, descubre por el poder educador de la verdad experimental, la igualdad y la aptitud potencial de todos los hombres para el progreso y la dignificación de la existencia. Por tal modo, la educación de las generaciones adultas, el afinamiento del sentido colectivo y la corrección mental de la sociedad actuante y contemporánea, se realizan en acción simultánea con la de la cátedra ordinaria; y la Universidad es al mismo tiempo una fuerza prospectiva y una influencia real sobre el medio inmediato.

Pasamos las horas de más dura prueba, pero dispuesta con todo el conjunto de sus fuerzas a la lucha de defensa contra los enemigos naturales de toda cultura, — la ignorancia y el prejuicio, y la maldad y la desconfianza, que son sus creaciones más genuínas, — la Universidad nueva, alentada por el estímulo de los buenos, por el noble y desapasionado aplauso de los extraños, y fortalecida en adelante por una protección más decidida y benévola de los altos poderes del Estado, podría desplegar con más seguridad sus planes iniciales, desenvolver con mayor amplitud sus miembros, ateridos hasta hoy por el temor a las agresiones y amenazas de todo género que han obstruído su corta vida; y podrá entonces, quizá, pensar en retribuir en algo a los nobles paladines extranjeros que la han sostenido, a las universidades amigas de Europa y América que le han hecho llegar su calor y su fuerza de solidaridad y de consejo, los beneficios incalculables que de todos ellos ha recibido en período tan difícil de su crianza.

No olvidaré jamás, la confortante y franca ayuda que desde los comienzos de esta jornada recibí, desde sus respetados hogares mentales de Oviedo y de Madrid, de parte del profesor, y jurisconsulto, y sociólogo, y educador ilustre que todavía en esta hora nos acompaña; sus cartas amistosas

y paternas, mostrábanle atento y penetrado de nuestro esfuerzo; y yo, al verme comprendido y apoyado por él desde tanta altura y distancia, recobraba confianza en mí mismo, y creyéndome seguro en mi orientación y en mis ideas, vencía las resistencias y esperaba la victoria definitiva.

El ha vivido ahora en medio de la obra en construcción, obstruída de escombros y de andamios; ha podido estudiar, vivificar y corregir sus planos, y aportar el valioso contingente de su consejo para mejorarlos en algunas partes esenciales de la vasta fábrica. No olvidaremos sus enseñanzas y direcciones, dictadas en el aula, transmitidas en la confianza y sugeridas en el ejemplo de todos los días, en esta breve temporada de vida común; no las olvidaremos los que hemos sentido más de cerca la influencia modeladora de su espíritu, transparente como una gota de agua del manantial, y fresco y puro como ella; los que hemos podido penetrar, tras la tímida corteza de su carácter, hasta el opulento tesoro de su sabiduría oculta, como temerosa de ostentación y de brillo, o como si quisiera esconder o retirar de la circulación universal, la montaña enorme de su producción, suficiente por sí sola para hacer la gloria de una vida y el honor de un pueblo; en la inquebrantable honradez de su conciencia, en la cual se refleja y revive el alma de su escuela y de su núcleo intelectual de Oviedo y Madrid: él nos dirá su juicio, formado en presencia y en el contacto de la obra misma, que presentía buena desde España, y que ha venido a perfeccionar con su personal influjo y su consejo.

La Universidad no ha podido ofrecerle como homenaje digno de su ciencia y de su virtud, y como expresión de su reconocimiento por la sabia enseñanza de su doble curso de conferencia y de seminario, más de lo que puede ella misma dentro de sus facultades legales: lo ha incorporado, por iniciativa de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales en el número de sus ilustres doctores *honoris causa*, y ha dedicado una silla de sus aulas para que venga a ocuparla, como señor, libre y soberano, cada vez que sienta, en sus meditaciones,

en la patria materna, el impulso de la confianza con sus amigos, los jóvenes de América y de la Argentina, quienes, en su aparente y genial indiferencia por las cosas intensas del espíritu, saben sentir con profundidad y obrar con efusión en movimientos generosos y en instantes decisivos. Si ellos, los estudiantes, lo recibirían en todo tiempo con el cariño y el respeto de un padre, sabio y benévolo, incorruptible y confidente, imagínese con cuánto regocijo volveríamos a sentarlo a nuestro lado, en el sitio de los consejos, en las cátedras de la enseñanza, los que fuimos sus colegas, sus amigos, sus compañeros de todas las labores de su transitoria permanencia entre nosotros.

Maestro y colega ilustre: Al poner en vuestra mano el título que os corresponde y que honra a la institución que por él os incorpora en su seno, quiero significar que es un símbolo de la indisoluble amistad que nos vincula a vuestra persona y a vuestro elevado y noble destino en el mundo; y al propio tiempo una credencial que os acredita mensajero autorizado del afecto más hondo del alma argentina por el alma española, de la solidaridad en la labor social, humana y patriótica de esta Universidad argentina, con las que en España labran y depuran cada día con mejores elementos su secular y alta cultura; y por fin, lleva el voto más íntimo de nuestros corazones, porque el resto de vuestra fecunda y ejemplar existencia se deslice en medio de la más segura e imperturbable felicidad, del hogar que enaltece vuestro nombre y fortifican virtudes ingénitas, que fueron baluarte de la raza y timbre más glorioso de su historia.

XII

EL DERECHO INTERNACIONAL AMERICANO

EL DERECHO INTERNACIONAL AMERICANO

EL DOCTOR ALEJANDRO ALVAREZ*

Señores:

Corresponde hoy la tribuna de honor de nuestra joven Universidad, a uno de los más altos representantes de la ciencia jurídica y política de América: al doctor Alejandro Alvarez, que en la prestigiosa y sagaz cancillería de la República de Chile, ocupa el cargo que en Rusia desempeñó Martens, y en Francia ocupa Louis Renault con el aplauso y el respeto de la Europa entera. Así, la cátedra en la cual el pensamiento italiano en la historia y la sociología tuvo por mensajeros a Ferrero y a Ferri, la ciencia biológica francesa a Vallée, y la vigorosa escuela nueva española a apóstoles como Altamira y Posada, se viste de gala ahora para recibir por segunda vez, — con los honores debidos a la inteligencia y el hondo afecto preexistente en nuestros corazones por la gallarda tierra que el Andes deslinda de la llanura nacional, — a un maestro de la ciencia que Bello inició en nuestras universidades sudamericanas y que Cruchaga Tocornal ha renovado allí y enriquecido con los afluentes del saber universal y de la propia historia y experiencia.

Espectáculo de intensa significación que el mundo universitario argentino rara vez o nunca ha presenciado, es el que en este momento nos es dado a nosotros ofrecer a la cul-

* Discurso de presentación del doctor Alejandro Alvarez en la Universidad Nacional de La Plata, el 20 de junio de 1910.

tura de América y a la observación de Europa, gracias a esa sublime fraternidad del estudio, que suprime fronteras y egoísmos, y sólo contempla y persigue la mayor gloria del espíritu y la mayor elevación moral de la vida civilizada. Profesores ilustres, honra de la enseñanza y del saber más respetable en el viejo y en el nuevo continente, comparten con nosotros, en franco y fecundo compañerismo, las tareas del aula; con la sola diferencia de que, los de aquí los oímos como maestros de maestros, y los saludamos como heraldos afectuosos de cultísimas naciones amigas, que vienen a partir, por su intermedio, con la nuestra, el pan y el vino de un supremo ideal de no lejanas realidades. Porque la ciencia no destruye jamás, sino que estudia, y cuando menos, rectifica lo que la naturaleza ha creado; y por eso no fueron capaces siglos de discordias y prejuicios, para mantener como muro de separación entre dos pueblos hermanos, una montaña propicia que lo sujeta en un abrazo gigantesco, y que un día se rasga las entrañas para confundir en un solo esfuerzo dos energías, dos inteligencias, dos caracteres similares.

Favorecida Chile, más que la Argentina, por la ley histórica del orden, la armonía y el equilibrio interior, pudo forjar y mantener desde más temprano, en el siglo de la libertad, un estado de cultura social y política, que le permitió extender su influencia educadora sobre los vecinos, por sus maestros y sus libros, y abrir su hogar hospitalario y docente a los expatriados y perseguidos por el despotismo sudamericano, duro y resistente como el pedernal, contra la labor orgánica del gobierno propio. El núcleo brillante que surge del breve ciclo rivadaviano, y se salva de las facciones de 1828 y de la tiranía que éstas engendraron bajo la égida de un monstruo, refugiado en Chile, despliega desde allí, en ambiente libre, sus luces y su calor fecundante; y mientras envía a la patria cercana su acción demoledora contra el despotismo, siembra en derredor suyo, como riego de gratitud, la savia originaria de sus talentos juveniles. La vida más intensa de emociones y dolores de aquella generación errante y

desventurada, fué vivida en el seno de un hogar cálido y dulce; pléyades deslumbrantes de la inteligencia y el patriciado argentinos hallaron allí su valle de reposo o su yunque de reparación: héroes, tribunos, escritores, jurisconsultos, estadistas, Las Heras, Castro Barros, Ocampo, López, Sarmiento, Mitre, Alberdi...

Cuando en una inmensa porción del territorio faltaban escuelas, y la barbarie ensangrentaba sus campañas, maestros de los institutos chilenos pasaron la cordillera a desafiar sus horrores y sembrar en esta tierra enrojecida las primeras semillas del saber; y el que en este instante dice estas palabras, tuvo por primer preceptor a uno de Chile que le enseñó a amar la patria con la misma unción, con la cual él amaba la suya propia, y con un concepto de su misión educadora que hablaba muy alto en favor de las enseñanzas de sus maestros.

En esas épocas manteníase una viva corriente de influencias afectivas e intelectuales a través de los Andes; caminos breves y cómodos los surcaban por distintos puntos; y si es cierto que los hielos cegáronlos por algún tiempo, lo es también que un instante de superior inspiración patriótica y humana, sugerida sin duda desde la altura inmortal por el Héroe sin par de todas las abnegaciones, proclamó la paz definitiva, renovó el abrazo eucarístico de Chacabuco y Maipo, y una locomotora y un riel simbolizan hoy los dones jubilosos de las nupcias indisolubles.

El reputado publicista que muy pronto va a comunicarnos su pensamiento, con una autoridad consagrada en el amplio tribunal de la opinión contemporánea, tiene el mérito singular de haber traspuesto el aislamiento sudamericano respecto de la ciencia europea, para conquistar en ella un sitio de honor para su nombre y el de su patria; porque, no sólo en las revistas de fama universal, sino en libros de vasta difusión, el concurso de su labor en el derecho internacional e historia diplomática, ha significado un progreso efectivo para la ciencia de la justicia y de la armonía jurídica entre las naciones; y lo más valioso de esa contribución consiste en ha-

ber presentado a la Europa, con una riqueza no superada hasta ahora, de información y de raciocinio, la ciencia americana, a equilibrar los tradicionales e inveterados particularismos del derecho y la historia europea.

No bastaba, por cierto el aporte que el argentino Calvo había llevado a la ciencia de Grotius, para decir que la América española había entrado en el derecho de la Europa; era necesario algo más que el episodio, el caso, la noticia o el hecho histórico; imponíase una labor más substancial, más sistemática, más científica, en fin, que consistiese en exponer las leyes permanentes de la evolución singular o conjunta de estos nuevos Estados, así la que deriva de su emplazamiento geográfico, como la que es un resultado inseparable de su desarrollo social y político en un siglo. Si la influencia norteamericana, elaborada en la vida, en sus universidades, gabinetes y cortes de justicia, imprimió en su hora una modificación tan sensible en los moldes del derecho de gentes tradicional, es lógico esperar un movimiento semejante, para el día en que Sud América, desprendida de sus ligaduras revolucionarias, entrase con paso normal y firme, en el camino de la formación jurídica de sus instituciones gubernativas.

Si bien la Europa ha recibido en todo tiempo la influencia de la vida de América, no lo fué como fuente originaria de fuerzas o leyes capaces de alterar el curso de su derecho clásico; y ahora, después de una lenta penetración de intereses, ideas, formas y aspiraciones de estas jóvenes entidades políticas, llegadas a un crecimiento y productividad comparables con los de aquéllas, se comienza a sentir el efecto del nuevo peso echado en la balanza universal, representada en la ciencia por el derecho de gentes. En forma de limitaciones fundamentales, unas veces, y de vastas ampliaciones, otras, la vida jurídica del nuevo mundo ha modificado, — o para hablar como Canning, — ha rectificado el equilibrio del antiguo: las condiciones geográficas, las modalidades étnicas, las asociaciones y disociaciones de hechos y fenómenos propios de esta región de la tierra, las experiencias y resultados aquí

obtenidos, en contraposición de muchas rutinas y cristalizaciones europeas, el visible relevamiento económico de estas naciones y el mayor conocimiento de su caudal científico o histórico, han cambiado las bases de las relaciones e inteligencia recíprocas entre Europa y América; así como ha ocurrido con la plena incorporación del oriente, guiado por el Japón, en la vida política del occidente; y como un mar que recibe las aguas de grandes ríos interiores altera su nivel ordinario, la afluencia de la vida sudamericana y oriental al vasto receptáculo de la ciencia política de la Europa, se traducirá en una elevación visible en el nivel habitual de la civilización humana, de la justicia y de la armonía internacionales.

La última obra del doctor Alejandro Alvarez, que tanta repercusión ha obtenido en los estrados de la ciencia contemporánea, le trae este inapreciable contingente, que consiste en metodizar y reducir a leyes generales y permanentes, la vida, evolución y formas diferenciales del derecho internacional americano, así del punto de vista de las relaciones entre sus dos hemisferios, como del que respecta a la Europa. Sus problemas, postulados y soluciones invitan a la meditación más intensa, y sugieren la posibilidad de profundos cambios en muchos aspectos de esa elevada disciplina jurídica, que tan de cerca interesa a la paz de las naciones y al bienestar del mundo. Esa obra es ya conocida de nuestros alumnos, y su autor un maestro de sus aulas; y ahora, con el prestigio personal y directo de su enseñanza, podrá imaginarse con cuanta claridad se iluminarán sus inteligencias para orientarse mejor en la dirección que hayan de seguir en sus ulteriores meditaciones. La Universidad misma, que estudia y hace una ciencia universal, no puede menos que localizarse en una región ideal de ella y de la tierra, si ha de ser eficaz; y siguiendo un proceso intensamente didáctico, llegará a las leyes generales por las particulares, y a constituir por la diferenciación, la gran ley de la armonía superior de la ciencia y de la vida.

Señores: No debo exceder los límites que me impone la naturaleza de este acto, ni usurpar una atención que pertenece por entero al maestro que va a hablaros. Por mi intermedio, el cuerpo académico y estudioso de la Universidad platense da la más cordial bienvenida al digno representante de la ciencia y el alma de la nación chilena, con cuya Universidad casi dos veces secular, ésta ha creado relaciones y vínculos estrechos y fraternales, sostenidos con singular entusiasmo y discreción, por ese otro eminente educador y patriarca de la enseñanza en esta América, don Valentín Letelier, que en la clásica Universidad de San Felipe, mantiene con la unción de un sacerdote antiguo, inextinguible y cada vez más vivo, el sacro fuego del amor al saber y a los más nobles ideales del espíritu.

XIII

**LAS CIENCIAS VETERINARIAS EN LA ENSEÑANZA
SUPERIOR ARGENTINA**

LAS CIENCIAS VETERINARIAS EN LA ENSEÑANZA
SUPERIOR ARGENTINA

I

EL PROFESOR MR. HENRI VALLÉE *

Señores:

En el programa de alta cooperación interuniversitaria que inició este joven instituto desde los primeros días de su existencia, corresponde ocupar hoy su tribuna de honor a uno de los más justamente reputados profesores de Francia, quien, después de haber labrado en Europa, una labor no superada a sus años, una indiscutible personalidad científica, ha venido a traernos el concurso de su saber y experiencia, para mejorar las condiciones de nuestra enseñanza, no sólo por el valor propio de su directa información, sino por el elevado prestigio y autoridad personal y universal de su palabra.

Inaugura el señor profesor Vallée el año más fecundo de nuestros breves anales, en el cual han de honrar sucesiva o simultáneamente esta misma tribuna, los espíritus superiores, de ciencias diversas, como Posada, de España, Ferri, de Italia, Alvarez, de Chile, quienes pronto serán nuestros huéspedes y compañeros de labor; y una singular complacencia experimento como representante de la Universidad nueva, al ofrecer la palabra a uno de los más vigorosos impulsores de la rama o región de las ciencias que más interesa a la vitalidad económica de la Nación, y que esta Universidad ha

* Discurso en la inauguración de su cátedra en la Universidad Nacional de La Plata, el 7 de junio de 1910.

introducido por primera vez entre las facultades que secularmente constituyeron el reino exclusivo de la vida académica.

Hoy no solamente se juzga por los criterios más resistentes, a la Veterinaria como una digna hermana de las demás ciencias del *trivium* y el *quadrivium* clásicos, sino que la opinión y las costumbres nacionales, comienzan a reconocer como imposible la creación de un estado próspero de las industrias derivadas de la ganadería y la agricultura, si no se las ordena y conduce sobre bases, procedimientos y métodos rigurosamente científicos. Y decir ciencia, es decir categoría y nivel superior en las tareas del espíritu humano; y es enunciar el postulado de que las universidades tienen en su mano el secreto de la prosperidad de los países cuya fuente primordial de vida sea aquella noble industria.

Al recorrer el inventario bibliográfico de los trabajos realizados por el profesor Vallée desde 1897, en que tuvo su título de la célebre Escuela de Alfort, hasta el presente, se forma uno la idea exacta del inmenso campo que abarca su especialidad, y de las profundas relaciones existentes entre la vida animal y la vida humana, y entre las ciencias que tienen por objeto el estudio de una y otra; y más aún, se comprende cómo puede constituir la profundización de las primeras, la fuente más rica para las conquistas de las segundas.

Es asombrosa la serie de estudios monográficos o generales, realizados por el ya ilustre profesor de Alfort, y para demostrar la universal importancia de éstos, basta decir que ellos versan sobre problemas de palpitante utilidad para nuestro país, como los relativos a la anemia infecciosa del caballo, el carbunco sintomático, a las enfermedades protozoarias, a la rabia, y en una extensión y medida casi únicas, sobre la tuberculosis animal y humana y su profilaxis, así como sus investigaciones sobre patología general, y otros tópicos diversos de interés especial; y así, no es extraño que la Nación francesa haya llevado a las más distinguidas y eficaces posiciones del gobierno científico, al maestro formado en los laboratorios de Pasteur y de Nocard, y que las más sabias asociacio-

nes universales que tienen su sede en París, le hayan llevado a su seno con los honores debidos a un benemérito y a un maestro, de quien tanto tiene aún que esperar el mundo de la ciencia.

En el momento en que la Universidad de La Plata incorpora al señor profesor Vallée en el número de sus más ilustrados cooperadores extranjeros, justo es, e íntimamente grato al espíritu de los educadores argentinos, hacer constar que reciben entre ellos a un alto representante de la ciencia de Francia, la nación de todas las expansiones espirituales, que nunca guardó secreto ni exclusiva utilidad de sus descubrimientos y conquistas, porque apenas los alumbró con la chispa de su genio, ya los entregó sin reservas al patrimonio y al goce de la humanidad.

Señores: No es mi ánimo ocupar con mi palabra los momentos que pertenecen al sabio profesor que habéis venido a escuchar. Yo le doy la más afectuosa bienvenida en el seno de la Universidad platense, cuyas aulas, que se honrarán con su presencia y se ilustrarán con su enseñanza, son de hoy en adelante tan suyas como nuestras; porque, así como en nuestras instituciones políticas circula un cálido efluvio del alma francesa de 1793, así entre las escuelas superiores de ciencias de uno y otro país, alienta el soplo inmortal de Pasteur, que es gloria de Francia, y por su abnegación suprema, tesoro común de todas las naciones.

II

LA CIENCIA SIN FRONTERAS *

Señoras; Señores:

En la comunión de ideas y de afectos creada entre el alma argentina y la de las sociedades europeas que fueron ge-

* Discurso en el acto de entregar al profesor Mr. Henri Vallée, el título de Doctor *honoris causa* en ciencias veterinarias, el 7 de julio de 1910.

neradoras de su cultura; la ceremonia de este día encierra una doble y bella significación: la armonía se ha establecido en el campo atractivo de la ciencia nueva, y ella ha tenido por intermediarios una universidad joven de América y un selecto espíritu mensajero de aquella alta escuela del saber y de civilización, que fué en todo tiempo y para toda la humanidad la noble y fecunda tierra de Francia.

Nuestras aulas, en cuyo hogar no ha ardido siquiera por un lustro la llama que condensa amores y tradiciones, y sella con el inconfundible timbre del tiempo un carácter y una personalidad, han oído, no obstante, la lección, la confidencia, el anuncio, la salutación de los maestros y representantes del pensamiento de las razas más diversas, y un soplo de amplia y universal fraternidad circula libremente por las avenidas, los corredores y los jardines por donde se extiende la república escolar.

La Universidad nueva debía traer el corazón abierto a todas las expansiones de la vida nueva; condensación ideal de la patria de nuestros mayores, ella no reconoce para la ciencia regiones ni fronteras, sino para arrancar del suelo los objetos de sus experiencias interminables, que luego lanzaría al mundo en patrimonio impersonal e irreductible. Así como la ley política de nuestro país ha suprimido para los hombres las diferencias y desigualdades, así su inteligencia abierta a todas las corrientes espirituales del mundo, aspira a realizar la gloria suprema de una comunidad inmaterial e ilimitada, que anticipe el reinado ideal de la eterna armonía...

Inglaterra, bloqueada y azotada por los mares en el estrecho recinto de sus islas donde la dejara confinada la conquista romana, y la fiereza de sus reyes mitad hombres, mitad dioses, mantuvo por siglos abiertos sus pulmones al aire vivificante y nutricio que iba del continente, desde cuyas cátedras, la ciencia, la filosofía, el arte, fluían hacia ella sin medida, hasta que forjaron en su suelo, para no desarraigarse jamás, y transformarse y nacionalizarse como vegetación indígena, una ciencia, una literatura, una cultura superior, un

genio político sin segundo, una potencia dominadora sin antecedente en la historia.

Comparemos los dos procesos en presencia de los resultados: los pueblos que creyeron en un patriotismo cerrado y exclusivo, de raza, de familia, de tradición, y se enclaustraron en el recinto de su propio techo hereditario, con los únicos elementos de su educación ancestral, hubieron de ver dispersos en mil fragmentos los vastos imperios que rigieron en el día del apogeo; y en contraposición, los otros, que desde el fondo de su pequeñez originaria, creyeron y confiaron en las influencias ambientes, y a pleno pulmón respiraron y absorbieron las ideas y creaciones de los demás, recogieron junto con la fortuna moral que aquéllos disiparon, el poderío material que fueron arrojando como carga incómoda durante sus naufragios.

Y bien; en la vida de la ciencia este fenómeno histórico es mucho más visible: no hubo caso en que la verdad, o el libre raciocinio, aherrojados o enclaustrados en un lugar de la tierra, no hubiesen ido a fructificar y florecer en otros más distantes, para sorprender después a los primitivos incrédulos, con las maravillas de sus descubrimientos y resultados. Las viejas universidades de claustro cerrado, murieron en la consunción o en la miseria, del mal de su misma insuficiencia, mientras que su espíritu, expulsado como el demonio de la parábola evangélica, iba a animar con rumores y prodigios de vida, otras solitarias y hasta entonces ignoradas escuelas lejanas.

Hoy no se puede ya, sin delito de lesa cultura, pretender alzar la bandera negra del monopolio indígena; y un aliento de barbarie feroz y suicida, se respira, cuando se oye a las veces proclamar en alguna parte del mundo, la exclusión de la ayuda, del concurso, de la influencia extraña en la labor propia. La ciencia, mientras más amplia y profunda, es más comparativa: y mientras más abundantes y concretas sean sus conclusiones, más requieren el contrapeso, la ponderación, el control del experimento ajeno.

Francia, con ser el foco mismo del pensamiento científico europeo, busca la comunicación compensadora del espíritu americano que lleva a su Sorbona un soplo renovador de ingenios científicos, distantes y diversos, y las armas espirituales se mezclan, las corrientes se confunden, las fuerzas se combinan; y el resultado final es un paso más en la escala de la perfección, un vuelo más extenso hacia la idea del humano destino...

Nosotros estudiamos acaso más, o tanto como nuestros colegas de Europa; no podemos afirmar que la potencialidad mental específica de ellos sea más alta que la media de nuestros alumnos y profesores; y entretanto, en la lección y el trabajo del aula o de la cátedra, nuestra eficacia adquisitiva o docente aparece en una indiscutible inferioridad en comparación con la labor que ellos realizan en menor tiempo y con menor esfuerzo. He aquí el secreto de las inexplicables diferencias entre uno y otro medio científico. Tienen ellos el don de la gracia comunicativa, que es sedimento secular de la mentalidad europea, y tenemos nosotros, por nuestra parte, la irresolución, la timidez, la desconfianza, la vacilación del que no ha probado sus energías y no las ha comparado con otras en sucesivas e irrefutables experiencias...

Señor profesor Vallée: En nombre y por la autoridad del Consejo Superior, me complazco en poner en vuestras manos, el documento que os acredita como uno de nuestros maestros; y la nueva Universidad, cuyo simbolismo recordará en todo tiempo a vuestro espíritu la tierra argentina, y en su seno un modesto laboratorio, en el cual otros investigadores afanosos y muchos centenares de alumnos, anhelosos de saber, siguiendo en parte vuestros sabios consejos y lecciones, continuarán levantando el interminable edificio de la ciencia universal.

XIV

D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO *

Señoras; Señores:

Desde que se tuvo noticia de la desaparición de don Marcelino Menéndez y Pelayo, esta Universidad formó el propósito de consagrar uno de sus actos académicos a su ilustre memoria; y sólo ha podido en este día realizar el vivo deseo, el voto unánime de todas sus facultades, institutos y colegios. Al hacerlo, entiende rendir un tributo de profundo respeto y afecto a la madre dolorida de tan preclaro hijo, a la nobilísima España, cuna de nuestra nacionalidad y de nuestro idioma, y santuario venerado de nuestras tradiciones y abolen- go; y luego, al hombre que durante casi medio siglo mantu- vo en alto el estandarte glorioso de la lengua castellana, con su historia y su literatura, realizando así en el espacio ideal la hegemonía universal que en otras épocas sostuviera en el espacio material de dos continentes.

Es la Universidad nacional más joven de la República la que en este instante nos congrega, para recordar una obra y un obrero, consagrados a conservar el carácter más ín- timo de toda sociedad y cultura: su habla nativa, aquella en que se comunicaron los primeros pensamientos y simpatías, generadores de la afinidad orgánica de sus núcleos primitivos, los cuales, transmitidos de generación en generación, disper- sados por todos los ámbitos del mundo donde alcanzara su dinamismo expansivo, llegó a crear numerosas nacionalida-

* Homenaje a su memoria en la Universidad Nacional de La Plata, el 12 de agosto de 1912.

des, como se forma una selva inmensa de un puñado de semillas traídas por la corriente virgen, y depositadas en la tierra repleta de limo genésico. Así las grandes razas se perpetúan, y así las naciones madres son imperecederas: la savia latente que circula como la sangre por el seno de la tierra, transmite la vida originaria, y al multiplicar las formaciones individuales, difunde por las más lejanas comarcas el genio, el espíritu y la gloria del núcleo creador.

En estas aulas nuevas, de una Universidad argentina, se cultiva, en el idioma materno, el legado de pensamiento y de poesía, contenido en los siglos de oro de su florecencia maravillosa; y espera cosechar de esa labor, realizada en estas tierras vírgenes, perfeccionadas por la selección y el trasplante, los frutos vigorosos y sanos, bellos y perfumados por la virtud y las esencias nuevas de otros climas y otras savias. Reanudaránse así también los hilos invisibles, — fuertes conductores del sentimiento común de la sangre y del corazón, — que mantienen en el tiempo indestructible la personalidad de una raza, y hacen posible dar a los Estados nuevos desprendidos de ella, los hondos cimientos históricos sobre que se asientan sus hechos futuros, y sobre los cuales aspira a perpetuarse la propia fábrica.

La Universidad realiza por este medio una tarea de doble virtud civilizadora: la conservación del espíritu fundamental del linaje, y la renovación y selección de sus elementos constitutivos para asegurar su indefinida continuidad en el tiempo. La sociedad argentina llevará siempre impresa en sus rasgos esenciales los de la raza generadora; y ésta sentirá, — a manera de aquel misterioso *incrementum latitens* de los juristas romanos, — crecer y renovarse los tejidos y los cristales desgastados por el largo y continuo roce de su historia operosa y agitada, al ponerse aquí en contacto con los ricos aluviones que llegan de todos los demás pueblos de nuestra universal convivencia.

Y la literatura es la expresión de esa lucha perenne, y ella refleja sus períodos de gestación, como de marcha, de

victoria, de esplendor, de dominio, de declinación y de sombra; pero si las conquistas de la espada resplandecen y pasan con el sol que las alumbra, las de la inteligencia quedan fijadas para la eternidad en páginas, en estrofas y libros, como islas, regiones y continentes de fronteras infranqueables, de títulos inextinguibles. La comprobación de este aserto en la historia literaria de España y de la América civilizada por ella, se halla en forma no superable, en la obra de Menéndez y Pelayo, tan vasta, tan sólida, tan luminosa, como los siglos vividos por la augusta nación cuyos fastos intelectuales trazó en ese monumento colosal.

No es misión mía en este acto estudiar la producción del hombre en cuyo homenaje nos hemos reunido en este recinto, porque una de las más bellas, nutridas y robustas inteligencias, que constituyen firmes y airoas columnas de sostén y de ornamento de esta casa de altos y generales estudios, — el señor profesor de Literatura Castellana, don Ricardo Rojas, autor ya, en su aprovechada juventud, de obras cimentales y directivas, va, por encargo de la Universidad, a ocupar su cátedra habitual, sobre el tema de la personalidad del historiador y crítico de la literatura española y americana más fecundo que hayan conocido las edades.

Al cederle la palabra, que ya tarda el auditorio en escuchar, me resta expresar mi más cordial bienvenida a estas aulas, donde Altamira y Posada tienen abiertas sus cátedras, al ilustre sociólogo y filántropo Mr. Leopold Mabileau, que tanto nos complace con su presencia, y contribuye a dar singular realce a una fiesta académica, sencilla y grande al propio tiempo, — sencilla por la forma acostumbrada del trabajo escolar, y grande por las dos entidades a quienes se dedica: a la augusta nación progenitora de la nuestra, y a uno de sus cerebros más asombrosos, exponentes más genuínos de su potencialidad genial.

XV

COOPERACION, MUTUALIDAD Y "EUGENICA SOCIAL"

COOPERACION, MUTUALIDAD Y "EUGENICA SOCIAL" *

MR. LEOPOLD MABILLEAU

Señores:

Un nuevo e ilustre huésped, conductor del pensamiento avanzado de la antigua y siempre renovada cultura europea, viene hoy a honrar las aulas de la Universidad platense, abiertas a las auras más libres del pensamiento universal, que ponen en comunicación el alma de nuestro pueblo y de nuestras jóvenes generaciones, con la esencia y la flor de las ideas de la alta civilización mundial.

Era necesario que la inteligencia argentina ofreciese a estos heraldos de la ciencia nueva una tribuna propia, desde la cual se manifestase el mensaje auspicioso a este núcleo social, tan sediento de saber como desbordante de vida y de potencia mental adquisitiva; y esta sala, donde ya se ha oído la palabra de grandes maestros de diversa materia, resonará hoy jubilosa con la elocuencia elegante y sobria del filósofo, del apóstol y el más ilustrado filántropo que hoy mueve las ideas del mundo viejo y del nuevo, ya que toda vibración de aquéllas se trasmite en ondas invisibles y bien positivas a este lado del océano, para realizar una vez más la *eterna comunión*, o por lo menos, la inevitable concurrencia de todos en todo lugar de la tierra donde aliente un soplo de cultura.

* En la inauguración del curso de "Cooperación Agrícola", de Mr. Leopold Mabillean, en el aula magna de la Universidad Nacional de La Plata, el 27 de agosto de 1912.

Mr. Leopold Mabileau, representa, en el orden de las nuevas corrientes de la filosofía social, una fuerza doblemente poderosa, de idea y de acción, de idea que puede ser fuerza cuando corresponde a una sucesión de hechos sociales; de acción fecunda, cuando, por su persistencia orgánica, llega a ser fuente continua de ideas experimentales. Demostrar por la acción la virtud de las ideas y hacer de ella un apostolado, una misión y una consagración de la vida, es, sin duda, aspirar a las más altas recompensas que la humanidad reserva para sus bienhechores.

Hace siglos los reformadores vienen anunciado al mundo el reinado del amor, de la cooperación y de la solidaridad humanas, y hace siglos que la energía tenaz del individualismo y el egoísmo resiste al sublime advenimiento de esta *buena nueva* hecha realidad. A pesar de las experiencias parciales de este milagro de la solidaridad y la cooperación, la educación sedimentaria de los viejos sistemas personalistas, se ha negado a convertir en principio general y permanente, las conclusiones de aquella escuela en que todos son maestros y beneficiarios.

Animos inquebrantables, pasiones noblemente encendidas en el bien de los semejantes, mentes poseídas de la certidumbre futura de un problema de vida para la sociedad contemporánea, como las del celebrado, respetado y ya venerado caudillo del mutualismo y de la cooperación, Mr. Leopold Mabileau, son los que pueden convertir la utopía en verdad, y el ensueño en realidad concreta. Son, así, autores de un progreso efectivo, de un paso adelante en la marcha de la civilización, y jalones eminentes y luminosos en la evolución de las formas decisivas del problema eterno de la humana felicidad.

“Amaos y ayudaos los unos a los otros”. ¿Es éste un precepto abstracto, de pura virtud consoladora de los espíritus ataridos por la descomposición antigua? No; así como otras máximas evangélicas, arrancadas al árbol inmenso de la civilización oriental, ésta encierra una fórmula positiva de un proble-

ma de economía social de realización específica, en el trabajo y en las industrias de la humana subsistencia y la riqueza colectiva, — única riqueza de título indisputable e incommovible ante la ciencia nueva, porque, o ha nacido del esfuerzo común y a la comunidad beneficia, o se vuelve hacia ella en forma de retribución remunerativa cuando el esfuerzo de uno solo o de pocos la ha acumulado bajo un nombre individual.

Todas las formas de la acción, de la asistencia y del trabajo sociales, y todas las aspiraciones de la cultura moral y económica, tienen hoy en la organización cooperativa o mutualista, su realización más completa. La beneficencia pública, que, según el sistema tradicional de nuestras costumbres, esteriliza en gran parte en vanas ostentaciones y en inútiles remedios *a posteriori* los donativos privados y gubernativos, encuentra en las ideas de la nueva escuela, que llamaré del evangelio social, una manera más fecunda de expansión y florecimiento, aplicando los medios a la *prevención* de los delitos, enfermedades o vicios, y no a la represión, que por tal modo viene sólo a ser una *sanción* del mal que se procura aliviar. El trabajo colectivo, educativo, distribuido y remunerado proporcionalmente y en equidad, es el magno método higiénico de las fuerzas sociales, inclinadas a la degeneración o a la corrupción, y que parecen destinadas de antemano a la jurisdicción de la autoridad *caritativa*, instituída, por una errada concepción del bien, para perpetuar, más bien que para prevenir o curar los resultados de la dolencia.

Entretanto, la nueva escuela de la filantropía científica, — que tiene en nuestro colega Mr. Mabileau, un exponente tan alto, — se convierte de hecho, por sus métodos, sus procedimientos y sus fines, en una verdadera *Eugénica* práctica, en cuanto es ésta, según la definición de Sir Francis Galton, “la ciencia nueva que tiene por objeto el estudio de las causas, sometidas al control social, que pueden mejorar o debilitar las cualidades de raza de las generaciones futuras, ya física, ya mentalmente”. La beneficencia y la asistencia administrativas, en contrario, al ocuparse de la víctima sin estu-

diar la enfermedad o las causas permanentes que la han originado, sólo consiguen ahondar y multiplicar sus estragos.

En los tiempos actuales ya no debieran ser posibles estos sistemas de puro empirismo formalista y encubridor de los focos de infección o degeneración sociales, ni hallarse desprovistos de todo el concurso necesario de estudios y auxiliares científicos, que organicen y conduzcan la acción tutelar de las asociaciones o del Estado, sobre bases racionales, y orientadas en un sentido netamente *eugénico*; no solamente para impedir la producción de individuos orgánica o degenerativamente ineptos para concurrir a la continua selección de la raza, o la propagación de aquellos focos de infección, sino también para conducir y organizar el trabajo, como higiene preventiva, de la manera mejor combinada, para estimular las fuerzas y alentarlas a producir más y mejor, por el natural incentivo del éxito y de la retribución asegurada: acción que denominaríamos *eugénica social progresiva*, ya que esta ciencia nueva preocupa hoy los más elevados estrados de la política europea y norteamericana, y que tiene su inmediata expansión hacia el orden económico, y cuyos principios cardinales enuncia el célebre profesor Loria, de Turín, y se han expuesto a la meditación del mundo en el reciente "Congreso internacional de Eugénica", celebrado en la Universidad de Londres en el pasado mes de julio.

Perdónenme el auditorio y el ilustre profesor Mr. Mabileau, si insisto un instante más sobre este punto. Pero hablo de que la misión que él se ha impuesto es de mejoramiento social, y quien hace esto hace verdadera ciencia *eugénica*; y en tanta mayor proporción y eficacia, cuanto que su acción se dirige a las clases más numerosas, a aquellas que por sus condiciones de vida y de trabajo, constituyen la masa más fecunda para la reproducción, y aquella en la cual prenden con mayor facilidad y peligro los gérmenes degenerativos. El profesor Niceforo, de la Universidad de Nápoles, dijo que él había verificado "que los individuos de las clases inferiores presentan un menor desarrollo de estatura, de capacidad cra-

neana, de resistencia a la fatiga mental, un retardo en el período de la manifestación de la pubertad, y de debilidad en el crecimiento". Según él, las condiciones materiales en que esas clases inferiores están forzadas a vivir, constituyen la causa principal de la *deterioración*.

Ya se ve, pues, cómo la acción social, conducida con criterio y método científicos, es de interés político preeminente; por más que no se perciba con claridad la importancia actual de este maridaje entre la ciencia y la vida práctica, de que habló Mr. Balfour en el Congreso Eugénico de Londres, él es una cosa nueva, porque "si la ciencia es vieja, — y aun la ciencia moderna es ya también relativamente vieja, — la aplicación de la ciencia a la práctica, es comparativamente nueva". Y si "en todo caso o somos científicos o no somos nada", debemos considerar entre los más dignos obreros de la felicidad y de la perfección del género humano, cada uno en el núcleo social de su labor, a los que se proponen encauzar por vías científicas todo el trabajo social.

Y bien, ¿por qué me ha llevado mi raciocinio a este orden de ideas, cuando nos congregamos en esta aula para escuchar un curso de economía agrícola? Porque hallo no sólo un punto de aplicación concreta de la ciencia a la práctica, del método científico a la forma más noble y productiva y permanente del esfuerzo humano a través de todos los tiempos y en todos los países, sino un profundo sentido ético, a la concurrencia de estos principios en el estudio facultativo y en la organización y aprovechamiento del trabajo en una industria, que es la más social de todas, por su asiento, sus fuentes vivas, sus fines y sus resultados. Hasta ahora, entre nosotros, por más que hayamos estudiado la profesión de agricultor o ganadero sobre las bases de la ciencia, no nos hemos conducido ni persistido en cuanto a los medios de explotación, en las formas científicas. El influjo autoritario del capitalista, o la rutina consuetudinaria, imponen aún, en gran parte, sus métodos regresivos, si método puede llamarse a las prácticas habituales heredadas y perpetuadas a pesar de todo.

Este curso que hoy se inicia, no obstante su brevedad, está llamado a dejar honda simiente de ideas y direcciones en la mente de los maestros y de los alumnos, y de cuantas personas lo sigan con atención; pues, la insuperada ciencia y experiencia del maestro en la especialidad, abonada por obras de intenso valor universalmente reconocido, da a su palabra el peso de una sabiduría aquilatada por la prueba y demostrada por una acción continua del autor, en el medio más complejo y rico que el mundo puede ofrecerle. Y nadie con más ventaja que el público argentino podría recibir estas enseñanzas, limitadas a la faz agrícola y rural, pues, sean cuales fueren las perspectivas futuras de otras fuentes industriales, la inmensidad de nuestro legado territorial, indica la perpetuidad, y la expansión ilimitada de la industria agrícola en nuestro suelo, para el bien de todas las generaciones nativas y adventicias que hayan de vivir de la substancia generosa.

Con pesar por haber robado a este concurso momentos preciosos destinados a escuchar al ilustre maestro, le dejo la palabra, en la seguridad de que esta aula, y esta Universidad, al incorporar a su enseñanza a tan sabio profesor, reciben un magnífico regalo intelectual, y por su palabra un rayo vivificante del genio imperecedero de la noble Francia.

PARTE CUARTA
CRITICA Y ENSEÑANZA

XVI

ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFIA FISICA

ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFIA FISICA

Introducción a *La Naturaleza y el Hombre*, por Delfín Jijena, 1911.

I

EL AUTOR Y EL ASUNTO DE ESTE ESCRITO

Desde 1900, en que tuve el honor de formar parte del Consejo Nacional de Educación, y oportunidad de estudiar de cerca los múltiples problemas de nuestra enseñanza pública, el relativo a la Geografía apasionó mi espíritu y me indujo a ahondar su estudio y a procurarle una solución con digna. Había recorrido escuelas y leído textos, y en unas y otros me convencí de la urgencia de una reforma fundamental, tanto como para transformar la esencia misma de la materia. Bien sabía yo que esta no era tarea para un día ni para un año, porque no se cambia con palabras mágicas la conciencia colectiva elaborada por siglos de rutina, ni menos la suma de ventajas personales acumuladas sobre esa base concrecionada, de eso que hoy se ha puesto en el teatro con el título de *intereses creados*. Naturalmente, había que eliminar en primer término todos los libritos corrientes sobre el asunto, los cuales se venían reproduciendo los unos de los otros, con diversa carátula, apenas, sin que en el fondo fuesen nunca otra cosa que la misma repetición mecánica de la aburrida e intolerable sucesión de nombres de pueblos, montañas, ríos, producciones, con su inevitable resumencito histórico a lo Cosson; y en segundo término, había que reemplazar el ejército de profesores y maestros de esa asignatura dispersos en

toda la Nación, en escuelas primarias, normales y especiales, y en colegios secundarios, hechos o acomodados a la antigua, esto es, a pura memoria, libro en vista o varilla en mano, para oír a los pobres papagayos de la clase recitar con tono de aleluya, el rosario de detalles estériles de cada región de la tierra, sin serles permitido tropezar en uno solo, so pena de quedar fulminados por la áspera corrección y reprimenda — ¡qué hazaña! — del catedrático petrificado sobre las páginas del texto abierto, como autómata de pupilas inmóviles.

El horror que estas clases me inspiraban, y el recuerdo de mis propios tutores cuando estudié Geografía en el Colegio de Monserrat, me hicieron buscar libros nuevos, por los cuales pudiera penetrar en el espíritu de esa bellísima y cautivadora ciencia, tanto más linda y atractiva, cuanto más se aparta del camino trillado por generaciones y generaciones de escolares, desde nuestros bisabuelos hasta nosotros, que pasaron por escuelas y colegios, machacando sus lecciones mnemónicas con el mismo interés y calor con que machacaban sus rezos obligatorios. Me acuerdo todavía de un heroico condiscípulo mío, que acostumbraba estudiar en voz alta y marchando con paso acelerado al costado de la pared de una galería del colegio de Córdoba, quien, para aprender de memoria la parte de la República Argentina en el excelente resumen de Cosson, repetía renglón por renglón, o cláusula por cláusula el texto, primero por separado, y después uniéndolos sucesivamente hasta que podía repetir sin vacilar una media página, *et sic de caeteris*. A los años, cuando nuevos estudiantes o visitas preguntaban por qué existía en aquel claustro una zanja tan visible al lado del muro, se le contestaba entre asombros y sonrisas: —“Aquí es donde el doctor X, estudiaba sus lecciones de Geografía”.

Después este mismo doctor fué obsequiado con cátedras más difíciles de ciencias más exactas que aquélla; y en el desempeño de su ardua misión, se convencieron sus contemporáneos de que, si los tacos de sus botines habían sido ca-

paces de cavar un canal en el piso, la Geografía había sido impotente para dejar la menor huella en su cerebro. Suerte fué también que la dicha ciencia, enseñada por tal modo, no dejara tampoco rastro ni impresión alguna en el espíritu de los alumnos que así la estudiaron.

Esta misma situación, con pequeña y casi imperceptible diferencia, en cuanto a la materia en sí misma, aunque no en lo relativo al método, fué la que encontré en 1899, cuando fuí designado vocal del Consejo, y éste me honró con el encargo de revisar los textos presentados al concurso de ese año. Me informé entonces de la literatura producida en Inglaterra, Estados Unidos y Francia y sobre el particular, y lector asiduo como era de las revistas especiales de esos países, e informado un tanto, por mis lecturas, de las obras científicas publicadas sobre América o en América, desde Humboldt, hasta los profesores de la Academia de Córdoba y los Museos de Buenos Aires y La Plata, no me fué difícil orientarme hacia la nueva escuela, la cual, en Inglaterra al menos, cuenta con representantes tan ilustres como Makinder, Herbertson, Strachey, Mill, Hinman, Arnold Foster y muchos otros allí y en los Estados Unidos; y tanto más decidida fué mi vocación, cuanto con mayor oportunidad pude enterarme de los mismos trabajos expuestos desde esa época en las sesiones de la Asociación Británica para el Progreso de las Ciencias, la cual ha venido a ser la más poderosa fuerza transformadora de la enseñanza contemporánea, allí donde alcanza su influencia.

Claro está que yo nunca pretendí, ni menos ahora, pasar por especialista en la materia. Nunca tuve veleidades de Pico de la Mirándola, — para cuya especie mental habría que establecer esos institutos en los cuales, como decía sor Juana Inés de la Cruz, debiera enseñarse el oficio de ignorar, — pero sí confieso que, fuera de los escasísimos ramos que forman mi profesión y mis más conocidas predilecciones intelectuales, es la Geografía la ciencia que más me ha preocupado; y esto no tanto como ciencia en sí misma, sino más bien como dis-

ciplina de la mente. Porque desde el comienzo de mis estudios comprendí su precioso espíritu sintético de todas las demás ciencias, siendo ella desde luego, una *ciencia natural* por excelencia, y como tal, de un alto y hondo valor educativo. Tan cierto es esto, que los autores llaman la atención, mientras reconocen la amplitud de su imperio sobre el mundo de las ciencias de la naturaleza, hacia el peligro de una expansión excesiva, que la llevaría a confundir sus límites con varias de las que tienen sus dominios clara e irrevocablemente deslindados, como la Geología, por ejemplo, lo cual ha inspirado a Makinder la definición diferencial: “la Geografía es la ciencia del presente explicada por el pasado, y la Geología es la ciencia del pasado explicada por el presente”. Esta situación es señalada también por De Martonne en su gran tratado, haciendo ver cómo “la Geografía moderna se afirma en el sentido de la ciencia de los fenómenos físicos, biológicos y sociales, considerados en su distribución sobre la superficie del globo, en sus causas y relaciones recíprocas. Su campo es inmenso e invade el de un gran número de otras ciencias. En esto hay una ventaja y un peligro. Pero, es el método el que ha de individualizar a la Geografía”.

II

LA GEOGRAFÍA COMO DISCIPLINA DIDÁCTICA

Tanto por los caracteres que definen su dominio propio e inconfundible, como las demás condiciones de relación y diferenciación con las demás ciencias de la naturaleza, la Geografía es, como lo digo más arriba, la disciplina más *escolar* que puede elegirse como base o foco de una expansión sistemática; y alguna vez enuncié la idea de que una de las experiencias más bellas y trascendentales que pudieran intentarse dentro de la orientación científica moderna, es la de una organización universitaria cimentada sobre la Geografía, y modelada y desarrollada de acuerdo con su contenido propio,

sus derivados inmediatos y sus relaciones más lejanas o menos íntimas, en el campo de otras ciencias ya definidas y coexistentes con ella. Un organismo semejante tendría la inmensa ventaja sobre lo tradicional y lo actual, de que procedería por un método rigurosamente científico y experimental, de lo real a lo ideal, de lo visible e inmediato hacia lo invisible y remoto, de lo concreto a lo abstracto, de lo material a lo inmaterial. Ni siquiera las disciplinas llamadas literarias y artísticas podrían excluirse de la agrupación sinóptica que surge de un ordenamiento como el que aquí describo, pues ya es proverbial el vínculo indisoluble que une a la Geografía con la Historia, su hermana gemela, como le llaman los autores; y las manifestaciones artísticas y literarias de las sociedades, desde sus primitivos estados de cultura hasta los más altos, no son más que fenómenos propios del dominio de las ciencias antropológicas, etnográficas o arqueológicas, cuyos límites y diferencias con la Geografía sólo son determinados, según la ley fundamental enunciada por De Martonne, por el concepto de la *extensión* que esos hechos alcanzan en la superficie de la tierra.

Así, los que dan tanta importancia y acumulan tanta bilis en el debate de la cuestión de preferencia sobre los estudios utilitarios y los clásicos, entendidos en sus fases prácticas, pueden hallar un terreno de conciliación, con sólo echar una ojeada al cuadro sinóptico que resultaría del desarrollo de la ciencia geográfica desde su contenido exclusivo hasta sus ramificaciones en las ciencias vecinas; y el viaje no sería largo ni penoso, para que los intransigentes sectarios del mal llamado clasicismo, entrasen con paso de vencedores al imperio maravilloso de la poesía, del arte y de la metafísica; porque la naturaleza los habría provisto de víveres sanos e inagotables para largas jornadas, después de una permanencia en ella y del estudio y análisis de todas sus riquezas útiles y bellas, de las que en todos los tiempos la literatura, el arte y la filosofía tradicionales se alimentaron de reflejo. Unos y otros se confundirían al fin en la misma labor, con la ventaja

inmensa para los clásicos de haber bebido la belleza en las propias y originarias fuentes de los textos, sobre cuya hermenéutica y exégesis fundaron y mantuvieron por siglos y siglos sus armazones universitarias: toda la edad media, toda la época moderna y hasta en la contemporánea en una vasta extensión del mundo; Francia, Italia, España, en lo latino, Inglaterra en lo anglosajón, han transmitido a los pueblos nuevos de América sus añejas tradiciones escolásticas; y si no fuese la influencia científica de Alemania, el ímpetu revolucionario de los Estados Unidos, y uno que otro gran desastre histórico, todavía la civilización latina estaría ayuna de la renovación de los métodos y del espíritu de la enseñanza en las más cultas naciones de nuestra raza.

Me dan tentaciones de transcribir aquí las vibrantes páginas de Ray Lankester acerca de la reforma de la enseñanza de Oxford, sobre la base del cambio de su cimiento artificial de griego y latín por el del estudio de la naturaleza; porque después de seis años de prédica en mi tierra, aunque hubiese sido sermón en desierto, he visto confirmadas convicciones nacidas de un estudio hondo y sincero, inspirado en el más prospectivo amor de la patria y de la humanidad; pero esto no puede ser en un prólogo de un libro elemental, ni puedo yo reproducir en fragmentos demostraciones que deben ser plenarias. Pero él sintetiza su idea diciendo que desearía hacer el principal, —no exclusivo— objeto de la enseñanza, tanto en la escuela como en la universidad, un conocimiento de la naturaleza tal como se obtiene en las ciencias que se denominan física, química, geología y biología; y sin excluir las materias literarias, artísticas e históricas, ni el latín ni el griego, ya que no sólo de pan vive el hombre, habilitar, — por un suficiente conocimiento y aptitud para dominar a la naturaleza, — “a los futuros conductores de la comunidad, para comprender ese destino y saber cuáles son los medios para alcanzar y acrecentar esos poderes” (1); tal es a su

(1) *The Kingdom of Man*, 1907, págs. 52 y 59.

juicio, la misión de una gran Universidad, a punto de que su olvido significa retardar la proximidad del bienestar y la felicidad humanas.

Y bien, pues, diez años antes, mi autor inicial en la nueva Geografía, Strachey, en sus conferencias de Cambridge, de 1888, siguiendo la sabia y patriótica proposición de la Sociedad Real de la Gran Bretaña, expresó los conceptos más fundamentales respecto a la reforma de esa enseñanza, reconociendo primero, que la Geografía debía ser considerada como una de las ciencias naturales, que ella era una materia esencial en el programa de las dos grandes universidades, que debería ser estudiada en sus relaciones necesarias con todas las demás ciencias afines, y en particular sobre el concepto de la influencia que los caracteres y condiciones geográficos han ejercido en la historia y en el estado presente de la raza humana, sobre la fundación y crecimiento de las naciones, el desarrollo de la industria y el comercio y la expansión de la civilización. Ya se hace cargo el ilustre conferenciante de Cambridge, de las objeciones corrientes contra la inclusión de la Geografía científica en el plan de estudios de una escuela ordinaria. "Tales objeciones, dice, han tenido su origen en la ausencia demasiado general de preparación científica, que ha caracterizado a una generación que no había recibido ni siquiera una instrucción elemental en ciencias físicas, y que se hallaba en la situación de aquellos que no saben leer ni escribir, con relación a la literatura".

¡Oh, y el lector actual de este país sabe avalorar la importancia de este argumento, porque sabe cuán enorme distancia separa nuestro mundo docente del representado por esos dos centros de la humana sabiduría llamados Cambridge y Oxford! ¿Qué extraño que aquí no pudiéramos aún encauzar esta nueva corriente, ni hacerla aceptar por la dogmática oficial en los zarandeados planes y programas de nuestra enseñanza, cuando allá, en la culta Inglaterra, sólo en 1887, admitieron la Geografía entre sus enseñanzas de número? Pero el ejemplo no vale una justificación de nuestro

retardo, por más que pudiera ser una disculpa admisible. Y nada vale el que un vocal de un Consejo Nacional de Educación, expresase su voto individual en tal sentido, diez años después o hace diez años, porque nadie llevó a la práctica su proposición, ni se preocupó de formar el profesorado aparente para la tarea, ni se fundaron institutos para enseñar a los nuestros la nueva ciencia; ni cuando algunos entraron por esa vía, hallaron ambiente para persistir en la empresa, porque los dispensadores de empleos siguieron agraciando con cátedras de Geografía, — considerada como *ramo literario* — a los abogados jóvenes, a los mozos bien educados o a los buenos caudillos de grupos electorales, al amparo de la prescripción constitucional invocada por todos los gobernantes voluntariosos y politiqueros, según la cual el Presidente nombra y remueve los empleados de la administración, sin más requisito que el de una *idoneidad* adosada por él mismo, ya que ésta es la única condición que ella fija para la admisión de los habitantes a todos los empleos públicos.

De nada sirvieron los discursos ni los escritos, ni los proyectos de ley, ni los decretos puestos en ejecución durante un año escaso, en los cuales se fijó una base científica a los estudios generales y un sentido científico a la Geografía, y una dirección científica a todo el plan de estudios; porque la ola regresiva, preñada de sus prejuicios, odiosidades y enconos acumulados, hizo irrupción de nuevo en el campo apenas comenzado a cultivar, y volvió a ocuparlo y a penetrarlo de nuevo la rutina, y las ordenaciones y acomodos caudillescos del viejo régimen. Las publicaciones informativas e instructivas de la nueva escuela fueron suspendidas, los planes y programas vueltos al revés, y cambiados los títulos y la colocación de los artículos y reemplazadas las firmas de los decretos, para que no quedase ni rastro de la obra de los otros. Y nada había en ella de espíritu hostil ni sectario contra las humanidades clásicas, porque, como se dijo bien alto y claro en su tiempo, se reconocía, como lo hace con tanta elocuencia el autor de *The Kingdom of Man*, en el estudio razonado,

extenso y hondo de las ciencias de la naturaleza, el mejor fundamento de la moral, del arte, de la literatura, de las virtudes esenciales, en fin, de la vida social y política, y la fuente más fecunda de las fuerzas y recursos que hacen de las naciones entidades impercederas, por las riquezas materiales y espirituales que sólo el dominio de la naturaleza puede poner en sus manos.

Cuando se tiene en cuenta la organización elemental de los estudios primarios, su extensión y mayor profundización en el ciclo secundario y su especialización en el superior, no se puede desconocer el valor instructivo y educativo de la Geografía: casi podría ella sola cubrir en el primero el campo denominado de las *ciencias naturales* o de las *lecciones de cosas*; serviría de un conductor certero, durante el segundo, entre los campos de las otras ciencias, que allí ya comienzan a independizarse y a diferenciarse bajo los títulos de Fisiología, Zoología, Botánica, Geología, Cosmografía, Geografía; y por fin, en el ciclo superior universitario, desplegando en toda su especialización la síntesis primaria del ciclo elemental, manifestaría en resultados visibles y prácticos, así como en íntimos e inefables goces espirituales, todas sus cualidades directivas y habilitantes para la gran victoria del hombre sobre el medio natural en que desarrolla su vida, y el cual se resiste a su acción por sus múltiples agentes de destrucción, ya de su propia existencia, ya de las obras de sus manos o de su razón. Tomada así esta disciplina en toda su amplitud y comprensión concreta, debe afirmarse, además, que es la *ciencia social* más definida y caracterizada, como que ella abarca todos los fenómenos de la vida terrestre, en sus individualidades y en sus relaciones con este medio y con el cosmológico en que se desenvuelve bajo todos sus aspectos. El estudio de la vida pasada de la naturaleza en sus diversos reinos, o sea la *historia natural* de todos ellos, comprendida la especie más alta, la especie humana, es una función esencial de la Geografía, cuyo concepto de *extensión* no puede quedar limitado al *espacio*, sino que se extiende necesariamente al

tiempo, pues el fenómeno *vida* es una función realizada entre esos dos factores inseparables. La historia social o política de la raza humana es la sucesión de los hechos colectivos producidos por ella en el transcurso de los siglos, en diversas regiones de la tierra en que ha habitado y persiste; la historia física de la vida del planeta como parte del universo sideral, es la sucesión de fenómenos y cambios que ha sufrido en su constitución y en sus caracteres exteriores, superficiales y atmosféricos, los cuales han determinado las condiciones del medio en que la vida orgánica, humana, animal y vegetal — y la llamada inorgánica — han nacido y han evolucionado hasta su estado presente. Exponer esta relación es fijar la íntima conexión entre la Geografía y las ciencias sociales, y es, además, definir su inmenso valor como materia de esencial conocimiento para la comunidad, y como decía Lankester, para los futuros directores de la misma en la vida de los Estados.

III

ORDENACIÓN Y CONTENIDO DE ESTA CIENCIA

De los estudios de Makinder, Strachey, Ratzel, Ritter, Humboldt, de Candolle, Vidal de la Blache, de Martonne y muchos otros, y muy principalmente de las continuadas investigaciones de las universidades alemanas, han quedado fijados dos órdenes de principios constitutivos: el del contenido y alcance concreto de la Geografía científica en su sentido propio, y el del método en el desarrollo de la misma. Respecto del primero, no parece difícil señalar con caracteres ya bastante firmes sus divisiones más esenciales; pues, expuestas en la Asociación Británica por Makinder, especificadas, entre otras, por Dryer, de Indiana, y sintetizadas en sus tres grandes reinos, de geomorfología, geofisiología (oceanografía, climatología), y biogeografía (fitogeografía, zoogeografía y antropogeografía), los autores han desarrollado el contenido

de la ciencia, según el grado de su aplicación a la enseñanza, en formas diversas de orden, extensión o detalle, pero sin alterar sustancialmente esa primordial clasificación. Tomo por vía de ejemplo algunos de los textos más completos que tengo a mi alcance, y comparo sus tópicos y distribución de materias, y resulta que, con más o menos sujeción a un orden sucesivo, todos concuerdan en la distribución antes expuesta.

1. *The realm of nature*, de Hugh Robert Mill, profesor de extensión en Oxford. Sus diez y siete capítulos, pueden clasificarse bajo estos rubros sintéticos: *a)* la naturaleza y sus leyes generales; *b)* la tierra como planeta, *c)* la atmósfera, fenómenos, climas, *d)* la hidrosfera, oceanografía, *e)* la tierra en sus caracteres y fenómenos, geomorfología, *f)* vida, antropogeografía.

2. *This world of ours*, de H. O. Arnold Foster, adopta dentro de esas mismas líneas genéricas un método más directamente relacionado con la geografía social, económica y política, y sus veintidos capítulos se resumen en los siguientes tópicos fundamentales: *a)* la tierra como planeta en el espacio, *b)* la atmósfera, *c)* geografía y geología, *d)* hidrografía, *e)* geografía social, comercial y política, vida humana.

3. *Eclectical physical geography*, de Rusell Hinman, divide la materia en veinticuatro lecciones o capítulos, que se refunden en estos tópicos generales: *a)* la tierra como planeta, *b)* la atmósfera, *c)* el mar, *d)* la tierra, geología, *e)* tiempo y clima, *f)* la vida.

4. *A scientific geography: The world*, de Ellis W. Heaton, libro primero de su serie de siete manuales regionales, el más reciente que ha llegado a mi poder de origen inglés, contiene la misma distribución genérica, si bien se caracteriza por un marcado sello utilitario o aplicado a la vida industrial, y se resume en los siguientes tópicos: *a)* la tierra como planeta, *b)* la corteza terrestre, geografía y geología, *c)* los océanos, *d)* la atmósfera y clima, *e)* la vida industrial y comercial.

5. Por último, para no hacer una prolija lista bibliográfica, que no entra en mi propósito, citaré el magnífico *Tratado de Geografía Física*, de Emmanuel de Martonne, de la Universidad de Lyon, quien adopta dentro del más amplio desarrollo específico, la misma división, más sintética aún, si es posible, bajo estos cinco tópicos: *a)* la tierra como planeta, *b)* clima, *c)* hidrografía, *d)* relieve del suelo, geología, *e)* biogeografía.

Demuestra este cuadro del contenido de tan excelentes textos, que la geografía física es una ciencia ya definida y completa, en sus elementos propios y en sus relaciones necesarias, y que se halla dotada de toda la literatura didáctica e informativa que puede requerir su adaptación a los planes de enseñanza de cualquier grado y de todo país; y que ninguna razón justifica ya, por tanto, la persistencia del antiguo sistema de la descripción y de la enumeración, la cual tiene su lugar incidental o esencial en otras múltiples materias, o sólo como aplicación experimental de leyes o reglas permanentes o genéricas, o si se quiere, en esa parte de la misma Geografía que se propone exponer el estado actual del mundo político, como resultado de las evoluciones históricas de los distintos pueblos. Sobre su carácter eminentemente didáctico y educativo, por la coordinación y sugestión de sus principios y el poder disciplinante de todas las facultades, agrega el inapreciable valor de las correlaciones, que establece y graba en la mente juvenil, entre las numerosas y en apariencia más desemejantes y remotas ciencias y materias de índole literaria y abstracta, a punto de que puede concebírsela y enseñársela como una síntesis de la vida del mundo en sí misma, y en relación con el hombre en sus diversos estados de evolución social. Ni se puede argumentar en contra de su adopción en nuestras escuelas con la carencia de libros-guías para el profesor y el alumno; porque es ya un hecho indudable que existen numerosos textos, entre los cuales hemos citado cinco en estas páginas, que pueden servir de modelo a nuestros autores y maestros, los cuales, por otra parte, si han de aplicar

métodos y procedimientos racionales, no necesitan de tal guía ni auxiliar de modo imprescindible. Cuando más, la lectura ilustrativa, cooperación del mapa, el relieve, la excursión, el dibujo, la cartografía, la fotografía y sus recientes aplicaciones didácticas, vendrán en ayuda del maestro y del niño para facilitar su correlativa tarea. Tiene en su favor, además, para guiar sus investigaciones y explicaciones de todo hecho o fenómeno geográfico, el segundo orden de principios fundamentales antes indicado, y que se refiere al método de la ciencia en sí misma, y que el ya citado de Martonne reduce a estos tres:

- 1º el de extensión,
- 2º el de coordinación,
- 3º el de causalidad;

por los cuales el investigador, el maestro, el estudioso, el escritor especialista, no sólo podrá caracterizar en todo caso el hecho geográfico reduciéndolo a sus verdaderos límites, sino extender al resto del mundo su generalización, y plantear o deducir la ley correspondiente; y por fin, avanzar en el conocimiento de las causas generadoras del fenómeno, para el cual traerá a su servicio todas las demás ciencias correlativas, acercándose, bajo esta última faz, la Geografía, al amplio dominio de las ciencias sociales y jurídicas, en el que está llamada a causar todavía las más profundas transformaciones de conceptos y postulados.

IV

LA EXPERIENCIA ORGÁNICA DE LA PLATA

He ahí la filiación científica de este libro, que el profesor señor Jijena entrega al estudio y aprovechamiento de nuestros escolares y maestros, y por cuyo medio contribuye a dar un valioso impulso a la nueva tendencia en el estudio de la Geografía. Esta no es una simple afirmación, desde que el autor, en su prefacio así lo declara, con excesivas bondades

para el que estas líneas escribe. Aquella reforma tuvo en las esferas oficiales manifestaciones positivas, en diversas formas: la primera en 1901, en ocasión del concurso de textos de instrucción primaria (1); la segunda en el período de propaganda ministerial que con algunas intermitencias continuó desde 1902 a 1905, traducida en numerosos discursos, conferencias y documentos oficiales cuando aquél desempeñó el ministerio de Instrucción Pública (2), en cuyo tiempo la nueva dirección de la enseñanza geográfica fué indicada en los planes y programas de 1905; la tercera y más completa es la realizada en la Universidad Nacional de La Plata, en los dos grandes ciclos que ella encierra, el preparatorio y el superior. Firmes en la convicción de que la ciencia geográfica es la más universitaria de todas, por su método y comprensibilidad proporcional de las demás ciencias naturales y sociales, sus derivadas, los organizadores de aquel alto Instituto, le dieron allí toda la amplitud que cabía dentro del vasto plan general; pero desde luego, la ubicaron en el foco doméstico de las ciencias más afines, o de su grupo de más íntima correlación, teniendo como base de observación y experiencias, el Museo de La Plata y el Observatorio Astronómico, Magnético y Sísmico, que constituyen dos de los más grandes tesoros de enseñanza del país.

Bajo la dirección del malogrado doctor Enrique A. Delachaux, cuyos trabajos sobre la cordillera y el Río de la Plata han sido la más elocuente demostración del valor práctico del estudio científico de la Geografía, se instituyó la Escuela Superior de Ciencias Geográficas, convertida hoy en una de las secciones ordinarias del Museo; y gracias a la feliz correlación allí establecida entre las diversas escuelas medias y superiores incorporadas, el pensamiento ha podido realizarse, desarrollado de acuerdo con un plan que puede sintetizarse en este cuadro esquemático:

(1) *Problemas escolares*, del autor, págs. 153-216. [Tomo XIII de estas *Obras Completas*].

(2) LEOPOLDO LUGONES, *Didáctica*, pág. 240.

a) Enseñanza elemental y preparatoria, en la Escuela Graduada, Colegio Nacional y Colegio Secundario de Señoritas, anexos a la Universidad.

b) Enseñanza superior en tres órdenes de la Geografía científica: en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas (Geografía matemática); en el Observatorio (Geografía astronómica, meteorología y sísmica); en el Museo o Facultad de Ciencias Naturales, donde realiza su más amplio desarrollo en relación directa con las más afines (Geología, Mineralogía, Paleontología, Arqueología), con el grupo biológico (Antropología, Zoología, Botánica), y con sus dos íntimas asociadas y auxiliares, la Cartografía y el Dibujo;

c) Enseñanza metodológica de la ciencia en la sección universitaria de Pedagogía, para el profesorado normal, secundario y superior, y que tiene como gabinetes o clínicas experimentales todas las demás dependencias ya descritas.

Si se recuerda las opiniones antes referidas de los autores ingleses, americanos y franceses de la nueva ciencia, se verá cómo en este cuadro se halla ejecutada la idea integral de su estudio y enseñanza, concebida como una disciplina universitaria, y con las cualidades, condiciones y prospectos que le atribuye Lankester, a que aspiraba en 1888 Strachey, el primer *lecturer* de la Sociedad Real de Londres, que diseñaban Dryer y Makinder y la Asociación Británica, y que desarrollan hoy en sus textos todos los maestros inspirados en el espíritu científico de la época, difundido por los más altos institutos de enseñanza de Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos. Y así solamente será posible el progreso de esta ciencia y del extenso núcleo de las correlacionadas con ella, y que cabrían dentro de una denominación más general de *ciencias naturales y sociales*. No debe olvidarse que el desarrollo de la Geografía como ciencia, en el orden de las llamadas *físicas y naturales*, se debe en primer término, como observa de Martonne, a su adopción como estudio en las universidades, “que tienden cada día más a concentrar toda la vida

científica en los países modernos. Este último punto, agrega, es de una particular importancia. Por madura que estuviese la ciencia geográfica, ella no comenzó a dar sus frutos sino desde el día en que echó raíces en el suelo universitario, en contacto íntimo con las ciencias a cuyo desarrollo debe hallarse asociada". Las ventajas positivas de esta asociación se ven de modo evidente cuando se piensa en la estrecha conexión que guardan entre sí los demás diversos institutos experimentales de la Universidad, los cuales le ofrecen día por día los resultados parciales de sus propias investigaciones, y que concurren directamente a la solución de sus problemas exclusivos. Las exploraciones de las secciones geológica, botánica, zoológica, antropo y arqueológica, los análisis correlativos de la Escuela de Química y los viajes de propio objetivo geográfico; las observaciones constantes del cielo, de la atmósfera y el subsuelo, expresadas en sus propias publicaciones por el Observatorio; todos estos auxiliares vienen a enriquecer el material de estudio geográfico en cantidad suficiente para la más estricta exigencia didáctica, como lo probarían estos tres ejemplos que como tales consignamos:

a) Publicación de los volúmenes XIV, XV y XVI de la *Revista del Museo de La Plata*, con numerosos trabajos de investigación sobre diversos tópicos originales relativos a nuestras regiones, y por extensión, los que han originado los últimos congresos científicos de Chile y Buenos Aires, y cuya enumeración excedería el objeto de estas páginas;

b) Publicación de los calendarios o anuarios astronómicos para la República Argentina y para Sud América, por los Observatorios de La Plata y de Córdoba, y los relativos a las observaciones sísmicas, en el primero de esos establecimientos, que en breve verá la luz, según informes auténticos;

c) La publicación gratamente auspiciosa, como realidad y como tendencia, de los señores Outes y Bruch, profesores en el Museo de La Plata, de su tratadito sobre *Los aborígenes de la República Argentina*, con destino a las escuelas prima-

rias, secundarias y normales, y que trae por primera vez en forma sistemática y didáctica, la antropogeografía de la Nación. A esto habrá que agregar en breve el nuevo libro del profesor don Luis M. Torres, — el inteligente prologuista del *Catálogo Razonado de las Lenguas Americanas*, del general Mitre, — sobre los aborígenes del Delta del Paraná, que forma parte de la Biblioteca especial conmemorativa del Centenario, que la Universidad de La Plata tiene en prensa.

Y así como este caso, la Universidad ofrecerá, sin duda alguna, abundantes y cada día más ricos elementos de estudio a la ciencia geográfica; porque de las cátedras surgen los libros que un buen día se condensan y toman forma, después de la prueba más o menos definitiva del aula, con sus múltiples y repetidas experiencias e investigaciones; como ocurre con los trabajos de Lafone Quevedo, sobre etnografía y filología americanas, de Lehmann Nitsche, sobre antropología, con los de Torres y Outes sobre sus prolijas y valiosas investigaciones sobre los aborígenes argentinos, y de otros institutos como el Museo Nacional de Buenos Aires, con las obras de Ameghino, ese grande y abnegado creador de nuestras ciencias antropológicas y paleontológicas, y los que ha comenzado con tanto éxito a producir la sección científica de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires.

V

EL LIBRO EN CUESTIÓN

Y bien; el libro con tanto acierto titulado *La Naturaleza y el Hombre*, del señor Jijena, y cuya lectura me ha conducido a las disquisiciones anteriores, entra con paso firme en el dominio de la Geografía científica y en el núcleo de las obras similares cuyos títulos y contenidos sistemáticos exponemos más arriba. Pertenece de pleno derecho a la familia de los innovadores de esa gran enseñanza, destinada a obtener tan profundas transformaciones en el espíritu nacional; pues,

como afirma en su valiente alegato sobre la reforma de Oxford, el profesor Lankester, sobre la base del estudio y conocimiento de la naturaleza, y sus leyes e influencias recíprocas entre ella y la raza humana, sólo es posible formar los verdaderos directores de sociedades, si ellos han de proponerse acercar el día del reinado del bienestar y la felicidad humana. Su concepto técnico y la distribución de sus tópicos son ajustados a las líneas de fronteras marcadas por la ciencia nueva del dominio de la Geografía Física, la cual, dentro de sus moldes precisos y rigurosos, siempre puede extenderse o limitarse, según las exigencias de métodos especiales, los propósitos políticos o sociales de la enseñanza nacional y otras causas y correlaciones: como se ve claramente en la obra de Hinman la influencia astronómica, en la de Arnold Foster, la política militar, y en la de Heaton la industrial y la económica. Así en el texto del señor Jijena, dentro de la aparente dispersión de las materias con relación al sistema de la ciencia, se puede determinar con toda claridad las divisiones ya marcadas en otros autores, si bien se nota en el de nuestro compatriota el predominio de la obra didáctica sobre la técnica, como lo hace también alguno de los ya citados; pero en esto, lejos de caber censura sólo se hallaría una nueva causa de congratulación para su autor, quien demostraría una precaución saludable en dos sentidos: presentar el mayor contenido técnico de la materia misma, y ofrecerlo en condiciones de asimilación fácil y agradable. A este último propósito concurre, además, la prolija división de cada parte del tratado en pequeños párrafos con su respectivo título, lo que aligera y facilita notablemente la tarea de su información.

Aparte de su estilo didáctico, claro y sencillo, sin frondosidades y excesos de erudición, tan molestos en los libros elementales, el del profesor Jijena, veterano en las lides de la enseñanza de la República, tiene todas las ventajas del método, de la información bibliográfica y científica general y local, suficiente para caracterizar su labor como una labor nacional, ya que ésta no se puede eludir desde que se escriba para

estudiantes argentinos, y para quienes deban observar el mundo y sus fenómenos más primordiales y remotos desde el rincón en que ellos habitan, y que ha cabido en patrimonio a su propio pueblo o al núcleo social a que pertenecen. Y además, entendemos que después de las traducciones que hizo publicar el ministerio de Instrucción Pública en 1905, y de las inteligentes tentativas del profesor Biedma para adaptarse al plan aconsejado por Herbertson en Oxford, entendemos que esta es la primera vez que se produce en el país una obra didáctica del género, neta y francamente científica, la cual, no obstante las inevitables deficiencias de que pudiera adolecer, y que una experiencia mayor en la clase revelará mejor que la crítica actual, significa y merece los más ardientes plácemes por el gran paso dado en el sentido de la transformación de la enseñanza geográfica, destinada por esta vía,— estoy convencido de ello, — a modificar toda el alma, y la substancia de la enseñanza y la educación en la República Argentina; siempre que para esta labor se combinen los esfuerzos de los institutos de altos estudios científicos y pedagógicos, cuando, libres de prejuicios dogmáticos, de *intereses creados*, o de simples aparcerías dominantes en las cosas de la educación nacional, todos los que a ella se consagran alcen la vista sólo ante los superiores ideales de la ciencia pura y del bienestar y elevación de la comunidad nacional y humana.

Enero 18 de 1911.

XVII

“PENSAMIENTO Y ACCION”

“PENSAMIENTO Y ACCION”

Prólogo a la obra de este título del doctor Angel F. Avalos, Córdoba, 1910.

Dije alguna vez a propósito de uno de mis libros, en el cual había agrupado una suma de labor intelectual bajo una visible regla de unidad y armonía, que tal género de publicaciones, si bien no constituyen *una obra* en el sentido usual de la palabra, lo eran de toda verdad en cuanto expresaban una parte de la tarea espiritual, ligada por un principio más íntimo, más vital que el del conocido de la unidad de argumento, o sea, la unidad de la vida del autor. La clasificación de las obras literarias, como la de todas las cosas sujetas a la evolución de la vida, cambia con el tiempo, en razón de la mudanza del ambiente y de los mismos conceptos fundamentales. Hoy no es posible en todo caso encerrarse a componer un libro de cabo a rabo, con absoluta homogeneidad de asunto, de método, de desarrollo, de estilo; ni las modalidades de la vida contemporánea, ni los caracteres de la tarea intelectual, ni las formas habituales de expresión, son hoy los mismos que hace un cuarto de siglo, y ninguna sociedad se queda estática, esperando la aparición de los infolios en que los pensadores han de darnos el fruto de sus meditaciones sobre todos los asuntos de interés común. La revista viene combatiendo al libro y el periódico cotidiano a la revista; y el público lector de ahora va cada día gustando de una ración menor de elucubración literaria o científica, en cambio de una intensidad mayor en el trozo monográfico ofrecido.

Cuando yo dije aquellas palabras, naturalmente, el mundo quedó como estaba; no se conmovió en lo más mínimo,

porque mi peso no alcanza a hacer cambiar en un milésimo de milígramo el fiel de la balanzà intelectual. Pero aunque esto hubiera ocurrido, yo creo haber tenido razón entonces, y con gran complacencia puedo afirmar ahora lo mismo, porque el tiempo me da el triunfo, y porque durante ese lapso, han aparecido numerosas colecciones de escritos que sólo son la historia vivida y documentada de sus autores. ¿Y qué necesidad tengo de ir a buscar ejemplos afuera, aunque se trate de las obras de Waldeck Rousseau o de Clemenceau, o de los actores aún vivos del portentoso drama de la política y la cultura inglesa, si aquí mismo tenemos los casos de Sarmiento, de Estrada, de Avellaneda, de Pellegrini, que escribieron mientras luchaban o enseñaban, y gobernaban pensando, o hablando, o deleitando a sus contemporáneos? Si cuando se compone un relato imaginado para causar una emoción, debemos crear una trama novelesca o dramática ¿cuánto más interesante no será la novela o la tragedia real de la vida, de la lucha, ya se libren en los estadios de las pasiones, ya en el de la vida política, ya en la arena silenciosa del pensamiento, que se agita y produce en presencia de los personajes verdaderos de este romance eternamente renovado que se llama la historia?

Luego, como obra literaria, para hablar en el lenguaje de las escuelas, nada puede superar en interés humano a la labor de una vida consagrada al estudio y a la faena de la cultura de un pueblo. Nos entusiasma y embelesa el trabajo de la colmena de abejas y de la ciudad de las hormigas, en los libros maravillosos de Maeterlinck o de Mougeolle ¿y no nos ha de causar el mismo encanto el espectáculo o la sensación de las colmenas o los hormigueros de hombres y de ciudades y naciones? Hoy que las abejas y las hormigas colaboran con los maestros en las aulas, labrando sus mieles o sus túneles a la vista de los anfiteatros, la complicada tarea de la vida humana, vista en síntesis en cada uno de sus obreros, reviste el mismo y palpitante atractivo para el observador. He ahí el valor moderno de los libros de memorias, de autobiografías,

de recopilaciones de escritos elaborados en el afán de la diaria lucha que cada uno de nosotros debe reñir contra sí mismo, contra los obstáculos personales o colectivos, y en una democracia incipiente, contra los siglos y los pesados estratos que ellos dejaron en el espíritu de las razas o de las sociedades.

Este libro nuevo, formado de la reunión de escritos de toda índole, que un hombre de trabajo y de estudio ha ido produciendo en el transcurso de su carrera pública, al par que me ha sugerido aquellas ideas preliminares, me ha conducido de vuelta, con la mente, a una edad de mi vida que recuerdo siempre con singular deleite: a la época de mis estudios colegiales y universitarios, que por sí solos darían materia para un libro bellísimo, si yo fuera capaz de escribirlo, sobre aquellos años de Córdoba, impregnados de un perfume de alma, semejante al de los viejos armarios de familia, cuyas puertas, al abrirse después de una larga ausencia, envían al corazón un hálito de memorias amadas que lo expanden, lo marean, lo arrebatan, como una humareda de incienso en medio del acorde de un órgano lejano.

Daría lo que me resta por vivir, si pudiera dejar escrito ese libro de memorias. Pero no podrá ser. Las mejores ideas son siempre las que no expresamos; y así vamos dejando para los venideros los más ricos tesoros de sensaciones, cuando pretendemos haberlas agotado. ¡Oh, si la poesía es inmortal! Imagine el lector el infinito número de los poemas, romances, historias y confidencias que cada uno se llevó al sepulcro, y que renuevan sin término las generaciones posteriores, y dirá si las transcurridas han desflorado siquiera el follaje de la selva inmensa. Pero, no es este libro, por su contenido, el destinado a sugerirme esta floración poética, sino en cuanto lleva mi memoria a Córdoba, la ciudad que tantas veces he comparado con Verona, donde se acaba de levantar un monumento a Shakespeare, el inglés, que descubrió en ella el idilio inmortal de ese balcón, donde al rayo de la luna se suscitó el debate más sublime de los tiempos, en el cual la amada atri-

buía al ruiseñor, que canta de noche, las melodías que el amante temeroso atribuía a la alondra, que canta a la alborada, cuando los enamorados han de darse el último beso de la entrevista. No es de estas bellezas que debo hablar aquí, en este prólogo, ni de las indelebles sensaciones de adolescencia y juventud, tan vivas y palpitantes, que aún bajo las ya espesas nieves de mi cabeza, hacen latir el corazón con violencias inusitadas.

El autor de este libro ha descrito el fragmento de una época política en la cual fuimos actores muchos de los que ahora nos hallamos en la plenitud de la acción, y de la expectativa y de la responsabilidad del destino de una democracia; y la ha pintado con sencillez y animación, con nombres propios que yo nunca habría consignado, ni menos en el sentido de actor en luchas de predominio o de ambición; a menos, como pudo muy bien acontecer, — tan difícil es siempre la verdad histórica, — que hubiese sido yo sin saberlo, héroe o personaje del drama del día. Aquellas luchas electorales del Club Universitario, el primero que rompía el claustro cerrado de la vieja casa de Trejo y Sanabria, para lanzarse a la calle en plena campaña presidencial, valen más como revelación de un estado mental colectivo, que por sus fines y su eficacia real. Valen mucho más, sin duda, por la revelación de caracteres y temples en aquel grupo liberal, surgido y mantenido coherente en un medio hostil, y que dió un Cárcano, un del Viso, un Vivanco, un Adán Quiroga, un Avalos, un Sánchez Benavidez, un Pedro Garro, un Marcial Contreras, y otros que no tardaron en escalar alturas, en asumir posiciones directivas o espectables en la política, en la prensa, en la oratoria o en la pura abstracción literaria.

Todos estábamos apasionados por una u otra razón; y si mi recuerdo no me engaña, la del mayor número era la del credo liberal, que el candidato prometía a nuestro grupo, después que la crisis religiosa de 1881 a 1884, había agitado y conmovido los espíritus y convulsionado la sociedad de Córdoba y de la República, hasta la llegada de Esquiú, el

grande, el inspirado apóstol de la concordia y la paz, caído en medio de aquel campo de batalla incruenta, como una paloma blanca, de un San Graal divino, con el mensaje que le oí pronunciar con unción religiosa, nunca sentida después en los años de mi vida. Esa agitación había penetrado en los claustros de nuestra Universidad; había encendido en ellos, aún en las bancas silenciosas del aula de Rafael García, las irreverencias antidogmáticas más inauditas de Dermidio Ocampo, rebatidas con los apóstrofes tridentinos de Ricardo Achával, y serenados ambos por la paternal mediación del asombrado maestro, que acaso ignoraba el origen de aquellas repentinas e insólitas tormentas de la clase. En otro recinto y bajo la bandera del "Derecho Natural", cavaba una honda revolución en cabezas juveniles un Ahrens, con toda su augusta ascendencia filosófica, hasta que el profesor, advertido de los efectos de esa escuela, por ajenos consejos, decidió ¡ay!, para él, demasiado tarde, — volver el descarriado rebaño al aprisco infranqueable de Taparelli! Y nos enrolamos todos en las filas del partido, en el cual, a nuestro entender, flameaba la bandera de nuestros ideales emancipadores.

Nunca supe, ni lo sé ahora, por qué me eligieron a mí por candidato los universitarios puros, es decir, aquella fracción de la juventud liberal que no había tomado parte, ni se había contaminado con los círculos locales. Siempre he andado medio sonámbulo en la política, y entonces mi mal contemplativo era agudo, era naciente, y daba más a la luna "que argenta el beso de los amantes de Verona", que a las polémicas y arengas del Club, en cuya oratoria candente Adán Quiroga ponía en prosa y declamaba con gran estupor de los paisanos de San Vicente o del Abrojal, las estrofas de Andrade o de Víctor Hugo, que le traían sorbido el seso. Poeta y orador, eso sí, de la mejor agua, como lo reveló más tarde la lucha seria, la lucha grande, la lucha responsable de la edad madura, a la cual llevó con aquellas fantasías, una fuerza positiva, la del espíritu de justicia, unas veces rebelde otras im-

perioso, de la ciencia jurídica romana, que penetró muy a fondo en el aula de Berrotarán y en los libros de comentario, que juntos leíamos en nuestras veladas.

¿Sería ese mismo espíritu estético, bebido en tanta lectura poética, histórica, jurídica y filosófica, lo que me apartó, junto con el núcleo de que habla Abalos, del otro, adicto a *El Panal*? El caso es que el jefe de esta meliflua asociación, no nos miraba a nosotros con la misma cara que a sus íntimos; y más de una vez me llegaron ecos de sus juicios poco benévolos a nuestro respecto, formulados en esa amenidad de lenguaje tan característico del caudillo de levita que zahiere a sus iguales para adular a sus inferiores. Nosotros, los del Club Universitario, nos quedamos rezagados, no en la batalla, sino en el botín; no en la hora de la pelea, sino en el momento de las luminarias. Una fuerza invisible e inconsciente de ideal nos apartó del otro grupo, y cada uno de nosotros siguió caminos individualmente distintos, pero todos orientados, más o menos, en una dirección doctrinal, abstracta o *principista*, como se dice en la jerga política. ¿Teníamos nosotros más en el corazón la Universidad que ellos? ¿Tenían ellos más en la cabeza la vida de la calle, que nosotros? La dualidad expuesta es por sí sola un bello problema, un curioso motivo de investigación psicológica sobre aquella época de nuestra evolución interior. El caso es que una línea divisoria siempre perceptible, separó los destinos de unos y otros, de tal manera que mucho más tarde, en esferas muy superiores, cada vez que la gran corriente de los intereses comunes nos reunía, no faltaban piedras ocultas en el fondo, que partían en brazos el río caudaloso.

Un lindo efecto de contraste, más literario que real, hace al autor de este libro trasladar la modesta contienda del Club de la Juventud de 1885, con sus actores, a la gestación presidencial de 1903 a 1904: "El vencedor en la lejana asamblea política del café General Paz, era vencido por su rival, en los cabildeos políticos que sucedieron a la asamblea de la *Convención de Notables* que proclamó la candidatura de Quin-

tana, en el Prince George's Hall de la metrópoli argentina". Linda pincelada de efecto y de contraste, supone una lucha en la cual hubo vencedor y vencido, cuando no existió en realidad, ni uno ni otro; porque jamás el presidente del Club de 1885, disputó en ningún terreno candidatura alguna, sino que todo su esfuerzo, desde la alta posición que ocupaba, colaborador de un gran Presidente, consistió en apartar de sí la nota de candidato, en aquellos días turbios, donde a río revuelto, entre las *coulisses* de una Convención zarandeada en exceso, debía surgir lo que entonces se llamó, con no poca gracia, a pesar de las matemáticas, el segundo término del *binomio* presidencial. ¡Sólo Newton sabrá a estas horas, en su altura inmortal, los efectos que produjo en la política argentina la solución de su célebre fórmula! No hay vencidos cuando no hay combate personal; y no puede llamarse lucha al cotejo o puja que terceros pueden hacer de nombres propios, en ausencia absoluta de la voluntad y la acción de sus dueños. Apenas hay nada que me haga más gracia en nuestras cosas electorales, que cuando leo las noticias, entre bombas y músicas, del *triunfo unánime* del candidato A, de la *victoria canónica* del candidato B; porque el *binomio* de una disputa electoral significaría la pugna de dos fuerzas contrarias, pero nunca la acción de una sola de ellas, como ocurre siempre en nuestros comicios criollos...

Volviendo al caso, el hecho es que este libro nos traslada por la reflexión a un tiempo en que Córdoba era una región densa del nublado cielo nacional, donde se incubaban tempestades, se oían truenos y se presenciaba con alguna frecuencia el luminar magnífico de los relámpagos. ¿Qué ha sucedido, o mejor dicho, qué sucede ahora, que ya no se contemplan semejantes espectáculos? No nos dé como a aquel filósofo ateniense del novelista sueco, por llorar ante el alejamiento de la gracia divina de nuestros dioses tradicionales, y ante la tristeza infinita del templo abandonado, por creer que la mano que antes se hallaba abierta y tendida sobre el suelo privilegiado, ha cerrado sus puños, antes munificen-

tes. Alguien se ha robado el tesoro con los penates caseros, y la tribu errante anda por ahí desazonada, sin rumbo, sin luz en el horizonte, sin voces en la sombra. Verdad es que, como dijo el sublime coplero, *todo tiempo pasado fué mejor*; pero esta aparente y sentimental verdad poética no puede ser una fuerza efectiva contra la ley dinámica del progreso. Casi iba a afirmar que había en los años de mi historia, más *vida intelectual* que hoy; pues era brillante el núcleo de hombres que hacían constelación, cátedra, núcleo atractivo e influyente, foco vívido de pensamiento, de lucha, de acción social y política. ¡Qué, si hasta del seno de los círculos eclesiásticos, como del fondo de una nube oscura, surgían resplandores que alumbraban el camino a la dispersa juventud! Lucero, García, Jerónimo Cortés, Lozano, Luis Vélez, Cáceres, los Pizarro, Luque, Ríos, Castellano, Filemón Posse, del Barco, Carlos Bouquet, y tantos otros que al irse se lo llevaron todo, se llevaron a Córdoba, con su pasado, su modo de ser, su influencia, su peso en la balanza, — de manera que, tras sus huellas, enmudeció la prensa de los debates, la tribuna de las arengas, la cátedra de la doctrina, el púlpito de los sermones y las pastorales, unas veces ungidos de inefable gracia literaria y sabiduría dogmática, como en Esquiú, y otras, sibilantes de fulminaciones y amenazas, como en Luque o en Ríos. Señor, si hasta los conventos eran nidos de pájaros cantores, o de laboriosos horneros, como en Santo Domingo o San Francisco, donde no faltaba un orador elegante o cáustico que *hacía costumbres* o uno que otro benedictino papalista que, por lo menos, aventaba el polvo secular de sus bibliotecas. En la calle, los muchachos hervían de entusiasmo literario, que desbordaba en veladas, en periódicos, en diarios; y la gran oda, la endecha amante, la prosa poética, o la pieza jurídica, eran la preocupación del día, la manzana de la noble discordia de las ideas, tan distinta, ¡oh, sí! de esta otra mísera discordia de los días presentes. Un soplo de vida nueva había removido la quietud secular de la augusta casa de estudios, un rayo de sol había sembrado la revolución en las

serenas aulas, un viento de lejano y exótico origen había agitado el ramaje de la selva dormida, y dieron sus frutos robustos y poblaron el ambiente de rumores y germinaciones fecundas.

La campaña política de 1885 a 1886, llevó a la dirección suprema de la República a nuestro candidato, y una formidable tempestad dió en tierra con él en 1890. El trasplante fué funesto; el nuevo clima transformó nuestro cultivo, y aquel gobierno, — es una verdad que no discutiré al autor de estos volúmenes, — realizó la tendencia del núcleo que en las elecciones de nuestro Club Universitario de 1885, había votado por el joven que después condensó el segundo factor del *binomio* de 1904. El mismo error visual que movió la brújula de 1885, reincidió en 1904, y la nave volvió a dar en los mismos escollos, como para afirmar, con el doble desastre, la dolorosa certeza de una ley histórica fatal para las instituciones argentinas. En aquélla como en esta época, una tupida capa de incultura e irreverencia por las cosas que aprendimos a amar en nuestras queridas y modestas aulas, cubrió toda la región ocupada por la agrupación gobernante; una ola de sensualismo invencible agitó toda la superficie, y fué conmoviendo hasta las más inferiores profundidades del carácter nacional; y los pobres ilusos universitarios del Club de 1885, se eclipsaron en la oscuridad de la impotencia, en la penumbra de una muda protesta, ahogados por el éxito abrumador de los otros. Pero uno hace su examen de conciencia, y se consuela al fin de no haber sido tan feliz, sin duda porque recuerda, con inocencia y todo, los ejemplos de la vida juvenil, una que otra semilla escondida en el fondo del alma, y que, como moneda olvidada, se aparece para salvarnos de la vergüenza en el día de la prueba. Es que, ya lo he dicho también hace poco, aquellas enseñanzas antiguas, con todo su ciego dogmatismo, su latín huérfano, su escasísima ciencia y su derecho romano y romanizado, dejaban en el fondo del alma, como los ríos turbios de la montaña, una pepita de oro puro entre los guijarros, una virtud matriz entre los errores,

y era la sencilla, la ingénita honestidad, filtrada o precipitada tras dos siglos de informe clasicismo.

¿Y para qué he hecho yo aquí esta digresión? Sin duda, —y como hablo en libertad y sin límite estricto, lo diré,— para referirme al valor de la obra intelectual del autor de este libro, cuyo *Pensamiento y acción* recorren un ciclo de veinticinco años, — ¡todo un cuarto de siglo! — desde el día en que fundamos *La Propaganda*, desde cuyas columnas oficiaba yo, como la niña que hace de madre en el juego de las muñecas, de director y redactor jefe, y me daba a la edad de veintidos años, el lujo de corregir escritos y dar consejos a mis principiantes, o profetizar grandezas y éxitos literarios a Quiroga, a Avalos, a Castillo, a quien, cuando llegó a ministro, le recordé cierto anuncio de aquel mago liliputiense. Y Avalos, aquí está todo entero en su trayectoria mental y política de 1885 a 1910, representado, no por los millones, o las tierras o las casas acumuladas durante esa gesta de dos décadas y media, sino por los rastros que su inteligencia y su palabra dejó a su paso por el escenario en que le tocó desempeñar su papel, ya que en todos los dominios de la existencia hemos de repetir una y mil e infinitas veces el *human life is a stage* del personaje de Shakespeare. Casi todos los del núcleo universitario de la cátedra ahrenizada de derecho natural de 1882, y los que en los tres años siguientes se le reunieron por adherencia simpática, hemos seguido la misma senda, acumulando páginas y libros, elucubraciones inéditas en los foros, o en las gavetas, o publicadas en la prensa varia del país, con suerte más varia todavía, y éxito nulo, sin duda alguna. Y he ahí la gran virtud de este nuevo libro de labor y de idea, de Angel F. Avalos, esto es, la virtud insuperable de no aspirar a recompensa ninguna, sino al goce inefable de la producción por la producción, o cuando más, matizada por el mundano interés de decir: “hé ahí mi concurso a la obra común de la civilización de mi patria”. Y bueno; y éste es un goce real y positivo, nunca comprendido por aquellos “mastines de libros, envenenados de la rabia contra el estu-

dio”, de que habla Quévedo, o por ésos que “muerden y no comen” del mismo autor de la *Defensa de Epicuro*; como un crítico que yo tuve una vez, el cual, dirigiéndome en su sentir la más recóndita y maligna de sus injurias, dijo que mis libros “no servían y no me servían para nada”, me halagó con el más puro de los homenajes a que podía aspirar. Era yo también del núcleo lírico del Club de 1885, zaherido por el socarrón caudillo enlevitado de la época, y estaba y estoy y estaré en mi papel de hacedor de libros inútiles para mi gloria, no para mi provecho, que para mí son “una cosa misma”. Esos no comprenderán jamás el íntimo, el sublime placer de la producción: el de la madre, que goza en el más brutal de los dolores humanos; el de la planta, en el más silencioso y divino de los éxtasis; el del cerebro, en la más misteriosa y sublime de las obras de la naturaleza: la formación, y emisión y representación gráfica de la idea. Producir, producir, producir: es la divisa del progreso en todos los órdenes de la vida, la que el poeta bárbaro de las selvas del Mississippi, expresaba en su lenguaje de profeta primitivo, con este apóstrofe que traslado aquí en castellano, con toda su cruda y salvaje, pero sana energía:

¡Eh, parid, parid, parid!

¿Queréis que se os pudra el fruto en las entrañas?

Vaya esta disquisición enderezada para los que pudieran venir a buscar en esta recolección de trabajos heterogéneos de un estudioso y de un sincero publicista, las perfecciones o las grandezas de una antología oratoria o literaria de maestros o fundadores de lenguajes o tesoros de dicción, de fondo o de forma. No es ésta, — ni hay desdoro alguno en afirmarlo, — la reunión de los escritos y discursos de un gran pensador, ni de un maestro, ni de un conductor de pueblos: no hay necesidad de esto para que la obra presente, publicada en Córdoba, en medio de una época de mutismo, inacción y atonía sin precedentes, revista los caracteres de un bello y valioso conjunto de honesta y eficiente labor.

Avalos ha rendido a su generación, a la sociedad en cuyo seno ha vivido y luchado, y a su país, a cuya causa de cultura se ha consagrado en cuerpo y alma, la cuenta honesta y clara de la manera cómo ha empleado su tiempo, y en qué medida les ha devuelto el capital intelectual que le prestaron en la escuela y en la Universidad, y en las posiciones políticas diversas a las cuales fué llevado en representación de los intereses comunes. Labor parlamentaria de Legislatura y de Congreso; labor democrática de prensa y de tribuna; labor personal y libre de estudioso, — es todo lo que en estas nutridas páginas exhibe su autor; como para demostrar a los pesimistas respecto del progreso de las instituciones gubernativas de las provincias y de la Nación, que no hay mejor estadio para las fuerzas morales de un hombre joven, que las asambleas representativas, en las cuales, por poco o nada que hubiesen intervenido las pasiones públicas, asumen al fin, de hecho, la suma de los intereses colectivos, y el aliento popular, de cerca o de lejos, las anima, las estimula, las sostiene con su atención, o las aísla con su indiferencia en las épocas de decaimiento o de sumisión. Y en provincias, la Legislatura es una escuela insuperable de vida política, cuando la coacción, la influencia o el fraude oficial no vician la raíz o manchan el follaje de nuestra democracia incipiente. Así, de trecho en trecho, y cada vez con más largas intermitencias, se oye decir de debates de interés doctrinal, o político o intelectual, en los que se revela un orador nuevo, un carácter más o menos templado, una esperanza de grande hombre más o menos fundada. Y se cae otra vez en el sueño habitual de las unanimidades y de las “mayorías de línea”: frase gráfica si las hay, en cuya fórmula escueta se condensa el proceso de la vida parlamentaria argentina, después de un siglo de independencia, de medio siglo de régimen constitucional, y de millones gastados en escuelas, colegios y universidades. El ejemplo del pasado me asedia, y no puedo dejar de recordar aquellas convenciones de Córdoba de 1870, dignas de una gran república, y aquellas legislaturas y asambleas palpitantes de 1870 a 1878, revelado-

ras, en sus informes y confusos procedimientos, de toda la savia férvida de una sociedad ansiosa de libertad y de expansión cívica. Así como en los Estados Unidos fué necesario que Woodrow Wilson rompiera el encantamiento de la Constitución, para hacer posible su crítica libre, y James Bryce, en su admirable descripción de la vida política de la Unión, reemplazara a Tocqueville y revelara los vicios y las corruptelas nuevas que aquejan la maquinaria municipal y electoral, y Paul S. Reinsch, mi amigo de Wisconsin y colega tan estimado en Río de Janeiro, penetrara resueltamente en el examen de la vida interior de las legislaturas de Estado, así es necesario aquí también que los escritores de la nueva generación se decidan a la crítica valiente y arrojada que, dejando de lado la ciega patriotería, que todo lo cubre y lo santifica, con el consabido y antihigiénico dicho de que “lo sucio se lava en casa”, haga conocer los defectos propios para corregirlos, despeje el escombros para sanear el suelo, y ofrezca al fin ante propios y extraños, una casa limpia por dentro y fuera, en la cual la familia no se enferme y las visitas puedan entrar en todo momento sin repugnancia. Nuestras legislaturas, convertidas en simples agentes de combinaciones o complicaciones políticas del vasto engranaje nacional, o en piezas de una jugada de ajedrez, movidas muchas veces a distancia, y por telégrafo a la manera de Murphy o Lasker, para dar jaquemate a un gobernador rebelde a la unificación, han perdido su valor como escuelas vivientes de la democracia representativa de la Constitución, o de esas armas nobles de la elocuencia y de la convicción racional, en las cuales se forman las generaciones gobernantes de mañana, las cuales, sin solución de continuidad muy visible, prolongan y hacen progresar en el tiempo el legado moral y político de los antepasados.

A pesar de mi aparente indiferencia, una de las cosas que sigo con mayor interés en la República, es la manifestación constante de la vida intelectual en las Provincias, en sus escuelas, gobiernos, prensa y centros sociales o populares; y

así como muchas veces se contempla con júbilo la aparición de focos intensos de labor, como en Tucumán, Rosario, Paraná, Santa Fe, Corrientes, Mendoza, Córdoba, otras se ven pasar los años y las décadas sin que asome a la superficie otra revelación de vida cerebral que las regimentadas producciones de los colegios nacionales o escuelas normales, o los rutinarios certámenes de complacencias y vanidades recíprocas. El horror al libro, a la pluma, a la lectura y a la producción, va sustituyendo en muchas de nuestras ciudades a la preocupación de otros tiempos, sembrada en los espíritus por la prédica de Sarmiento, por el culto y pasión estética de Avellaneda, que los dejaron penetrados de armonía y de perfume, como cuando pasa por medio de la multitud la dama admirada, el simbólico emblema de la alta y sacra poesía de Dante o de Goethe. Sí; hay que producir, pensar y decir lo que se piensa, juzgar y expresar el juicio, concebir y dar forma a la idea concebida, para la propia cultura, para la de nuestra civilidad. Si hay en el fondo de toda conciencia una innata y ardiente aspiración a la gloria, que vence todos los demás incentivos de la vida, preciso es confesar que ninguna labor humana la realiza mejor que la del pensamiento, porque ninguna obra dura más en la memoria de los hombres. Recuérdese el caso que cuenta un conocido historiador, de aquel poeta ignorado de la época de oro de Pericles, de quien a los veintitrés siglos se vino a hallar una estrofa grabada en una tabla de bronce, en la cual pinta el carácter versátil de la gente de Atenas; pues bien, el poder de resurrección de la idea escrita, le volvió a la vida y a la inmortalidad, después de dos mil trescientos años de olvido. El brutal apóstrofe de Whitman tiene, pues, también, su delicado sentido idealista, pues la concepción y el alumbramiento de las ideas, son tan sublimes y fecundos como los de las riquezas que arrancamos al seno de la tierra madre.

Y bien; en esta recolección que ahora aparece bajo título tan sugestivo, y en la cual transcurre un cuarto de siglo de *pensamiento y acción* consagrados a la civiliza-

ción del país, se encierra un sano, y noble y valeroso ejemplo. No es necesario que toda nuestra obra sea perfecta; basta que sea sincera y honesta, y revele la preocupación de problemas positivos de interés social o humano. Muchos no escriben por miedo a la crítica, confundiendo este augusto ministerio con el vulgar *que dirán* de la chismografía. Esos no son ni respetuosos de la crítica, ni tímidos de sí mismos: son dechados de vanidad que no quieren exponerse a la contemplación ni al juicio de los demás; son los estériles de todo tiempo, los que carecen de la aptitud de la producción y sienten la necesidad de disculpar su orgánica deficiencia. Desconocen aquella sencilla y adorable explicación que daba Marcial sobre sus versos dedicados a un elevado personaje, amigo y protector: *sunt bona*, decía, *sunt quaedam mediocria, sunt mala plura; aliter non fit, Avite, liber*. Así, en toda obra humana, y más todavía en las de la inteligencia. Pero lo bello y lo laudable y lo patriótico, en el más íntimo sentido de esta usadísima palabra, es la honrada espontánea contribución del esfuerzo individual a la riqueza colectiva, ya sea de cosas o de ideas. Y el libro del doctor Avalos pertenece a esta buena estirpe, con el subido valor intrínseco que le imprime una inteligencia nutrida en el estudio, y el carácter documental que adquiere el mayor número de los escritos insertos, porque han nacido en la lucha, en el surco, en el yunque, en el taller; y así muchos de ellos vienen envueltos aún en el polvo de la calle, y ostentan los guijarros arrojados en el entrevero. He procurado clasificarlos en grupos, y aun cuando, por su heterogénea variedad, esta tarea resulta imposible, creo que todo el material se puede condensar en estos núcleos:

a) Polémica, política internacional, cuestiones industriales, progreso nacional y local;

b) Discursos y escritos sobre problemas políticos y constitucionales;

c) Crítica literaria;

d) Educación; escuelas comunes, industriales y agrícolas; conferencias;

e) La Biblioteca Pública;

y en cuya comparación y examen se destaca con visible prominencia, la predilección del autor por la causa de la cultura intelectual que ocupa la mayor parte de la colección. Perteneció a la escuela de los impulsores, de los que, como el autor de este prólogo, creen que todavía no ha pasado el tiempo ni la razón para repetir el axioma sobre la necesidad de la instrucción para el mejoramiento de nuestras condiciones generales de vida institucional y económica, como lo comprendieron Alberdi, Sarmiento y Avellaneda, y lo siguieron proclamando después de ellos cuantos oradores y políticos buscaron, por un programa simpático, interesar la opinión del pueblo argentino. Así, sus discursos en el Congreso Nacional sobre escuelas agrícolas e industriales, y su magnífico proyecto en la Legislatura cordobesa sobre la Biblioteca Pública de Córdoba, son la obra de un demócrata y filántropo avanzado, a la moderna, y un ejemplar de la mejor oratoria parlamentaria de nuestros anales, tanto por su fondo y objetivos trascendentales, como por sus formas sobrias y demostrativas, no exentas de cierta elegancia despreocupada; y como mi objeto no es analizar cada uno de los temas aquí tratados, ni emprender su discusión, no me detengo a acentuar mi honda simpatía con el proyecto de la Biblioteca de Córdoba, que comprendo y entreveo como una de las creaciones más hermosas y prospectivas que pudiera intentarse en un foco tan intenso, y en un medio tan propicio como aquél, en el cual una secular Universidad echa y fortalece aún nuevas raíces, y el impulso de tan alta herencia mantiene el fuego sagrado en el viejo templo, a través de los prolongados abandonos, de las siestas enervantes y de los repetidos desvíos del antiguo culto.

XVIII

VULGARIZACION DE LA CIENCIA

VULGARIZACION DE LA CIENCIA *

En el programa de enseñanza asignado al Museo de la Universidad de La Plata, figura la publicación de obras, revistas y monografías, destinadas a extender los conocimientos científicos al mayor número de personas para quienes el acceso a las aulas, o la inteligencia técnica de las colecciones, son asunto difícil o imposible. Por tal manera aquéllas adquieren vida comunicativa, por decirlo así, y el Museo en cuanto es tal, y como instituto de estudios superiores ahora, empieza a realizar su natural objeto, cual es el de contribuir a la cultura general del país, como la mejor de las escuelas objetivas.

Merecida fama han alcanzado en el mundo las publicaciones antiguas del Museo, la *Revista* y los *Anales*, que con mayores elementos y con el mismo entusiasmo de sus iniciadores, continuara la dirección nueva, bajo los auspicios de la corporación científica organizada en su seno, y los de la Universidad misma; pero a su lado se comienza una nueva serie de trabajos llamados a ejercer honda influencia docente en el ambiente social, por medio de los estudiantes y de los adictos a este género de lecturas; porque, si bien es cierto que “una biblioteca no es una universidad”, según el novedoso y original argumento de un discurso de Lord Roseberry en la Universidad de Londres, lo es más aún que una

* Introducción a *La Ciencia y sus grandes problemas*, por el doctor E. Herrero Ducloux, publicado en el libro II de la “Biblioteca de vulgarización científica” del Museo de La Plata, 1908.

biblioteca viviente que se renueva cada día con volúmenes de materia científica diversa, original de sus profesores y fruto de sus investigaciones y laboratorios, en constante actividad, puede muy bien decirse que es una universidad, en el sentido que le ha dado la moderna enseñanza con el nombre de *extensión*.

Estas grandes acumulaciones sistemáticas de los museos, han sido entre nosotros consideradas hasta ahora, como santuarios inaccesibles, tanto como la ignorancia general de las ciencias en el pueblo lo permitía; pero nosotros hemos pensado siempre, que si ellos no servían para derivar hacia las gentes de colegios y universidades, sus enseñanzas ocultas, del punto de vista de su misión en el Estado, no servían en realidad para nada. Tampoco hemos concebido nunca, — salvo tipos como la Smithsonian Institution o algunas otras similares, — cómo ni por qué razón el país costearía con ingentes sacrificios tales establecimientos, si ellos no han de traducirse en una labor visible, y más o menos directa y activa en la tarea educadora de la democracia nacional.

Un museo que no fuese al mismo tiempo escuela superior de ciencias, como el de La Plata lo es hoy, podría no obstante, convertirse en un instituto docente, si se imprimiese una suficiente actividad a sus publicaciones, en forma tal que llegase a constituir un alimento continuo de la ilustración popular, o de las escuelas y colegios donde se estudia las correlativas ciencias elementales; y si a la vez se reuniesen los dos caracteres — como ocurre ahora con el Museo de La Plata, — de investigación y enseñanza, se alcanzaría el ideal de este género en el concepto educador del día; porque un museo universitario es como la naturaleza misma, dispuesta en actitud escolar para el estudio sistemático del aula, y en sus salas y secciones diversas puede realizarse viajes científicos, tan eficaces como los de la naturaleza exterior, bajo la dirección del profesor experto, que conoce los secretos del camino.

La lección del maestro, — antes habituado a prescindir

de la palabra y a sumergirse en la contemplación microscópica o en la clasificación metódica, — obra algo como una creación continua, al transmitir a una asamblea de oyentes lo mismo que está monologando sin frases durante su trabajo silencioso; y entonces su espíritu, su palabra, su visión interior, circulan por los mil objetos inanimados que lo rodean como en una inmensa necrópolis, y una nerviosa corriente de vida se agita y parece reanimar un mundo desaparecido.

Exploración y enseñanza son las dos fases de la vida de un museo moderno: la primera para acumular la mayor riqueza de elementos ofrecidos por la naturaleza a la ciencia; la segunda para revelar al hombre los caracteres y condiciones de la vida en el medio en que le ha tocado tener su residencia. Así, el Museo de la Universidad platense, al conservar sus propósitos iniciales, ha ensanchado inmensamente su órbita científica, al convertirse en un instituto docente, y en un foco de activísima publicidad, debido a los mayores recursos que la Universidad le acuerda, a la mejor remuneración de sus profesores, y a la suma de trabajo personal, aumentado por la labor concurrente del gabinete, del laboratorio, del aula, del libro, de la revista, de la monografía.

La *Biblioteca de difusión científica* iniciada por la nueva Dirección, está llamada a un vasto desarrollo en el país entero; no sólo por la necesidad permanente de mayor instrucción de todas las clases sociales en estas cosas, sino por la divulgación entre ellas, en lengua castellana, de las obras de más valer científico del extranjero, y que por lo exótico de los idiomas y su escaso cultivo entre nosotros, quedan por muchos años ignoradas de los lectores y estudiantes argentinos. Varias veces se ha emprendido en la República esta magna y notable tarea, y otras tantas, un viento de regresión la ha ahogado en sus comienzos; pero dada la misión actual del Museo de La Plata, como instituto integrante de la Universidad, es permitido observar que esta nueva tentativa ha de durar mucho tiempo, hasta poder realizar un ciclo

completo de publicaciones, que pongan a nuestra intelectualidad nacional *al día* con la ciencia contemporánea.

Por este medio, el Museo de La Plata puede ser, además, un foco de atracción del pensamiento científico argentino, porque acogería en su *Biblioteca* toda obra que lo mereciera, y que careciera de medios editoriales, como siempre ocurre entre nosotros y en casi todas partes. Dada la división orgánica de las escuelas superiores que viven en su interior, geológica, biológica, antropológica, geográfica y química, los horizontes de la nueva serie de publicaciones son extensos, aunque discretamente limitados dentro de las divisiones enunciadas, y esto, a la vez que la frecuencia, periodicidad y orden sistemático de las ediciones, la acercará al concepto ya recordado de Lord Roseberry, de comparar *a contrario sensu* una biblioteca con una universidad. Lo son ya en sí las grandes y célebres colecciones que hoy ocupan y acogen el pensamiento del mundo, como la Biblioteca científica internacional, cuya traducción al castellano quiso emprender Sarmiento, la Biblioteca de filosofía contemporánea, de ciencias sociales, la de Filosofía científica, — la *roja* de Le Bon, — que él y Le Dantec, los Poincaré, de Launay y otros han hecho célebres en poco tiempo en libros de intenso estudio y atractiva novedad; series mil veces más racionales que las monumentales enciclopedias nunca completas, ni suficientes por su plan circunscripto, y un si es no es dogmático, por más libre que sea su pensamiento dominante, y que se exponen a improvisar sabios a la violeta; mientras que las bibliotecas, sin la pretensión universal de la enciclopedia, da tratados suficientes sobre ciencias especiales, con diversidad de criterio, de intensidad, de extensión, de tendencias, de manera que quien los lea pueda decirse instruído en el sistema completo de una ciencia o de una de sus divisiones, sin los peligros de esas ignorancias elementales que de modo tan evidente delatan la erudición de diccionario.

Era necesario en el país un libro argentino que contuviese una exposición general del estado de la ciencia contem-

poránea que tan rápida evolución ha experimentado después de los últimos descubrimientos; necesidad advertida ya por casi todos los centros de publicidad o de producción intelectual más reputados, universitarios o no, y cuyos ejemplos podríamos citar, para no ser prolijos en *La science moderne et son état actuel*, de Emile Picard y *The new knowledge*, de R. K. Duncan, profesor de química en Wáshington y Jefferson College, el cual, por su concepto de la ciencia, por sus objetivos específicos de demostración y por su idea docente, se asemeja más al libro con que el doctor Herrero Ducloux ha querido dotar a la Biblioteca del Museo, como fruto de una labor continuada de cinco años en la cátedra y en la tribuna del conferenciante.

Si se fuese a juzgar este nuevo volumen como una obra de valor técnico y sistemático dentro de una unidad didáctica estrecha, no se hallarían estas condiciones. Pero es que su autor no ha tenido tal propósito, ni el de escribir un tratado de ciencias físicas o químicas, — ya dado a luz para la enseñanza de las mismas hace poco tiempo, con ventajas indudables, — sino que es una recopilación metódica de una labor de difusión científica desarrollada en diferentes ocasiones y sitios, pero siempre con el mismo pensamiento informativo, y en las formas, explicadas en su prólogo, impuestas por sus auditorios, y por su nativa y brillante facundia literaria, que lo acredita como uno de nuestros escritores más agradables, rico de lenguaje y de buen gusto, poseído del más noble y sano de los entusiasmos, el de la ciencia y su investigación, cualidades de que pueden ofrecer un claro ejemplo las tres conferencias tituladas: *Un rayo de sol*, *Una gota de agua* y *Sueños de alquimia*.

Una aparente e instintiva contradicción se imagina siempre el vulgo entre el trabajo del laboratorio y del microscopio, y la forma poética de la conferencia o de la conferencia; y es que el vulgo ignora lo que en su popularísimo libro *The Pleasures of Life*, observa Sir John Lubbock, sobre la inspiración poética que la ciencia despierta, y la irresistible

inclinación a la alta poesía en todos los que han cultivado con intensidad alguna ciencia concreta de la naturaleza: y la influencia educadora de los libros inmortales de Buffon y los atractivos relatos de Flammarrion, de Wells y de cuantos han logrado sobre una base científica, crear palacios imaginativos o fantásticos.

En una esfera aun superior de arte, la más alta que acaso haya alcanzado esta idea en la moderna literatura, en Ruskin ¿puede ponerse en duda un instante la virtud generadora de la belleza más pura y más intensa, del conocimiento concreto de las leyes científicas y de su técnica y de su lenguaje? No hacemos erudición, pero sí debemos señalar, al acaso, *The Ethics of the Dust*, para no hablar de *The seven lamps* y otras obras maestras que hicieron formular a un noble crítico su severo juicio contradictorio sobre Ruskin, el gran esteta, el insuperable estilista, el iluminado precursor. Y luego, los libros de fábulas, en que animales y plantas son personajes inteligentes y afectivos, fueron el resorte maravilloso para el alma del niño y del hombre, desde que Fedro, Esopo, y sus imitadores de toda edad y raza, estudiaron en la vida de la naturaleza las correlaciones aparentes de caracteres, cualidades y fenómenos psíquicos, que hoy ya van adquiriendo contornos definidos de ciencia positiva: ¿Maeterlinck no nos ha seducido con su *Vida de las abejas* y *La inteligencia de las flores*, tras la huella luminosa abierta por la filosofía social y científica con Bordier, con Mougeolle?... Y en el fondo de todas las mitologías, cimiento originario universal de las religiones y de las leyes de todos los pueblos, no hay otra cosa que la primera e intuitiva noción de los hombres sobre las leyes de la naturaleza, ocultas para ellos, y sólo visibles en sus fenómenos o revelaciones exteriores.

Lejos de existir aquella contradicción que el vulgo imagina entre la poesía y la ciencia, el lenguaje poético fluye de su propia fuente, al brotar espontáneo y copioso y candente del alma del observador, puesto en contacto inmediato con el manantial mismo de toda maravilla y de toda belleza real,

inaccesibles a los ojos de los profanos, ignorantes de las palabras misterosas con que se abren los palacios encantados, donde la vida de la materia despliega sus recónditos arcanos.

Los libros de difusión científica, a los cuales viene a incorporarse ahora el del doctor Herrero Ducloux, son los guías expertos que conducen a las inteligencias y las imaginaciones hacia las proximidades de aquellos prodigios, y si ellas no pueden penetrar hasta sus intimidades, — lo que sólo la ciencia concreta podría, — en cambio pueden gozar más íntimamente de sus espectáculos más hermosos, percibir sus rumores con mayor intensidad y sentido, y deducir infinitos raciocinios y no pocos principios positivos de los fenómenos observados a distancia. Porque si los sentidos en sí mismos tienen un principio de inteligencia con ser naturales y rudos, con mayor razón, y en muy superior medida la tendrían si ellos fuesen educados en la percepción más aguda de los fenómenos o de las cosas: así el observador vulgar que ve la luna con un gran telescopio se forjará una idea superficial del astro, más o menos semejante al que él habita; pero otro más ilustrado o informado en las cuestiones o problemas que a su respecto se agitan, dirigirá su pensamiento hacia ellos, y al contemplar de cerca la corteza del satélite, podrá juzgar siquiera sea empíricamente, si es posible o no en ella la vida humana o la existencia de las fuentes que la originan y alimentan. Y lo que decimos del telescopio, aplicamos al microscopio; y entonces, de este simple raciocinio empírico, iremos sin darnos de ello cuenta, acaso a las hondas reflexiones que sugiere el discurso de Mr. Balfour a que tantas veces nos hemos referido en nuestras conferencias y conversaciones de la Universidad, — y que Duncan también cita en su libro *The new knowledge*, — sobre el poder verdadero de la ciencia, y los problemas metafísicos que la observación microscópica sugiere en el estudio.

Alguna vez que nosotros publicábamos un libro, en el cual reuníamos una serie de trabajos sobre educación, escritos o producidos en distintas circunstancias de una tarea conti-

nuada de lucha o de acción, recordamos haber expuesto la teoría de la unidad interna de tales recopilaciones; y no es otra que la unidad de la vida y de la acción personal del autor, en vez de la unidad imaginativa o puramente ideal del que elabora su tratado a pura meditación y pluma, en el silencio no interrumpido del gabinete, o en las plácidas horas de la vida campestre. Pero el libro nacido en el choque de las pasiones, las necesidades o deberes de la vida, o en el laboratorio experimental, se diferencia profundamente del producido en la pacífica y quieta sucesión de las noches del gabinete o en las incruentas batallas de unas abstracciones contra otras...

El nuevo volumen de la Biblioteca de difusión científica del Museo, tiene un triple valor que lo hace digno del honor de figurar en esa colección, destinada a tanto bien y tanta utilísima enseñanza: él ha sido forjado en una labor práctica y persistente de información sobre las más palpitantes cuestiones de la ciencia moderna; contiene en la suficiente medida e intensidad las nociones positivas de las referidas ciencias, y muy en particular en la sección denominada *Fuerza y materia*, cuyos capítulos como los titulados *Radiaciones*, *Eter*, *Atomos*, *La unidad de la materia*, *Afinidad*, *Las iones en terapéutica*, para no enumerar más, están tratados de manera que contienen verdaderas lecciones positivas, y forman como la sólida osatura interior del libro; por fin, está escrito en un estilo tan fluido, tan elegante, tan atractivo y rico de bellezas poéticas, que su lectura se asemejará a un paseo gratisimo por un mundo lleno de interés, conducido por un guía lleno de talento y amenidad.

Ocupa el doctor Herrero Ducloux, autor de este libro uno de los cargos más elevados y laboriosos de la Universidad nueva, y hasta ahora su acción ha sido eficaz y digna de un espíritu calentado por las nobles pasiones de la ciencia. Sabe que la obra del hombre nunca es perfecta y que la suya puede tener muchas imperfecciones; y aunque los méritos propios nunca deben exaltarse por comparación con los de-

fectos ajenos, ni se debe anticipar a la crítica, no hemos de dejar sin transcribir aquí. a guisa de conclusión, la estrofa número 184 del luminoso poema de Omar Khayyam, en la cual dice que “el ignorante y el ciego que nunca pasaron una noche en busca de la verdad y nunca han dado un paso fuera de las paredes de carne de sus cuerpos, se muestran vestidos con el traje de los grandes señores, y se complacen en denigrar a aquellos cuya conducta es irreprochable”. Porque las buenas máximas deben repetirse siempre para confortar a los buenos y advertir a los malos la inutilidad de sus esfuerzos.

Enero 5 de 1908.

XIX

EL DIARIO MODERNO

EL DIARIO MODERNO *

Siempre se discurre en los medios periodísticos sobre el problema de si cabe un nuevo tipo de diario en el país, y en caso afirmativo, cuál debe ser su carácter. Enunciar la primera proposición es resolverla: la negativa se me figura la misma que diese una persona a quien se le preguntase si cree conveniente la aparición de un nuevo libro y contestase que no, porque ya hay muchos buenos libros en circulación. Aquí no está de más ninguna de las formas de la cultura, y en cambio, podemos probar que hacen falta acaso las mejores. Un buen diario, concebido, orientado y escrito de acuerdo con las exigencias de la vida nueva, no está nunca de más, como no lo están para los ríos que ahora corren desde el interior al mar, las crecientes que en distintas épocas van a engrosar sus limosas aguas. Tampoco está de más, ni llega nunca tarde, la corriente de novedad, modernidad o vigor que entra en el molde de la prensa veterana de la República.

He hablado de la *vida nueva*, y es esta la idea dominante en estas líneas. Vida nueva no significa vida incoherente y desligada de la anterior, sino su coronamiento, su perfección relativa, su último estado en la revolución incesante. Y así los diarios nuevos, al nacer, asumirán las formas y sentidos de aquella vida, como los diarios viejos, a su vez, adoptarán por natural disposición de los hechos, los aspectos novísimos del alma social, que el recién venido toma hoy, pero que los antiguos aceptan como un aporte cotidiano. Su-

* *La Gaceta de Buenos Aires*, 15 de setiembre de 1910, N° 1.

cede entre ellos como en las gentes: los hombres nacidos en la última generación, recibirán en su espíritu el bautismo del medio moral en que aparecieron; pero nada impide que sus padres lleguen a ese día con el espíritu renovado por el mismo soplo o sello de ambiente.

Un diario es en la actualidad una fuerza enorme, un agente de civilización cada vez más poderoso, un centro de impulsión social cada vez más fecundo. De ahí su bondad y su pelibro; de ahí la historia política y económica, que lo ha erigido en un poder del Estado, o lo ha sumido en la gehena de las condenaciones, según las escuelas y doctrinas dominantes. ¡Lo que se ha escrito sobre la prensa, como auxiliar, germen, propulsor, brazo, idea, y también como elemento de mal y de delito, de perversión y disolución! “Non ragioniam di lor” y hablemos de las cosas contemporáneas, entre las cuales el diario es una entidad conquistadora. Lo es más que el libro, y en forma mucho más visible e inmediata. El segundo elabora su tarea educadora con la lentitud del proceso orgánico; el primero realiza una creación de conjunto y de presencia en todos los instantes. Y uno y otro se compenetrán: el diario alimentándose del libro para sus altas direcciones de la gran masa; el libro recogiendo del diario las vibraciones, las palpitaciones de la gran masa, cuando germinan y se agitan en su seno informe las fuerzas de su dinámica en interminable funcionamiento.

Puede el libro mirar a la actualidad, y puede alzar la mirada en ángulo más abierto, o más hondo hacia el porvenir o hacia las intimidades del ser individual o colectivo; el diario mira de firme a la vida presente, a la ola que llega y pasa, de ideas, cosas, gentes, instituciones, acontecimientos. El pasado es en él un espíritu inmanente en las cosas nuevas, como en el acorde musical canta el alma de las generaciones anteriores; las doctrinas, los sistemas, los métodos más propicios al libro, tienen en la prensa militante la existencia accidental de su contacto con la realidad material o ideal de la vida misma; el libro es el observador que mira, calcula,

estudia y deduce las leyes de la corriente y de la dinámica y del poder fecundante del gran río que va al mar; la prensa es el río mismo, copioso y turbulento que henchido del alma de todas las fuentes tributarias, de todos los limos y barros de las tierras cruzadas y removidas por su ímpetu, avanza sin cesar, arrastrándolo todo, a veces mansa y majestuosa, a veces bravía, rugiente y asoladora, hacia el seno inmensurable donde van todos los ríos, todas las vidas, como en la copla inmortal del poeta castellano...

Pero el diario es un poder social, activo y persistente, que toma su originalidad jurídica o filosófica, de esa cualidad inmaterial, intermitente, que le permite vivir un día y exteriorizarse en una hoja de papel, como reproducirse, a semejanza de un fluido discontinuo, sin término, por años, por décadas, por siglos. Toda corriente discontinua renueva su poder a cada nueva línea de continuidad; el diario renueva su fuerza a cada nueva hoja en que se continúa su vida indefinida e indeterminada: es el flujo mismo de la vida ambiente, el que engrosa y robustece al día siguiente el caudal primitivo de su energía inicial. El periodista, el escritor, el noticiero, el dibujante, la entidad mental colectiva o singular que *hace el periódico*, son los operadores del laboratorio o de la maquinaria, que toman la corriente, la masa originaria, la reducen, la disciplinan, la regulan, la transforman en postulados, en direcciones, en motivos volutivos de la otra masa lectora, y por este proceso, en el que entran todas las formas de impresionabilidad o sugestión, la prensa se convierte en un poder social personificado, perceptible, regulable a su vez, por la suprema y más general voluntad de la entidad más extensa y abstracta de la nación.

El diario como órgano de una de las modalidades más características del espíritu moderno, no puede dejar de penetrarse de su esencia. Merece después de todo el clásico calificativo de *cuarto poder*; y si bien se mira y se ahonda su genealogía, puede llegar a ser, en abstracto, el primero, suponiendo que la voluntad social, origen del Estado, llegase

un día a tener en la prensa una forma exacta, verdadera y total, de expresión. Hoy es un elemento o un agente de esa voluntad; pero la cultura no ha llegado, y acaso tardará mucho tiempo todavía, a convertirse en la voluntad misma de la persona colectiva. La libertad política ha tenido en el diario su más formidable instrumento de combate; el despotismo y la perversidad han tenido en el diario a su vez su más terrible arma de deshonor y de opresión; un puñal de arte es una magnífica joya que puede unir dos corazones en el más bello sueño de felicidad, y también una arma que da la muerte más alevosa. El diario es el espíritu viviente de una sociedad, y por eso es variable, inestable, movable, como la sensación, como la impresión, como la voluntad, como la energía de la entidad moral que representa.

Nunca la prensa fué ni será dogmática. Esto sería su muerte. Nunca será inmóvil, regresiva o rutinaria: esto sería peor que su supresión. Y es que estos extremos son imposibles, por la ley de la vida de la prensa; el dogma que se debate por la prensa, si bien refleja un rincón obscuro del alma social, sirve a la gran causa de la cultura final, por las virtudes y germen de vida que emana de la lucha misma.

Un diario moderno en una sociedad compenetrada de vida moderna, es siempre un bienvenido, un amigo esperado, su confidente necesario, un auxiliar inevitable en la complicada labor que aquélla significa. Y más todavía, cuando se piensa que cada día el trabajo social se simplifica y abrevia bajo el denominador común de *educación, cultura, o relevamiento moral*. Porque existe un género de enseñanza que no consta en textos ni en métodos pedagógicos, — la enseñanza del ambiente, — que penetra por todos los sentidos, poniendo en contacto el espíritu del niño y del adulto con el gran espíritu del tiempo y del mundo; y es la educación *por los poros*, como dijo un político inglés, y hacia la cual habrán de aproximarse cada día más los métodos escolares. La cultura humana forma una atmósfera moral en la que respiran todos los pueblos; respira mejor el que mejor se ha preparado por

su higiene para vivir en ese ambiente; la prensa mantiene, alimenta y renueva sin término los elementos vitales de ese medio; y educarse, ser civilizado, ser culto, es hallarse dispuesto a vivir de sus gérmenes y de sus fuerzas; el diario los aspira por sus numerosos órganos de absorción, órganos conscientes, inteligentes, afinados, sujetos a su vez a la ley universal del perfeccionamiento; de manera que el periodismo más ilustrado será el que disponga de medios más penetrantes y más sensibles para recoger en el ambiente las porciones más delicadas o imperceptibles. No de otra manera la física moderna ha suprimido los conductores eléctricos, porque ha descubierto los medios de asir en el espacio, sin ellos, las corrientes difusas; y así como en el porvenir, la reforma de estos medios permitirá recoger otros secretos que hoy nos parecerían locuras, así la sucesiva educación y afinamiento de los agentes de la prensa, harán posible percibir, recoger y revelar al mundo los hoy recónditos misterios y supremas delicadezas del alma colectiva, y convertir el diario, como el sonido en la expansión del metal, en la revelación justa, perfecta y genial del espíritu humano...

XX

DESIGUALDADES E INJUSTICIAS

DESIGUALDADES E INJUSTICIAS

Leí hace tiempo uno de los libros más impresionantes de la moderna literatura política, *Democracia y Libertad*, de Lecky; y desde ese día me asedia, sin poderlo evitar, la idea del descontento de las clases sociales que viven del trabajo personal. A pesar de todos los reparos que al problema ofrece la juventud, la riqueza, el bienestar del país, en el cual, se dice, no tienen lógica ubicación esos que llamamos resabios de la vieja Europa, no he podido despejar mi mente de esa preocupación. Y ella ha inspirado algunos actos trascendentales de mi vida pública, y acaso los más fuertes trabajos de mi inteligencia.

Yo también sé que aquí no arraigan con la misma profundidad los programas extremos, nacidos de las complicaciones y estrecheces de la vida europea, donde ha surgido esa lucha terrible entre el capitalista y el obrero, que ha creado una nueva filosofía, una nueva justicia y una nueva política; pero no puedo cerrar los ojos a esta doble afirmación: 1ª Existen en la sociedad argentina desigualdades colectivas, que en un sentido moderno ya aceptado, llamamos clases; 2ª La base más honda y más amplia de la población de las grandes ciudades argentinas es adventicia, es reciente, es europea y procede de los más densos focos de civilización.

La igualdad, es una paradoja estudiada ya por Paul Lafite, en un libro muy celebrado en su tiempo. No cometamos la ingenuidad de creer en la existencia práctica de esa igualdad proclamada en las *declaraciones de derechos*, y que una

inmanente aspiración humana ha hecho concebir como una conquista posible y exigible. Los teólogos en su finísima sutileza dogmática, cuyos hilos silogísticos exceden en ligereza a los de la telaraña, ya la definieron diciendo que *la igualdad es la norma que consiste en tratar desigualmente a seres desiguales*.

Una verdad científica en su tiempo, enunció la *Declaración* de los americanos del Norte, expresando que “los hombres han sido creados iguales”, esto es, en un lenguaje menos genésico, los hombres son natural y originariamente iguales. Y nuestro capítulo de derechos y garantías, con esa admirable prudencia que domina en todo el estatuto, ha eludido hasta ese postulado que podía ser discutido, y ha dicho solamente que “todos los habitantes de la Nación, son iguales ante la ley” y ante el impuesto y las cargas públicas. Luego, nada de igualdad intelectual, ni moral, ni física, ni económica, ni de eso que, residiendo en los dominios de la vida, mantiene una separación clara y definida con los dominios de la ley. El Estado se haría cargo de hacer efectiva esa igualdad de hecho o de acción ante el mandato del legislador, hasta donde va su *imperium*; ¿pero quién se encargaría de velar por esa otra igualdad más íntima, que nace del corazón, de la mente, del esfuerzo y de la voluntad de uno o de muchos, y engendra el fenómeno de la lucha, del desequilibrio, de la reivindicación y la protesta en sus múltiples formas? El poder público creado por la ley política cuida de la igualdad de las funciones obligatorias o relacionadas con la vida civil; pero ningún poder ha sido creado para establecer la igualdad en las funciones extrañas a esta vida y que afectan el alma colectiva, el bienestar moral e ideal de la masa, y de dar a cada uno de los individuos o de los grupos sociales, a medida que la educación intensiva o ambiente los levanta del cero a la escala numeral de la cultura, la posición correlativa enfrente y al lado de los demás.

Por eso, cuando las clases inferiores se levantan, o los individuos ignorantes o bárbaros se instruyen o se civilizan,

como el agua subterránea surgente, buscan su nivel y su cauce. Si la sociedad organizada en Estado no tiene dispuesta la colocación y la función para los primeros, la ocuparán y la asumirán por sí mismos, en virtud de la ley de su propia ascensión; y si no se ha preparado un receptáculo y un canal para la segunda, desbordará sin medida e inundará los campos inmediatos hasta abrirse su propio cauce. Esto equivale a definir los efectos de la desigualdad en el orden político, jurídico o económico que ya tendrá su traducción en perturbaciones más o menos agitadas o violentas del orden establecido; pero a este estado corresponde otro, menos visible acaso, pero sin duda más grave, más intenso, más profundo: el de la conciencia social, labrada por la persistencia de todas las demás desigualdades no catalogadas por la ley política, y que derivan de las imperfecciones, imprevisiones e injusticias fundamentales, y de los defectos, abusos y opresiones de los que llegaron antes a los puestos de preferencia en el vasto casillero del actual ordenamiento de las clases, dentro del Estado.

Por más que he estudiado las leyes escritas, en sus más venerables monumentos tradicionales, — Grecia, Roma, España, Inglaterra, — no he podido con ellas satisfacer un concepto innato, espontáneo, primario, de mi conciencia, que me indica la relación inmediata entre la idea y el esfuerzo creadores, y la forma o la cosa creada. El pensamiento y el brazo, al forjar la idea y el objeto, han fundado la relación directa de propiedad de la una y el otro, sin que ninguna ordenación posterior pueda destruirla; así como ninguna convención ni ley, ni mandato, pueden hacer que el hijo que nace del seno materno deje de ser el hijo de esa madre, sin intermediario, sin cambio de señor, sin mutación alguna de ninguna especie; la misma relación fisiológica que suprime la solución de continuidad entre el cerebro y la idea y entre el brazo y la manufactura, crea la ecuación simplísima de dependencia generatriz del hijo y de la madre. Tan injusto y tan tiránico era el régimen de la esclavitud, que arrancaba

los hijos a las madres para dedicarlos a la servidumbre, como lo es el otro régimen que arrebató la idea al que la ha concebido y expresado, o la forma material al que la ha ideado y la ha construido, para llevarlos a constituir una entidad extraña, de una propiedad de terceros, ajenos a la gestación mental o física de donde aquéllos han surgido; desigualdad inicial que vicia y hiere todo el orden económico, y abarca en la misma medida el fenómeno de la producción intelectual y el de la industria en su más íntima, en su más emotiva relación, la del alma y el sentimiento colectivo.

Y luego, dentro del orden político, ¿acaso la ley ha conseguido fundar siquiera una relativa igualdad? Esta pregunta se me figura equivalente a la que se refiere a la justicia. Mientras no podamos decir que existe una justicia política y social completa, no podremos creer en la igualdad proclamada por la Constitución. La tradición, la rutina, la herencia, la resistencia ingénita contra los hábitos de libertad, la incultura, la pasión y el interés, la concupiscencia y la corrupción, la sensualidad, el fraude, el egoísmo, la ambición y la vanidad, y mil causas más, impiden que reine en el régimen social la ley del amor y de la justicia, que forma el único cimiento posible de la vida humana. Habrá preferencias y exclusiones, primeros y últimos, inferiores y superiores, felices y míseros, ricos y pobres, y habrá por eso protesta, impulso de abajo a arriba, lucha por el placer y la fortuna, clamor por la justicia, evolución sorda, latente, constante, como el invisible bullir de las células orgánicas, en su incesante labor de crecimiento, gestación y eclosión de seres y de mundos...

Lecky en el citado libro, cuya idea filosófica suprema, lleva a su desarrollo más perfecto en *El mapa de la vida*, dice que la causa más directa del descontento de las clases inferiores y de sus airadas reivindicaciones, es el espectáculo constante de estos tres órdenes de desigualdades, para ellos inseparables: el lujo insolente y provocativo de los ricos

que ignoran el decoro de los goces, ante la inmensa masa de los pobres, que los contemplan sin esperanza de igualarlos; la ostentación de los placeres de la vida por aquella numerosa clase de los advenedizos y favoritos de la política o del privilegio, de la inmoralidad o el fraude, los cuales, extraños a una educación moral anterior de parsimonia y austeridad, despilfarran su dinero con la misma ligereza con que lo adquirieron; por fin, la constante contemplación de las injusticias e infidencias de todo orden, en la vida política, en la vida civil, en las relaciones privadas, las cuales relajan los más esenciales vínculos de la humana convivencia, y van generando un estado permanente de desaliento y de pesimismo, que no tardan en convertirse en acción repulsiva y hostil.

La injusticia política, enfermedad orgánica del medio argentino, no sólo ha afectado en sus más puras fuentes nuestras instituciones e historia, sino que va contaminando el corazón y las conciencias de las clases sociales más ajenas al oficio, la industrial, la rural, la intelectual; y hasta las generaciones infantiles asoman ya, marcando en su vocabulario familiar, el dejo amargo o burlón del escepticismo cívico, bebido en las intimidades del hogar y en las holganzas de la calle. Los oficialismos agresivos y personales, a base de odios, o de favores, de rivalidades o camaraderías, que extienden sus tentáculos hasta las más ínfimas ramificaciones de la vida administrativa o económica del Estado, engendran abajo, por reacción natural, la conspiración, la obstrucción, la revuelta, el motín, la anarquía. El sufragio, la función-poder por excelencia, en la teoría y en la letra, en el espíritu y en la intención de la Carta fundamental, hasta ahora no habrá realizado en la República más misión que la de un ensueño, de una bandera, de un cartel, para próceres en lo antiguo, para partidos incipientes en lo moderno, para círculos y cuadrillas en lo contemporáneo; y allá en el fondo de la masa social argentina, sólo ha conseguido crear una desconfianza, una repulsión o una indiferencia peor que ella, y que tiene su ori-

gen en experiencias tan continuadas como dolorosas, en las cuales, cada tentativa popular y sincera, fué sellada, o por la agresión oficial descarada y sangrienta, que llamábase antes la lucha heroica del comicio, o por la fría, astuta y clandestina alquimia del fraude, que transmuta el voto popular, y en vez del elegido remite a las legislaturas o a los colegios electorales, el preferido personal del gobernante, caudillo o círculo dominador.

Y los oradores seguirán entonando himnos vibrantes a los progresos de la democracia, a los triunfos de la libertad, a las fundaciones de la justicia; cubrirán con una nube de polvo dorado, como esos inimitables crepúsculos rojos de nuestra pampa, la verdadera escena de la vida política y social, tras de cuyas cortinas deslumbrantes, se percibirán, no obstante, como rumor de truenos lejanos, el eco de la protesta individual o colectiva, — de la familia nacional, de ciudadanos eternamente privados de sus derechos más primordiales de participación en el gobierno de su patria y de sus intereses de toda entidad, y de la enorme masa extranjera que tiene derecho a ver cumplidas las promesas en cuya virtud se decidió a cambiar de morada o de patria, — y de esa otra innumerable legión de obreros de la riqueza, de la cultura, del bienestar y del crecimiento de la nacionalidad en su conjunto, los cuales, adheridos a su máquina o enclaustrados en su taller, como piezas de sus mecanismos profesionales, parecen haber perdido una individualidad humana para hacer parte del mecanismo, que no obstante, lleva su alma, vibra con su sentimiento, labora con su voluntad y levanta el nivel de la vida con el esfuerzo universal, isócrono y armónico, donde quiera que aliente el trabajo humano.

Desde los tiempos más remotos, las piedras recibieron, en la inscripción del picapedrero en su cantera solitaria, la confesión de la pena y la aspiración de igualdad y de justicia entre el esfuerzo y la recompensa, y del señor hacia el obrero que labra su campo o su granito para su banquete o su palacio. Y así como el arqueólogo ha traducido el de-

cálogo precursor en dos mil años de la novísima doctrina social, el poeta báquico y moralista de la Persia medioeval, entre las luminosas alucinaciones de la fiesta mística, ha tocado la misma llaga y ha exhalado la misma queja: “¡Oh qué dolor, que sean los crudos quienes coman el pan más cocido, y que sean los más incompletos los que posean las riquezas más completas!”.

8 de octubre de 1910.

XXI

JUSTICIA Y CULTURA

JUSTICIA Y CULTURA *

Señores:

Se ha querido, sin duda, que el homenaje de esta fiesta al doctor Enrique E. Rivarola fuese conducido sin brillo, sin luz, sin galas, acaso porque el peso del metal era grande y se requería para llevarlo un bracero rudo y no un heraldo deslumbrante. Por no sé qué evolución de mi espíritu, que quizá sólo sea la de los años, ha ocurrido en mi interior lo que Pedro Goyena había notado en el padre Esquiú, de la última época: que “había apagado las luces de su estilo”.

Y es bello, con todo, ser portador de un presente como éste, a un vencedor como Rivarola, cuya primera victoria en la lucha fuera consagrada por un príncipe de las patrias letras, por Nicolás Avellaneda, poeta y Presidente, quien iluminó con su buril de artista la portada de aquel primer libro de poesías, que nos llegó a todos los muchachos de ese tiempo, aquí y en provincias, como una revelación de algo nuestro, como una gloria común e íntima de toda la generación.

Hallábame yo en Córdoba, cual si dijese en Verona, en afanes juveniles, esto es, de estudiar los libros y amar la vida. Un impulso espontáneo de adolescente me hizo enviarle el tímido tributo de unas flores descoloridas, que irían, acaso, a buscar un rayo de aquel sol lejano... Hoy, casi en el horizonte opuesto, y al declinar del día, la misma alma, es-

* En el banquete al doctor Enrique E. Rivarola, por su nombramiento de Vocal de la Corte Suprema de Justicia de la Provincia de Buenos Aires.

tremecida por una emoción semejante a la de aquel amanecer, renueva en otro lenguaje la misma ofrenda. Y no son más hermosas, en este ilimitado cielo argentino, las salidas que las puestas del sol.

Ungido por la gracia inefable de la musa eterna, y consagrado en el pórtico por uno de sus más altos sacerdotes, Enrique Rivarola ha sido fiel, heroicamente fiel, a la ideal dedicación de la primera hora. Y esa ha sido su fuerza, y esa la razón de su éxito, que podría mostrarse como ejemplo a los que caen vencidos por el desaliento, o por la prisa, o por la ambición. Viajero empedernido de la montaña, sé yo por experiencia, que la misma cabalgadura del comienzo ha de ser la del final de la jornada, si no se la apura, si no se la espolea, si no se la martiriza.

Cuando él pensó en abandonar ese delicioso país de Bohemia, de la prensa, — donde todos nuestros hombres directivos probaron como los aguiluchos sus nervios juveniles, — decidido a adoptar un *oficio serio* en la vida, enderezó para la jurisprudencia. Y él ha acertado, y a los que en este prosaico mundo hubiesen dudado de su eficiencia profesional o magistral, habría podido recordárseles que la justicia sólo es la expresión última de la belleza, y que su anhelo supremo inspiró la creación del genio:

Giustizia mosse il mio alto fattore...

Ese será también el secreto de la constante acción de cultura desplegada por nuestro amigo en su vasto medio social, cuyo destino en gran parte vuelve ahora a su dirección como juez; porque él será de los jueces que conducen, que indican el camino; porque la antorcha de la ley no quema, sino alumbra. El viejo concepto del juez inflexible y adusto, más en el ademán y en el gesto que en la conciencia jurídica, está en derrota: la cultura espiritual del juez moderno esparce sobre todas las cosas una luz difusa, que penetra en todos los misterios de la vida; mientras se dirige la mirada a un punto fijo, la pupila abarca y recoge infinitos datos

de relación que todo lo definen y esclarecen; y en el gobierno de la sociedad, es una fuerza de cohesión y armonía. Las divisiones que la lucha de intereses y pasiones crea en las colectividades, no basta el fallo cortante de una sentencia para borrarlas y trocarlas en amor y benevolencia recíproca; pero una rica y superior cultura del espíritu del magistrado lo acerca al antiguo profeta, penetrador de almas, y capaz de trocar en exquisitos perfumes esenciales, los acres olores del pozo de Jacob, a cuyas márgenes el odio reñía sus cruentas y seculares querellas.

Motivo de honda complacencia para mí es ver en esta mesa reunidos a tantos universitarios, hijos de una misma *mater* y empeñados hoy en extender la simiente de la cultura adquirida. Y es, quizá, éste el rasgo más valioso del homenaje que en nombre de todos ofrezco a Enrique Rivarola. Porque hace ya mucho tiempo que se advierte en nuestro ambiente algo como un anhelo intenso de mayor cohesión, de más intimidad, de más estrecha solidaridad, no sólo entre los diversos núcleos sociales, sino en el trabajo específico de las universidades y demás casas de alta cultura de la Nación. Un soplo infausto de rivalidad, que vendrá tal vez de las antiguas disgregaciones coloniales, persiste todavía en hacer ver como divergente, como antagónica, la labor de cada una de ellas. Y nada hay de más falso ni de más funesto, por consiguiente, para los altos fines de la enseñanza nacional. La *diferenciación* no quiere decir contradicción ni exclusión: la diferenciación es riqueza, fecundidad y poder; la exclusión es aislamiento, es pobreza, es debilidad. Todos los estudiantes y los maestros de las distintas universidades de un país, son compañeros de un mismo y vasto taller, gabinete o laboratorio, en los cuales por métodos, en locales y por hombres distintos, se realiza una sola y grandiosa tarea, la más noble, la más patriótica de todas, la de formar el alma y el carácter de la nacionalidad en la ciencia y en la cultura.

No podré yo aquí afirmar, como Mr. Balfour, hace un mes en la Universidad del país de Gales, que tengamos una

región material o moral, a la cual designamos como a aquélla, con el sugestivo nombre de "Tierra de hermanos", *land of brothers*, porque si los argentinos lo somos por el origen, por la sangre y por el destino común, ¿quién podrá negar que aún no hemos concluído de educar el *sentimiento* de esa fraternidad, mucho más precioso que su simple calificativo legal o político? No bastan la ley ni el nacimiento para crear una fraternidad efectiva, ni suprimir las infinitas causas de discordia y separación e infecunda rivalidad entre los hijos de una misma familia o de un solo pueblo. El culto de ideales o la empresa de labores comunes, funde los corazones y crea los núcleos indestructibles que en su expansión llegan a la nación y a la humanidad. Cierto es que existen, como dice el célebre *leader* conservador inglés, muchas causas de discordias internas, y muchas que han inducido a las naciones a separarse unas de otras; pero es indudable que una universidad fué siempre como un lugar de seguridad; y no cumpliría su verdadero destino si no hiciese al país a que pertenece, sentirse una sola y misma cosa consigo misma, y con la gran comunidad de las naciones, "en esa misión que les incumbe a todas, para defender la enseñanza, para preservar la cultura, para buscar el arte y la ciencia en los ilimitados dominios que el espíritu humano desea conquistar, y para hacerles sentir que ellas constituyen un solo ejército contra un mismo y único enemigo".

Y les ruego, señores, que no atribuyan estas reflexiones a ningún desencanto, ni desaliento, ni amargura personal, por que soy, a mi modo, hombre de lucha, y mi conciencia no me ha licenciado todavía de las filas en que milito y presto mi contingente de sangre; tampoco soy un derrotado, porque ya mi foja de soldado cuenta algunas victorias, y porque mi ejército está en marcha todavía, y la batalla final está lejos a lo que yo comprendo. No; soy un observador y un educador, y un político de la inteligencia y del corazón, y es mi deber decir lo que veo y siento, en relación con la gran política que me he impuesto en la vida, hasta que caiga, o hasta

que pueda proclamar el triunfo: formar por el amor y por la ciencia la fuente inagotable de energías de la patria.

Por eso anhelo ver más unión, más benevolencia, más tolerancia, más cooperación, más amistad, más fraternidad, más concordia, más armonía de ideales y de esfuerzos entre los compatriotas, y con mayor exigencia en aquella numerosa falange de los intelectuales, quienes, lejos de gastar sus ricas aptitudes en estériles ocios o en la enervante improductividad, debieran irradiar su cultura y sus medios en la enorme masa aún ineducada, a la cual le pedimos milagros de su voluntad ausente para cubrir nuestra propia e indisciplinable inercia, en la urgente labor de la educación colectiva, de la civilidad o de la economía. Por eso me complazco hoy en ver llegar a un elevado sitio de la magistratura, rodeado por un concurso de simpatía tan representativo y tan intenso como el que me escucha, a un hombre que ha de ser en ella un reflejo vivo en la más alta cultura argentina, de los anhelos de armonía y concordia sociales que el ideal de justicia enciende en los espíritus, y de las virtudes fundamentales que el largo estudio en el aula y en la cátedra, engendran en el jurisconsulto y forjan en él una nueva naturaleza.

Por eso me disculpo, al fin, a mí mismo, de haber aceptado este encargo, que me permite expresar más que un voto, una seguridad de que el doctor Rivarola, en sus funciones de juez en la Corte Suprema de Buenos Aires, será una honra para su generación, un orgullo para sus maestros, una causa permanente de satisfacción para sus colegas profesionales, y una lección más de estudio y ejemplo para sus discípulos y sus conciudadanos.

XXII

LA HISTORIA ARGENTINA PARA LOS NIÑOS

LA HISTORIA ARGENTINA PARA LOS NIÑOS *

Una de las dignas y bellas formas de celebrar los primeros cien años de vida independiente de la Nación, es publicar libros que contribuyan a acrecentar su riqueza intelectual, porque el pensamiento dominante de todos los hombres directivos de la lucha por la independencia, la organización y el buen gobierno, desde 1810 hasta hoy, ha sido el de la educación y la cultura pública.

Este nuevo libro escolar debido a una feliz inspiración y a la labor patriótica de dos profesores argentinos, los doctores Carlos Imhoff y Ricardo Levene, entra en la corriente nueva de los textos para niños y jovencitos de las escuelas comunes y primeros años secundarios, consistente en abandonar la esteril narración *in extenso* y razonada de las antiguas enseñanzas mnemónicas, para procurar el mejor resultado por la impresión más viva y duradera en el alma del escolar, por estos tres principales medios:

1. El relato breve de los hechos culminantes, elegidos con certero criterio social y orden cronológico, para crear en la inteligencia la sucesión ordenada de los acontecimientos que constituyen la vida de la Nación, dejando a la conversación de la clase y a la propia investigación del alumno, la tarea intensamente educativa de colmar los vacíos;

2. La acentuación del aspecto anecdótico de la historia, que para la edad infantil y adolescente posee una profunda

* Prólogo al libro de este título, de los doctores Carlos Imhoff y Ricardo Levene, 1910.

virtud sugestiva, y tanto más cuanto la anécdota o la nota personal, han sido más bien seleccionadas y escritas con sencilla vivacidad de estilo, de manera que no se aleje de la verdad histórica sugiriendo la idea de lo falso o imaginado, y que no haga decaer el respeto que el estudiante debe conservar y alimentar por el sujeto histórico en general;

3. El empleo de la imagen, tan amplia y tan justamente difundida en estos últimos tiempos como auxiliar de toda clase de estudios, y en particular en los de historia y geografía, a los cuales sirve de tal modo, que constituye hoy uno de sus elementos más esenciales.

La imagen ha sido y es cada día más, juzgada por los sabios pedagogos, como el alma de la enseñanza de las ciencias morales en las primeras edades de la vida.

Ella completa conceptos, relatos y descripciones; substituye en su poder sugestivo a la naturaleza ausente de la clase o del cuarto de estudio, preparando al niño a interpretarla mejor cuando se halle en su presencia; reemplaza, — y es honesto decirlo, — la insuficiencia, la vaguedad, la timidez, la pobreza o la discreción ocasionales de la lección histórica, y como la lámina en la fábula, la conseja o el cuento moral, ahonda en el alma juvenil la impresión del detalle, el rasgo conductor, la intención no manifiesta. •

La historia, más que ilustrada, referida por la imagen misma, tiene una existencia y un interés distintos del de la obra literaria, difícil de realizar en estos grados de la escala didáctica; vive por el poder evocador del arte, se grava con el doble interés patriótico y humano, y crea en la conciencia del estudiante ideas propias, por la inducción subconsciente que la figura por sí misma provoca en el observador.

Aunque ya existe una hermosa tentativa de obras de este género, en el libro de la malograda e ilustre educadora argentina señorita Angela Menéndez, justamente celebrado y reputado en nuestro mundo escolar, este nuevo trabajo de los doctores Imhoff y Levene, más completo, mejor dotado

y aparecido en época de mayores recursos artísticos, se halla destinado a una provechosa voga en el ciclo a que está destinado.

Su plan es claro, sencillo e intenso a la vez; su estilo es llano, ligeramente grave y discretamente sentencioso; sus relatos, retratos y notas descriptivas, breves sin ser oscuras; el elemento anecdótico bien elegido y colocado en los personajes más altos o los más prominentes del momento histórico, y la sucesión cronológica, sin ser adusta, es bastante distinta para mantener la unidad de vida del pueblo historiado.

Es grato poder señalar la ejecución de trabajos de esta índole, dirección y sentido, los cuales, al apartarse de las consagradas rutinas, que sólo tienden a suprimir la tarea personal del maestro, la más fecunda, la irreemplazable, y a extender la aridez en el alma de la enseñanza, y la convierten en un oficio mecánico, cruel y odioso para alumnos y profesores, — harán nacer estímulos nuevos, harán ver a los niños horizontes más agradables, y la vida del aula, por estos medios, se acercará al ideal supremo, al hogar que con su solo calor de afectos y de confianzas múltiples, enseña y educa más que las sentencias escritas, las reprimendas airadas y las pretensiones retóricas.

XXIII

REVELACIONES INTELECTUALES

REVELACIONES INTELECTUALES *

Una de las mayores satisfacciones a que puede aspirar un instituto de enseñanza es la de ver surgir en el espíritu de la juventud, las revelaciones espontáneas de la vida intelectual, porque eso demostraría que la ciencia no había penetrado en él a manera de dogmas, cristalizados en fórmulas más o menos rígidas, sino que el alimento intelectual había sido asimilado, y daba sus propios frutos y flores.

En cinco años de labor, la Universidad platense, por su parte, ha producido como obra propia de sus profesores en la tarea docente de todos los días, una suma considerable de libros y monografías, que corresponderían a muchas décadas de otras numerosas instituciones similares; pero, si esto es grato y suficiente para compensar toda fatiga, es mayor aún y más halagador el significado de esas publicaciones libres, nacidas del hecho continuado del estudio, que a manera de fuego lento ha ido calentando la materia prima, hasta hacerla desprender sus anheladas esencias.

Cuando se dijo que esta Universidad era una casa de trabajo, se enunció una política que había de ser invariable, y se hizo una profecía que no tardaría en realizarse. El trabajo de la inteligencia es de la misma índole y modalidad que el de la célula orgánica en el vegetal: germina, brota y crece por virtud de su propia naturaleza, estimulada por el cultivo, que es el estudio.

En nuestra historia escolar ha sido proverbial la indi-

* Del número 2 de la revista *Ciencias Sociales*, publicada por alumnos de la Universidad Nacional de La Plata, diciembre de 1910.

ferencia del estudiante para todo trabajo extraño a la obligación estricta de la clase: era que a la pereza e indolencia clásicas de todo el *teaching staff* se unía la falta absoluta de elementos de experimentación, y de ideas relativas al valor instructivo y educativo de la obra personal del alumno. El profesor que se estimara debía deslumbrar todos los días a sus discípulos con discursos elocuentes y asombrosos, sin considerar que ni siquiera el sol tiene el privilegio de tal milagro, porque también él muchos días se ve privado por las nubes de poder ostentar su glorioso brillo.

Ahora resulta que la enseñanza silenciosa, amigable, confidencial, operativa en cualquier materia de conocimiento, es la que mejor resultado da en la mente de los jóvenes; y para volver a las comparaciones, diré que sucede allí como en el riego, en que el hilo de agua que sin ruido alguno va recorriendo y penetrando en el surco, va dejando en él mundos invisibles de gérmenes, que luego vestirán la llanura de espigas, el huerto de frutas y los jardines de flores deliciosas. La planta henchida de savia revienta en ramaje y en floración fecunda, y la cabeza instruída de estudio intenso y de enseñanza positiva, desborda en ideas y sensaciones, que luego toman forma espléndida en el lenguaje, por el discurso, la poesía, la página del libro, la hoja nutrida de la revista, ese libro moderno incesantemente renovado.

Ninguna ciudad, que no sea Córdoba entre las que albergan universidades y otras casas de estudios, — y aquella ciudad bajo su aspecto vetusto y conventual, que ya se esfuma también en el tiempo nuevo, — tiene más atractivo y encanto que la de La Plata para lo que, en todos los países de alta cultura, constituye la *vida estudiantil*. Un viajero americano, compañero de Mr. Root, dió la razón de este juicio mío, en una carta a *The Outlook*, cuando entre otras cosas atribuía a la situación geográfica y a sus arboledas y cercanías fluviales, el secreto de su porvenir como ciudad de estudios.

Es la herencia trisecular de Luis Vives, que comparaba

las escuelas y universidades con las colmenas de abejas, las que dan más rica miel cuando están colocadas en medio de un bosque libre, en el cual las maravillosas obreras recogen los más exquisitos jugos de las flores. Los niños son abejas; la escuela es su colmena; la ciencia, las letras y las artes son la miel sabrosa de su labor.

Para demostrar una vez más que la nueva Universidad es una *casa de trabajo*, no sólo citaría los valiosos libros publicados por sus catedráticos, y los muchos no editados pero dictados a diario desde las aulas, y el aporte de los maestros extranjeros que han hablado al país desde sus tribunas, sino la aparición de las primeras revistas juveniles, ramajes, frutos y flores espontáneos del cultivo mental, dedicadas a las ciencias espirituales. Estas son un augurio feliz, lleno de bellas promesas, porque exteriorizan una activa germinación interna, y porque la labor del aula no es cerrada ni exclusiva; un visible dinamismo propio lleva a las inteligencias juveniles a continuar ejercitando fuera de aquélla, la fuerza allí revelada y disciplinada.

Esto, aparte de lo que el hecho significa como resultado de las asociaciones de estudiantes, las cuales por lo general, en nuestro país hasta ahora se han dedicado más a movimientos de discusiones en el vacío, sin fines positivos, que a colaborar en la propia tarea universitaria o en la del instituto. Por eso la reacción que ya ha podido notarse con placer en Buenos Aires, no obstante sus intermitencias, y que ahora aparece en forma vigorosa en La Plata, no puede menos que halagar las esperanzas menos optimistas de los que fijamos todo nuestro anhelo patriótico en el desarrollo de la mayor cultura intelectual de la Nación. Porque allí, en la capital bonaerense, que hoy cumple su 28º aniversario, conservando su gracioso título de la ciudad más joven de nuestro mundo latino, se está formando y tomando ya contornos y relieves prominente, un foco de producción mental intenso, cuyo calor y cuya luz no tardarán en influir sobre la totalidad de la vida nacional.

No me refiero a las ya veteranas y prestigiosas revistas del Museo, reforzadas desde la nueva época universitaria por tan robustos elementos, sino a las de nueva floración, a las de estudiantes, entre las cuales la que ahora inserta estas líneas, aparece revestida con todas las condiciones de una vida fuerte, y por eso mismo duradera. Le prestan ese aliento los entusiasmos nacientes de su núcleo de redacción, los estudiantes asociados de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, en cuyo seno, puede decirse con exactitud, se halla el hogar generador en constante trabajo de producción. Por lo demás, su ilustre decano, que en la formación de la personalidad científica de la República puede reclamar con innegable derecho una parte importantísima, no sólo conduce y guía esos esfuerzos juveniles en su acción directa y personal de rector de estudios y de maestro, sino que él mismo ha fundado una revista, destinada a tan hermosos y útiles destinos, impelido, sin duda, por la necesidad de encauzar, en el ambiente exterior que rodea a la Universidad donde enseña, las corrientes de ideas y sugerencias que de su alrededor y de su propia obra se desprenden.

Y bien: no era mi propósito escribir ahora un ensayo (*essay*) de revista moderna, con que otro día contribuiré gustoso a esta linda obra de nuestros jóvenes alumnos; quería solamente señalar su aparición con los sentimientos que en mí despierta, ya que, de cerca o de lejos, inmediata o refleja, toda cosa, o idea, o movimiento intelectual vinculados con la Universidad, repercute en mi alma con la intensidad correlativa. Y esta manifestación de vida y de trabajo espontáneo de los estudiantes, satisface mi anhelo más íntimo y me hace ver como una seguridad futura, que la encina simbólica extiende sus raíces hacia las capas de la tierra más hondas, donde la savia no se extingue, y de las cuales surge y se renueva sin cesar la vida, la cual, en suma, en esta tierra que habitamos, es la única inmortalidad que nos es permitido concebir.

XXIV

LA INDUSTRIA CIENTIFICA

LA INDUSTRIA CIENTIFICA *

Señores:

Es una ocasión para mí de singular complacencia ésta que mis deberes profesionales, en relación con la respetable Compañía "Nelson Line" me ofrecen, de dirigir la palabra a tan selecto y autorizado concurso, en una fiesta en la cual las fuerzas vivas del país, combinadas con la ayuda y los estímulos de afuera, presentan una nueva revelación de su poder creador de la riqueza y bienestar colectivos. Habitado a hablar siempre de cuestiones educativas, científicas o políticas, es para mí como un reposo del espíritu el desempeñar este grato encargo del cumplido caballero, del cabal *gentleman*, don Federico J. Whytes, que en Buenos Aires representa aquella grande empresa, de dedicarnos esta fiesta, sencilla y confidencial, como todas las del trabajo, y en cuya intimidad se agita un sentimiento de sincero cariño por la tierra argentina, y en nosotros, los hijos de ella, de justificado orgullo por haber conquistado tan valiosos y sinceros amigos.

Inaugurar en 1910 una nueva y especial flota de vapores, destinados al transporte exclusivo de uno de los productos más nobles de nuestra industria, un siglo después que la misma influencia inglesa rompiera la clausura secular del puerto de Buenos Aires, y que, Mariano Moreno expresara la queja histórica de sus hacendados contra la política prohibitiva de la Colonia, es hacer a la República uno de los más hermosos

* Discurso en la inauguración de una flota de vapores frigoríficos, en 1910.

homenajes, y dar a los otros pueblos uno de los más bellos ejemplos. La tierra clásica de la agricultura y el pastoreo cumple ahora las profecías de hace un siglo, exhibiendo al mundo contemporáneo, sino una población desbordante por su número, una potencialidad específica productiva, acaso no superada. Es justicia reconocer la parte que corresponde a la inteligencia, al brazo, al capital y al ejemplo extranjeros en esta conquista, así como poner en evidencia la fácil adaptación, la fecunda energía y el auspicioso optimismo con que los dueños nativos del suelo asimilan y nacionalizan los mejores caracteres y enseñanzas de culturas más altas y experimentadas.

Siendo quien os habla, ante todo un educador público, extrañaría que no acentuase también en este sitio su pre-ocupación dominante. Y así, diré que entre nosotros la ciencia agrícola y ganadera con sus derivaciones más inmediatas, es una recién llegada en las aulas escolares y universitarias, en las cuales se la consideraba como de condición inferior, incapaz de alternar con las de viejo abolengo clásico. La industria se ha hecho sola, por una educación de reflejo y de propia experiencia; y cuando la lucha desigual con el producto seleccionado extranjero, y los naturales desastres de los propios errores o rutinas nos aleccionaron en carne viva, comenzamos a creer que había un arte o una ciencia que guardaba los secretos del éxito: se comprendió entonces que la naturaleza es la fuente universal de todo progreso científico, que el proceso biológico envolvía por igual al animal, al hombre y a la semilla, y que la base de toda conquista en el dominio económico era el estudio científico de los elementos vitales de cada rama de la industria y su dinamismo en el comercio.

¿Es esto acaso demasiado universitario? Hablemos, pues, en términos más humanos. El valor económico de nuestra agricultura y ganadería ha empezado a pesarse en la balanza del mundo, cuando se abandonaron los hábitos, las rutinas, las supersticiones y las ignorancias, respecto de cultivos y

crianzas, para adoptar aún por empirismo, los modelos, las semillas, las razas extrañas en un trasplante siempre fecundo. La estancia criolla de rancho, lazo, mate, guitarra y puñal, ha cedido su lugar a verdaderas clínicas y laboratorios, donde el microscopio realiza sus maravillosas revelaciones, en la gota de sangre, en el átomo de una semilla o en la partícula de tierra, para traducirse después en montañas de fardos de lana y cereales, que van a vestir y alimentar una gran porción del género humano; y en esta nueva forma de la exportación de carne, la del frigorífico, se comienza por asegurar al criador la colocación de su buen producto, y se concluye, por la concurrencia y la demanda de los vastos mercados mundiales, por asegurar al país una retribución gigantesca del trabajo colectivo.

La cría criolla no era, pues, una industria; la exportación de haciendas en pie por tierra o por agua, no era un comercio apreciable, por más halagüeño que nos pareciese hace apenas dos décadas, y por más orgullo con que mirásemos los millares de buques que al año los conducían fuera del país. El sistema del frigorífico en sus dos formas usuales, ha producido la más honda revolución en el carácter y en las fuerzas de la ganadería nacional, la cual se halla representada por las últimas cifras del año que ha concluído. Las nueve compañías en actividad el año anterior, han pagado a las estancias argentinas la suma de \$ 87.350.000 m/n. por compra de hacienda, y han exportado 2.765.528 carneros y 2.597.773 cuartos de reses enfriadas o congeladas.

Ya se ve, señores, si las ciencias ganaderas valen algo en estas cosas, y si ellas merecen un sitio de honor en el brillante convite de la cultura contemporánea. Hace tres décadas, el ingeniero francés Charles Tellier ideó el equipo del primer frigorífico, con el cual realizó la más prolífera de las iniciativas para esta región de la tierra, la cual, aunque estéril para su inventor, como casi todas las obras de este género, renació más tarde con la potencia asombrosa que conocemos, y al amparo de los formidables medios que la era ac-

tual pone a disposición de las ideas útiles al bienestar de las sociedades. Al frigorífico flotante que requería la matanza y enfriamiento a bordo, reemplazó la instalación en tierra, y al primer establecimiento de la "River Plate Fresh Meat Company", que exportó a Europa carne congelada, siguieron luego las de San Nicolás, Sansinena, Las Palomas, La Blanca, Cold Storage, Smithfield and Argentine Meat, el Frigorífico Argentino, el de Río Seco, a los cuales se agregarán bien pronto otros nuevos, que no sólo consumarán la transformación de toda la ganadería nacional en una industria científica, sino que en la lucha por la conquista del mercado universal constituirán una fuerza difícil de vencer.

Pertenece a los señores Hugo y Guillermo Nelson una inmensa parte en la alta posición alcanzada por nuestro país en la competencia mundial de la exportación de carnes a Europa; porque con su instalación de "Las Palmas", convertida después en "Las Palmas Produce C^o", en 1892, fueron en realidad los primeros en llevar a cabo la gran exportación comercial, con las cifras de 418.413 carneros y 2.331 cuartos de reses, y son hoy los que pueden exhibir la más poderosa flota de vapores frigoríficos que surcan nuestras aguas. Revelador de un fuerte y esclarecido espíritu de empresa, y a la vez de una profunda confianza en las energías vitales de la República, es el último esfuerzo aportado por el señor Guillermo Nelson, casi de su exclusivo peculio, a la flota de transportes de la "Nelson Line"; porque a los ya existentes, se añade ahora, mediante una agregación de cinco millones de pesos oro, nueve buques más de mucha mayor importancia, pues el "Highland Rover", que nos alberga en este momento, primero de la nueva serie, contiene una capacidad para carga de carne congelada, de 3.400 toneladas, igual a 44.000 cuartos de reses, o sea 11.000 novillos; y cargados con carneros congelados, representa un total de 140.000 cabezas.

Ya se ve por estos solos datos, cómo esta reunión, motivada por el primer viaje al Río de la Plata de este gran bastimento, puede ser mirada como una fiesta del progreso

y como una demostración inconfundible de la vitalidad de toda una Nación. En la política moderna de la paz y del trabajo internacionales, estas son las armadas invencibles, porque en vez de llevar en sus entrañas los instrumentos y materiales de la discordia y de la destrucción de los pueblos, conducen en sus amplios senos los elementos de la vida y la energía de las razas, fortaleciendo por la recíproca cooperación y ayuda entre las naciones más antagónicas, las corrientes universales de la simpatía y la solidaridad, que han de acercar el día de la justicia suprema, y para nuestra patria argentina, en la medida de su aporte al bienestar de las demás, el de la honra y la gratitud y el respeto de todas las sociedades civilizadas.

Señores: Sin poderlo remediar, he hablado más de lo que era mi intento, y por ello pido disculpa. Me imagino que en este instante el benemérito jefe de esta empresa ha de hallarse poseído de las más íntimas sensaciones de solidaridad con el espíritu de esta fiesta, y con los votos que en ella se formulan por la creciente prosperidad de esta Nación; la cual en el primer siglo de su existencia puede ostentar tan magníficas ecuaciones de vigor nativo y de su genio económico y comercial, que le permiten vencer sin grandes sacrificios los defectos y regresiones de otro orden; y en verdad, merece toda nuestra adhesión y reconocimiento un hombre que consagra la suma de su esfuerzo y de su patrimonio a empresas de esta magnitud y virtud civilizadora, de este poder de acercamiento y recíproca cooperación entre los pueblos que ellas vinculan con sus diarias transacciones.

Invoco la representación que tan gentilmente me ha otorgado la Compañía para hablar en este acto, y agradezco en su nombre la presencia de los altos funcionarios del Gobierno que la honran con su estímulo, de los miembros del Congreso, la Magistratura, la alta banca y finanzas, la industria, el comercio y la sociedad, que han concurrido a enaltecerla y dignificarla, y a demostrar cuanta fe abrigan en la acción civilizadora del trabajo inteligente y de la voluntad

tenaz para mantenerlo; y les propongo brindar por los beneméritos iniciadores y campeones de esta industria en la República, cuya mancomunidad en el esfuerzo, en el perfeccionamiento y en sus medios de acción, será su mejor seguro de triunfo colectivo y de engrandecimiento nacional, ya que los destinos de la patria argentina están ante todo en manos de los que cultivan su suelo, y ponen en movimiento de producción sus innumerables fuentes de riqueza.

INDICE

POLITICA ESPIRITUAL

INTRODUCCION

	<u>Pág.</u>
RETRATO PROGRESIVO DEL FUNDADOR, por Rafael Alberto	
Arrieta	11
I. Un domingo de mayo	11
II. Cuatro facetas	14
<i>Invierno</i>	14
<i>Otoño</i>	15
<i>Mediodía</i>	16
<i>Kabiriana</i>	17
III. El invicto	18
IV. La noche	20

PARTE PRIMERA

EN LA TRIBUNA ACADEMICA

I.—LABOR UNIVERSITARIA.

Discurso en la Asamblea de Profesores de 18 de diciembre de 1908, para la elección de Presidente de la Universidad Nacional de La Plata	29
---	----

II.—MISIÓN Y DEBERES DE LA ALTA CULTURA EN LA SOCIEDAD MODERNA.

Discurso en la primera colación de grados y apertura anual de cursos de la Universidad Nacional de La Plata, el 19 de abril de 1909	45
---	----

III.—FRATERNIDAD ESTUDIANTIL.

Discurso en la velada de los universitarios de Buenos Aires, para concurrir al fondo de edificación de la "Casa de los Estudiantes", el 11 de setiembre de 1909	61
---	----

	<u>Pág.</u>
IV.—LA ENSEÑANZA ARGENTINA Y LOS MODELOS DE AFUERA.	
Discurso en nombre de la Asociación Nacional del Profesorado, en el acto de entregar al Sr. Rafael Altamira un álbum y una estatua de "La Historia", el 14 de octubre de 1909	73
 PARTE SEGUNDA <i>EMBAJADORES INTELECTUALES</i>	
V.—POLÍTICA INTERUNIVERSITARIA.	
I. Discurso en la recepción de los delegados de los Estados Unidos de Norte América, al Congreso Científico Panamericano de Santiago de Chile, el 2 de diciembre de 1908 ..	91
II. Discurso del Dr. Leo S. Rowe, en nombre de los delegados	94
VI.—EL HISTORIADOR DE ROMA.	
Discurso en la recepción de Guillermo Ferrero, en la Universidad Nacional de La Plata, el 29 de julio de 1907	97
VII.—ENRIQUE FERRI.	
Discurso en la sesión pública celebrada en su honor, en la Universidad Nacional de La Plata, el 4 de agosto de 1908	105
VIII.—LOS INTELECTUALES ESPAÑOLES EN AMÉRICA.	
Discurso de presentación del novelista D. Vicente Blasco Ibáñez, al inaugurar sus conferencias en el teatro Odeón de Buenos Aires, el 12 de junio de 1909	109
IX.—LA ENSEÑANZA DEL MÉTODO HISTÓRICO.	
Discurso en el acto de inauguración del curso de <i>Metodología de la Historia</i> , por el Profesor D. Rafael Altamira, en el aula de honor de la Universidad Nacional de La Plata, el 12 de julio de 1909	119
X.—INTERDOCENCIA UNIVERSITARIA: OVIEDO Y LA PLATA.	
Discurso en el acto público de colación del grado de Doctor "honoris causa", y despedida del Profesor D. Rafael Altamira, en el salón de actos del nuevo Colegio de la Universidad Nacional de La Plata, el 4 de octubre de 1909	127

XI.—UN PRÍNCIPE DE LA DICCIÓN.

- Presentación y saludo al actor Mr. Coquelin, en la clase de idioma francés, de la Escuela Normal de Profesorado en Lenguas Vivas de la Capital, en junio de 1905 143

PARTE TERCERA**EN LA TRIBUNA PÚBLICA Y PARLAMENTARIA****XII.—LA ESCUELA DE LA VIRTUD PRIVADA.**

- Discurso en el acto de la distribución de premios a la virtud, por la Sociedad de Beneficencia de La Plata, en el teatro Argentino, el 9 de julio de 1907 149

XIII.—LA CULTURA SOCIAL EN LA POLÍTICA INTERNA.

- Discurso en un banquete con motivo de la transmisión del mando gubernativo en la Provincia de La Rioja, el 24 de junio de 1907 163

XIV.—POR LA AUTONOMÍA UNIVERSITARIA.

- Proyecto de ley sobre reserva de tierras fiscales para el patrimonio futuro de las Universidades de Córdoba, Buenos Aires y La Plata, presentado al Senado de la Nación el 6 de julio de 1907 171
- I. Proyecto de ley 173
- II. Fundamentos del proyecto 174

XV.—MUSEO Y ACADEMIA NACIONAL DE BELLAS ARTES.

- Proyecto de ley de edificación de un palacio para estos institutos presentado al Senado de la Nación el 22 de agosto de 1907 181
- I. Proyecto de ley 183
- II. Fundamentos del proyecto 184

XVI.—LA CASA DE LOS ESTUDIANTES.

- Proyecto de ley de expropiación y recursos para la edificación de la "Casa de los Estudiantes", presentado al Senado de la Nación, el 10 de julio de 1909 189
- I. Proyecto de ley 191
- II. Fundamentos del proyecto 193

	<u>Pág.</u>
XVII.—LA COOPERACIÓN PRIVADA EN LA ENSEÑANZA PÚBLICA.	
Discurso de clausura del primer Congreso Nacional de Sociedades Populares de Educación, pronunciado por su presidente, el 16 de octubre de 1909	203
XVIII.—LA BUENA MAESTRA.	
Discurso en nombre de las asociaciones de profesores y del personal docente de las escuelas públicas, en el acto de homenaje a la señorita Máxima D. Lagos, por su jubilación, el 31 de diciembre de 1909	215

HOMBRES E IDEAS EDUCADORES

INTRODUCCION

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ. Un pedagogo y sociólogo argentino, por D. Adolfo Posada	229
--	-----

PARTE PRIMERA

DOS EPOCAS EXTREMAS: DE SAN ALBERTO Y VERTIZ A SARMIENTO

I.—SARMIENTO.

Discurso pronunciado en la velada del Teatro Colón, el 15 de mayo de 1911, conmemorativa del centenario de Sarmiento	253
--	-----

II.—SARMIENTO Y LA UNIVERSIDAD MODERNA.

Discurso en el acto de apertura de cursos y colación de grados en la Universidad Nacional de La Plata, realizado en homenaje a Sarmiento, el 23 de mayo de 1911	273
---	-----

III.—LA ENSEÑANZA PÚBLICA HASTA 1810.

I. La escuela primaria	285
II. El Padre Joseph Antonio de San Alberto	288
III. Vértiz y la reforma de 1778	292
IV. Colegios de Monserrat y San Carlos	295
V. La década revolucionaria	298

PARTE SEGUNDA

PATRIA Y CULTURA

	<u>Pág.</u>
IV.—POR LA PATRIA.	
I. Tipos representativos	305
II. Los tres grados de cultura, de Mr. Root	307
III. San Martín - Wáshington	308
IV. El buen patriotismo	310
V.—IDEALES PATRIÓTICOS NUEVOS	313
VI.—LA UNIÓN DE LOS JÓVENES.	
21 de setiembre de 1910, consagrado <i>Día de los estudiantes</i> en Sud América	325
VII.—PATRIOTISMO VERBAL Y PATRIOTISMO REAL	331

PARTE TERCERA

LA UNIVERSIDAD EN LA ACCION

VIII.—ORGANIZACIÓN E IDEALES UNIVERSITARIOS.	
Discurso en el Senado de la Nación, al sostener el presupuesto de la Universidad Nacional de La Plata, el día 21 de diciem- bre de 1910	341
I. Párrafos de introducción	343
II. Más universidades, más cultura	347
III. La Universidad moderna	349
IV. Correlación y cooperación	351
V. Novedades y diferencias	354
VI. Argumentos diversos: lo cuantitativo y lo cualitativo	357
VII. ¿Cuestión de patriotismo?	362
IX.—EL COLEGIO DE LA PATRIA: INTERNADO MODERNO.	
Discurso en la inauguración del curso universitario de 1910, en La Plata, y de los nuevos edificios del Colegio de la Universidad el 11 de mayo de 1910	367
X.—LA CÁTEDRA DE LITERATURA ITALIANA “DANTE”.	
Discurso en su inauguración, pronunciado en la Universidad Nacional de La Plata	381

	<u>Pág.</u>
XI.—LA CIENCIA POLÍTICA EUROPEA: SU DIFUSIÓN EN AMÉRICA.	
I. <i>El profesor D. Adolfo Posada.</i> — Discurso en el acto público de su recepción en la Universidad Nacional de La Plata, el 20 de junio de 1910	393
II. <i>Política universitaria: la ciencia europea en la cultura nacional.</i> — Discurso en el acto de entregar al profesor D. Adolfo Posada, el título de Doctor <i>honoris causa</i> en Ciencias Jurídicas y Sociales, el 10 de noviembre de 1910	398
XII.—EL DERECHO INTERNACIONAL AMERICANO.	
Discurso de presentación del doctor Alejandro Alvarez en la Universidad Nacional de La Plata, el 20 de junio de 1910	405
XIII.—LAS CIENCIAS VETERINARIAS EN LA ENSEÑANZA SUPERIOR ARGENTINA.	
I. <i>El profesor Mr. Henri Vallée.</i> — Discurso en la inauguración de su cátedra en la Universidad Nacional de La Plata, el 7 de junio de 1910	415
II. <i>La ciencia sin fronteras.</i> — Discurso en el acto de entregar al profesor Mr. Henri Vallée, el título de Doctor <i>honoris causa</i> en ciencias veterinarias, el 7 de julio de 1910	417
XIV.—D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO.	
Homenaje a su memoria en la Universidad Nacional de La Plata, el 12 de agosto de 1912	421
XV.—COOPERACIÓN, MUTUALIDAD Y “EUGÉNICA SOCIAL”.	
En la inauguración del curso de “Cooperación agrícola” de Mr. Leopold Mabileau, en el aula magna de la Universidad Nacional de La Plata, el 27 de agosto de 1912	427

PARTE CUARTA

CRÍTICA Y ENSEÑANZA

XVI.—ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA FÍSICA.

Introducción a <i>La Naturaleza y el Hombre</i> , por Delfín Jijena, 1911	439
I. El autor y el asunto de este escrito	441

	<u>Pág.</u>
II. La Geografía como disciplina didáctica	448
III. Ordenación y contenido de esta ciencia	448
IV. La experiencia orgánica de La Plata	451
V. El libro en cuestión.	455
XVII.—“PENSAMIENTO Y ACCIÓN”.	
Prólogo de la obra de este título, del doctor Angel F. Avalos, Córdoba, 1910	461
XVIII.—VULGARIZACIÓN DE LA CIENCIA.	
Introducción a <i>La ciencia y sus grandes problemas</i> , por el doctor E. Herrero Ducloux, publicado en el libro II de la “Biblioteca de vulgarización científica” del Museo de La Plata, 1908	477
XIX.—EL DIARIO MODERNO.	
<i>La Gaceta de Buenos Aires</i> , 15 de setiembre de 1910, N° 1	489
XX.—DESIGUALDADES E INJUSTICIAS	497
XXI.—JUSTICIA Y CULTURA.	
En el banquete al doctor Enrique E. Rivarola, por su nombra- miento de vocal de la Corte Suprema de Justicia de la Provincia de Buenos Aires	507
XXII.—LA HISTORIA ARGENTINA PARA LOS NIÑOS.	
Prólogo al libro de este título, de los doctores Carlos Imhoff y Ricardo Levene, 1910	515
XXIII.—REVELACIONES INTELECTUALES.	
Del N° 2 de la revista <i>Ciencias Sociales</i> , publicada por alum- nos de la Universidad Nacional de La Plata, diciembre de 1910	521
XXIV.—LA INDUSTRIA CIENTÍFICA.	
Discurso en la inauguración de una flota de vapores frigori- ficos, en 1910	527